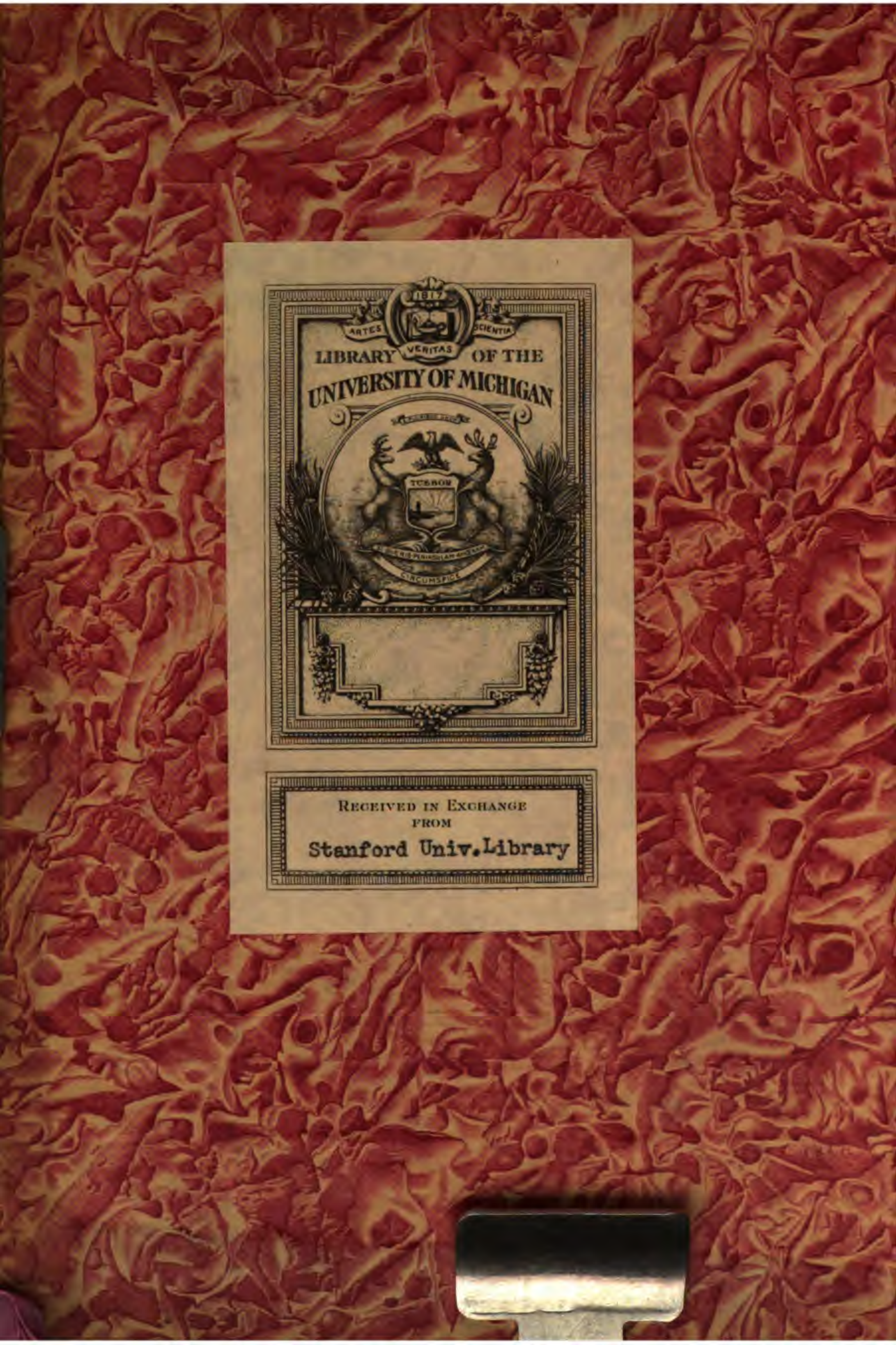
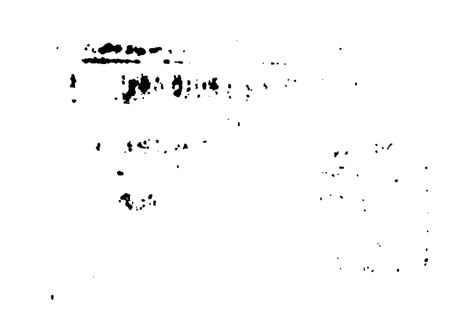



1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE
RECEIVED IN EXCHANGE
FROM
Stanford Univ. Library





CUBA CONTEMPORÁNEA

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
CARLOS DE VELASCO

AÑO IV

TOMO XII
(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1916)

DIRECCION:
Apartado Postal 1909
HABANA
CUBA

REDACTORES:

Julio Villoldo.
Mario Guiral Moreno.
José S. de Sola.
(† el 6 febrero 1916)
Max Henríquez Ureña.
Ricardo Sarabasa.
Leopoldo F. de Sola.

Cuba Contemporánea

AÑO IV

Tomo XII. Habana, septiembre de 1916. Núm. I.

PAREDES DE CRISTAL



OCOS meses atrás, un caballero, que está recogiendo datos sobre el desarrollo material y moral de Cuba, me pidió algún breve escrito mío, sobre cualquier tema; sin duda para que pudiera tenerse idea de mi modo de discurrir y de expresarme. Con ese motivo escribí los siguientes párrafos:

"Acabo de releer esta frase, que leí hace muchos años: "Las democracias han de vivir en casa de cristal". Entonces me entusiasmó; y ahora me ha entristecido.

"¿Es que la edad me ha ido petrificando el cerebro y me ha convertido en reaccionario? ¿Hace daño la luz excesiva a mis ojos envejecidos? No por cierto. Todavía me regocija la espléndida claridad meridiana, y me hace encoger de hombros la idea de que los pueblos puedan subir de nuevo y a reculones la cuesta que bajaron. Ni el hombre, ni los hombres viven dos veces.

"Me ha entristecido, porque ha hecho surgir ante mí el terrorífico escenario de Europa, cuna de la libertad, y campo hoy del más tremendo cataclismo que han podido producir la demencia y la ceguedad de los hombres.

"Grandes democracias son Francia y la Gran Bretaña; sobre el sufragio universal cree levantar la fábrica de su gobierno la Confederación Alemana. Y a pesar de las paredes transpa-

rentes de sus casas, ¿quiénes vieron los tremendos combustibles que se hacinaban y la mano o las manos que lanzaron la chispa que hizo saltar un mundo?

"A los primeros resplandores del incendio, vimos correr despavoridos, desde sus plácidos retiros veraniegos, a jefes de naciones, que las sintieron amagadas en el corazón; locos de sorpresa y espanto se precipitaban los directores de grandes partidos opuestos por principio a la guerra; y el común de los ciudadanos se desbandaba en todas direcciones, sin saber donde encontrar puerto de refugio.

"Me ha entristecido, porque en esa misma democracia, gobernada hoy por un letrado de la misma escuela del autor del nítido aforismo, ¿logra nadie, por perspicaz que se crea, penetrar en los meandros del cerebro del estadista o los estadistas que hunden hoy a un Huerta y levantan mañana a un Carranza, envían notas conminatorias a los poderes europeos beligerantes, y aceptan o parecen aceptar sus intrincadas y untuosas respuestas?

"Cuando era yo niño, tuvo fama el palacio de cristal en que celebró Inglaterra su primera exposición. Cierto. A través de su transparente armazón se veían las poderosas máquinas con que la industria había revolucionado el mundo fabril. Lo que no se veía, ni podía verse, era el engranaje interno de ruedas y palancas, ni la voluntad directora que, por su medio, les comunicaba vida y las ponía en movimiento."

He vuelto a leer ahora lo que entonces había estampado, y advertí que, aun circuscribiéndolo sólo a lo que se llama vida pública, mi punto de vista alcanza tal generalidad, que empezó por sorprenderme y acabó por convertirse en verdadera lección de mortificación y modestia.

¡Lo que se ha atronado nuestros oídos, desde hace lo menos ciento cincuenta años, con el dogma de la soberanía popular! ¡Cuántas tremendas sacudidas y cuántas sangrientas revoluciones en América y Europa, para defender, sacar triunfante y afianzar ese nuevo artículo de fe! Solemnes constituciones, a guisa de flamantes tablas de la ley, fueron promulgadas, y descansaban todas sobre esa amplia base. A cada uno nos tocaba nuestra parte alícuota de soberanía.

Casi un siglo después los estadistas alemanes hicieron un peregrino descubrimiento. No: el pueblo no es soberano. La soberanía se cierne mucho más alto, para cobijarnos a todos. No se encarna en la masa amorfa, ni en la masa organizada, ni en los hombres, ni en un hombre. La soberanía pertenece al Estado. Se necesita leer a los tratadistas penetrados de ese gran principio, en Alemania y fuera de ella, para formarse idea de la devoción, de la veneración con que se inclinaban reverentes, casi se prosternaban, ante esa deidad recóndita, omnicomprehensiva, permanente, exclusiva, ilimitada: ¡el Estado! El triste soberano desposeído, el átomo humano, mi vecino, yo, con mi cédula o mi planilla o mi infolio electoral, reducidos a cero, a menos que cero, a cantidad negativa. La defenestración de Praga, la de Belgrado.

Y sin embargo, si rodando por el polvo se puede pensar, nos conviene convencernos de que aunque la soberanía del Estado nos parezca a primera vista más etérea que la del pueblo, no falta, ni ha faltado nunca quien la ejerza con más efectividad y por tanto más eficacia real que los electores desperdigados o colegiados. La soberanía popular ha sido y es un mito. La del Estado lo parece; si no fuera porque los que desempeñan esa función subordinada, secundaria, está uno por decir insignificante, del gobierno, la atrapan por los aires, la vivifican, la encarnan y la ejercen.

Nuestros tratadistas se asombrarán y hasta se indignarán por esa afirmación necia, que no atiende a la distinción profunda, a la separación completa, que establecen entre el Estado y el gobierno. Lo reconozco: una cosa, lo superior, lo ideal, es el Estado, y otra subordinada, inferior, inferiorísima, el gobierno. Sólo que el gobierno es real, lo ejercen hombres que tienen en sus manos todos los medios reales y hasta ideales para actuar sobre otros hombres. Una bicoca.

To suck, to suck, the very blood to suck.

Pues bien, supongamos, y no es poco suponer, que armado de mi boleta electoral, del todo consciente de la alta función que me dispongo a ejercer; conociendo bien, o bastante bien, o casi bien a todos y cada uno de los que voy a elegir para que me den leyes, me impongan contribuciones, administren la ha-

cienda pública, me gobiernen, representen a la nación y la dirijan en sus relaciones con los demás pueblos; sin que nadie ejerza sobre mí coacción, ni siquiera presión moral; seguro de que mi voto ha de ser considerado cosa sagrada, intangible, que nadie manosea, adultera o sustrae diestramente; segurísimo de que nadie será osado a inflar o desinflar el número de votos obtenidos por tales o cuales candidatos; supongamos, repito, que mi voto, uno, entre cincuenta o cien o doscientos mil, ha contribuído a elegir el gobierno de mi confianza o preferencia. Y supongamos que éste ha triunfado honradamente, sin violencias ni artimañas públicas ni secretas, con el desconsuelo, pero con el respeto de sus adversarios.

En esta situación naturalísima, pero casi fantástica, al menos por estas tierras de Hispano-América, ¿qué voy a ver yo, el elector de marras, a través de las transparentes paredes cristalinas de las mansiones oficiales de mis gobernantes? ¿Qué voy a saber de los antecedentes genuinos de las resoluciones que más me importan y conmigo a todos mis conciudadanos? ¿Quién me da cuenta de los verdaderos móviles de actos que pueden ser decisivos para el porvenir de mi pueblo, y que nunca son indiferentes?

Comprendo que mi grave miopía exasperará a algunos, que me pondrán, casi con lástima, la mano en la boca y me dirán enarcando los ojos: ¿Y la razón de estado?

El golpe es contundente. Pero exista o no esa famosísima razón, de que tanto se ha escrito y sobre la que tanto se ha pretendido edificar, me permito decir que, hasta ahora al menos, los que la manejan han procurado encerrarla algunos estados bajo tierra, lejos de exhibirla en caja de cristal.

Si estamos enfrascados en sutiles y trascendentales negociaciones con uno o más poderes extranjeros, segundarán mis sesudos maestros, ¿vamos a salir tañendo las campanas y convocando a cabildo abierto, para que nos tengan por idiotas, si no por locos de atar, los estadistas que manejan el otro cotarro y rompan sin más sus tratos con nosotros?

Evidente me parece, de toda evidencia; pero, vuelvo a todos lados la cabeza y no distingo por parte alguna las transpa-

rentes paredes en que habíamos convenido que se encerraban, para no estar encerrados, nuestros democráticos contratantes.

Puedo leer cada vez que quiera los mensajes que envía el Ejecutivo a las Cámaras, y en que se enumeran ce por be los motivos razonados de las leyes que se solicitan. Acabo de recibir precisamente el mensaje del presidente de la Argentina al Congreso en mayo de este año. Tiene ciento ochenta páginas. Relata minuciosamente "cuanto se relaciona con la situación política interna y externa" de esa próspera república. Es de cristal. Pero sospecho que hay serpeando por esas páginas muchas venas ocultas, de que nada sabe la turbamulta de los argentinos; y, por fuerza, menos que nada los que no somos argentinos. Claro está que éste es un mero ejemplo, y que lo mismo cabe decir de nuestros mensajes y de cualesquiera otros. El mal, si mal hay, no está en la nacionalidad.

Todos quisiéramos que gobernar fuera otra cosa. Pero no se trata de lo que quisiéramos, sino de lo que es. Y por desgracia la verdad desnuda vive muy escondida y tiene parentesco muy remoto con la verdad vestida, que es la que tratamos. La ardua función del gobierno impone en casi todos los casos la reserva, en no pocos el secreto. Hay fiestas de aparato para los ojos; hay negocios delicados que conviene, que importa no divulgar a destiempo. Contentémonos con que la resrva sea la necesaria, la legítima, y que de ella resulte el éxito apetecido, de donde debe salir siempre un beneficio para la nación.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Vedado, 10 de agosto, 1916.

LA LITERATURA POÉTICA EN LA ALEMANIA MODERNA


LOS dolorosos acontecimientos actuales, sucederán seguramente grandes transformaciones en la historia humana, y más hondas todavía para los pueblos interesados en la contienda. Y entre éstos hay una nación, o mejor, una raza, para la cual los sucesos presentes significan, al mismo tiempo, el balance de un nuevo orden de cosas establecido, y el comienzo de otro período de su historia. El Imperio Alemán fundado en 1870, presenta hoy al mundo en esfuerzo titánico, merecedor de las más diferentes apreciaciones, el resultado de cuarenta años de labor. La familia germánica no había nunca actuado, unida y de manera tan activa y continuada, en la obra de la civilización, como lo ha hecho después de la creación del nuevo Imperio; y las pruebas, las manifestaciones de su cooperación al progreso humano, ya todos los historiadores se aprestan hoy a recogerlas para clasificarlas en un período indudablemente terminado.

Entre esas manifestaciones vitales del espíritu germano moderno, ninguna tiene más derecho a despertar la atención de las inteligencias que la acción literaria, y en ésta, sobre todo, el movimiento lírico. Un grande y justo prestigio de poesía cubre como un manto de oro la aridez casi absoluta de la historia del alma alemana hasta el siglo XVIII; pero es tan puro el oro de ese manto, tiene él tanto reflejo espléndido, que ante la visión de los poemas rudos y de "lieder" llenos de encanto, los ojos son presa de admiración y olvidan la desnudez que resta.

Si ese lirismo es de lo más noble del ayer espiritual del pueblo germano, cuando hoy él ha entrado a la escena de las naciones y vivido, como el que más, de la intensa vida de los

pueblos modernos, es natural que sea vivo el deseo de conocer cómo tanto ensueño de ayer y tanta agitación de hoy se han unido, y qué forma, qué característica principal han dado, juntos, al espíritu alemán.

La historia tendrá, pues, una atención especial para el movimiento lírico del Imperio Alemán de 1870, que, cualquiera que sea el resultado definitivo de la contienda actual, ha terminado su primera etapa histórica en 1914.

Estudiar las manifestaciones poéticas de esos 44 años sería no ya conocer la verdadera obra lírica del nuevo Imperio, sino simplemente recorrer la poesía alemana, entre dos fechas; por eso hemos creído más justo, más de acuerdo con el pensamiento de darnos cuenta de cómo el nuevo orden de cosas ha influído sobre el alma de la raza, estudiar la literatura poética alemana desde 1880-85, fecha en la cual las reacciones determinadas por los acontecimientos del 70 se manifiestan netamente, y en que las influencias del medio que se formó con la guerra y el gran desenvolvimiento económico han ya dado a los espíritus características especiales.

La poesía alemana de fines del siglo XIX y de principios del actual es la compañera del intenso movimiento económico y militar del nuevo Imperio: es la mitad, la parte superior del espíritu de ese tiempo. Mientras el desarrollo financiero e industrial y el esfuerzo militar son conocidos universalmente y estudiados, la parte del intelectualismo, y, sobre todo, lo referente a la poesía, permanece en segundo plano y casi ignorada para nosotros los del mundo hispano.

Las páginas que siguen son, pues, un ensayo que hemos creído era la hora de intentar para dar a conocer al público de habla castellana la evolución lírica de la Alemania moderna (1).

---

(1) Si la parte alemana de la literatura del Imperio Austro-Húngaro no nos autorizara ya a reunir, sin mayores explicaciones, sus poetas a los del Imperio Alemán, la guerra actual, que une estrechamente la familia germánica de las dos grandes naciones, nos invitaría a hacerlo. Atendiendo a esta última razón y a la idea general de nuestro estudio, nos ha parecido oportuno silenciar otros poetas de lengua alemana—como, por ejemplo, el poeta suizo Karl Spitteler, cuyo poema épico *La Primavera Olímpica (Der Olympische Frühling)*, es tal vez, en su género, lo más perfecto que posee la literatura contemporánea—que por su inspiración e ideales están apartados de la evolución lírica germana que vamos a referir.

I

La unidad de Alemania, la constitución de la patria en nación una y fuerte, fué durante siglos el sueño irrealizado, la aspiración de los artistas primero, de los pensadores después, de raza germana. Mientras que los Emperadores empleaban fuera de la nación sus energías en proyectos de hegemonía mundial, en luchas con el papado, etc., permitiendo y las más de las veces fomentando la anarquía interior entre los grandes o los pequeños vasallos, los poetas alemanes—y, sobre todo, ese gran poeta, el pueblo, en la floración magnífica de sus "lieders"—predicaban la unión de la raza, el fin de querellas ridículas, la constitución de una patria grande. Y cuando la Revolución francesa esparció sobre las Alemanias, como decíase entonces, sus nuevas ideas, sus concepciones políticas y sociales novedosas y cautivantes, y el pueblo tuvo una vaga conciencia de sus derechos y sus poderes, entonces, con mayor energía y disciplina, amparáronse los pensadores y poetas alemanes del proyecto de la unidad nacional.

Ese ideal que había vivido en las canciones por tantos siglos, entró al fin en la senda de las posibilidades realizables, favorecido, primero, por el levantamiento nacional que sucedió a las victorias napoleónicas, y luego por la desilusión que el Congreso de Viena causó en todos los espíritus cuando la política de Metternich consolidó una vez más la anacrónica repartición de la Alemania feudal. De entonces las aspiraciones unitarias confundiéronse con la lucha por la libertad política, e iban a desenvolverse acordes con la evolución que las ideas de la Revolución había de tener en Europa. Así los movimientos de 1830 y 1848 tuvieron en Alemania su contraparte. El último más profundamente, pues a los motines de Viena, Munich, Berlín, etc., siguió la reunión del Parlamento nacional de Francfort, asamblea popular en la que hallóse una representación numerosa y brillante del pensamiento alemán, lo cual, sin embargo, no libró al cuerpo de un fracaso triste y ruidoso, cuyas causas estaban no en los hombres, sino en faltas más de forma que de fondo, debidas principalmente a la ignorancia absoluta de vida política que padecía Alemania.

Al hundimiento de tan nobles ambiciones, próximas a la cristalización, siguieron naturalmente medidas coercitivas que, como espada de doble filo, al mismo tiempo segaban las aspiraciones de libertad que los esfuerzos por la unidad nacional. Pero hubo, sin embargo, en esos reinos y principados, todos desconfiadizos y llenos de rivalidades, un gobierno, o, mejor, un hombre, que sin ceder nada ante las reivindicaciones liberales, comprendió y esforzóse en realizar el pensamiento patriótico de la unidad en provecho de su estado y de su rey.

Es importante anotar cómo la primera realización del ideal unitario alemán se hace bajo una forma puramente económica —el *Zollverein*—, pues es ello hasta cierto punto una negación de los principios mismos de la unión de la raza germana que aparecen en el gran filósofo Fichte, su más notable teorizante y apóstol, constituída por la universidad de hombres que usan la lengua alemana, que participan de la cultura filosófica, literaria y religiosa germánica, que creen en la libertad y el progreso eternos de la raza humana. La unidad alemana es concebida como una unidad esencialmente moral, y para Fichte la unión política misma, es inútil.

Pero contrario a los pensares del filósofo del yo, la constitución de su patria debía hacerse no sólo por medidas económicas, sino ser el resultado de una guerra; nacer, no del desenvolvimiento de la libertad, sino del choque de las armas; y al venir al mundo, aparecer armada de todas las armas, de las de la defensa y el ataque en las batallas campales, y de las que el progreso de la ciencia y de la industria ha dado al hombre para la lucha cuotidiana de la existencia.

De Alemania, país en el cual el entusiasmo lírico había encontrado siempre ruta franca y tierra propicia, desde la explosión popular de los *lieder,* hasta la obra de pensamiento y de arte de un Gœthe; donde las construcciones de los metafísicos y el inquirir de los teólogos, fueron como en parte alguna fecundos y atrevidos; al lograr su unidad y formar, después de tantos siglos de esperanza y de esfuerzos, una nación, una patria, había derecho a esperar que entonces, más o igual que en las épocas anteriores, mostrase el alma germana las virtudes y energías que posee; se presentase, pareada de todos sus tesoros es-

pirituales, a participar y consagrar la fiesta, el apoteosis del nacimiento de la nación. Pero, para esa hora al fin llegada, la raza había soñado tanto, pensado y cantado tanto, que la tensión psíquica que duró siglos, al momento del triunfo, del arribo a la cima, se afloja y, lacia, se termina. Tal hecho sería, hasta cierto punto, explicable tratándose de otro pueblo que el germano; pero éste ha dado pruebas de una energía espiritual tan fuerte, de una facundia lírica tan rica, que el historiador debe recusar esa explicación e inquirir en el desenvolvimiento mismo de los acontecimientos otras causas más poderosas que han ocasionado esa detención, esa ausencia momentánea del genio lírico germano.

Tal vez en la génesis misma de la unidad germana, bajo la forma actual del Imperio, hallará la Historia las causas de ese eclipse poético que siguió a los triunfos de 1870. El último período de labor por integrar la patria alemana, no corresponde a los esfuerzos anteriores ni es continuación directa de ellos. La obra de Bismarck, tan netamente alemana por otros lados, no va en cierto sentido acorde con el pensamiento nacional de su época. El fracaso del Parlamento de Francfort y las medidas de represión de los gobiernos, generaron en los espíritus un estado de negación, de laxitud, de abandono de la campaña y las aspiraciones patriotas. Es esa atmósfera la que acoge y facilita el triunfo de la filosofía pesimista de Schopenhauer, e influye la obra teatral de Hebbel y de Wagner. La realización de la unidad no parece próxima: otras inquietudes poseen en ese momento el alma alemana: la evolución económica del siglo XIX se efectúa, por entonces, en Alemania con una violencia casi revolucionaria, facilitando el enriquecimiento de unos y haciendo a la mayoría más difícil ganar el pan. Bismarck fué, pues, la levadura que de las pocas energías y de las muchas incertidumbres que se dividían el alma alemana, hizo el fermento de la ambición nacional, primero encaminada a la creación de la patria y luego para vastos planes de dominación y hegemonía mundial.

Cuando estaban no apagadas, pero sí adormidas las aspiraciones unitarias, fué cuando el gran ministro prusiano tomó de alta mano la realización de la unidad nacional, sirviéndose para ello, no de las nobles teorías de los filósofos, ni de los cantos de

los bardos [2], ni del mismo entusiasmo popular hasta en el último momento, sino siguiendo y valiéndose sólo de una prosaica y provechosa política, cuya calidad moral no es este el lugar de analizar, pero sí de decir que Alemania había hasta entonces completamente ignorado practicarla.

Si las teorías pesimistas favorecieron en muchos espíritus las tendencias de renunciación, de conformidad, ellas debían investir en otros de un carácter especial a una modalidad psíquica, que nacía en Alemania al mismo tiempo que en casi todas las otras naciones de Europa, engendrada por el desenvolvimiento de la industria, por los progresos del capitalismo y como coronada y consagrada por los triunfos de la ciencia y las últimas hipótesis de la filosofía. El espíritu realista que reinó sobre Europa en los años medios del pasado siglo, y que tuvo en la filosofía materialista y en el segundo imperio francés sus fomentadores principales y sus más altos representantes, determinó en ciertos espíritus, en Alemania, una reacción contra lo que había sido siempre característica psíquica de la raza teutona. En los hombres políticos, en un grupo reducido, pero enérgico, de pensadores, en algunos artistas y en los directores del comercio y de la industria, la tendencia realista tomó actitudes y se manifestó con un relieve casi brutal. Y a estos sentimientos de las clases superiores correspondió en las masas, en número reducido, naturalmente, el establecimiento de las bases de la organización socialista alemana, de la democracia social actual.

Cuando los triunfos de 1870 crearon el Imperio, la nación estaba inyectada por gérmenes extraños y contrarios a los que fueron por siglos sus virtudes típicas. No que todo el pueblo alemán estuviese el 70 impregnado de realismo; pero los bacilos de esta tendencia, diseminados en diversas partes de la sociedad, no esperaban, para fecundar a toda el alma germana, sino el más mínimo favor de los acontecimientos. Los triunfos militares fueron el primer hecho favorable; los millones de la indemnización francesa, el segundo.

(2) Sin embargo, es preciso no olvidar que Bismarck ha dicho: "Yo cuento el "lied" entre los *imponderables* que han preparado y facilitado el éxito de nuestros esfuerzos por la unidad." Pero eso lo decía *después* de realizados sus proyectos.

Los primeros años del nuevo imperio germano son tal vez, desde el punto de vista económico, el más notable, el más sorprendente de los períodos que registra la historia humana (3). En el *Gründerjahre* (4), un pueblo entero, numeroso, cambia radicalmente la esencia de su espíritu, y de soñador a la caza de quimeras e ideales que era ayer, se despierta hoy apasionado de lo real, admirablemente dispuesto para la lucha de la vida moderna, intensamente positiva. El pueblo alemán se lanza a especulaciones y empresas financieras e industriales con un furor salvaje, "que no se encuentra igual en la historia de ningún otro pueblo civilizado", escribe uno de los más notables pensadores germanos, Rudolph Meyer (5).

La unidad germana, que vivió por siglos en las regiones inaccesibles de la poesía, que fué amparada por las más generosas teorías de los filósofos, cuando se realiza es en una atmósfera netamente antilírica. No que las manifestaciones de la vida moderna sean contrarias a toda poesía—más adelante habremos de estudiarlo—, sino porque el Imperio Alemán del 70, creado, en parte, en medio a la indiferencia de los espíritus, en un momento de atonía de la sensibilidad poética, y teniendo como causa y resultado inmediatos una guerra y un desenvolvimiento económico, desvió el alma alemana de sus seculares rumbos y rompió la armonía interior de los espíritus. Y toda desarmonía, toda ruptura de la síntesis psíquica, produce en el hombre, y más en un pueblo, estados antilíricos.



No fueron, pues, sólo los acontecimientos del 70 los que produjeron esa depreciación tan marcada de la lírica y del pensamiento germanos: y el mismo gran historiador Treitschke tal vez va más allá de su pensamiento cuando exclama: "Diríase que el ruido de las armas ha hecho brotar una nueva raza de beocios que está en tren de ahogar la inteligencia de las artes y

(3) Ver entre otras muchas obras importantes que estudian este período, la muy notable de Wells: *Economic changes.*

(4) Llaman así, en Alemania, a los cuatro años que siguieron a la guerra de 1870.

(5) *Politische Gründer und die Corruption in Deutschland.*

de la ciencia." Y otro crítico alemán constata con dolor que "nunca las circunstancias fueron más favorables para una epopeya alemana. La materia estaba ahí, presta: sólo se necesitaba una mano creadora para sacar los gérmenes fecundos y extraer una bella obra de arte. Pero parece que los ojos hubiesen sido cegados y las manos paralizadas; es cierto que la mediocridad se ostentaba triunfadora, llenos los labios de frases hueras y de banalidades sonoras." (6) Y la gran cosecha lírica perdióse, falta de brazos musculosos que la recogieran.

¿Por qué ello? Las causas anteriormente anotadas, si explican la atonía lírica que va de mediados del siglo hasta el 70, no pueden ser ellas solas eficientes al estudiar la literatura alemana de las primeras décadas del nuevo Imperio. El pesimismo y el realismo que presidieron el nacer de la unidad, al cabo de poco tiempo debieron ser contrabalanceados por otras influencias nacidas del mismo nuevo orden de cosas. Y así fué. En una de las más fuertes y aplaudidas novelas alemanas de principios de este siglo, *Los Buddenbrook,* de Tomas Mann, está descrito el cambio que en la vida escolar produjo el nuevo Imperio. "En ese establecimiento (la escuela) donde la educación clásica era antes el objeto alegre por el cual se trabajaba sin prisa excesiva, con juvenil idealismo, las ideas de autoridad, de deber, de poderío, de disciplina, de "carrera a hacer", vinieron a obtener el primer puesto. La Escuela vino a ser un Estado en el Estado; un Estado, donde la tiesura del funcionarismo prusiano dominaba tan profundamente, que no sólo los maestros, sino los discípulos también, tenían el sentimiento de ser empleados." Hemos escogido este ejemplo entre muchos, porque él nos muestra la base misma de la formación del alma alemana moderna, cómo las ideas aportadas por el nuevo orden de cosas eran distintas a las que Alemania practicó por siglos.

El genio germano se había manifestado siempre en un medio esencialmente libre: no reconociendo ni sufriendo trabas en la realidad ni en la ficción. Gœthe dice haber colocado su *Wilhelm Meister* en una sociedad de cómicos, para simbolizar y

(6) B. LITZMAN. *Das Deutsche drama in den litterarischen Berwegungen der Gegenwart.*

representar mejor la vida social de su patria. No poseyendo una existencia política, ni ideales nacionales activos, y sometido durante siglos al humor veleidoso de príncipes, ora tiranos, ora generosos, el espíritu alemán se desarrolló magníficamente libre, abierto a todas las influencias y desenvolviéndose profusamente en todos los sentidos; y así la esencia primitiva de la raza que tal vez demandaba limitación y poda, conservó junto a sus cualidades, sus defectos innatos. Con la constitución del Imperio y la presencia de un verdadero gobierno; con el movimiento de una vida política, regulada y activa, el alma lírica alemana debió necesariamente sentirse estrecha, constreñida, imposibilitada, de esos desbordamientos, de esas orgías del intelecto y de la imaginación a que estaba acostumbrada. "La poderosa figura de Bismarck que se elevaba sobre el Imperio, nos producía, a nosotros los jóvenes, como una impresión de estupor. Creíamos que sin su voluntad, ningún soplo de viento, ningún rayo de luz podía producirse. Yo no digo que el gran hombre de Estado haya imposibilitado algo del desenvolvimiento nacional, pero no es menos cierto que toda su grandeza pesaba sobre la juventud alemana" ([7]), escribe uno de los más ilustres representates de la generación que comenzó a actuar en la segunda década del Imperio. La juventud alemana tenía el sentimiento de grandes cosas, aspiraba a ejecutarlas; pero ante el férreo Canciller ella se preguntaba inquieta: "¿Qué podemos, qué debemos hacer? ¿Qué nos resta ejecutar?" Era como si la realidad hubiese absorbido al Ideal. Y a un Ideal alemán...

Pero, además de esas causas generadas por el nuevo orden político, el alma alemana ha recibido la influencia de otras, nacidas del estado de desarrollo actual de la humanidad. Wagner ha escrito que "el alemán ama la acción que sueña". Toda la historia germana, hasta el 70, es ciertamente un continuado batallar por ideales—nacionales, religiosos, políticos, sociales, individuales—; esas luchas satisfacían, pues, a la vez, el instinto de la acción y el del sueño. Pero, después de creado el Imperio, si los combates por la existencia han continuado, no emplean ellos todas las energías del ser en síntesis perfecta, ni poseen esa

(7) ADOLFO BARTELS: *Die Deutsche Dichtung der Gegenwart.*

prestancia y esa belleza que decoraba a los anteriores. No que se niegue belleza y nobleza a la lucha por la vida actual en sus variadas manifestaciones, en las aspiraciones del Imperialismo, en los esfuerzos del socialismo internacional, la competencia económica, o los progresos de la ciencia y de la industria. En todo esto hay indudablemente una gran poesía, igual, si no superior, a la que inspira Iliadas, Divinas Comedias y Faustos; pero por una consecuencia natural, un resultado lógico del adelanto inusitado de nuestra época, el hombre contemporáneo sufre un dualismo profundo en su ser, causado por sus sentimientos, su vida diaria y su imaginación y aspiraciones.

Le rêve ancien est mort et le nouveau se forge;
Il est fumont dans la pensée et la sueur
Des bras fiers de travail, des fronts fiers de lueurs,
Et la ville l'entend monter du fond des gorges
De ceux qui le portent en eux
Et le veulent crier et sangloter aux cieux,

ha cantado uno de los más grandes líricos modernos, Emilio Verhaeren. Y mientras ese nuevo Ideal, terminado, se posesione por entero del hombre moderno, éste ha de llevar, como la ración a la grandeza de su época, el peso de un hondo sentimiento de inquietud, de ese "incompleto" que decía Walt Whitman: no la inquietud romántica de René y de Manfredo, sino una más profunda, más consciente, formada del presentimiento de las grandezas que escapan al hombre y de la conciencia de la grandeza del hombre.

"Pintarrajeado de signos del pasado", como con razón lo llamó Nietzsche, el hombre actual vive en un mundo y sueña y piensa en otro; y ese abismo en medio del ser es obstáculo grande a la manifestación de un lirismo puro e intenso, donde el hombre entero, en síntesis perfecta, se exteriorice ([8]).

Y si tal dificultad lírica se hace sentir, más o menos, en todas las literaturas contemporáneas, ella debe ser mayor en

---

(8) "El universo y la vida nos presentan actualmente tanta obscuridad y desrazón; estamos demasiado conmovidos por las grandes contradicciones de la existencia para poder, del fondo de nuestra alma y con un perfecto abandono, transformar en pensamientos placenteros la mayor parte de nuestra existencia, y contemplar con una alegría pura la armonía del conjunto."—R. EUCKEN: *Geistige Strömungen der Gegenwart.*

Alemania, donde es característica psicológica de la raza, como lo dice Wagner, el amar, identificar las manifestaciones exteriores de la vida al libre juego de la imaginación. Más adelante hallaremos en la literatura alemana contemporánea actuales y grandes poetas, de los que han sentido y cantado la vida moderna entera, acción y ensueño; pero el hallazgo de dos o tres de esos cantores en la literatura de una nación como Alemania, que ha poseído siempre una abundancia lírica magnífica, y que últimamente ha vivido, como el que más, la apoplética existencia de los pueblos modernos, es la excepción que confirma la regla de una depresión poética del espíritu germano.

Todos los historiadores y críticos alemanes son unánimes en reconocer que la unidad nacional y la creación del Imperio no han sido favorables a las letras germanas. No es sólo el malhumor de Nietzsche, que lo hace exclamar: "El azar quiere que yo tenga la mala fortuna de ser contemporáneo de un empobrecimiento del espíritu alemán, de una desolación que causa dolor"; sino también serenos y doctos historiadores proclaman el caso. Uno de los más notables críticos contemporáneos, de Alemania, el doctor Adolfo Bartels, define el período moderno de la literatura de su patria, como período de decadencia. "Con Gœthe ella alcanza su cima y después, lentamente, es el descenso". "Pero no tiene éste, agrega el crítico, la regularidad que poseyó la ascensión: es él alternativo, con acciones y reacciones, donde se produce un gran número de obras de una originalidad imprevista y vigorosa, que logran retardar y contener la caída inevitable de la literatura alemana" (9). En su parte moderna no encontraremos esas agrupaciones de espíritus selectos que en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX dieron tan merecida fama a Alemania; pero sí nos retendrá el relieve interesante de varias bellas individualidades.

Además, no es sólo en literatura que la historia alemana moderna presenta esa transformación espiritual de la raza. Hay un fenómeno, no literario ni artístico, sino general a toda el alma de la nación. Un historiador alemán de fama universal, el profesor Karl Lamprecht, divide la evolución psicológica de su

---

(9) ADOLFO BARTELS: *Geschichte der Deutschen Litteratur.*

patria en cinco períodos. "A una época simbólica de la vida psíquica que se extiende hasta el siglo IV, sucede un período de educación típica que dura hasta el tiempo de los emperadores sálicos; a este período suceden los siglos convencionales de los Hohenstaufen y el declinar de la edad media. En seguida comienza la época fuerte del individualismo con la Reforma y el Renacimiento, que se termina en el siglo de las luces. Finalmente, a mediados de este siglo XVIII nace el período de sensibilidad, de tempestad y de asalto *(Sturn-und-Drang),* del clasicismo y del romanticismo, que acaba en su primera faz—subjetiva—hacia 1870. Nosotros pertenecemos todavía a esa época, actualmente en su segunda parte, perfectamente definida ya, como de la excitación nerviosa permanente, del Impresionismo *(Reizsamkeit)* ([10]). Como causantes de esa nerviosidad, casi patológica, Lamprecht anota principalmente los progresos de las maquinarias, la facilidad y rapidez de los medios de comunicación, el aumento de las fortunas privadas, el abandono de los campos por las ciudades." Pero tal vez las causas apuntadas por el profesor de Berlín no son las solas generadoras del impresionismo espiritual de su patria: podrían citarse otras naciones donde hay una intensidad de vida igual que en Alemania, sin que esa movilidad psíquica se observe. Pero el profesor Lamprecht, recordando las causas exteriores, físicas, principalmente, ha olvidado, o tal vez excluído conscientemente, por el prurito nacionalista que inspira su obra, sin embargo tan notable, reconocer las influencias intelectuales quc los otros países han ejercido sobre su patria. Pero Alemania es una nación de Europa, ella participa de la civilización moderna por acciones y reacciones, y en el análisis de su espíritu hay que establecer los extranjeros aportes.

Al estudiar la psicología de un pueblo, debe también determinarse, con toda imparcialidad, en qué grado los ideales particulares de la nación se acuerdan con los ideales generales de la humanidad. Porque si un ideal nacional se opone a las aspiraciones generales de la civilización, tal encuentro tiene que pro-

---

(10) KARL LAMPRECHT: *Zur jungsten Deutschen Vergangenheit.*

ducir en los espíritus un choque, crear un estado de instabilidad, mayor, naturalmente, en los espíritus elevados, que por serlo tienden a absorber y armonizar las dos aspiraciones. Algo de esto presenta el alma moderna de Alemania, donde al impresionismo intelectual de las clases superiores, corresponde, en las masas, el gran progreso del socialismo. Y otra causa que no debe olvidarse, sobre todo tratándose del arte moderno alemán, es la influencia de Wagner. Este gran genio lírico no ha realizado una obra armónica, mucho menos serena. Como el crítico Pablo Wiegler escribe: "Wagner dirige en dos sentidos opuestos su mundo artístico. En 1852 se reclama del optimismo helénico, y dos años más tarde, del pesimismo germánico." Y así su influencia poderosa en un gran número de espíritus, no pudo ser una sana disciplina.

El individualismo y el subjetivismo de los períodos anteriores ha alcanzado en Alemania, en los últimos años del siglo XIX, su extrema intensidad: aumentando cada vez, primero se manifiesta en personalidades enérgicas, y luego en una división interior de la misma personalidad, en naturalezas *polifomas* como gustan decir en Alemania.

Hasta 1890-95 la excitabilidad o el impresionismo fué, según Lamprecht, realista, fisiológico, representado en lo político por Bismarck y en literatura por el barón Detlev von Liliencron. De 1895 al presente, el impresionismo es idealista, psicológico: y el historiador analiza y contempla bajo ese predicado la política de Guillermo II y la obra lírica de Ricardo Dehmel y de Hugo von Hofmannsthal.

Cualquiera opinión que esas clasificaciones merezcan, hay que reconocer que expresan, en términos más o menos convencionales, hechos muy reales. Por lo que corresponde a nuestro tema, el impresionismo—fisiológico y psicológico—es innegable. Cuando en 1880 hubo pasado la terrible efervescencia de la victoria y de la especulación, y la vida nacional entró por sendas más normales, el estado de la literatura alemana era verdaderamente lamentable. Fué entonces cuando un novelista mediocre, Karl Bleibtren lanzó un manifiesto revolucionario en literatura *(Revolution des Litteratur)* que no tuvo casi importancia ni en la opinión ni sobre los artistas; y dos años más tarde, en una publi-

cación sin influencia por el momento [11], pero cuyos autores tendrían más tarde un lugar importante en las letras alemanas, escribían los hermanos Enrique y Julio Hart: "Una oscilación se ha hecho epidémica en nuestra literatura. Hoy los románticos tiran de su arsenal una edad media puesta a la moda del día; mañana la Joven Alemania cree hacer maravillas cantando política y reforma social. En el amanecer, Platon, Rucker, van a embriagarse en los misterios de Oriente, y por la noche nos encontramos todos donde nuestros maestros por excelencia, los franceses."

II

De 1880 a 1885 germina, con todas las efervescencias de las eclosiones, la literatura alemana contemporánea. Mientras una poesía vacua y oficiosa declamábase en la alta y mediana sociedad, y un completo entorpecimiento lírico cerníase sobre el resto de la nación, unos cuantos espíritus, artistas y abiertos, doloridos e indignados de tal estado de cosas, reuniéronse y nació la "más joven Alemania" *(das jüngste Deutschland);* inspirada, en política, en la joven Alemania de Heine y de Gutzkow, y en arte en Gœthe; pero no en el Gœthe olímpico, en el sereno autor del segundo *Fausto,* sino en el Gœthe revolucionario, en el de *Werther* y *Goetz de Berlichingen.* Y a estas inspiraciones nacionales la nueva escuela juntó las influencias extranjeras que habían de determinarla y definirla. Zola, Tolstoy e Ibsen, fueron sus verdaderos directores.

El naturalismo francés tardó bastante en atravesar el Rin; pero una vez conocido en Alemania, le tocó hacer reaccionar enérgicamente el espíritu lírico y presidir el nacimiento de la literatura contemporánea. La representación de *Teresa Raquin* en Berlín y las doctrinas del Naturalismo en el teatro impresionaron fuertemente a toda la juventud. Las letras alemanas han guardado de sus clásicos, de Lessing y de Gœthe especialmente, una gran inclinación hacia la escena; y las teorías teatrales de Zola debían hallar en ese país espíritus dispuestos a

(11) *Kritische Waffengänge.* (Leipzig 1882-84.)

acogerlas con entusiasmo. En abril de 1889 un grupo de jóvenes, hoy de los primeros representantes de la intelectualidad germana (12), fundan el teatro libre *(Freie Bühne)*, y una de las primeras obras estrenadas fué *Los Espectros*, de Ibsen; junto con Zola vino el gran escritor del Norte a dirigir los jóvenes espíritus. Y al lado de estos dos fuertes cerebros, Tolstoy, Gogol, Maupassant, Dostoiewsky, Baudelaire, Bjorhson y otros, completan el caudal de aguas a donde la juventud alemana de entonces, ansiosa de inspiraciones fuertes, de nuevas indicaciones y de horizontes amplios, va a abrevarse.

El naturalismo alemán fué original, fogoso y corto. Tal vez llevaba en su misma originalidad el germen de la muerte, o mejor, de su evolución. Arno Holz, que fué su principal apóstol, y que lo practicó con entusiasmo, proclamaba la transformación, libertad y el renovamiento de todo el arte, no la literatura sola, sino música, escultura, etc., también, por medio de un "naturalismo integral" que debía corregir y pasar a Zola. A lo retórico, a lo convencional, a las expansiones subjetivas, individuales y egoístas, iban a suceder la descripción exacta de la realidad, un generoso objetivismo libre de todo sentimiento personal, pero lleno de ideas profundas y trascendentales, que debía combatir por la revolución y la democracia. Al atravesar el Rin las teorías de la escuela francesa recibieron un refuerzo de sangre, joven y revoltosa. La factura también fué transformada: a la prosa algo romántica de Zola y al rebuscamiento artístico de los Goncourt, los discípulos alemanes hicieron suceder la simple anotación de ideas y hechos, casi independientes unos de otros, sueltos, con lo cual querían aproximarse a la verdad fotográfica. Así fueron compuestos, en colaboración de Arno Holz y Johannes Schlaf, primero, una colección de "nouvelles", *Papa Hamlet*, y luego un drama, *La familia Selicke;* los modelos, los *specimen*, del naturalismo alemán: cuadros de las bajas clases, donde las costumbres, las actitudes, las ideas y has-

---

(12) Entre otros, Maximiliano Harden, el talentoso y audaz polemista, director de *Die Zukumft;* Teodoro Wolf, director del *Berliner Tageblatt;* el profundo crítico, doctor Otto Brahm; Fritz Mauthner, ilustre filólogo; y los hermanos H. y J. Hart, de quienes hablaremos después detalladamente.

ta el lenguaje de los personajes, están escrupulosamente transcritos. Y sin embargo, tanto entusiasmo y tanto trabajo sólo crearon obras bien artificiales.

Pero la originalidad y las energías desplegadas por los naturalistas alemanes, no lo fueron en balde. De las teorías de la joven escuela resultó para las letras alemanas una sana disciplina, un útil ejercicio para aproximarse a la realidad y asirla. La lengua alemana es como una alegre y ágil colegiala, capaz, igualmente, de tomar nobles actitudes que de arrastrarse por tierra sin gracia alguna; y el método naturalista fué para los poetas y prosistas germanos una gimnasia admirable para domar la frase y sujetarla a lo real. Por ello las letras alemanas presentan en la época contemporánea un número relativamente mayor de poetas concisos y de prosistas enérgicos y elegantes, que en períodos anteriores.

Pero no fueron esas ventajas de forma las únicas que obtuvieron las letras alemanas del movimiento naturalista. Representando en las esferas intelectual y artística las tendencias de democracia, de humanidad, todos los radicalismos sociales, las teorías naturalistas debían necesariamente provocar, en el medio férreamente disciplinado del Imperio, una reacción del individualismo, y así liberar el lirismo. La obra que es sin duda el resultado más brillante de esas doctrinas, en todos los sentidos del vocablo es una obra de revuelta.

Los Tejedores, de Gerhardt Hauptmann, representado en 1891, es como la consagración e integra todo el movimiento naturalista alemán. Lleno de un gran sentimiento de libertad y de amor exteriorizado en ideas bellas y nuevas, el drama sigue fielmente las disciplinas de la escuela, exageradas muchas, y que sólo el talento genial de Hauptmann libra de lo caricaturesco. Pero el espíritu de este dramaturgo parece haber sido creado especialmente para infundir una vida de belleza a cuanto de generoso y de artístico encerraban las doctrinas de sus compañeros. Párrafos más adelante habremos de ocuparnos más detalladamente en la personalidad de Hauptmann: aquí su nombre sólo recuerda que el naturalismo alemán, lleno de cualidades y de defectos, ha inspirado y ejecutado una de las obras más fuertes del teatro moderno, la cual es, también, una de

las más líricas producciones de la literatura alemana de nuestro tiempo.



Mientras los naturalistas lanzaban teorías y se disputaban, y se formaba la atmósfera que presidió la eclosión del talento de Hauptmann, fueron publicados los primeros versos de un hombre que, en vida errante y solitaria, ha elaborado la poesía más sincera, más fresca, de la Alemania moderna. En la persona del Barón Detlev von Liliencron encontrarán los críticos una aplicación fecunda de las teorías tainianas de la raza y del medio. Liliencron, por su padre, pertenece a una familia noble; pero su madre era hija de un general de América del Norte, y su abuela era una campesina. Así encontráronse en el poeta dos sangres diferentes, con toda la oposición de sus prejuicios y de sus ambiciones; y tantas contradicciones el bardo las hizo reconciliarse en la acción: vida y canto.

Amador, desde temprano, de la vida azarosa y andariega, Liliencron entra, a los 19 años de edad, en el ejército: hace la campaña del 66 contra Austria, del 70 contra Francia, y después de ésta, "por faltas y por heridas", es licenciado. Pero fuera de la milicia, el barón poeta no piensa sino en buscar motivos a nuevas aventuras y se embarca para los Estados Unidos, donde, al decir de sus íntimos, la vida material le fué tan dura que el poeta guardó siempre sobre esa época el más impenetrable mutismo.

Vuelto a su patria, el bardo obtuvo un empleo civil, pero ¡qué empleo! Jefe-vigilante en un islote de la mar del Norte, donde la tempestad ruge a diario y la sociedad de los hombres no existe. En ese peñón solitario el genio poético de Liliencron se reveló. "Aquí es donde he hallado la calma que nunca encontré en la sociedad", ha escrito él. Ante los elementos desencadenados, la naturaleza dinámica de Liliencron, condenada a una pasividad de acción casi absoluta, tomó otros rumbos y desbordóse en canto. El hecho merece ser atentamente analizado por los psicólogos.

En 1883 aparecen los *Adjutantenritte (Notas de un ayudante):* el primer libro de versos de Liliencron: poesías de re-

cuerdos, confesiones, escenas de la vida anterior del poeta. En este primer volumen la inspiración es todavía más fresca, más libre, que en los que le siguieron. Un mucho de romántico, que el barón conservó siempre, aparece aquí más fuertemente. Pero el lirismo de Liliencron debía recibir la influencia del medio espiritual de su patria. Los *Adjutantenritte* vegetaron varios años en la obscuridad, y sólo cuando el movimiento naturalista despertó en Alemania una cierta efervescencia artística, fué cuando los versos del barón empezaron a ser conocidos y admirados: admiración que aumentó constantemente hasta su muerte, en 1909, y que hoy lo coloca entre los grandes poetas de su patria.

La guerra, los sports, el amor y el vino, son los temas preferidos de Liliencron. Es decir, todo lo que implica movimiento, lucha, empleo de las energías humanas, fuertemente poseídas. Por eso muchos han querido ver en este poeta un bardo nietzschiano y han proclamado la influencia del filósofo. Pero no hay nada de ello. Ciertamente Liliencron es cantor dionisíaco tal como Nietzsche lo define, que envuelve las cosas de una belleza nacida de la expansión de las propias energías; pero las doctrinas del filósofo, además de ser, en su mayor parte, cronológicamente posteriores a las primeras estrofas del poeta, no podían venir a producir un estado de alma que, como el de Liliencron, estaba ya perfectamente determinado por toda una existencia anterior. Y no deja de ser interesante hallar en una misma nación, y en una misma época, dos naturalezas como Liliencron y Nietzsche, en las que la teoría y la práctica, una predicación moral y unas estrofas aladas, se complementen tan perfectamente.

El autor de *Zaratustra* tal vez no tendrá discípulo más fiel, ni comentador líirco más entusiasta que el antiguo capitán. Poco antes de morir, Liliencron exclamaba:

Antes que mis despojos sean depositados en la tierra
Y que todo expire en mi redor, yo quiero gritar, bien alto:
¡Viva la vida!

Y ese su último grito lo había lanzado él siempre. "Sé alegre, vive tu vida como respiras la luz. Eleva tu vida hacia el

gozo y la belleza, mientras la poseas'', exclama en otra parte. La existencia para él era algo sencillo y bueno. Contrario a Nietzsche, él proclama: ''Oh Dios, que la vida es buena!'' Y esta diferencia radical de apreciación con el filósofo, es la razón de otra más marcada, que permitía a uno regocijarse en la contemplación del mundo, el discurrir de los días, mientras que el otro maldecía la existencia y tuvo que elevarse a regiones superhumanas para satisfacer la sed de goce que su corazón de artista padecía.

Pero donde la semejanza psíquica de Liliencron y de Nietzsche toma una importancia no ya personal, sino nacional, es en la forma misma del lirismo de Liliencron. Una poesía tan vigorosa, tan natural, como la de este poeta, debía manifestarse en una espontaneidad no interrumpida, desenvolverse magníficamente seguida: y sin embargo, tan rica vena poética se presenta de una manera fragmentaria. ''Liliencron trajo a nuestra poesía lo que el impresionismo ha aportado a la nueva pintura. Él innova el impresionismo laico, el arte de fijar en una forma poética momentos que ningún ojo había hasta ahora logrado fijar.'' (13) No se juzga ahora del valor artístico del impresionismo de Liliencron, sino se constata que igual que la forma aforística empleada por Nietzsche, revela él, en dos altas personalidades de la Alemania moderna, una gran instabilidad espiritual, un desacuerdo interior que, si nos explicamos en el filósofo, nos sorprende en el poeta, cuya inspiración y vida fueron tan una, tan bellamente unidas:

DÍAS DE MARZO.

Las nubes pardas vuelan por encima de los campos.—Los bosques lejanos aparecen cubiertos de vapores azulados.

Las grullas, que en lo alto cruzan el aire—llegan gritando en tropas nómades.

Las alondras se elevan en enjambres tumultuosos.—Por todas partes los primeros signos bulliciosos de la primavera.

Tus cintas flotan alegremente, oh niña!—con la felicidad soñada en países lejanos.

La breve felicidad flota con las masas de nubes,—tú querrías guardarla, pero debes dejarla flotar.

---

(13) Profesor y doctor Richard-Meyer, en el *Frankfurter Zeitung*, julio 1909.

En este bello poemita, que con la traducción pierde su mayor encanto, puede sin embargo percibirse el contraste que presenta Liliencron: con un genio poético vigoroso y fresco, y una exteriorización entrecortada, movediza; y no hay que creer que era una "pose" para "épater le bourgeois" la que inspira tal forma. El barón era demasiado altivo y franco para prestarse a farsas. Además, la obra maestra poética de Liliencron es la reconcentración misma de esa manera.

Su poema épico y humorístico, *Poggfred* (o La paz de las ranas), que apareció en dos partes (1896-1904) es como una confesión donde el poeta, ya trágico, ya irónico, describe su vida entera, con todos sus sueños, todas sus desilusiones, todas sus realidades. La inspiración que corre a través de toda la epopeya individual, es magnífica; y, sin embargo, a veces cómo parece ella arrastrarse, balbucear, titubeante como un discípulo inexperto. Y es también que si Liliencron es un poeta vigoroso y sincero, su psicología es toda de epidermis, a flor de nervios;—recordemos que para Lamprecht, Liliencron representa el impresionismo *fisiológico*. Lo profundo en él es raro: y ese impresionismo o movilidad le permite trasladarse de un sujeto a otro sin profundizarlo, sin hacerlo resaltar fuertemente. Según uno de sus críticos, Liliencron es un fotógrafo *inconsciente:* ello es exacto; sus visiones son "d'après nature"; pero naturaleza solamente: el hombre pensante, la conciencia humana, faltan a su obra. Ello no quita méritos a su poesía, pero debe recordarse, sobre todo, tratándose de un poeta alemán.

Su lengua es rica y nueva, conservándose, sin embargo, netamente nacional; y hasta en los ritmos que empleaba siempre prefería los metros de los poetas de su patria; y cuando hace uso de otros se disculpa:

"La estancia no es para mí más que el alvéolo—pero la miel es la de las abejas de mi patria."

Todo ello ha favorecido, naturalmente, la unánime admiración que hoy le tributan sus compatriotas.

Y el poeta-barón, sintiendo ya venir la muerte, comprendió que habían pasado ya los tiempos del heroísmo militar; que otros heroísmos, más elevados, demandaban el empleo de los entusiasmos y las energías del hombre; y él, el empedernido aventure-

ro marcial, sanguinario por momentos, él, que exclamaba: "Yo prefiero la divisa "lex mihi Mars" a la divisa "lex mihi Apolo", escribe en una de las poesías de su libro póstumo:

El día es: a la espada.
Mi espada se llama hoy:
Trabajo.

III

Por los mismos años en que las poesías de von Liliencron comenzaron a ser gustadas de la juventud alemana, tuvo ésta conocimiento de la obra extraña de un pensador vigoroso, ya enfermo cuando los jóvenes de su país empezaron a admirarlo. A muchos parecerá raro que en un estudio de la poesía alemana moderna se le dé entrada al pensador radical de *Más allá del bien y del mal;* pero, como escribe muy justamente el profesor Ch. Andler: "El hombre que vino, el monstruo que ha renovado la lengua, el pensamiento y el lirismo germanos, es un gran pensador: Friedrich Nietzsche." Mientras fuera de Alemania Nietzsche es un gran filósofo admirado o discutido, en su patria, más que el hombre de pensares atrevidos, ven en él una de las naturalezas más ricamente dotadas de lirismos; y la influencia suya en letras alemanas parte, no de las teorías filosóficas ni del apostolado social, sino de la belleza de sus imágenes, del entusiasmo que las llena y, sobre todo, de la fuerza con que las expresa.

Nietzsche, en su orgullo inmenso, se daba perfecta cuenta de la importancia nacional de su obra. "La lengua de Lutero y la forma poética de la Biblia, como elementos de una nueva poesía alemana; tal es mi creación", decía él. Y esto no se lo niegan ni sus más fogosos críticos. "No se ha de escribir después de él de la misma manera que antes que vino"; expresa en su virulento *Der Fall Nietzsche,* Johannes Schlaf. La forma de su obra ha sido, pues, uno de los elementos, uno de los "imponderables" como decía Bismarck, que forman la literatura alemana moderna y más particularmente el lirismo.

Pero no por ello, ni mucho menos, es insignificante la influencia que el fondo mismo de la obra de Nietzsche ha ejercido sobre el pensamiento poético de su patria. Por la razón misma de que ese fondo presentábase con una energía y una belleza tan irresistibles, su influencia debía ser mayor; y así fué. Pero Nietzsche no ha establecido una doctrina definitiva: el poeta-filósofo presenta diversas fórmulas de vida, de arte, etc., muchas en mutua contradicción; y para estudiar de la manera más cómoda y más rápida qué valores nuevos, qué consejos aportó él al lirismo alemán moderno, hagamos, *grosso modò,* de sus diversas teorías susceptibles de interesar la poesía, dos divisiones. Y así encontraremos en la filosofía de Nietzsche un valor lírico negativo y uno positivo.

La vida en sí misma, en su esencia, es, para este filósofo, algo horrible, miserable, poderoso y terrible: una potencia infernal desencadenada. El arte, sin embargo, puede disimularla, disfrazarla; pero bajo el antifaz ella quedará como el monstruo apocalíptico. Pero si el empuje de Dionisos es tan espantoso, se preguntarán muchos, ¿cómo puede hacer Apolo de la bestia una belleza perfecta, aunque sea en apariencia? La poesía ama los símbolos y se alimenta de ellos: pero son símbolos sencillos, naturales y humanos; y este simbolismo de Nietzsche es algo verdaderamente demasiado intelectual. El filósofo anti-intelectual, "demasiado humano", fué más de una vez, en prurito de definiciones, contra el espíritu más íntimo de su doctrina.

El lirismo es algo sano, alegre, creador y gustador del goce; y en las mismas inspiraciones tenebrosas, en los jardines enfermos de un Baudelaire, en los cuadros espeluznantes de los poetas románticos, el análisis halla esa misma poderosísima tendencia hacia el placer, desviada o falseada; como en el paladar gastado de un gastrónomo que solicita manjares fuertes, Nietzsche proclama: "por el sufrimiento hacia la belleza y el poder". ¿Por el sufrimiento? Ningún verdadero artista dirá que siente dolor en la creación de su obra, por la cual alcanza una sensación de belleza y de fuerza.

Nietzsche profesa, además, un fenomenismo radical; y proclama la doctrina del transformismo eterno, de la evolución sin principio ni fin, el nihilismo dionisíaco. Lo primero es contrario

a toda poesía, por su esencia misma, por su misma definición que dice la imposibilidad de una realidad durable de esa plasticidad, virtud primera de todo arte humano. El nihilismo dionisíaco es tal vez lírico en su fondo, de un lirismo superhumano, pero insensible a la naturaleza del hombre actual. ¿Un comienzo y un fin eternos como única verdad? El "yo pienso, luego existo", del filósofo cartesiano, es para el hombre la base más sólida de todos sus entusiasmos.

Pero a pesar de todas estas teorías antilíricas, hay en la obra de Nietzsche toda una parte de un valor poético grande. Su fogoso anti-intelectualismo, su crítica de la civilización cara al filisteo cultivado, la civilización socrática, fundada sobre el instinto de conocer e ignorando la verdadera vida, desconfiada del genio e intolerante en su mediocridad; su apostolado entusiasta para que amemos la realidad, no como a una diosa, sino como a una necesidad que debemos domar, hacer nuestra, usar, reconociéndola toda su grandeza; su crítica del arte falso, del romanticismo, de todo ensueño enfermizo, de los que se extasían ante una "realidad superior"; a lo cual Nietzsche opone el arte que nace del sentimiento humano de la propia fuerza, de la energía que tiende a desbordarse, y desbordada es la más grande creadora de belleza. Y esta doctrina del humano poderío, creador de valores nobles y bellos, que en la enmarañada sinfonía nietzschiana viene a ser como el *leitmotiv* principal, es ella sola un credo, todo un simún de lirismo que se entró despertando sonoridades nuevas en la floresta lírica de la Alemania moderna.

Pero el individualismo extremo de Nietzsche tal vez hubiera ejercido influencia dañosa, llevando a los espíritus jóvenes por sendas opuestas a las del pensamiento universal contemporáneo, si no hubiese sido él en cierto modo contrabalanceado por un gran poeta moderno, cuya obra netamente humana opónese por más de un concepto a la de Nietzsche. En 1889 apareció la versión alemana de las *Leaves of Grass,* de Walt Whitman, hecha por Karl Knortz y T. W. Rolleston. Y la juventud alemana conoció así, al mismo tiempo, la obra aristocrática e individualista del pensador germano, y las estrofas humanas y democráticas del gran bardo de Norte América.

Otros representantes más del pensamiento y del alma mo-

dernos vinieron a formar la atmósfera intelectual en que nació la Alemania literaria actual; pues ha conservado este país las sanas prácticas de sus clásicos, de Herder y de Gœthe, de conocer, y hasta cierto punto apropiarse por traducciones maestras, los más altos espíritus de todos los pueblos. Ya hemos visto de qué extraña amalgama fué engendrado el naturalismo alemán; la generación que le sigue no iba a tener una menor heterogeneidad de directores. Junto al vigoroso y claro Whitman, gustaron los jóvenes germanos de la poesía hermética de Mallarmé, de la vaguedad melodiosa de Verlaine, del misterio seductor de Mæterlinck, del realismo artístico de D'Annunzio. Baudelaire, Oscar Wilde, Aug. Strindberg, Carducci, Emilio Verhaeren y toda la escuela simbolista francesa, también les aportaron pensamientos modernos y fórmulas nuevas.



Todas estas influencias, tan diversas, vinieron a reforzar la reacción lírica que el corto movimiento naturalista había iniciado. En el medio "impresionista" del Imperio, ellas ayudaron la germinación de artistas modernos, en el doble sentido de que son un resultado y representan el medio en que actúan, y de que han expresado sensaciones e ideas hasta ellos ignoradas. Como primero de ese grupo, no es posible nombrar otro que Ricardo Dehmel, nacido en el Brandeburgo en 1864 e hijo de un guarda de florestas. Su primer volumen de versos, enteramente corregido por él, años después, *Erlosungen (Redenciones)*, salió en 1891. Su obra completa consta ya de doce volúmenes de verso, novela, teatro y ensayos.

Como casi todos los poetas de Alemania, y, sobre todo, los grandes poetas de la raza, Dehmel es un poeta filósofo. No que ponga él en estrofas, máximas morales o hipótesis metafísicas, pero la inspiración poderosa marcha junto a un pensamiento profundo. Indudablemente la poesía gana en ello. La modalidad impresionista, que hemos ya varias veces anotado, del alma alemana moderna, tiene en Dehmel un representante perfecto; en toda la obra del poeta se encuentra ella dándole un carácter tal vez fragmentario, debilitando a primera apariencia su

valor; pero una mirada más detenida nos la revela como una de las originalidades más interesantes del poeta.

En versos donde describe sus nocturnas caminatas, toda su alma lírica, intensamente impresionista, se traduce:

"Cuando los campos se entenebrecen,—yo siento mi mirada más clara;—una estrella brilla ya,—y los grillos cantan más rápidos.

"Cada son es más rico de imágenes;—lo habitual se hace raro;—detrás del bosque, el cielo es más pálido,—y las cimas se perfilan más claras.

"Marchando, ¿no observas—los mil rayos de luz,—que se arrancan, luchando, de las tinieblas?—Te sientes, de un golpe, subyugado."

Anteriormente vimos que en Liliencron, según Lamprecht, se manifiesta el impresionismo fisiológico, y que hacia 1895 entra Alemania en el psicológico; Dehmel es el más perfecto representante de este último. En los versos citados, mal traducidos, el encanto de la penumbra, la gran tensión emotiva, y hasta la forma, como por manchas, de los períodos, reflejan la nerviosidad del poeta. Pero más que en sus poesías, donde resalta esa movilidad extrema del alma y de la inspiración de Dehmel es en la complejidad, en la ubicuidad podría tal vez decirse, de su obra. Este cantor revélase, con igual arte y profundidad, plástico con Baudelaire y D'Annunzio; simbolista, vaporoso o hermético, con Verlaine o Mallarmé; apocalíptico, claro, vigoroso, con Walt Whitman y Emilio Verhaeren. Y a veces deja él a su fantasía vagabundear libremente, y se percibe la reminiscencia de un gran poeta que el bardo alemán ha practicado con devoción y hábito: de José Zorrilla.

En la obra de Dehmel hay una perfecta ascensión hacia las cimas de la más alta poesía. En sus primeros versos el poeta es un fogoso chantre del amor, que canta en todas sus manifestaciones y en todas sus consecuencias. Él ha examinado valientemente—y no sin causar el espanto de muchos—el problema sexual entero; ha proclamado el derecho—y dado el ejemplo en su vida privada—de abandonar un amor débil cuando otro amor más fuerte se posesiona del alma. De su análisis del amor, Dehmel extrae principios, según él los más nobles y naturales para la conducta del hombre. Amar es supermontarnos, elevarnos de nuestro habitual estado egoísta y pequeño, porque el amor arranca al hombre de su yo, de su egolatría y le abre las puer-

tas de la verdadera vida, de la vida completa. Aunque los medios empleados por Dehmel para llegar a tales conclusiones no sean del agrado de todos, yo creo que nadie tiene qué reprochar a la doctrina. Recuerda ella el consejo que en la portada de *La Multiple Splendeur,* ese grande y bello libro, da Emile Verhaeren: "Admiraos los unos a los otros." Amor. Admiración. Palabras mágicas que la humanidad ha ciertamente pronunciado en todos los tiempos, pero que en la época actual, de inquietudes y de subjetivismo, tienen una mayor virtud tonificante y sana.

Pero a esa primera faz de la evolución espiritual de Dehmel, siguió pronto otra, donde su poesía se hace más reconcentrada, más profundamente humana. Dehmel canta no ya al amor libre, todopoderoso e indomado, sino proclama la necesidad de someterlo, de castigarlo, de imponerle una disciplina por medio de la cual el hombre se purifica, se ennoblece, se templa, como el acero por el fuego. "El alba nace del crepúsculo".

"He aquí por qué yo he siempre expiado mi deseo ardiente:—Hacia el amor yo fuí por todos los caminos,—en todos, el amor vino a mi encuentro;—y, sin embargo, yo he siempre expiado mi deseo ardiente.

"Un árbol se elevaba en un jardín encantado;—de mil flores él poseía los perfumes y el esplendor;—y una lucía más bella que todas las otras.—Un árbol se elevaba en un jardín encantado.

"Y de esas mil flores yo cogí aquella—que en mis manos también me pareció la más hermosa.—Me arrodillé y di gracias al árbol—de quien yo había tomado una de las mil flores.

"Elevé los ojos hacia el árbol encantado,—y otra nueva flor me pareció más brillante que ninguna—y la mía se marchitaba. No di más gracias;—y levanté los ojos hacia el árbol encantado.

"Y sin embargo, jamás he reprobado mi ardiente deseo.—Hacia el amor me fuí por todos los caminos;—una felicidad nueva, en cada vino resplandeció para mí.—He aquí por que jamás he rechazado mi deseo ardiente."

En esta bella poesía *(Das Ideal)* canta el poeta el placer y el dolor constantes y sucesivos de sus aspiraciones realizadas; esos anhelos de su espíritu obligado por un ansia interior de desear siempre ideales nuevos; modalidad especial de su psiquis, de la que su intelecto ha elaborado esa doctrina de la necesidad de contenerse, de sufrir, para alcanzar un perfecto y superior estado de alma.

Otro pensamiento filosófico que en los versos y prosas de Dehmel brota con insistencia, es que al principio de la creación Dios encaminó al hombre y a la mujer por vías opuestas, como dos fuerzas contrarias; pero en el corazón de los dos seres, el deseo de encontrarse, de unirse, se ha conservado intenso. Según Dehmel, la hora de fundirse uno en otra se aproxima; la unión del paganismo y del cristianismo consagrará la obra, y una nueva humanidad, más bella y más fuerte que la actual, será verdaderamente engendrada por la pareja humana.

Así, más o menos simbólicamente, el poeta expresa su fe en el mañana y en la labor del presente. Como Walt Whitman, Dehmel tiene estrofas inspiradas donde canta el pueblo; y él ha soñado que "el hombre puede escapar a sus mil aprisonamientos; y que así todos los pueblos se liberen en pueblo!" "Mi frente debe su pequeño cerebro a diez pueblos", exclama el poeta. Y en verdad que su intelecto es variado, como si diversas razas, con sus herencias, sensaciones e ideales distintos, hubieran colaborado a formarlo. En algunos versos Dehmel dice, con dolor apacible, la miseria actual de muchos: la triste y dura existencia de los que "para ser tan alegres como los pájaros, el tiempo sólo les falta" (14). Pero en otros cantos el bardo predica la revuelta, el asalto y derrumbe de los muros que aprisionan, y la marcha hacia adelante, hacia adelante. *(Sermón a un pueblo.)*

Y el apóstol entusiasta de los ideales de una humanidad superior, de la fe socialista, el chantre y teórico del amor, también tiene notas de un individualismo excesivo, contra toda fraternidad, y aconseja a su propio hijo que niegue a su padre; que huya de la piedad, que sea "como el viento en la floresta devastando la primavera."

De todas las influencias recibidas y las inspiraciones diversas, la personalidad de Dehmel ha salido más propia y más fuerte. Como hay en él un verdadero poeta, un hombre de acción lírica y de pensamiento, el cantor muestra, a pesar de las movilidades, su propio cuerpo y su propia alma. Artista de una escrupulosidad extrema, Dehmel no cesa de corregirse a sí mis-

---

(14) *Der Arbeitsmann (El obrero).*

mo, a su propia inspiración, y de corregir también su obra anterior, que aparece casi transformada en las ediciones nuevas. Y de esas disciplinas a que somete su espíritu, el poeta sale cada vez más grande, más él. Ya hoy la evolución espiritual de Ricardo Dehmel puede considerarse como terminada; y su figura actual será, seguramente, la que el porvenir conservará. Ella le es perfectamente propia; y es alta y noble.

De todas sus anteriores ideologías el poeta ha conservado, reconcentrándolo, lo más verdadero, lo más natural: el entusiasmo sagrado por el hombre y por la obra humana por excelencia, por el Arte: para el arte que revela y encauza las energías de los seres; primero revelando el hombre al hombre mismo, y luego conduciéndolo a trabajar al bien de todos. "La energía de un hombre utilizada en el desenvolvimiento de la humanidad, es la medida de su propio valor",—escribe Dehmel.

Indudablemente el pensamiento alemán ha progresado, de la concepción del arte como una negación humana, de Shopenhauer, a la tan verdadera que la poesía de Dehmel expresa.



El grupo de compañeros y discípulos de Dehmel es bastante numeroso, y no faltan en él talentos de primer orden.

A Hermann Couradi le corresponde el primer puesto en la rápida enumeración; doblemente, por haber sido él el precursor, el bautista de toda la literatura alemana moderna, y por la fecha de su muerte, en 1890. Hermann Bahr, un ensayista de nombre en su patria, ha escrito que en un siglo el capítulo de la nueva literatura germana comenzará por Couradi. Pero no ha sido necesario aguardar tanto tiempo, y ya hoy el nombre y la obra del poeta se imponen a la admiración de sus compatriotas.

Fué él, sobre todo, un poeta dinámico, un hombre de acción: de ahí el gran relieve de su poesía, tan nueva en letras alemanas y tan de acuerdo con las tendencias generales de la época. En presencia de un medio hostil a todo arte, de una atmósfera pesada para el lirismo, sus estrofas partieron ágiles, venenosas, inaugurando en la literatura de su país esa poesía de negación y de protesta interior que en letras francesas inaugura el gran

Jules Laforgue. Revuelta lírica ante la fealdad de las cosas, reconocidas como inmutables y poderosas:

> "Yo soy un hijo de mi tiempo, y por ello, oh Dioses!
> siendo también vuestro hijo, no puedo salvaros.",

canta Couradi; y todo el dolor y la fuerza de su poesía vibran en ese sentir de desconsuelo.

Pero, a más de sus gestos de disgusto y de odio, dice su obra de una sensibilidad capaz de más pura poesía; y cuando, olvidando el medio ingrato y la lucha arisca, el poeta entra a sus moradas interiores, nos aporta más de una perla diáfana, más de un oro sin alianza, y nos hace pensar, tristemente, cuánta verdad hay en su verso:

> "Lo que yo he soñado, otros le darán una forma.
> Y yo seré pronto olvidado."

¡Pobre gran poeta al que una era impropicia le contorsionó sin piedad alguna el alma!

Los hermanos Julio y Enrique Hart tienen en las letras alemanas modernas un puesto muy distinguido, más que como poetas, como críticos y, sobre todo, como iniciadores del movimiento actual. Ya anteriormente hemos visto que fueron ellos de los primeros protestatarios del naturalismo. Como poetas, la obra de ambos es escasa—la de Julio con más lirismo, la de Enrique más intelectual—; la inspiración no asciende muy alto, pero sabe conservar siempre una actitud bella. Los versos de estos poetas han sido uno de los modelos de la poesía alemana actual ([15]).

Arno Holz es una naturaleza artística, rica, emprendedora: enamorado de las innovaciones, más como por una especie de necesidad lírica que por convicción intelectual. Después de haber sido "el padre del naturalismo", es hoy el teorizante del verso libre en Alemania. Hablando del naturalismo alemán dijimos que los principios mismos de la escuela encerraban un germen no viable; y ese germen era cuanto de su propio genio había puesto en ellos Arno Holz. Entusiasmado por hacer muchas y grandes cosas, Holz parece gastar energías inútilmente en vez de reconcentrarlas en una obra limitada y seguida.

(15) Enrique Hart ha muerto en 1906.

Pero esto no quiere decir que Arno Holz deje de poseer facultades de espíritu y de conocimientos como para emprender labores de gran aliento. Posee un cerebro firme, una imaginación fácil y una gran cultura; pero, sobre todo, sorprende en sus versos el don de percibir las cosas. La poesía alemana le deberá más de un nuevo e interesante detalle lírico de la naturaleza y de la vida humana, que él ha sabido indicar y destacar.

De los hermanos Hart, Arno Holz y Johannes Schlaf, esos cuatro veteranos de la literatura alemana moderna, es indudablemente el último la figura más interesante, la más original, y el más poeta. Schlaf comenzó en las campañas y prácticas naturalistas; y mientras los otros abandonaban más o menos la escuela, él evolucionó en ella, apoderándose de lo que de verdad y de belleza había entre las exageraciones de las doctrinas. Así creóse un arte propio, suficientemente amplio, como para contener todas las tendencias e inspiraciones que el talento altamente comprensivo de Schlaf gusta de acoger; y de una belleza pura, como para satisfacer a la fantasía rica y fecunda del poeta.

En la literatura alemana de hoy, es, sin duda, Johannes Schlaf la figura más serena, más armónica; y eso que la armonía de su espíritu debía ser cosa difícil de lograr, dada la variedad y el cúmulo de sensaciones y de ideas que él encierra.

Johannes Schlaf es, ante todo, un gran lírico: y ese lirismo da nacimiento y acoge las tendencias más generosas, más bellas y más nuevas. Monista, en filosofía, por instinto Schlaf no se detiene en un inactivo contemplar de soñador, sino que va a buscar en la astronomía y el misticismo, en la sociología y en las ciencias exactas, la explicación de las emociones de su espíritu.

Los versos *En la maleza,* son muy característicos de su inspiración poética:

I. "En la colina estoy acostado en la maleza; arriba, las ramazones de los árboles; y más alto, lejos, el disco ardiente del sol.

"Yo pienso, yo floto en una mar sin límites. El oleaje lo forman el azul claro del cielo, el murmullo y la agitación del viento en la montaña y por las altas cimas; el gorjear de los pájaros y los perfumes que flotan; el zumbido y el chillar de los coleópteros; los rayos de la luz; las ramas de los árboles mecidas; las claridades tenues y los colores brillantes; y el

torrente de agua bramador; y mis pensamientos; mis locos pensamientos...

"Con los torrentes de calor y de luz, a través de mi pulso late el mundo de cantos, dulces cantos de la unidad.

"Lejos, más allá del valle azul, en el mundo amplio, lleno de sol, mi ardiente deseo te persigue, oh amado e impenetrable enigma. En palabras ingenuas y locas la fuerza primitiva se burla de su propio enigma, y de su mismo sentido.

II. "Pongo una rama en mi sombrero, y marcho. ¿Cuál es mi fin? El canto de un pájaro, claro como una campana, me llega de una profunda lejanía..."

Y el andar y el canto del ave, rompiendo el éxtasis cósmico, son para el alma del poeta como un claro amanecer de oro. La vida lo atrofia de nuevo: y él sabe que emplear dignamente la existencia es la más noble y bella canción de hombre. Por ello Schlaf se ha inspirado también en la humanidad, en el trabajo, y, como muy justamente ha dicho el crítico francés Henri Guilbeaux: "Su obra es un capítulo de esa maravillosa biblia de la humanidad, en la cual han colaborado Walt Whitman y Verhaeren".



Perteneciendo algunos al antiguo grupo del naturalismo y otros venidos posteriormente, han cantado y cantan en Alemania, durante los últimos veinte años: Miguel Jorge Conrad, que en la parte Sur del Imperio, cuando la "más joven Alemania" ejerció una acción paralela a la de los hermanos Hart en el Norte, fué novelista, crítico, poeta. Espíritu abierto y fecundo, pero su inspiración es corta.

John-Henry Mackay y Karl Henckell, representaban en el naturalismo las ideas extremas, anarquistas. El primero, de origen inglés, más militante que poeta. El segundo una verdadera naturaleza lírica, dispuesta a los entusiasmos más rápidos e intensos; su obra poética, llena de una suave esperanza, es un bello evangelio social de los humildes.

Uno de los talentos más puros de la Alemania moderna, es Leo Greiner. "Sus versos, escribe un crítico de talento—Julius Bab—, cuentan entre los más bellos poemas que ha producido la lengua alemana en los últimos tiempos." Pero el esfuerzo y la armonía total de su obra es, tal vez, lo que más seduce en él.

Con una sensibilidad muy fina, una inteligencia muy clara y un espíritu muy abierto, Greiner trabaja silenciosamente en realizar cosas que perdurarán. En su bello poemita *Las Casas*, toda su alma se trasluce:

"Las casas son barcos anclados al suelo y a la piedra. En las mañanas el ancla brilla sobre la tierra.

"La casa, diríase se prolonga: alza los mástiles al viento del día por sobre las llanuras, y hace vela en los torrentes impetuosos del humo.

"Hipógrifo,—así llamaba yo a la mía. Cada muro es una vela. Arriba, oh mi casa, a todas las florestas, a todas las playas del país.

"Por cima de los monumentos, en el oro de los cielos, extiéndete. La carga es pesada: pero antes que se plieguen las velas, boguemos a anclar en la luz."

Y de luz, de claridad, toda la obra de Greiner está llena. Impulsado por ese mismo sentimiento, el poeta delicado ha querido también ensayar renovaciones en el teatro alemán. Esto en compañía de otro poeta, Wilhelm von Scholz, quien, al contrario de Greiner, siempre claro, es frecuentemente obscuro, recordando a Mallarmé.

Otro poeta hermético y de penumbras es Alfredo Mombert; un espíritu místico que ha recibido cierta influencia de Mæterlinck. Sus versos dicen siempre algo profundo; pero a veces lo conciso hace daño a la inspiración. Lo cual no impide que la obra de Mombert sea una de las más bellas de la literatura alemana moderna.

Frank Wedekind, un dramaturgo poeta, es sin duda el escritor discutido con más pasión hoy en Alemania. Sus admiradores y sus críticos no se ceden en fogosidad. Wedekind se declaró adversario del teatro naturalista, pero en sus obras no se descubre gran oposición de principios a los de la escuela. Sus teorías sociales, basadas sobre la omnipotencia del amor, causaron escándalo; y ellas dan a sus poesías un fuerte matiz nihilista que hace recordar las de Jules Laforgue y de Hermann Conradi.

El poeta Otto-Erich Hartleben ha escrito para el teatro, y fué revolucionario como Wedekind; pero sus ideas y su estilo están más próximos a los románticos que a Ibsen y a Hauptmann. Sus versos son fáciles, graciosos, llenos de juventud y

de alegría de vivir; y escritos en ritmos los más clásicos. En literatura alemana moderna hace el efecto de un "revenant", de un extraviado trovador de otros tiempos. Ha muerto en 1905, en Italia, a donde su espíritu aventurero y amador del goce lo condujo.

Como los hermanos Hart, y como M. G. Conrad, Otto-Julius Bierbaum interesa a la poesía alemana moderna, más que por sus versos, por la energía y belleza de su apostolado lírico. Director de revistas de primer orden ([16]), que han ejercido influencias profundas, y autor de ensayos y de artículos críticos reveladores, manifiesta en sus versos una imaginación variada y espontánea.

El poeta suevo Cäsar Flaischlen es el cantor más amable de este grupo. Poseedor de una sensibilidad delicada y del raro don de la percepción estética, compone poemas de un sabor muy personal, donde un pensar profundo brota en diáfanos y primaverales símbolos:

"El universo estaba en las rosas pálidas,—y las campanas sonaban a través del aire,—cuando, temblando, silenciosos, de felicidad y de alegría,—la mano en la mano, dos niños recorrían a grandes pasos—el valle sumergido en el sueño de las flores..."

¡Y cuánta frescura y vida no encierra esta *Nieve de febrero!:*

"La nieve de febrero—no causa daño—porque marzo está próximo.—Pero en marzo cubre tu corazón para que él no florezca demasiado pronto.—Espera! Espera! Ten calma!—Si el rayo de sol aparece,—si la tierra se cubre de verde,—Espera, espera, sé calmo,—abril debe venir primero—antes que mayo nazca."

Las poesías de Max Dauthendeg son intensamente personales, en sus cualidades como en sus defectos. Dotado de una gran facultad de imaginación, la emplea indiferentemente en decir cosas bellas y profundas y en declamar naderías; pero éstas son pronto olvidadas ante el vigor lírico de la obra, que quedará como una de las mejores de la poesía actual alemana.

Dauthendeg desciende directamente de los poetas germanos más autóctonos, y de los grandes; lo cual no impide que su

---

(16) *Pan* (1895-9) *Die Insel* (1900-3) y su *Moderner Musenalmanach* (1891-4).

sensibilidad y su pensamiento, sean muy modernos. Como los poetas de su raza, él gusta caprichosamente de "hacer obscuro", de rodear de misterios su poesía, que también sabe ser perfectamente clara; ejemplo, los siguientes versos coloreados y llenos de vida como los mejores *lieder* de la literatura alemana clásica:

JULIO

"Con alegría los árboles de la floresta cantan una canción:—Nunca los días en la floresta son largos.—Los árboles extienden sus ramas—y no dejan pasar ningún hedor.—La costra seca del árbol canta—el amor tan viejo como la tierra.—Si algún hombre cansado de vivir viene—a la floresta, su lengua se cambiará en hoja;—él cambiará su alma con los árboles,—su aliento volará sobre las ramas,—su sangre se trocará en savia.—Pues la floresta hace cantar a los mudos.—Ella es la primitiva mansión del lied. —Va, y tu corazón allí cantará.

El alma de su raza llena gran parte de la obra lírica, de Börriès, Freihererr von Munchhausen, cantor de las esperanzas de Israel: "Oh tú, hija de Sem, escucha lo que yo te anuncio, el sabat de los sabat está próximo." Pero las aspiraciones de su pueblo no ahogan ni bastan al rico espíritu poético de von Munchhausen; y así, junto a los acentos patéticos su obra, presenta, entre otras muchas bellas cosas, la antigua balada alemana con todo su sabor y todo su movimiento, en la que el barón Börriès es maestro; y abundan las emociones de un espíritu selecto que pasea por el mundo su nostalgia, y de quien

"...los caminos saben mi felicidad y no la dicen.

"Yo he encontrado el país de la miseria, y encontré también Tule;—el mirlo sabe la más dulce rima de mi ardiente deseo;—y todas las rutas dicen: Entra a tu casa."



De los pensadores y artistas extranjeros inspiradores de la literatura alemana actual, son Walt Whitman y Emile Verhaeren quienes han determinado corrientes más profundas y duraderas. Nada más natural. Estos dos grandes maestros líricos son—con Carducci, con Guerra Junqueiro, con Claudel y otros pocos—de los que han poseído el sentimiento perfecto de la poesía compleja y ruda de nuestra época. Porque los tiempos

en que vivimos, a pesar de todos los adelantos y de ser, para muchos, tiempos de refinamiento, de decadencia, aparecen al poeta que con su ojo maravilloso percibe la trama más íntima de las cosas, como una época bárbara, llena de energías indomadas y de ensueños encadenados. Como todo período en que grandes cosas se hacen, y en que otras, más grandes todavía, se preparan en el silencio de la matriz, el nuestro siente la inquietud que nace del conocimiento de la energía que va a determinar un futuro cuya forma se ignora. Y ese sentimiento de desconcierto y de afirmación, reinando en todos los espíritus, da a la época un carácter primitivo, rudo, semejante al que toda sociedad humana debió tener en la primera faz de su evolución.

Ese carácter, esa alma profunda de nuestros tiempos, es la que canta en las duras estrofas de Walt Whitman; del cantor de *En masa,* de *Democracia,* "del hombre entero, el cuerpo y la cabeza." "El hombre moderno, he ahí lo que yo canto." Sus versos son nuevo Génesis, nuevos Vedas, donde todas las pulsaciones del alma contemporánea confusamente se perciben.

Pero la poesía de Whitman, por exteriorizar lo más íntimo, aquello todavía no completamente desprendido del alma mater, es ella como la aspiración misma, el esfuerzo instintivo hacia la realización; y otros bardos debían venir que, allí donde Whitman sólo veía "lo incompleto", percibiesen el delineamiento completo de la obra futura. Tócale a Bélgica, tan espiritual, tan ilustrada y tan industriosa, dar nacimiento a una de esas partes que los tiempos modernos esperaban: pues, como lo ha dicho Emerson, el mundo aguarda siempre un poeta que lo revele de nuevo.

Para Emilio Verhaeren nuestra época no tiene esa impresión, ese fragmentarismo de que Walt Whitman la acusa. En el trabajo minúsculo de hoy el bardo flamenco ve y admira la base de una obra eterna.

Car maintenant que la voie est tracée, inmense,
Droite et nette tout a la fois, car maintenant,
Qui on regarde partir, robuste et ragonnant,
Vers son travail, l'elan d'un siècle qui commence;
Le cri de Faust n'est plus nôtre!...

Y la vida moderna con todas sus aspiraciones y todo lo ya

realizado, canta en la obra de Verhaeren, magníficamente. Ella debía, pues, causar impresión profunda en una nación que, como la Alemania actual, clamaba por formas líricas donde exteriorizar las sensaciones nuevas que la vida moderna, intensa, despierta. Porque las mismas causas, antes explicadas, que han generado el estado impresionista del Imperio, han sido impedimenta también para que los poetas sigan perfectamente el consejo del padre Gœthe: "Llena tu espíritu y tu corazón de ideas y de sensaciones de tu siglo y la obra vendrá."

Walt Whitman primero y Emile Verhaeren después, fueron para una gran parte de la juventud germana los mesías esperados. Hablando de Johannes Schlaf dijimos de la paridad de su obra y de la de Whitman; pero Schlaf, más que un discípulo, es un espíritu fraterno del poeta de Norteamérica; y algunos de sus cantos, de los que más recuerdan a Whitman, fueron escritos cuando el escritor alemán ignoraba aún al americano. Pero lo mismo no podrá decirse de la obra de un escritor más joven: Alfoso Paquet, en cuya obra la influencia de Whitman se revela poderosa.

Paquet, aunque joven, ha viajado mucho: la América, Asia, toda Europa, las ha recorrido, no en simple número de agencia Cook, sino sintiendo, estudiando y cantando. Así su espíritu ha tomado un carácter netamente mundial. Sus orígenes mismos—de raza francesa por su padre, y alemana por su madre—debían inclinarlo al cosmopolitismo psíquico; y era natural que al encuentro de Whitman su alma haya vibrado y, seducida, dejádose influenciar por los sones de la lira whitniana.

La obra de Paquet es tan variada como los países diferentes que él ha recorrido. Junto a una defensa de la China, se encuentra una novela de París en los días tumultuosos del proceso Ferrer. Y en sus versos hay paisajes de todas las latitudes; escenas de la calle, de los hoteles y de las fábricas; estados de alma e infinitas cosas más. Un gran entusiasmo, bastante gusto artístico, mucha facilidad de expresión, y un gran contento de la vida.—"Oh Dios, yo te doy gracias de haberme dado los sentidos"—son las cualidades primeras de este poeta.

Una personalidad ya bastante definida es la de Ernest Lissauer, maestro absoluto de su inspiración y poseedor de una

técnica sabia y propia. Ante la vida moderna pasea él una facultad de percepción, fina para recoger las sensaciones y fuerte para profundizar las cosas, para extraer de la roca el puro diamante que se oculta. Sus versos son concisos y descriptivos: sin alardes retóricos ni exuberancia de ideas; pero puede decirse que de lo que él canta, el poeta extrae la esencia de poesía que el sujeto encierra.

Su poemita *Las puertas,* puede servir de modelo de su lírica:

> ''Cuando sobre el empedrado los coches resuenan en la calle, las puertas de madera de las viejas casas los sienten. Ellas tiemblan, crujen y se quejan; vibran. Y como el viento a las cuerdas del arpa, el vaivén de la calle las exita a dar melodías chillantes.
>
> ''Enclavadas en los muros de piedra, cantoras, están fijas desde hace siglos, mientras que en las rutas, sus parientes los otros maderos, están ebrios del placer de viajes sin fin.''

Wilhelm Schmidtbonn define perfectamente su poesía en las siguientes líneas, escritas al principio de uno de sus libros de versos: ''Estos ritmos que bajo el cielo libre fueron más bien pronunciados que transcritos, debían ser escuchados por el oído y no leídos por los ojos.'' Y así todos sus versos son como una avalancha de sensaciones, como cabalgata de potros cerriles, o un grupo de colegiales en la campiña. El poeta llega, por la impetuosidad de sus ritmos, a producir más bien una sensación dinámica que una emoción artística. Puede decírsele que le sobra poesía y le falta arte; y pues siendo un ser humano, es decir, parte activa de la gran poesía del cosmos, quiere ser poeta, es decir un trasmitidor de esa poesía, que dome un poco más la inspiración y trabaje la forma.

Un gran deseo de perfección artística caracteriza la obra de Stefan Zweig, que ha evolucionado de la influencia de Hugo von Hofmannsthal a la de Emilio Verhaeren; es decir, que abandonó un lirismo rebuscador de efectos artísticos puramente, por una poesía más amplia, más fuerte y más humana. Autor de ensayos críticos donde revela una gran facultad de comprensión, buen gusto y vasta cultura, en su obra lírica canta un espíritu selecto que sabe trasmitir las finas emociones que recibe;

como en estas bellas estrofas de un anochecer de Brujas la admirable, que *Rodembach* cantó tan magistralmente:

"La paz de la noche desciende sobre la ciudad tranquila.—En los canales el agua está enrojecida de sol,—y un deseo ardiente, inexplicable, sin objeto,—comienza a bajar de las torres grises.

"Profundas, maravillosas, las viejas campanas cantan...—las cosas que desde hace tiempo están—en lo lejos como dulces sueños de niños... —El último "Ave" se termina...—El viento de la noche lleva, todavía suaves, los últimos sones,—y triste el eco vaga en las calles difuntas,—que están silenciosas y llenas de temor—como un niño ciego abandonado de pronto por la mano que lo guía."

Si el enorme desenvolvimiento industrial de Alemania se ha ya, puede decirse, reconciliado con la parte lírica de la nación que comienza a sentir la poesía que encierra la vida moderna, hasta en sus manifestaciones consideradas aún por muchos como únicamente prosaicas, y a extraer de ellas materia de bellos versos, sin embargo todos esos cantores son más o menos extraños a los sujetos que los inspiran. Pero hay uno que, humilde trabajador y poseyendo el don del canto, dice en bellas poesías las emociones de su común existencia.

La figura del minero Pablo Zech es bien cautivante y llena de interés. Él ha cantado el país negro todo, desde la profundidad de la veta hasta el penacho de humo que va a manchar el cielo azul. Ha descrito la vida afanosa de esos trogloditas; y, cosa rara, ningún grito de revuelta, casi ninguna queja, hay en los versos sencillos del trabajador. Su poesía no es de alto vuelo, ni profunda, pero ella posee un gran encanto de evocación y mucha plasticidad.

Nada mejor que esta descripción, *En el crepúsculo,* hará comprender todo el valor de arte y vida de la obra plástica de Zech:

"En el negro espejo de los canales tiembla la cadena multicolor de las ventanas iluminadas de la fábrica. Y las calles están saturadas, asfixiantes, de humo que hace descender el viento.

"Un grupo de hombres, consumidos por el trabajo y la pena, silenciosamente camina por las calles miserables; mientras que la juventud, loca y bulliciosa, se embriaga de alcohol en las tabernas hediondas a tabaco.

"Lanzando su chillido agudo el rápido wagonnet vuelca sus escorias en el hueco de la extinguida laguna sulfurosa. Y a lo lejos se ven en medio

del vapor, las bocas de fuego de las liminoras, en la espera de un signo para ir a rasgar el cielo.''

Franz Werfel es muy joven, y naturalmente su obra es limitada; pero desde los primeros cantos el poeta se ha revelado como uno de los mejores portaliras de la Alemania moderna. En sus versos más recientes su personalidad se presenta ya completamente desembarazada de las influencias del momento de su iniciación. Contempla la vida con ojos propios y canta con una energía y un sentimiento bien originales.

Sin duda alguna Franz Werfel será uno de los grandes líricos de nuestro tiempo. Su *Canto de vida* es más que una promesa, es la realización de una fuerte naturaleza de poeta:

''El odio es insuficiente. La voluntad, los actos, una vida consciente, ¿qué es todo eso, oh mundo? La gracia de lo que es humano está en cada destino: en la alegría, en el dolor, en el asesinato, en el abrazo.

''¿Has visto los ojos salvajes de las campesinas dobladas al trabajo? ¿Has visto cómo ellas se tienen a la manera de las damas? Y cómo brillan en sus pupilas los estrados de las fiestas, llenos de músicas y de luces.

''¿Has visto la barba de los enfermos, y cómo ella hace pensar en Dios, sumergido en una tormenta? ¿Has visto el gran dolor de la muerte de un niño, cuando el cuerpo amado se nos escapa?

''¿Has notado la tristeza naciente de las niñas cuando viene la tarde, y cómo ellas arreglan la cocina y parecen, desde lejos, santas? ¿Has visto las manos magníficas de los gendarmes, cuando en la noche acarician un perro, con una grosera palabra amable?

''Que el que acciona es un revolucionario. No lo creáis! Por nuestros discursos y nuestras caras estamos lejos y cerca unos de otros. Que estamos aquí,—de pie,—sentados, ¿qué significa eso? Y por tanto, por sobre toda otra palabra, yo te anuncio, oh hombre! *nosotros somos.*''

Será interesante nombrar al lado de estos cantores enérgicos, a un poeta decidor de cosas amables e íntimas, Félix Braun, que expresa en versos fáciles su naturaleza sensible. Los críticos germanos comparan sus poemas a las sonatas de Schubert; y los lectores de versos españoles recordarán, seguramente, la lírica originalísima de Juan Ramón Jimenes, cuando el poeta alemán melancólicamente dice:

''El mundo está para mí cubierto de nieve;—mi casa tiene vidrios oscuros.—Es preciso que en la soledad yo escriba cartas y cantos.—Pronto el muchacho marzo—vendrá a coger, ingenuamente, las flores de hielo.—Tal vez para darle la bienvenida se animará mi corazón.''

Braun nació en Viena, lo cual no es de omitir. Como vamos a verlo, la aristocrática villa imperial ha cobijado una escuela lírica, muy original. La poesía de Braun es también una floración de las márgenes del Danubio.

Pero antes de hablar de la escuela de Viena, es natural que consagremos un recuerdo a la altísima figura de Gerhardt Hauptmann. Su persona y su obra pertenecen, seguramente, al teatro alemán moderno; pero por su inspiración, esencialmente lírica, no puede ser olvidado entre los poetas contemporáneos de su patria.

Si un historiador quisiese representar el estado de movilidad, de impresionismo de la Alemania actual, por una de sus primeras personalidades, ninguna otra que la de Hauptmann podría satisfacerle más. El autor de *Los Tejedores* posee una naturaleza complejísima revelada en toda su obra. Hay en sus dramas más naturalistas, encerrado en una forma de puro realismo, todo un mundo de símbolos altos y de bellas fantasías; y es inútil decir cuánto misticismo profundo, cuánta imaginación alada, hay en los dramas simbólicos de Hauptmann, en *La Campana sumergida,* en *La Danza de Pippa.*

Espíritu lírico por excelencia, Hauptmann siente intensamente el alma moderna; y así como en la obra de Verhaeren se expresa la energía consciente y abundante de nuestro tiempo, en la de Hauptmann todo el dolor de las injusticias, la miseria y la depravación, canta lastimosamente. Pero no es por ello su obra pesimista: de tantos ayes emerge, como un suspiro de esperanza, la conciencia de las desgracias y la necesidad de consolarlas. "Mientras existan tantas miserias en el mundo, será un crimen no hacer todo por combatirlas",—escribe el dramaturgo poeta. Y toda su labor de artista es un combate por la buena causa.

Hauptmann ha escrito, al principio de su carrera, un poema *Promethidenlos,* no reimpreso después, y muchos de sus dramas son en verso; pero aunque nunca hubiera rimado, poseyendo su obra el sentimiento lírico que la anima, tenía el derecho a figurar entre los poetas alemanes de principios del siglo.

IV

La literatura lírica alemana moderna posee, a más de las tendencias y los poetas anotados, un grupo de artistas muy interesantes de por sí, pero más aún por el medio en que se encuentran y por las teorías que profesan.

En 1892 el naturalismo alemán obtuvo con *Los Tejedores* su gran triunfo, y desaparece evolucionando. Otras influencias vinieron, con la transformación naturalista, a determinar la nueva literatura alemana. Cantaban ya para esa época, o preparábanse, muchos de los poetas anteriormente estudiados: y en los veinte años transcurridos, una gran parte de la juventud alemana ha vivido bajo las inspiraciones de esa hora. En la gran variedad de los espíritus hallamos, como la nota fundamental de su lirismo, como el más noble carácter de su poesía, el sentimiento de la vida moderna entusiasta y afirmativo en unos, o velado en las brumas del misterio que rodea nuestra existencia en otros; pero en todas las estrofas de esos bardos los múltiples ritmos de la vida contemporánea se sienten.

En aquel mismo año empezó a salir en Berlín una revista, *Páginas para el Arte, (Blätter für die Kunst),* exponiendo un nuevo credo artístico y con versos y prosas nacidos de una inspiración opuesta a las tendencias que manifestaba la literatura en aquel momento. La nueva escuela declaraba separarse completamente del naturalismo y del seudo-idealismo, ambos errados, y querer asir la realidad lo más posible. Pero no es toda la realidad lo que los nuevos venidos querían atrapar: dotados de una pura sensibilidad artística, eligieron del mundo aquellas cosas que en sus formas gratas a los sentidos ocultan grandes símbolos. Y así lo bello fué para la escuela, la evocación, el intérprete de sensaciones interiores y de pensares profundos. Como se ve, las ideas de estos artistas recuerdan las doctrinas del romanticismo alemán: ellos no lo negaron, y agregaban que toda la riqueza del pensamiento de los románticos iba a ser aumentada por un prodigio de expresión nunca visto en ninguna literatura. Y así fué como segundo artículo del nuevo credo el culto de la forma, lo sagrado de la composición. La frase no es para ellos el vestido de una idea, sino el intérprete, el evocador

de una sensación, y como tal debe ella lograr el máximum de belleza plástica, para que la evocación sea perfecta. La estética de estos poetas, a este respecto es severísima. A cada orden de sensaciones corresponde una serie particular de sones. La elección de las sílabas y los sones que entran en una frase, es de primera importancia. La puntuación es suprimida; el ritmo del verso debe sólo indicar el corte de la frase.

La nueva escuela no pedía nada ni aspiraba a nada, fuera de sus teorías estéticas; el mundo social le era indiferente; y, orgullosos y encerrados en sus ideales, proclamaron en medio a una Alemania hostil a todo lirismo, desdeñosa de toda labor espiritual, el culto del arte por el arte. Esto solo bastaría a hacerlos distinguir, si la obra posteriormente realizada por varios de ellos no les diera puesto de primer orden en las letras alemanas actuales. Pero antes de recordar algunos nombres, será interesante darnos rápida cuenta de cómo ha abierto, en el medio mercantilizado y prosaico de la Alemania de 1892, esa pura flor de arte.

Stefan George, el iniciador de ese movimiento idealista, posee un gran gusto artístico y una educación muy selecta. Al tratar de la nueva escuela, la cuestión de educación tiene un gran valor. George—que ha hecho de *Las Flores del mal,* de Baudelaire, una traducción que es una obra maestra—tiene de las literaturas francesa, inglesa e italiana, un conocimiento perfecto. Las teorías que él innova en Alemania tienen, pues, sus bases en esas literaturas. En Francia, principalmente, donde toma a los parnasianos y a los simbolistas discípulos de Mallarmé, el culto de la forma a los primeros, la inspiración esotérica, la condensación de sensaciones a los segundos. En Inglaterra, los prerrafaelistas le enseñan a ver una realidad como arreglada especialmente para que nazcan ciertas impresiones. Y con D'Annunzio se llenó de amor hacia la belleza del mundo exterior. Los románticos de su patria dieron a estas influencias diversas, poco más o menos acordes, la profundidad anterior, la consistencia espiritual que toda amalgama para ser viviente necesita.

Pero no ha sido Stefan George sólo apóstol de la escuela. Junto a la suya se eleva la noble personalidad de Hugo von

Hofmannsthal. Más poeta que George, von Hofmannsthal une a una inspiración rica una gran maestría de expresión. Cultivador asiduo de las literaturas francesa e italiana, autor, entre otras cosas, de un estudio muy interesante sobre Víctor Hugo, él aporta a la juventud germana, junto con su obra propia, notables enseñanzas y modelos de las letras extranjeras ([17]). Y con Hofmannsthal entra a figurar, como uno de los grandes poetas alemanes modernos, un austriaco.

Al estudiarse este neo-romanticismo no debe olvidarse a Viena; no sólo porque ella haya sido el centro de acción de la escuela que, aunque publicó su revista en Berlín, ha tenido su mayor número de adeptos en la capital austriaca—y por ello los llaman jóvenes vieneses (Yung-Wiener)—, sino porque sus tendencias mismas serían inexplicables olvidando a Viena.

Como hemos visto, la nueva escuela es esencialmente cosmopolita: pero en la diversidad de sus influencias vemos resaltar lo que en Alemania llaman "romanismo"; esto es, el arte que obedece a inspiraciones de las literaturas latinas o romanas, Francia e Italia, principalmente. Un gran ciudado de la expresión; una atención mayor o igual a la forma que al fondo, caracteriza para los germanos el "romanismo". En los parnasianos franceses y en D'Annunzio, el neo-romanticismo alemán tuvo sus principales directores de "latinización".

Explicada una de sus primeras influencias, será más fácil conocer la inspiración que la nueva escuela debe a Viena. La antigua capital del Sacro Imperio guarda de su pasado de grandeza una atmósfera de distinción, una cierta disciplina espiritual que no se encuentra en ninguna otra ciudad germana. Mientras que en el nuevo Imperio el enorme desenvolvimiento económico matizaba las letras de un realismo crudo, de un naturalismo exagerado, Austria, arrastrada en la corriente, supo sin embargo conservar una actitud aristocrática, fruto indudable de una cultura superior, de costumbres más refinadas. Además de sus relaciones seculares con Italia, Viena ha guardado la disposición a acoger con facilidad las obras del genio la-

---

(17) Sus adaptaciones del teatro griego, su modernización de *Edipo*, *Electra*, etc., quedarán entre las obras más bellas del teatro alemán moderno.

tino. Así era natural que el apostolado de las *Páginas para el Arte,* de Berlín, hallase buen número de prosélitos en la antigua capital del Imperio ([18]).

De inspiración latina y teniendo su principal centro en Viena, el neo-romanticismo aparece como un anacronismo en el nuevo Imperio. Sus esfuerzos debían ser vanos; sus ideales sufrir una bancarorta; quimera imposible de unos espíritus juveniles, sería flor de un día. Así pensaron muchos cuando nació la escuela; pero los años transcurrieron: obras bellas y fuertes vinieron a dar más serenidad y consistencia al esfuerzo juvenil; el neo-romanticismo alcanzó, con los dramas de von Hofmannsthal, grandes aplausos, no ya de una "élite" reducida, sino de un público numeroso; mientras que su fundador, Stefan George, retirado en el silencio y el encanto de su castillo, labra, como los artistas del Renacimiento, obras bellas y profundas.

Ofrecer la traducción de un poema o un fragmento de George es cosa casi imposible. Su poesía, por la disciplina de su estética y por la forma de su inspiración, es algo intraducible. Y no es sólo en la imposibilidad de una transcripción rítmica—cosa tan importante en las doctrinas y prácticas de la escuela—, sino que el pensamiento también, encerrado como se halla de manera tan consustancial a la forma, sería desnaturalizado al ofrecerlo en una versión libre; pues como perfectamente ha dicho un ilustre profesor de la Universidad de Berlín, G. Simmel, "el gran mérito de S. George, es haber dado una forma arquitectónica a la expresión lírica de la vida subjetiva." Y es sólo en su lengua vernácula donde toda la belleza y la fuerza de la poesía de George pueden ser sentidas.

En sus primeras obras Stefan George buscaba una especie de síntesis, por medio de la poesía, de todas las sensaciones estéticas, y su primer serie de poemas aspira a sugerir, los unos impresiones pictóricas, otros musicales, etc. Pero, después, abandonando estos virtuosismos, el poeta ha reconcentrado más su pensamiento, llevado a la perfección la forma y labrado versos de un arte verdaderamente superior.

(18) Es de justicia recordar la fundación, en Munic, de *Allgemeine Knos-Cronick,* en 1894, revista que propagó las ideas neo-románticas en la artística Baviera, donde hizo bella y buena labor.

Porque el tumulto clamoroso de la existencia moderna está completamente ausente de su obra, han lanzado críticas al noble esfuerzo de Stefan George; pero, al contrario, es útil, es sano, de higiene nacional, que mientras en todas partes una existencia por muchos sentidos desordenada se ostenta triunfante, haya siquiera un lugar retirado donde el puro ideal—sea, si se quiere, un ideal quintaesenciado y algo artificial—pueda recogerse en silencio. Y la literatura alemana tendrá mañana que agradecer a George el haber preparado y cuidado de la mansión del ideal.

* * *

Hugo von Hofmannsthal comenzó, muy joven, publicando en las *Páginas para el Arte* prosas y versos bajo el seudónimo de *Louis,* fiel discípulo de Stefan George; pero pronto el escritor incipiente manifestó todas las fuerzas de su personalidad, y conservando las inspiraciones y disciplinas principales de la escuela, las amoldó a su propia naturaleza, las infundió una mayor energía, un poco del sentimiento de la vida, y así constituyó a manera de una nueva escuela donde, a toda la pureza de arte de la primera, venía a agregarse una inspiración más vigorosa, una sensibilidad más rica. Y por ello Hugo von Hofmannsthal es, junto con Ricardo Dehmel, el gran poeta moderno de Alemania.

En la poesía de von Hofmannsthal el sentimiento de la vida moderna no está ausente, pero preséntase más como añoranza y contraste de antiguos momentos de la historia humana, que como la afirmación de las actuales realidades:

> "Las laxitudes de los pueblos olvidados, yo no puedo alejarlas de mis pupilas; ni apartar de mi alma conmovida el caer silencioso de las lejanas estrellas."

Y en toda su poesía flota ese sentimiento, muy moderno, de la agobiante herencia que llevamos a cuestas, no sólo de nuestros padres, sino del cosmos entero, que en sus puras estrofas Leconte de Lisle ha expresado con una patética serenidad. También muchos versos de Hofmannsthal producen esa noble vibración patética; pero diferénciase el poeta alemán del francés,

en que él no ha logrado domar, hacer desaparecer de la expresión rítmica el alado temblor del pensamiento conmovido. Al contrario, en una pureza de forma, la más perfecta que la poesía alemana ha conocido, los versos de Hofmannsthal conservan toda la nerviosidad de nuestra época. Y así el poeta presenta bajo otro aspecto, y de una manera más refinada, la modalidad impresionista del alma actual de su raza.

No hay que olvidar esto al hablar de la obra de Hofmannsthal, pues así se explica cómo un arte tan puro como el suyo ha podido lograr la aprobación y el aplauso de gran número de sus compatriotas. Si Stefan George quedará en las letras alemanas de principios del siglo XX como el guardador del puro ideal y el maestro que inició a sus jóvenes compatriotas en un arte superior, Hofmannsthal representará esa juventud que, comprendiendo la belleza de la doctrina, se esforzó en sentirla con sus nervios y tendencias modernas. Y de ahí ese carácter, a primera vista contradictorio, de la obra de Hofmannsthal, donde a un arte elevado y sereno se une una sensibilidad muy moderna, instable.

Hugo von Hofmannsthal no ha, como el poeta Zaratustra, descendido a la multitud, sino, al contrario, él ha logrado que un buen número de espíritus se eleven hasta su arte. Si no fuese el temor de una digresión extraña a nuestro sujeto, sería aquí el lugar de decir algo de la influencia que sobre el público alemán ejerce el teatro. Tal influencia no es de hoy: Lessing le ha dedicado muchas páginas y la mitad del *Wilhelm Meister,* de Gœthe, le está consagrado. Hoy, como en esos tiempos, los autores germanos creen en las virtudes didácticas de la escena, y el ejemplo de Wagner no es solo. No entraremos a analizar las razones, pero sí constataremos que en el caso particular que nos ocupa, la obra teatral de von Hofmannsthal ha sido para un número de espíritus en Alemania la revelación de sus propias interiores riquezas, la elevación a comulgar en un arte superior. Y no olvidemos que, a más de sus trabajos escénicos particulares, este poeta es el libretista oficial de las óperas de Richard Strauss, esa otra alma superior y compleja que encarna en notas sabias y admirables la impresionabilidad moderna de su pueblo.

El sentimiento de las cosas exteriores con las reacciones y evocaciones interiores que las acompañan, ocupa en la obra de von Hofmannsthal un gran puesto; y el siguiente poemita es un modelo justo de su inspiración, habiendo perdido, naturalmente, en la traducción todo el encanto de fluidez que posee el original:

"Y los niños crecen con sus ojos profundos que nada dicen; crecen y mueren; y todos los hombres siguen su ruta.

"Le hacen dulces los frutos amargos, y en las noches, caen como pájaros muertos; perfuman algunos días y luego se corrompen.

"Y siempre el viento sopla; y siempre, de nuevo, repetimos las mismas palabras; y sentimos placer y fatiga en los miembros.

"Las rutas van a través del bosque; aquí y allá están llenas de luces, de árboles, de pozos corrompidos, o secos...

"¿Por qué algunas tan altas? ¿y no se igualarán jamás? ¿son innumerables? Qué cambia el reir, llorar o palidecer?

"¿De qué nos sirve todo esto y esos juegos, pues que somos ya grandes, y solitarios vamos sin ir hacia ningún fin?

"Y de qué nos sirve haber visto todas las cosas? Por eso dice mucho el que dice: "noche". Una palabra de donde fluyen la melancolía y la tristeza como la miel del panal abierto."



El grupo de poetas que siguen las doctrinas de Stefan George y de Hofmannsthal es numeroso. Encuéntranse en él espíritus verdaderamente líricos que en las disciplinas de la escuela han logrado sujetar los desbordamientos de la fantasía; tales Richard Schankal, cantor enamorado de las cosas bellas, que ha descrito con todo el primor de un miniaturista fiestas galantes en el género de Verlaine; Arturo Schnitzler, autor de versos inspirados, pero con cualidades superiores para la comedia y el cuento, que él narra con natural elegancia; Gustav-Karl Volmœller, poeta aristocrático, suntuoso, que gusta de evocar nobles simbolismos en estrofas cuidadosamente trabajadas; y E. Hardt, autor de obras de efecto, escritas en el estilo ampuloso de ciertos laudes de D'Annunzio.

Otros poetas de ese grupo presentan una inspiración menos rica. Uno de ellos, Pedro Altemberg, definiendo su propia poesía, describe la de algunos de sus compañeros. "¿Mis pequeñas

cosas son poesías? No. Ellas son extractos de vida; la vida misma del alma concentrada en dos o tres páginas y desembarazada de lo superfluo.'' Pero no todos son tan destiladores de la vida con Altemberg. Hugo Salus rima bellos estados de alma y describe con elegancia; y Pablo Wertheimer ama en las cosas lo que es sutil y hace en sus versos la más fina psicología.

En el grupo de los jóvenes vieneses es justo hacer un puesto especial a Rainer-Maria Rilke, un verdadero poeta. Rilke debutó con versos amanerados, llenos de frases trabajosamente hechas; pero a través de toda esa artificialidad un sentimiento místico poderoso hacía presentar el alma verdadera del poeta; y pronto éste desembarazóse de las exageraciones juveniles y comenzó a cantar briosamente.

Rilke es de origen eslavo y nacido en Praga; así el misticismo de su lírica tiene el doble sello de la raza y de las primeras impresiones de la vida. Con una devoción intensa, el poeta pasea su mirada ante la naturaleza y la vida. Él ha sido, por varios años, secretario y familiar del gran Rodin, y bajo la dirección de este gran maestro su talento se reconcentró, se hizo más plástico; y su bello *Libro de Imágenes* es un buen ejemplo de lo que puede hacer una disciplina sabia de un espíritu fuerte. Pero el misticismo de Rilke no desapareció por ese objetivar de su inspiración; al contrario, se hizo más profundo, más enérgico, como se manifiesta en su *Libro de Horas,* confesión de un monje que busca unirse íntimamente a Dios, donde se hallan estrofas que recuerdan los más viriles arranques de Teresa de Jesús:

''Apaga mis ojos: yo puedo verte,—cierra mis oídos, te oiré;—y puedo ir hacia ti sin mis pies,—y sin la boca podré llamarte.—Rompe mi brazo; te estrecharé con mi corazón como con la mano.—Detén mi corazón y mi cerebro latirá.—Y si haces que estalle mi cerebro—te llevaré en mi sangre.''

Y el poeta de tan profundas emociones sabe también describir paisajes y trazar escenas cuotidianas de una justeza de observación y de un aliento de vida sorprendentes. Ejemplo, este soneto donde sentimos toda la atmósfera helada de ''La Morgue'':

''Están todos acostados como si trataran de hallar, tardíamente, el gesto que los reconcilie y los una, a unos y otros y con el frío de aquí.

"Pues todo esto es algo que no tiene fin: ¿qué nombre habrán encontrado en el bolsillo? Les han lavado en redor de la boca llena de desdén.

"Las barbas son todavía más reacias al arreglo, pero, al fin, están más decentes, según el gusto del guardián,

"de manera de no disgustar a los ociosos. Los ojos tras las pupilas se han volteado para ver por dentro."

***

Un gran número de poetisas posee la literatura alemana actual. Las hay desde la serena cantora de las dulces alegrías del hogar, de Margarita toda llena de ensueños, hasta las musas de inspiración fogosa y desordenada, que rompe igualmente con la retórica y el orden social. Pero no puede decirse que por ser numeroso el grupo, es brillante. Se encuentran entre ellas verdaderas naturalezas líricas dignas de ser recordadas; y sobre todo, tres que pueden con derecho reclamar la atención de la crítica universal: Ricarda Huck, Maria Eugenia delle Grazie y Erma Heinemann-Grantaff.

Ricarda Huck posee un fuerte talento original y un bello don lírico; su obra es variada y de peso: novela, crítica literaria y poesía. Sus estudios sobre el romanticismo alemán son altamente apreciados de los historiadores. Un gran amor a la vida inspira sus versos; y guiada por ese sentimiento ella descubre y canta en todas partes, hasta en el reino mismo de la muerte, la virtud sagrada que la primavera comunica a toda la naturaleza. Sus versos son fáciles, correctos y consérvanse siempre en las regiones más altas del espíritu.

La poetisa austriaca Eugenia delle Grazie no tiene ni la profundidad de pensamiento, ni la constante igualdad de inspiración de la Sra. Huck; pero posee otras cualidades que la hacen merecer la admiración. Ella ha escrito uno de los pocos poemas épicos modernos: *Robespierre;* y gusta de ensayarse en despertar el eco de los grandes poetas de otros tiempos. Pero no es en esos ensayos donde el talento de la señora delle Grazie se muestra más feliz; es en los temas de un lirismo sentimental y amable donde su inspiración despliega todos sus encantos y produce bellas estrofas.

La obra poética de la señora Heinemann-Grantaff es redu-

cida, pero tiene toda ella la marca de ese talento personal que usa de una lengua fácil y rica para exteriorizar una inspiración abundante y frecuentemente profunda.

V

Llegando al fin de nuestra reseña de la literatura poética de la Alemania moderna, ¿qué otra sensación del conjunto experimentar, y qué otro juicio emitir, sobre el período entero, sino los mismos que desde las primeras líneas de este trabajo se desprenden de la simple exposición de personajes y sucesos? La poesía alemana de los últimos treinta años, representa el complemento ideal, la parte de espíritu, que corresponde a uno de los más sorprendentes desarrollos de vida material que la historia humana registra. ¿Y cuál es la calidad, el valor de ese elemento superior del nuevo Imperio Alemán? Dejemos a uno de los más eminentes pensadores germanos, universalmente admirado, el profesor Rudolph Eucken, el responder a la cuestión: "¿La tarea de la literatura no es elucidar las oscuridades de nuestra época, de expresar con claridad lo que nos influye, de extraer, del caos de fenómenos que nos rodea, líneas simples y fundamentales, y de reunir lo más posible la vida en un todo para hacerla progresar? Pero para todo eso es preciso poseer una superioridad interior que oponer a las contradicciones del tiempo; elaborar una enérgica síntesis, y con una creación espiritual marchar valientemente hacia adelante. No faltan en nuestra literatura pretensiones y ensayos en este sentido; pero, en general, nuestra literatura, la literatura de uno de los más grandes pueblos civilizados, no está a la altura de la época; ella no puede ser una gran ayuda al hombre moderno en su lucha por conservar su espíritu y darle un sentido a la existencia. Es un deber declararlo netamente." (19)

El ilustre profesor, laureado con el premio Nobel, establece que ante la intensidad de la vida moderna, las letras de su patria han faltado a su misión; pero una acusación tan sumaria

(19) R. EUCKEN: *Geistige Strömungen der Gegenwart.*

ofrece el peligro de ser, y es, incompleta. La literatura evidentemente debe propender a afirmar en el hombre sus valores espirituales. Es esta una de sus más grandes e íntimas relaciones con el medio en que actúa; pero hay otras relaciones que son anteriores y privativas a ésa; entre otras, una principal es que la literatura es un resultado del medio, y no algo exterior y postizo. ¿Cómo entonces condenarla por una falta de virtudes, que si no las posee ella es porque están ausentes del medio? Y el caso es más particular tratándose de un país como Alemania, tan fecundo siempre en toda floración de energías espirituales.

Al enorme desarrollo de vida material, no ha ciertamente correspondido un igual desenvolvimiento de energías psíquicas; pero la causa no debe buscarse en las últimas solamente, sino también en la primera. El ilustre filósofo, con una insistencia verdaderamente cruel, se place en señalar la ausencia momentánea de una objetividad superior en su patria. "Es menos el aumento del mundo exterior que la falta interior de algo que oponerle, lo que deprime nuestra energía y nos hace ver en la realidad, sobre todo lo negativo." Su puro idealismo fichtiano, viendo que el alma actual alemana en vez de salir engrandecida de la dura oposición con la realidad—del encuentro del yo y el no-yo—, al contrario aparece deprimida, se duele y es excesivo en su crítica. Pero en la vida las cosas no son tan acordes como en la mente de los filósofos.

Que ha habido una depreciación del espíritu alemán en los tiempos modernos, nadie lo negará al gran pesador; pero culpar de ello al espíritu mismo, es lo que puede ser discutido. La época contemporánea, en todas las naciones civilizadas, presenta un carácter de instabilidad, de inacabado, que hace muy verdadera la frase de Nietzsche: "El laberinto es el símbolo del alma moderna." Donde la civilización es más intensa, es decir, donde hay más progreso, más movimiento, las causas de instabilidad aumentan; y si a éstas viene a unirse el *élan* de un pueblo nuevo y vigoroso, inexperimentado en todo—en política, en industria, en poder, en riqueza—, la desarmonía espiritual debe naturalmente lograr su máximum. Ya hemos visto que es éste el carácter moderno del alma alemana, reconocido por todos los historiadores y filósofos.

Pero es ese un estado de crisis, algo transitorio, que pasará. Los nuncios de desaparición deben ya verse en varias partes y, sobre todo, en la literatura, pues como ha dicho con mucho talento un competente crítico francés: "La literatura es complementaria de la sociedad: ella expresa lo que en ninguna parte puede realizarse: las penas, las incomodidades, las aspiraciones de los hombres... ella se extiende a lo que no tiene existencia actual, a lo invisible, que ni los hechos, ni los puros documentos de la historia revelan." ([20]) Así en la literatura, y sobre todo en la poesía—más aún tratándose de Alemania—, debemos encontrar las tendencias, ocultas pero enérgicas, que impulsan al alma alemana a librarse del impresionismo del momento para que se manifieste con la serena presencia que le corresponde.

Desde 1899 el doctor Rudolph Huck invita a los espíritus a imitar a Gœthe (Mehr Gœthe) pensando que Alemania, cansada de una larga instabilidad literaria, aspira a reanudar la tradición, a reposarse bajo los árboles frondosos de sus más puros genios. Pero el escritor olvidaba que esas reacciones no son la obra ni de una predicación ni de un momento, sino que ellas resultan de un interior y lento proceso, y a su hora estallan. Además, la vuelta a Gœthe no puede ser tan simple como a primera vista parece: del alma alemana de hace un siglo, a la actual, la diferencia es grande, no sólo por la estabilidad armónica de la primera y el impresionismo de la otra, sino más por la cantidad enorme de materiales que la moderna posee. Ha sido una inclinación de siempre, del espíritu germano, aspirar a apropiarse el mayor número de cualidades y tesoros intelectuales de los otros pueblos. Los principales jefes del romanticismo alemán han escrito: "No aspiramos a nada menos, dice Wilhelm Schlegel, que a reunir en nosotros los méritos de los más variados pueblos, a asimilárnoslos por la inteligencia y la sensibilidad, y constituir así un centro cosmopolita del espíritu humano"; y su hermano Federico encontraba realizable el hecho "porque el pueblo alemán no presenta características tan acentuadas como los otros pueblos".

---

(20) G. Lanson en *De la methode dans les sciences*. 2e. serie.

La aspiración es ambiciosa. ¿Es ella posible? Diríase que la literatura alemana moderna ha intentado realizarla, y la característica de instabilidad, de desarmonía, parece ser suficiente razón en contra de tal programa nacional. Pero además, si la raza humana es una en su esencia y las razas son simples etapas de desenvolvimiento, como la ciencia moderna nos lo hace ver casi seguro, esa concepción del pueblo más humano por menor fisonomía propia ¿no es una contradicción, pues cada pueblo debe aportar a la evolución de la raza un tipo propio, diferente, único? De esa quimera germana de integrar todos los pueblos y todas las civilizaciones, no hemos visto hasta hoy otros resultados que ese estado de movilidad, de nerviosidad anormal de la Alemania contemporánea, que un crítico nacional ([21]) duramente califica de "un arsenal, una bolsa de valores, un asilo de alienados, un hotel monstruo."

Pero tal vez puede hoy decirse que esas aspiraciones a síntesis monstruos van ya de paso. Esos sentimientos que por tanto tiempo han sido el más fiel compañero del espíritu de una raza, es indudable que no pueden desaparecer en un día; sin embargo, la literatura nos da señales de que en algunos espíritus la inutilidad o el imposible de tal quimera comienza ya a brotar.

En un enérgico y meditado estudio, el escritor alemán Fritz Lienhard establece como una de las causas principales de la depresión espiritual del Imperio la hegemonía que impone la nueva capital a las provincias *(Die Vorherrschaft Berliner)*. Y en las producciones más recientes se percibe la tendencia al regionalismo, la vuelta al campanario nativo, a inspirarse en el alma simple y fuerte del terruño. Y esa acusación contra Berlín y ese retorno a la poesía provincial, ¿no son elocuentes pruebas de que, fatigada de viajes largos e inútiles, el alma alemana aspira ya a recogerse en sí misma, en el solar nativo, bajo las patrias frondas? Ella posee otras cualidades más preciosas que las generalmente ensalzadas por sus apologistas, nacionales y extranjeros; y para desarrollarlas libremente, para lograr la serenidad que hoy le falta, nada más sano que esa vuelta a la poesía que de

---

(21) Karl Martens.

la vida autóctona nacional fluye. Ningún otro pueblo necesita tal vez más que el alemán del auxilio del lirismo para lograr la armonía de su ser, para desenvolver completamente su personalidad, tan inclinada como es a acantonarse en las especialidades, a hacer del individuo un fragmento de hombre *(Teilmensch)* y romper así la solución de continuidad que fácilmente se abre en las naturalezas germánicas; como la explica perfectamente el profesor Eucken: "El hombre del Norte no tiene la facilidad natural que posee el meridional, para la expresión sensible: él halla con dificultad la vía que conduce de lo interior a lo exterior, y así el fondo íntimo de su alma corre riesgo de quedar inexpresado y sin haberse abierto. Es por eso que el arte le es un medio indispensable para encontrarse a sí mismo; para tomar plena posesión de su ser y llenar el abismo que frecuentemente lo divide." Así la poesía es para el alemán su verdadero complemento, su más grande disciplina de humanización.

Pero ha de ser naturalmente una poesía sentida por él intensamente. Los poetas que hemos estudiado, tal vez no logran llegar a lo profundo del alma alemana. Tal vez sus versos son para ella demasiado complejos, llenos de ideas nuevas y de formas raras. Pero la unión se hace poco a poco. Los Dehmel y Johannes Schlaf se esfuerzan por alcanzar el arte a través de la vida; pero la vida moderna tiene aún demasiadas oscuridad y contradicciones: no ha logrado realizar una actitud verdaderamente plástica en la cual presentarse a los espíritus; y de ahí la dificultad para que el lirismo la exprese puramente y haga sentir a todos las bellezas que ella posee.

La poesía de los Stefan George y Hugo von Hofmannsthal aspira, al contrario de la anterior, a contemplar la vida a través del arte. Su acción inmediata es, en cierto sentido, tal vez más fecunda que la de los primeros: ella presenta el ideal, un ideal elevado, y tácitamente invita a los espíritus a elevarse hasta él; pero hay que reconocer que ese arte no puede ser muy útil sino en períodos de crisis, en épocas de hondo desconcierto espiritual y de preponderancia del materialismo. En tiempos armónicos, normales, queda relegado al uso de naturalezas debilitadas. No así la fuerte poesía de los Dehmel y Johannes Schlaf, que a medida que los espíritus se asientan, que la vida

se serena, el arte que la inspira se va reafirmando también y, como la estatua de Pigmalión, terminará por confundirse con la vida misma.

Es esa armonía de la vida, y de la vida y el arte, hoy la aspiración más sincera de todos los espíritus en Alemania; como el deseo de reposar que nos invade al fin de un día de agitación. Y si los manejos de una casta militar y la imposición de una disciplina, cuyos resultados funestos hemos ya apreciado, han hecho persistir al alma alemana por otras rutas que las de su tradicional idealismo y libertad, y la hacen aparecer ante el mundo como en íntimo acorde con sus gobernantes; a falta de otra clase de protesta, está ahí la elocuentísima de los treinta años de literatura imperial, mostrando el abismo profundo que existe entre la Alemania de ayer y la de hoy, entre la verdadera y la falsa, y los nobles esfuerzos de los pensadores y de los artistas por liberar el alma pura de Germania e infundirle nueva vida.

En la poesía moderna alemana, más que en ninguna otra parte, se siente ese aspirar hacia la armonía, a serenar la psiquis completamente dislocada, para reintegrarla en su esencia y que manifieste sus verdaderas cualidades. En todo el siglo XIX, el alma alemana ha sido, varias veces, poseída por lo que llama Nietzsche el terrible empuje de Dionisos, el desencadenamiento de las fuerzas ocultas de la Naturaleza. Primero fué el desbordamiento metafísico, y luego, la expansión comercial y de la industria y la preponderancia absoluta del militarismo. Es bueno poseer la fuerza: Alemania la posee en grado sumo; pero la fuerza sola, sea la misma fuerza espiritual, no basta. El más místico adorador del poder dominador, Nietzsche, ha dicho cómo sin la sujeción, la compresa que opone Apolo al desencadenamiento de la fuerza, no puede haber obra ni humana ni bella. Y el más alto fin de los hombres es, indudablemente, realizar esa obra. Dome Alemania sus energías, y su espíritu ganará en reconcentración e intensidad; y, sus pasiones serenadas, la armonía se hará sobre su ser entero: espíritu y materia. Y así podrá ella, entonces con todo derecho, presentarse entre los primeros pueblos que han logrado, por una sabia contemporización de la gracia y de la fuerza, resolver una parte del pro-

blema, al parecer eterno, de nuestra existencia. Que cada alemán, siguiendo el bello y alto ideal de los Lessing y los Schiller, sea un ciudadano del mundo. *(Weltburgertum.)*

A. ZÉREGA-FOMBONA.

París, 1916.

Uno de nuestros colaboradores, el Dr. Diego Carbonell, nos envía desde París este notable y hermoso estudio del joven y brillante escritor venezolano Arturo Zérega-Fombona, a quien agradecemos en extremo su atención de escoger a CUBA CONTEMPORÁNEA para publicarlo. En la carta con la cual nos ha remitido estas páginas el Dr. Carbonell, nos dice lo siguiente sobre el autor, que colaboró en la excelente *Revista de América:* "Vive apartado del mundo, con el recuerdo de su madre muerta y entre libros de arte, historias complejas, literaturas exóticas, ciencias positivas, problemas filosóficos y ásperas cuestiones de química."

PITÁGORAS: UNA TEORÍA DEL RITMO

INTRODUCCIÓN

L propósito del corto ensayo que sigue no es hacer la historia de la doctrina pitagórica ni discutir sus principios, sino aventurar una interpretación que me parece bien fundada y fértil en consecuencias estéticas. Sin embargo, los excelentes libros que sobre el pitagorismo existen se hallan aquí citados en su mayor parte, pues son insustituibles para el estudiante de filosofía.

En la primera parte de este trabajo he procurado hacer un esbozo del Pitógoras tradicional, moralista y fundador de secretos cultos.

La segunda parte se dedica al análisis de las más conocidas interpretaciones que de la doctrina pitagórica se han intentado en distintas épocas, desde Filolao y Aristóteles hasta los tiempos modernos.

En la tercera parte se expone la interpretación estética de la teoría del número.

* * *

Según nuestro concepto moderno, el universo es una serie engranada de cambios fenomenales, regidos por leyes uniformes e independientes de nuestra voluntad. Pero aparte de este movimiento, propio de las cosas abandonadas a sí mismas, ajeno a nuestra acción, sabemos que la humanidad, en todo tiempo, antes como ahora, se ha empeñado en imaginar que las cosas no siempre van solas por su camino, y que suele ser la conciencia

la que dirige sus movimientos: la seductora que las llama a participar de su vivacidad y hálito propios. En el mundo fenomenal nos impresiona el curso condicionado de los fenómenos, la acción uniforme de las leyes; pero, más que el orden o la ley, admiramos en el mundo el panorama inefable. Antes de analizar los objetos y descubrir en ellos las diversas cualidades que afectan a nuestros sentidos, el espectáculo del conjunto nos llena de estupor.

La emoción primera frente a las cosas no se compone únicamente, como tanto se ha dicho, de asombro infantil y vago terror. Uno y otro son accidentes que acompañan al sentimiento hondo y único que el paisaje y el objeto despiertan en toda alma humana que los contempla con desinteresado abandono. Penetración íntima y recíproca durante la cual la conciencia no ve en las cosas el orden uniforme que la experiencia demuestra, sino un infinito móvil que vibra al unísono con ella.

Esta comunión natural de las cosas y la conciencia, se interrumpe durante el trabajo del análisis. Mientras investigamos lo externo, usando de los sentidos para extraerle provecho, y cuando, más elevadamente, lo estudiamos con la razón, no hacemos sino precisar la distinción entre dos órdenes que se vuelven a cada paso más extraños: el objeto y el sujeto, la materia y el espíritu. El sabio tiende a aplicar a la conciencia las leyes que descubre en el vasto conjunto de las cosas. Los ingenuos, los artistas, los hombres todos, cuando se abandonan a su vida interior, vuelven a la percepción primitiva y eterna de una naturaleza que ignora leyes propias y sigue los misteriosos arranques del ser nuestro. Subsisten, pues, dos conceptos del mundo: el objetivo, analista, intelectual, en una palabra, el científico; y el sintético, que se ha llamado intuitivo, pero que es, más bien, la percepción estética de las cosas. Uno y otro son contrarios. La ley del primero es la casualidad, la necesidad; la ley del segundo es el desinterés, la ausencia de finalidad. En el primero toda tendencia es interés, tiende a un fin, cada causa busca su efecto, cada potencia el acto que la realiza. El segundo es un estado posterior a la realización, una potencia sin la amargura de los renunciamientos, cumplida en todos los actos: omnipotencia que ha penetrado a lo más recóndito de cada cosa

particular, *atelesis* pura en existencia eterna. A él se llega por camino inverso del dinamismo fenomenal, siguiendo la sola ley del espíritu, el cintilar único de la emoción de belleza, en que el ser y las cosas se ajustan a ritmo igual e infinito.

* * *

Cierta vez, hace ya algún tiempo, leyendo un resumen de la filosofía pitagórica, me ocurrió pensar que el secreto perdido con las últimas escuelas esotéricas, era precisamente la teoría de que las cosas, aparte de sus movimientos ordinarios comprobables con los sentidos, son capaces de vibraciones paralelas de nuestras tendencias íntimas, afines de nuestra esencia de belleza. Desde entonces me acostumbré a no ver en el número y las demás fórmulas del lenguaje pitagórico sino símbolos de un pensamiento inefable, hondo, sintetizador de lo existente.

Más tarde, buscando comprobación a esta creencia, estudié con detenimiento los textos; y el resultado de todas estas reflexiones se condensa en las páginas que siguen. Junto con él presento la traducción de los famosos fragmentos atribuídos a Filolao, desconocidos en castellano, esperando que esta labor modesta y devota me absuelva del fallo que mis propias hipótesis merezcan.

Porque la interpretación estética del pitagorismo implica un cambio radical de criterio. Casi toda la tradición se empeña en identificar el concepto de *número* con el concepto de *armonía*, y por último con las nociones de Unidad y Absoluto. De esta manera se liga a Pitágoras con Parménides y se hace del pitagorismo una mecánica de lo estable, una mecánica estática, norma de un absoluto concebido como infinito obscuro e inmóvil. En cambio, la versión estética de la tesis pitagórica no termina en el concepto de armonía, ni en el de número. En ella número y armonía son la expresión de un ritmo, al que se subordinan ambos. Ahora bien, ritmo quiere decir movimiento acompasado, pero, al fin, movimiento indefinido; de suerte que, por este camino, se va de Pitágoras a Heráclito, y el dinamismo pitagórico se vuelve, como la vida del espíritu, inestático, móvil, en una palabra: estético y no mecánico.

Sobre la importancia de Pitágoras en el pensamiento eu-

ropeo, no necesito insistir. Su doctrina es punto de partida de todo misticismo filosófico. La originalidad casi sin igual de su sistema, hace de él pensador único, a quien no se encuentra semejante ni en la riquísima ideología de los filósofos del Indostán. Los sistemas filosóficos se producen como consecuencia de un estado de cultura, y aparecen y reaparecen, con muy ligeras variantes, en distintos pueblos y en épocas diversas. Así, por ejemplo, en la India hallamos los duplicados a veces imperfectos, y frecuentemente intensificados, de casi todo sistema griego o europeo; mas el pensamiento de Pitágoras, mejor que otro alguno, parece hallazgo maravilloso, concepto definitivo, que no ha sido posible modificar o exceder, sino sólo repetir y más o menos inexactamente. Aun considerando que el pitagorismo sólo afirma que el número es la esencia de las cosas, no encontramos sentencia igual en todo el resto del pensamiento de la humanidad. Si bien es cierto que en algunas sectas filosóficas del Oriente, y sobre todas en la Cábala judía, se aplican ideas de número a las causas de las cosas y se nos habla de las tres personas divinas, de los siete días de la creación, de los cinco sentidos, etcétera, en todo esto el número no hace veces sino de signo, carece de significación esencial o interna. El pitagorismo considera el número como expresión del movimiento uniforme de las cosas, lo que es muy distinto de los números de la Cábala, que sólo dan signo y orden a los períodos de la creación, a las facultades del ser, a la progresión de los seres en demonio, hombre, ángel, Dios.

Fuera de la Cábala, con la cual tiene el pitagorismo analogías de lenguaje, pero no de significado, y aparte de ciertos números indostánicos que expresan la trinidad, el dualismo del bien y el mal, etcétera, no existe en otros sistemas el número, usado no ya en sentido agnóstico, pero ni siquiera en sentido filosófico.

Ha sido la ciencia moderna la que ha vuelto a fijar nuestra atención, no ya de matemáticos, sino de filósofos, en el significado del número. Los físicos nos han recordado, y hasta cierto punto confirmado, el pensamiento pitagórico. El filósofo griego descubrió que las relaciones de las notas de la escala eran constantes y expresables numéricamente; pero se ignoraba en su tiempo que la altura de los sonidos depende del número de vi-

braciones a que se somete la cuerda sonora, y que a un número crecido de vibraciones corresponde un timbre agudo, y viceversa. Tampoco se había formulado esta ley físico-estética: "sólo nos son perceptibles los sonidos cuyas vibraciones están comprendidas dentro de ciertos límites numéricos"; un cuerpo que vibra con muy pocas vibraciones no nos da percepción auditiva, y un cuerpo como la luz, hecho de vibrar intensísimo de átomos, no nos es tampoco perceptible al oído. Asimismo, para que un sonido nos sea agradable, es preciso que cuente con un número determinado de vibraciones, similar a la capacidad vibratoria de los nervios auditivos, y a cierto misterioso sentido estético que nos es peculiar. Pero Helmholtz se ha limitado a exponer y demostrar sus descubrimientos; no ha hecho, como Pitágoras, filosofía. Pitágoras pretendió explicar la naturaleza, no por la experiencia de los sentidos ni con postulados intelectuales, sino por la afinidad secreta que entre ella y nosotros existe; por la disposición que nos inclina a escoger, entre toda la multitud de los fenómenos externos, los que concuerdan y se confunden con el fluir íntimo de nuestras conciencias. Aplicó un criterio, no solamente intuitivo, sino estético: hizo filosofía con su noción de música y de belleza.

Hasta qué punto deba Platón su encanto y su profundidad a la actitud pitagórica que supo conservar siempre, es difícil definir; pero me atrevo a suponer que, sin el sentido estético heredado de Pitágoras, el platonismo de Platón habría sido el platonismo de la Academia, la hueca teoría de las ideas, la banal y elegante dialéctica de las escuelas.

El amor de belleza, la aspiración hacia el bien, llegan a floración plena en los diálogos, pero arrancan del vidente de Crotona, que ya había realizado el ideal de Sócrates, expresado, antes de morir, en el *Fedón:* hacer una filosofía que fuese música: hallar la expresión conjunta de la belleza y la verdad. Pitágoras es el primer antecesor conocido de la familia mística, extraña y dispersa; de los filósofos músicos, poetas; más bien dicho, de los filósofos estetas.

I

PITÁGORAS VIDENTE

La leyenda pitagórica.

La desigualdad de los hombres es una de las condiciones del progreso, y uno de tantos misterios que no hallan explicación en nuestra ciencia. ¿Por qué esa avaricia de lo creador, que no da de golpe y a todos el caudal entero de sus dones? Vanas son las respuestas, y sólo es innegable la existencia de los espíritus elegidos que ven aparecer la teoría luminosa de las verdades nuevas. Desde la infancia se distinguen por cierta actitud de audacia y devoción frente a la vida; más que los demás hombres, parecen impregnados del misterio. Cuando los accidentes, las desventuras, desgarran su personalidad, el secreto que llevan dentro vacila, languidece, no atina con su expresión; pero persiste, incuba; y un día, como por milagro, nace todo entero: desde entonces los años posteriores sólo se dedican a la propaganda y a las experiencias que precisan, corrigen y enriquecen el nuevo concepto.

Pronto la nueva idea toma cuerpo, se trasmite a otras conciencias, provoca en ellas despertares, asociaciones; desenvuelve un conjunto de preceptos que sirve de tema para las discusiones de las escuelas. Fuera de ellas, las fantasías ignorantes la acogen sin crítica, la deforman según sus ilusiones, la agrandan hasta el tamaño de la esperanza; inventan las leyendas: responden al pensamiento no comprendido, pero deslumbrante, con una especie de reacción estética que lo vivifica y consagra.

Los que sólo pueden interesarse por el vidente, no se conforman con las limitaciones fatales en toda doctrina filosófica: se empeñan en ver en Pitágoras un profeta que ha recogido en sus largos viajes toda la sabiduría de los hombres, y aun la de los dioses, con quienes aseguran sostuvo pláticas secretas. Un halo luminoso circunda su persona. A los que traen en el corazón fuego y veneno, porque no han sabido practicar la vida, él les desata el nudo interno, los apacigua y sana. Para los en-

fermos del cuerpo, conoce todos los remedios que en los distintos países se preparan con las plantas. Cierta ocasión, pocos días después que los discípulos habíanlo escuchado con agrado, llegaron viajeros que aseguraron haberlo oído el mismo día, a la misma hora, disertando en una ciudad lejana; por lo que se comprendió que había estado a un tiempo en los dos lugares. Al incrédulo Anabarsis le muestra su muslo de oro y le trasmite el poder de las curaciones y de los milagros. Cuando está solo, rememora sus vidas anteriores, o mira, si le place, las futuras. En la quietud de la noche, su oído profundo escucha la música de las esferas, imperceptible para los mortales comunes.

Mientras, el inventor quizás ignora estos amables delirios; generalmente muere antes de que adquieran forma, y vive con su fe largos períodos de retiro, que interrumpe porque necesita el trato de sus semejantes, no sólo para comunicarles su visión, sino para contemplarla aumentada de relieve cada vez que concreta en otro espíritu. Sucede que la verdad se le aparece fugazmente. Hay instantes en que podría expresarla en pocas palabras, casi sólo con el gesto: así la siente de precisa y clara. Pero otras veces, en la multitud de los estados de ánimo en que se descompone la vida, ella también se deshilvana y borra. Por eso, cuando vuelve a aparecer, siente la urgencia de fijarla en el lenguaje, en el símbolo, en las cabezas de los oyentes; y así es como el vidente se vuelve maestro.

El curioso libro de Jámblico, *La Vida de Pitágoras,* resumen de antiguas fábulas, nos presenta a Pitágoras maestro:

Concibiendo, dice, que los hombres son más impresionables cuando se les aborda por el conducto de los sentidos, como acontece cuando alguien contempla hermosas formas y figuras o escucha hermosos ritmos y melodías, estableció que la primera enseñanza debía consistir en la música y también en ciertas melodías y ritmos que hacen efecto de remedio para las pasiones y 'hábitos del hombre, junto con las armonías y facultades que el alma humana posee originariamente. Especial mención debe hacerse de la aplicación que hacía de ciertos aparatos y mixturas divinas, de melodías diatónicas, cromáticas y armónicas, por medio de las cuales lograba fácilmente transformar las pasiones y orientarlas, circularmente, en direcciones mejores, cuando se habían desarrollado de una manera clandestina e irracional.

De la escuela pasan pronto los pitagóricos a la verdadera

comunidad donde se practica la cura de alma y cuerpo. Los ejercicios colectivos, la música, los bailes, preparan para las largas meditaciones en que el alma se experimenta a sí misma. Fuera de ciertos sanos consejos sobre el reposo, el sueño, la dieta en los alimentos y la moderación en todos los goces, no hallamos entre los pitagóricos la letra sombría de las prohibiciones. Ellos, como los hombres que han venido después, conocen la inquietud de los deseos y el martirio de las pasiones excesivas; pero no pretenden vencer la naturaleza, sino más bien servirse de ella, y lejos de desdeñar el cuerpo, procuran regirlo y embellecerlo para que se eleve con el alma a la serenidad de la contemplación, como parte que es de la naturaleza divina. Condenaron el ascetismo. Para matar el deseo, deben haberse dicho, hay dos medios: satisfacerlo o negarlo. Sobre los efectos del segundo sistema, ya quizás Pitágoras había formado sus convicciones con lo que viera practicar a los ascetas del Oriente. Y debe haberse propuesto evitar a sus conciudadanos la suerte equívoca de aquellos ilusos trágicos que muestran en los ojos la fiebre sincera del alma, pero como oscurecida con los terrores de la carne, ávida de goces y oprimida por la negación. Por eso recomendaba la experiencia que instruye y purifica. Su admirable sentido de la naturaleza debe haberle insinuado que la ambición se aniquila mejor con la saciedad, que nos la muestra vana, y que así como hay en las cosas la inercia que las obliga a emplearse hasta el máximum de su poder, también tienen las pasiones un ímpetu que sólo con el uso y el desengaño se agota.

Los prejuicios y defectos de la sociedad dificultan el ejercicio de esta moral naturalista; pero todos la comprenden justa, y sancionan sus dictados ya con aprobación expresa, o, cuando menos, con la benevolencia que los más severos muestran para los pecados por exceso de entusiasmo o de ilusión.

La más severa de las pruebas impuestas por las disciplinas pitagóricas era la del silencio. Se asegura que con frecuencia lo observaban años enteros. Debe haber sido para ellos como una gimnasia del alma. Así como el orador que habla a los hombres de sus intereses sociales, usa los nombres de las cosas, la voz y el gesto para exponer sus ideas con orden, y se hace hábil en toda clase de respuestas, el místico adquiere en la soledad el

arte de la pregunta: roza con las cosas en la meditación y les arranca expresiones misteriosamente elocuentes. Necesita del silencio material, de la quietud de los afectos, y principalmente de la concentración interna, que lo mismo logra en los desiertos que entre los hombres, con tal que sepa no oir lo inútil ni mirar lo banal; vivir absorto, mientras afuera las cosas y el trato humano parecen los fantasmas de sueño enfermizo. Vive cuando lo externo se le vuelve irreal; no cuando está con las cosas o con los hombres. El pensamiento mismo le parece envoltura, porque cada concepto, por tenue que sea su molde, le estorba la penetración del ser esencial. La vida del espíritu se halla sujeta a dos eclipses: el del sueño y el de la vida cotidiana; pero, al menos, en el sueño nocturno, el cerebro atesora energías, mientras que en la vigilia el espíritu se desvía por caminos errados: es uno y no se desdobla; si está con la vida, se enamora, se entrega y se difunde en ella, y sólo en el instante de la soledad vuelve a sí, oye su música interna y cree despertar, como si soñase mientras pensaba o quería. Por eso, para vivir conforme al espíritu, ha de tomarse la vida como sueño; un sueño más intenso que el de la noche, pero vano como aquél a la hora del despertar. La vida ordinaria es juego breve; divertido más o menos, si nos mostramos infantiles; presuroso y útil, como juego de *sport,* para quien va de prisa, y sabe de otras cosas, y reserva lo central de su energía para explorar las esencias.

Jámblico, en el libro ya citado, nos describe semejante concentración vital:

> Pitágoras, dice, no se procuraba un ánimo despierto por medio del sonido de los instrumentos o de la voz cantada, sino que empleaba cierta inefable facultad divina, abría sus oídos y fijaba su intelecto en las sublimes sinfonías del mundo, que sólo él comprendía y escuchaba.

Más adelante agrega:

> Hallándose Pitágoras, por decirlo así, permeado de estas melodías divinas, sintiendo su inteligencia fortalecida con el ejercicio que ellas le daban, se resolvió a exhibir delante de sus discípulos ciertas imágenes, que representasen, hasta donde fuera posible, todo lo que él había escuchado; y así es como se decidió a producir imitaciones de estas melodías, por medio de instrumentos musicales y con la viva voz.

* * *

Tan pronto como aparece una doctrina rica en sugestiones morales, hombres y mujeres sienten agitarse en sus corazones la esperanza de la revelación, huyen del mundo, y buscan un retiro donde labrar la nueva persona que se sienten dentro. A las almas precoces que desde jóvenes sospecharon la perfidia del vivir, se une bien pronto la prole negativa de los desencantados, brote equívoco, que cada generación aparta de sí por inasimilable y por inconforme; y juntos todos estos rebeldes del orden llano y corriente de las cosas, se obstinan en construir, con los elementos eternos de la idea, una existencia por encima de los acontecimientos y de los hombres. Cada solitario en sus meditaciones renueva el mito de Prometeo, porque con sus interrogaciones y su lucha viola la uniformidad apacible de las cosas, perturba el vivir jugoso de la animalidad feliz, de la humanidad contenta con su planeta y su voluptuosidad. Y se desgarra el corazón al quitarle sus adherencias con el goce del instante, con la seducción nativa y honda de cada ser y cada cosa—que nos demandan enteras la voluntad y la pasión; pero renacen, y se vuelven los obreros del pensamiento, los sucesores de un caudal más vasto y atractivo que toda la vivacidad seductora del presente. No es preciso que el pensador descubra; basta con que medite, estudie, escriba, o únicamente piense, para que se mantenga la continuidad de la vida ideal. Con sólo pensar, el pensamiento general se reanima y progresa. La labor mental es contagiosa; el maestro pone la semilla, y las almas la multiplican y la devuelven matizada con mil tonalidades nuevas. El factor colectivo en la labor mental es imprecisable, pero evidente; salva de los desmayos al solitario, apoya y estimula el pensamiento, corrige las expresiones, enriquece los detalles, colabora, constituye el ambiente, germina las ideas, las hace latientes a un grado que el primero que las enuncia ya sólo parece que las señala, y liberta a un tiempo muchas conciencias donde la idea pugnaba por nacer: no sabe, ni él mismo, si es autor verdadero o sólo copista de la opinión del cenáculo o de la época. Hay también ideas tan poderosas, que no encuentran espacio en una sola conciencia y buscan apoyo en generaciones enteras. Sobre ellas el nombre de un autor no es emblema paterno, sino el signo bautismal que les pone el primero que vislumbra sus contornos: no

como creador, sino como sacerdote que da su testimonio y su bendición.

Pitágoras también, aunque profundamente original, toma mucho del caudal riquísimo de su época. Perecides, su maestro, le enseña los secretos del mito, el fondo teleológico de las tradiciones órficas, el saber oculto de las religiones todas. En sus estudios y viajes aprende todas las artes, practica la medicina y la música, y especialmente se informa de lo que los más sabios opinan acerca de la esencia del ser y de las cosas. Y aquí es precisamente donde él ha descubierto algo extraordinario: el número, que él ha visto danzar en todo movimiento de lo creado. Y como no se da abasto para desentrañar todas las consecuencias de su intuición, ha reunido a sus adeptos, los hace trabajar, y los educa, a fin de que más tarde, después de los primeros grados de la iniciación, le ayuden a descubrir todo lo que hay de cierto y profundo en el extraño concepto.

Él no podía contar, como han contado otros, con la colaboración de todos los hombres hábiles de su época, desconocidos o famosos, porque para esto es indispensable hacer circular un libro, y él quizá no estaba preparado para escribirlo. Era demasiado sincero con su verdad para que se atreviese a mirarla reducida a la inercia de un lenguaje: él sólo la sentía inmaculada, cuando miraba el baile acompasado de los jóvenes, o cuando por la noche imaginaba que sonaban las estrellas como notas musicales al recorrer armoniosamente sus largas órbitas. Por eso Pitágoras no salió a predicar a la plaza pública ni se sentó a las discusiones de los retóricos. Se refugiaba en su escuela, y allí se defendía de la curiosidad importuna y de la sabiduría que posee para todo fórmulas y juicios indeterminados. Se encerraba con sus discípulos, y a los humildes los instruía en la alegría de la virtud, y a los fuertes, a los que resisten el mareo y el síncope de toda altura, les hablaba del número y les mostraba el cielo.

Las comunidades pitagóricas no se dedicaban sólo a la contemplación; comprendían que la vida no puede dedicarse por entero a pensar, miéntras tantas cosas están aún por hacer. Eran verdaderos laboratorios de ciencias matemáticas y físicas, de medicina y de moral. Este eclecticismo, avanzado para la

época, era consecuencia del vasto saber y riqueza de facultades que distinguían al maestro. La leyenda exagera todavía más estas cualidades, y se complace en hacer de Pitágoras el centro y resumen del saber universal: relaciona las ideas pitagóricas con las doctrinas sagradas de todos los cultos y los misterios de todas las religiones. Pero ni sus largos viajes por Egipto y Persia parecen comprobados, ni mucho menos la creencia de que adquiriera en estos países las ideas fundamentales de su sistema. Ritter y Zeller estudian estas leyendas y las rechazan por inverosímiles, poniendo de manifiesto que el medio filosófico de Grecia era muy superior al de Egipto y Persia; y, por lo mismo, no eran estos países capaces de haberle dado concepto alguno importante que no conociese con anterioridad en su país natal. Aun la doctrina de la transmigración, que ha sido tradicional admitir que fué aprendida por Pitágoras en Egipto, había sido ya expuesta en Grecia por Perecides, maestro de Pitágoras, quien a su vez la fundaba en las más viejas tradiciones órficas. Griego por temperamento y por educación, Pitágoras es un ejemplo no excedido de profundidad filosófica. Mago y esteta, filósofo y santo, nada falta a su gloria.

Mas, para los ataques del mundo no es escudo la virtud; antes por el contrario, parece que los atrae, y que la fortuna sólo sigue a quien acepta practicar las opiniones y los vicios generales. Pitágoras no podía ser un éxito en la sociedad. Tarde o temprano, la conciencia independiente choca con las instituciones o con los acontecimientos. La demagogia ignorante de las ciudades griegas, aliada con los intereses del culto oficial, dirigió contra los pitagóricos la feroz hostilidad que del instinto gregario de los pueblos brota contra aquellos que se apartan de las normales tendencias zoológicas. Toda selección vive a merced de los intereses generales, aunque ellos le sean inferiores en calidad. Constantemente la agrupación, destruyendo los avances individuales, retrograda el humano proceso, en una forma o en otra, ayer por la violencia, hoy con atropellos legislativos. Es perfectamente infundado imaginar que los tiempos ahora sean mejores para la libertad del pensamiento; lo único que cambia es el prejuicio en que la tiranía colectiva se funda para oprimir. Actualmente se considera central el problema económico, y todo

lo que no se relaciona estrechamente con él ocupa un segundo término y está expuesto a la indiferencia o a la destrucción. Si los discípulos de Pitágoras fueron acusados de aristocratismo político, hoy se señala como parásitos y enemigos del pueblo a los que en ciencia, en arte o en filosofía persiguen miras ajenas al bienestar material. Y es porque los felices de este mundo, los perversos optimistas, engañan al dolor y estorban las reformas atrevidas. En defensa de sus privilegios y goces, se interponen entre el humilde y el sabio; temen que las masas escuchen la voz del pensador sincero que dice: para la dignidad de cada hombre es indispensable el bienestar de cada uno y de todos, pero no es para ocupar preferentemente la atención del espíritu un caso que tiene remedio, aunque el remedio se funde en una hipótesis imposible. La hipótesis imposible es ésta: que las gentes lleguen a poseer sentido común; y el remedio, que en seguida se pongan a organizar el trabajo con inteligencia y justicia, a la vez que se resuelven a engendrar pocos hijos. O bien, sin hipótesis, cuatro palabras: mucha cultura, pocos hijos; tal es el evangelio de la vida práctica. Pero los problemas del alma no tienen solución; demandan el esfuerzo mejor de todos los seres. Quienes así lo comprenden, se reúnen en sus academias para discutir y pensar; y a la hora de las grandes calamidades, cuando las intolerancias estallan, se dispersan, se pierden entre los demás hombres, y con el disfraz de un oficio o de un cargo, viven aislados, escondidos, como temerosos de confesar su manía divina.

Para los pitagóricos sonó muchas veces el toque de dispersión; torpes enemigos arrasaron sus casas, encarcelaron sus cuerpos, calumniaron sus enseñanzas. Pitágoras mismo, según una de las versiones acogidas por Diógenes Laercio, fué muerto en alguna feroz persecución; y aunque sus discípulos, establecidos en distintas ciudades de Grecia, le sobrevivieron largo tiempo y conservaron incompletos sus preceptos, al fin corrieron suerte semejante: fueron exterminados.

Uno de los pocos textos que tras de sí dejaron, comentado por Hierocles, gozaba de gran estimación todavía en la Edad Media: los *Versos Dorados* de Pitágoras, que en seguida se copian, en la versión de Rafael Urbano, son la voz oficial de la an-

tigua escuela y la doctrina externa que circulaba en todos los labios; la otra, la revelación esotérica, el principio fundamental del sistema, no quedó registrado en textos; tan sólo por instinto adivinatorio hemos de procurar hallarlo.

VERSOS DORADOS DE PITÁGORAS

1. Honra primeramente a los dioses inmortales, según están establecidos y ordenados por la ley.

Respeta el juramento con toda suerte de religión. Honra después a los genios de bondad y de luz.

3. Respeta también a los demonios terrestres, rindiéndoles el culto que legítimamente se les debe.

Honra también a tu padre y a tu madre, y a tus más próximos parientes.

5. Escoge por amigo entre los hombres al que se distingue por su virtud.

Cede siempre a sus dulces advertencias, y a sus acciones honestas y útiles.

7. Y no llegues a odiarle por una ligera falta.

Mientras puedas, sé sufrido, pues el poder habita cerca de la necesidad.

9. Sabe que todas estas cosas son así; luego acostúmbrate a sobreponer y vencer estas pasiones:

En primer lugar la gula, la pereza, la lujuria y la cólera.

11. No cometas jamás ninguna acción vergonzosa, ni con los demás,

Ni contigo en particular; y sobre todo, respétate a ti mismo.

13. Luego observa la justicia en tus actos y en tus palabras,

Y no te acostumbres a hacer la menor cosa sin regla ni razón.

15. Haz siempre esta reflexión: que por el destino está ordenado a todos los hombres el morir,

Y que los bienes de la fortuna son inciertos, y así como se les adquiere se les puede perder.

17. En todos los dolores que los hombres sufren por la divina fortuna,

Soporta dulcemente la suerte tal como es, y no te enojes por ello.

19. Trata, sin embargo, de remediarla cuanto puedas.

Y piensa que el destino no envía la mayor parte de esos males a las gentes de bien.

21. Se hacen entre los hombres muchas clases de razonamientos buenos y malos.

No los admires en seguida, ni los aceptes tampoco.

23. Pero si avanzan las falsedades, cede dulcemente, y ármate de paciencia.

Observa en toda ocasión lo que voy a decirte:

25. Que nadie, ni por sus palabras ni por sus hechos, te seduzca jamás,

Llevándote a hacer o a decir lo que no es útil para ti.

27. Consulta y delibera antes de obrar, a fin de que no hagas acciones locas.

Porque es propio de un miserable el hablar y obrar sin razón ni reflexión;

29. Haz, pues, todo lo que por consiguiente no te aflija y te obligue luego al arrepentimiento.

No hagas ninguna cosa que no sepas;

31. Pero aprende todo lo que es preciso saber, y así llevarás una vida dichosa.

No hay que descuidar de ningún modo la salud del cuerpo;

33. Así, se le ha de dar con mesura de beber y de comer y los ejercicios que necesite.

Pero yo llamo mesura a lo que no te incomodará.

35. Acostúmbrate a vivir de una manera propia y sin lujo. Evita provocar la envidia.

37. Y no gastes fuera de tiempo, como el que no conoce lo que es bueno y honesto.

Pero no seas tampoco avaro ni mezquino, porque la justa mesura es excelente en todas las cosas.

39. Haz sólo las cosas que no puedan perjudicarte, y razona antes de hacerlas.

No cierres tus ojos al sueño cuando te acuestes,

41. Sin examinar con tu razón las acciones del día.

¿En qué he faltado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dejado de hacer? ¿Cuándo debí hacerlo?

43. Comenzando por la primera de tus acciones y continuando con todas las demás.

Si en ese examen ves que has faltado, repréndete severamente, y si has hecho bien, regocíjate de ello.

45. Practica bien todas las cosas; medítalas bien; es menester que las ames con toda tu alma.

Ellas te colocarán en el camino de la virtud divina.

47. Yo lo juro por aquel que ha trasmitido a nuestra alma la sagrada tetrarquía,

Fuente del correr perpetuo de la naturaleza; pero no comiences a obrar

49. Sin rogar antes a los dioses te concedan terminar lo que emprendas. Cuando te hayas familiarizado con esta costumbre

Conocerás la constitución de los dioses inmortales y la de los hombres,

51. Hasta dónde se extienden los seres y lo que los contiene y une.

Conocerás también, según la justicia, que la naturaleza de este universo es por doquiera semejante.

53. De suerte que no esperarás lo que no debe esperarse, y nada te será oculto en este mundo.

Conocerás así que los hombres se atraen voluntariamente sus males, y por su propia elección.

55. Miserables como son, no ven ni entienden que los bienes están cerca de ellos.

Hay muy pocos entre ellos que sepan librarse de los males.

57. Tal es la suerte que ciega a los hombres y les quita el espíritu.

Semejantes a los cilindros

Ruedan de aquí para allá, siempre abrumados de males sin cuento;

59. Porque la funesta contención nacida con ellos, y que les sigue, les agita sin que ellos lo noten.

En vez de provocarla o incitarla, debían huir de ella cediendo.

61. Gran Júpiter, padre de los hombres, vos los libraríais de todos los males que les abruman.

Si les mostráseis cuál es el demonio que los acecha.

63. Pero ten ánimo: la raza de los hombres es divina.

La sagrada naturaleza les descubre los misterios más ocultos.

65. Si ella te participa sus secretos, llegarás fácilmente al término de las cosas que te he ordenado.

Y curando tu alma, la librarás de todas esas penas y de todos esos trabajos.

67. Abstente de las carnes que hemos prohibido en las purificaciones.

Y por lo que hace a la liberación del alma, discierne lo justo, y examina bien todas las cosas,

69. Dejándote siempre guiar y conducir por el entendimiento, que viene de arriba y debe tener las riendas.

Y cuando después de haberte despojado de tu cuerpo mortal, seas recibido en el éter limpio y puro,

71. Serás un Dios inmortal, incorruptible, a quien no dominará la muerte.

II

PITÁGORAS FILÓSOFO.

La doctrina pitagórica.

La principal autoridad en la historia de la doctrina pitagórica es Aristóteles.

Por la misma época (dice en la Metafísica), y aun antes, los llamados pitagóricos se dedicaron principalmente a las matemáticas y las hicieron realizar grandes progresos; pero educados exclusivamente en estos estudios, imaginaron que los principios de las matemáticas son también los principios de todos los seres. Como los números son naturalmente los primeros entre los principios de este orden, creyeron descubrir en ellos una multitud de semejanzas con los seres y los fenómenos, en mayor número que las que pueden descubrirse entre los fenómenos y el fuego, la tierra o el agua. Por ejemplo, dijeron los pitagóricos: determinada modificación de los números es la justicia; otra distinta, el alma y la razón; tal otra representa la ocasión favorable para obrar, y lo mismo ocurre con cada objeto en particular. En segundo lugar, estos filósofos observaron que todos los modos de la armonía musical y las relaciones que la componen, se resuelven en números proporcionales. De esta manera, descubriendo que el resto de las cosas modela esencialmente su naturaleza conforme a todos los números, y que los números son los primeros principios de la naturaleza entera, los pitagóricos concluyeron que los elementos de los números son también los elementos de todo lo que existe, e hicieron del mundo, considerado en su conjunto, una armonía y un número. Después, tomando los axiomas evidentemente demostrables cuando se aplican a los números y a las armonías, los acomodaron a todos los fenómenos y a todas las partes del cielo, así como al orden total del universo, que pretendieron encerrar dentro de su sistema.

Aun más; cuando este sistema presentaba lagunas muy considerables, las llenaban arbitrariamente, a fin de que el conjunto quedase tan coherente y armonioso como fuese posible. Citaré un ejemplo: según los pita-

góricos, el número diez es el número perfecto, y la década contiene toda la serie natural de los números. Partían de esto para pretender que debe haber diez cuerpos que se mueven en los cielos; pero como no existen sino nueve visibles, suponían un décimo, que es el opuesto a la tierra: la Antitierra.

Parece, pues, que los pitagóricos, adoptando el número por principio, lo han considerado como la materia de las cosas y la causa de sus modificaciones y cualidades. Ahora bien, los elementos del número son lo par y lo impar, siendo lo primero ilimitado y lo segundo limitado o finito. La unidad es impar, de igual manera que es ella la que da nacimiento a la serie entera de los números, y los números, lo repito, forman el mundo entero según los pitagóricos. Entre estos filósofos hay también otros que reconocen diez principios, arreglados y contenidos en series paralelas:

finito (limitado)	infinito (ilimitado)
par	impar
unidad	pluralidad
derecha	izquierda
masculino	femenino
reposo	movimiento
recta	curva
luz	tinieblas
bueno	malo
cuadrado	oblongo

Esta es, según parece, la clasificación que acepta también Alcmeón de Crotona, sea que la haya tomado de los pitagóricos o que los pitagóricos la hayan tomado de él. Alcmeón era joven cuando Pitágoras ya era viejo; pero, como quiera que sea, las ideas de ambos se aproximan mucho. Para él, también, la mayor parte de las cosas humanas son dobles, pero no determina las oposiciones con la exactitud que usaban los pitagóricos; las elige al azar: lo blanco y lo negro, lo dulce y lo amargo, lo bueno y lo malo, lo pequeño y lo grande. Pone una enfrente de otra estas oposiciones de una manera confusa, mientras que los pitagóricos precisan el número y naturaleza de esos contrarios. Lo que se puede afirmar de ambos sistemas es que consideraban como contrarios los principios de las cosas, pero es sólo en otras escuelas donde podemos aprender cuántos son esos principios, y lo que son. Sin embargo, basta consultar estas teorías para percibir claramente cómo se pueden referir los principios aceptados por estos filósofos a las causas que hemos enumerado. Todo lo que se observa es que han ordenado los elementos en el sólo género de la materia, pues según ellos, la sustancia de las cosas se compone y se forma de los elementos que están primitivamente en ella... Los pitagóricos (a semejanza de los eleáticos) admiten también dos principios. La sola adición que hayan hecho, y que los distingue porque les puede ser señalada como propia, consiste en que ellos no han visto en lo finito y lo infinito y la unidad, naturalezas diferentes de las cosas, como por ejemplo: el fuego, la tierra

o algún otro elemento de este género, sino que han tomado lo infinito en sí, o la unidad en sí, por la esencia misma de las cosas a las cuales se atribuye la infinitud o la unidad. Es esto mismo lo que los condujo a hacer del número la sustancia de todo.

En el pasaje que antecede, y en algunos otros menos importantes, Aristóteles refiere lo que en su tiempo se sabía de los pitagóricos; pero está muy lejos de pretender que tal haya sido todo el contenido de la doctrina primitiva. Todos los autores convienen en que Pitágoras no dejó nada escrito, y que las primeras generaciones de sus discípulos tampoco se dedicaron a redactar sus enseñanzas. El primer libro formal de la escuela es el de Filolao, intitulado *Las Bacantes,* del cual nos han llegado sólo fragmentos. Revela un sistema del mundo, que sin duda no es ya el de Pitágoras, aunque con él se relacione estrechamente. Las otras autoridades sobre el pitagorismo son referencias todavía más incompletas y lejanas de la fuente de la doctrina. Los fragmentos de Arquitas, discípulo de Filolao, algunas referencias de Herodoto, y pasajes de obras perdidas del mismo Aristóteles, es cuanto como auténtico mencionan los comentadores más modernos.

Otra peculiaridad que señalan todos los historiadores de esta escuela, es el carácter doble de su doctrina. Su concepto principal era no sólo secreto, sino quizás obscuro y casi inefable lo que los obligaba a emplear constantemente un lenguaje simbólico. En los libros se nos han conservado las metáforas y las fórmulas, pero en vano buscaremos la voz que las desentrañaba a la hora de las revelaciones, en la inspiración que dan al pensamiento, la música, los bailes y el misterio de la noche. A semejanza de las veladas dionisíacas, *bacanales* llamaron los antiguos a las sesiones pitagóricas; pero así como las literaturas de la época nos describen los ritos de Dionisos sin revelarnos su don de enardecer los corazones con el vino, el desenfreno y la alegría del goce, las tradiciones no nos comunican el intuir secreto de los convites de los iniciados, el misterio de aquellas orgías del alma.

Algunos entusiastas, en distintas épocas, sintiendo una especie de contagio de aquel ambiente lejano, se han aventurado en las suposiciones trascendentales: la crítica histórica, más modes-

ta y acertada, ha tenido que ceñirse a las interpretaciones casi textuales, en que el fondo de la doctrina se nos aleja y pierde.

* * *

¿Cuál es la interpretación que debe darse del concepto del número?

En tres de sus aspectos se han fijado principalmente los autores, a saber: el aritmético o cuantitativo; el analítico o esencial, y el geométrico o formal.

Aspecto aritmético de la teoría del número. Tomar el número, elemento aritmético, como punto de partida, y seguir con la imaginación toda la serie de los números posibles, y suponer que los fenómenos se desenvuelven en serie igual que la de los números, es quizás la forma primitiva de la doctrina. Debe observarse que, conforme a esta tesis, los números no son, como las ideas platónicas, prototipo independiente de las cosas, sino la esencia y la ley de su desarrollo. Suponer que los números poseen esencia propia, de la cual son copia los fenómenos, es introducir un principio ajeno a la doctrina primera, y afirmar la existencia de dos órdenes diversos: el orden perfecto de los números y el orden natural que lo imita. Zeller se funda en alguna frase de Aristóteles para admitir la posibilidad de que tal haya sido la doctrina aceptada por algunos pitagóricos, pero es casi seguro que esta creencia en la realidad del orden matemático puro, es posterior, derivada de la más moderna teoría platónica de las ideas. El primer desarrollo natural del principio que afirma: *todo es número,* se encuentra en la doctrina que pretende hallar el número, no en un orden metafísico independiente, sino en el seno de los fenómenos mismos, como su íntima ley y progreso natural. El mismo Zeller observa que en la época de la especulación pitagórica no estaba precisada aún la distinción de forma y materia: "consideraban los números, dice, como una expresión de las relaciones de las sustancias; buscaban directamente en ellos la esencia y sustancia de lo real"; *el ritmo y sustancia de lo real,* habría que agregar. Aristóteles también nos dice: "para los pitagóricos, el elemento del número era el elemento de las cosas"; es decir, que el número era en las cosas *una especie de formación interna, de cauce uniforme y progresivo.*

El universo infinito está compuesto de partes que se mueven según ritmos uniformes. Cada cuerpo, al vibrar en el espacio, emite un sonido, más o menos agudo, según la velocidad que lleva; la ley de los movimientos en el cosmos es la misma que la de los sonidos en la escala musical. En el cielo, los astros son como las notas de la octava; al girar en sus órbitas, producen un agrandado concierto, armonía sublime que los oídos humanos no escuchan porque se han acostumbrado a él, como los habitantes de las costas al ruído del mar, o porque sus oídos son imperfectos; tal es la tesis original del pitagorismo.

Aspecto analítico del número. Filolao. Filolao es el más penetrante investigador de la esencia del número. No se conforma con el número aritmético, elemento de cantidad, mónada homogénea. Para hacer su metafísica, atiende a la composición de la mónada, la divide en sus elementos par e impar, asimila a esta división todas las otras oposiciones que se encuentran en el universo, y expresa la tesis de que cuanto existe depende de la acción combinada de dos principios contrarios. El uno es el principio de determinación, que hace que las cosas tengan un comienzo y un fin; se denomina: lo limitado. El otro es el principio de indeterminación, que hace que las cosas tengan término medio; se llama: lo indefinido. Nosotros sólo podemos conocer lo que es determinado; lo que ocupa lugar. Todo objeto que ocupa lugar, posee, necesariamente, principio, medio y fin. Y ¿cuál es el principio de la determinación? ¿Cuál la unidad? ¿Cuál es el principio de la indeterminación? El número dos: la dualidad.

El elemento de todas las cosas es el punto; la esencia del punto es la unidad; dos puntos determinan la línea, tres puntos la superficie, cuatro el sólido; y así como la unidad es la esencia del punto, la esencia de la línea es el número dos, porque se necesitan dos puntos para determinarla; el símbolo de la superficie es el número tres, por la misma razón, y el cuatro es la esencia del sólido, y también la de los seres. Cuatro puntos determinan el sólido, y cuatro principios la vida, a saber: el encéfalo (la inteligencia), el corazón (afectos), el ombligo (vida vegetativa), y el órgano de la reproducción.

Pero, al igual que la oposición, existe también en todas las

cosas un principio de armonía, que da unidad a lo múltiple, que une los elementos disímbolos y los vuelve productivos. Con igual propiedad puede decirse que todo es número y que todo es armonía, puesto que cada número es una unión definida: la armonía de lo par y lo impar. La sustancia se compone de los contrarios, pero tiene como esencia la unidad de la armonía. Esta unidad no es ya el uno cuantitativo, sino el ser primero, el principio increado. Así es como puede decir Filolao: el número es el eterno principio de donde viene la serie eterna de las cosas mundanas.

La unidad de Filolao ya no se encuentra en el conjunto de los movimientos armoniosos, en la ley progresiva del mundo con su serie de metamorfosis; es la unidad de los eleáticos, el número total, fijo y absoluto.

El aspecto geométrico. La interpretación geométrica del número quita a la doctrina pitagórica todo su prestigio misterioso; la vuelve clara y lógica; la *moderniza,* pudiéramos decir, dándole principios completamente formales e inteligibles, aunque totalmente vacíos de contenido espiritual. Ritter pretende reducir el pitagorismo a fórmulas de razón. Considera que lo más importante en Filolao es la tesis de lo limitado y lo ilimitado.

> Los pitagóricos, dice, sostenían que el número era el principio de las cosas, porque para ellos lo primario y lo simple constituía el principio. Ahora bien, lo primario del cuerpo consiste en superficies, lo primario de la superficie es la línea, y lo de la línea, el punto, que llamaban ellos unidad mónada, perfectamente simple en su composición, y que, por lo mismo, no admitía nada anterior ni más simple. Y como esas unidades son números, los números deben ser el principio de las cosas. La doctrina de los números tiende a explicar los cuerpos por medio de principios incorpóreos, ya que los puntos del espacio son inextensos. Todo lo que se ha dicho a este respecto confirma lo que en realidad está implícito en el mismo término número: los pitagóricos resolvían la existencia corpórea en puntos que constituyen el último límite a que puede llevarse el cuerpo. La limitación referida a los cuerpos era para ellos la existencia de una multitud de puntos ligados misteriosamente en el espacio, y la proposición que dice: todas las cosas consisten en números cuya existencia es irreal, incorpórea,—se expresa también con estas palabras: todas las cosas se componen de puntos o unidades especiales que, tomadas juntas, constituyen el número.

Después de reducir lo limitado de Filolao a la noción del

punto abstracto de los geómetras, Ritter equipara lo ilimitado con el intervalo que separa los puntos, y este intervalo vacío sirve, según él, para facilitar el concepto del espacio, lleno de mónadas o números. Aunque los puntos eran incorpóreos, el cuerpo venía a ser un compuesto de las mónadas y los intervalos:

Mediante los intervalos se produce el cuerpo con sus tres dimensiones, a saber: un punto inicial, otro final, y el intervalo en medio: tal era la esencia del cuerpo.

Esta teoría ingeniosa sirve a Ritter para ligar la noción de materia con la de forma. Reduciendo lo corpóreo a elementos intelectuales, a espacio formal, se nos hace inteligible, y el problema de la existencia de lo externo se confunde con el problema del conocimiento; pero esta interpretación del pitagorismo no encuentra fundamento suficiente en los textos, según opinan Reinhold, Zeller, etcétera. Y por su intención misma debe considerarse como una tentativa de convertir en racionalista una doctrina que es, en su origen, esencialmente mística. Mística, en el verdadero sentido clásico de tesis que no puede mirarse, ni expresarse con imágenes formales, sino que sólo se percibe cerrando los ojos y abriendo el alma al rumor invisible.

* * *

Zeller, comentando las ideas de Ritter, observa que era fundamental en el pitagorismo considerar los cuerpos como número, y no los números como cuerpos: ''en lo corpóreo veían algo original que no pretendían derivar del número aritmético''. La observación fundamental del sistema, agrega, es la que señala Aristóteles, a saber: ''que en el movimiento de las cosas externas observaron uniformidades expresables numéricamente, y de allí partieron para afirmar que todo es número''. En seguida el estudio del número los condujo a la teoría posterior de lo par y lo impar, lo limitado y lo ilimitado. Suponer que la teoría del número se derivó de alguna hipótesis metafísica anterior, como la teoría de lo finito y lo infinito, etcétera, sería exacto si se tratase de escuelas naturalistas, no respecto de los pitagóricos. Por lo mismo, juzga Zeller que la teoría de Filolao acerca de los elementos opuestos que componen las cosas, fué desarrollo y consecuencia de las observaciones primitivas.

Puedo aceptar, continúa Zeller, que la filosofía pitagórica surgió primitivamente del problema de las condiciones del conocimiento, y no de investigaciones sobre el origen de las cosas; que los números eran considerados por los pitagóricos como el principio del ser, no porque creyeron percibir en las proporciones numéricas la base permanente del fenómeno, sino porque sin número nada parecía cognoscible, y porque, de acuerdo con el célebre principio: lo semejante conoce a lo semejante, la base del conocimiento debe también encontrarse en la realidad.

Pero no por eso acepta Zeller la teoría de los que derivan el número del problema del conocimiento, sino que se atiene más bien a la opinión de Aristóteles, que clasificaba a los pitagóricos como filósofos físicos simplemente; y dice, por último:

De la vida espiritual de los pitagóricos nació el afán de la investigación independiente acerca de la causa de las cosas. Este afán los hizo buscar explicación a la naturaleza, y en seguida procuraron hallar en ella fundamento a su actividad moral; y como les pareció que la ley y el orden eran los más altos elementos de la vida humana, así en la naturaleza admiraron el orden y curso regular de los fenómenos, especialmente en el espectáculo de los cuerpos celestes y las relaciones de los tonos en la música. Creyeron percibir la base de toda regularidad en el orden y las relaciones armoniosas de los números, cuyo estudio científico ellos inauguraron. De esta suerte, por una derivación natural del pensamiento, llegaron a la conclusión de que todas las cosas en su esencia son número y armonía. Pero la especulación de esta escuela es obra de varios pensadores y de varias épocas.

* * *

La mayor parte de los autores convienen en que el punto de partida del pensamiento pitagórico era la observación de la naturaleza; desde Aristóteles, casi todos enseñan que el principio de la armonía nace del número y de las cosas, no de la conciencia.

Schleiermacher, pensando sin duda que una filosofía espiritual por esencia, como la pitagórica, no puede derivarse únicamente de observaciones empíricas, sostiene el punto de partida subjetivo del pitagorismo. Las matemáticas, ha dicho, "son la parte técnica de la doctrina, pero su fondo es una tendencia ética". "De la percepción de un orden y armonía en las acciones humanas, pasó Pitágoras a la investigación de ese mismo orden en la naturaleza."

Si no nos parece probable que una tesis moral haya sido el fondo del pitagorismo, el método escogido por Schleiermacher para juzgar la doctrina es indiscutiblemente el acertado. Los sistemas filosóficos rara vez se inventan como las leyes científicas, sumando un conjunto de observaciones; son obra intuitiva, realizada con poder semejante al del artista. Para juzgar de ella, es preciso colocarse en el estado de ánimo del filósofo creador. Especialmente en la época lejana de Pitágoras, el filósofo no era todavía especialista, sino amante de la sabiduría entera; no se había recortado las alas con la dialéctica; interpretaba el mundo con la totalidad de su vida intensa. La determinación precisa de lo que es cuerpo y lo que es espíritu, aparece mucho más tarde. Zeller dice:

> Ni el número de Pitágoras, ni el Uno de Parménides, son esencia espiritual y distinta de lo sensible, como las ideas platónicas. Por el contrario, estos filósofos sostienen que las cosas sensibles son esencialmente número, o una invariable sustancia. Número y ser son para ellos la sustancia misma de las cosas.

Platón, con su teoría de las ideas, y Aristóteles, en su doctrina sobre la materia y la forma, crearon los elementos de un mundo abstracto, que más tarde la escolástica pretendió identificar con el espíritu. La conclusión fatal de esta absurda manera de pensar el mundo, ha sido el dualismo insoluble de casi todas las filosofías posteriores. La mente desdobla el universo en dos órdenes opuestos, el cuerpo y el alma, la materia y la fuerza; y luego no puede, con su sola energía, volverlos a unir, y recurre entonces a las hipótesis mecánicas o al dogmatismo arbitrario, a San Agustín o a Leibnitz. Todo este portentoso esfuerzo del racionalismo ha servido para definir el alcance y el valor de los juicios racionales, pero nunca ha logrado acaparar la actividad filosófica; siempre ha tenido que luchar con la contracorriente de los místicos, de los inspirados verdaderos, que hallan en el mundo sentidos que no dan las fórmulas de dialéctica alguna.

El racionalismo se absorbe en el análisis y las consecuencias de la operación del juicio, y desatiende el sujeto que produce el raciocinio y el fondo misterioso que en él queda irrevelado durante el más minucioso análisis mental. El misticismo atiende

por entero al yo. Para el primero es capital la idea; para el segundo, la idea es producto, reflejo de una entidad que es ella misma, la única evidencia; y parte de esa su evidencia para juzgar toda cosa. Un análisis serio de la conciencia nos revela dos clases de elementos: ciertos datos inmediatos, irreducibles, cualitativos, únicos; y una multitud de imágenes, recuerdos, ideas. Y si del fuero interno pasamos a la investigación del mundo, allí encontramos también, al principio, imágenes, percepciones, objetos asimilables de algún modo, ya por los sentidos o bien por la inteligencia; pero si llevamos el análisis más adentro, si descomponemos el fenómeno material en todos sus elementos, si pretendemos desentrañar su esencia, nos encontramos, ya no con ideas, ni siquiera con percepciones definidas, sino con elementos que muestran una curiosa analogía con los datos inmediatos de nuestra conciencia. Parece que al llegar al fondo obscuro de lo material, en vez de una naturaleza peculiar de las cosas, nos encontramos con nosotros mismos. Esta extraña incapacidad en que nos hallamos para salir de nuestro propio ser, esta repetición de nuestro yo en lo externo, al principio desilusiona y desconcierta, porque no estamos del todo satisfechos del yo, y nos inquieta hallar por todas partes no otra cosa que él mismo. Pero, de todas maneras, esta es la derrota de la teoría de los dos mundos opuestos, el del cuerpo y el del alma. Sólo que en esta experiencia fundamental no es el espíritu el que sacrifica sus características para volver a una fusión modesta con la materia, su afín, sino que es la materia la que pierde sus características de limitación y pesantez, para identificarse con el elemento subjetivo de la conciencia, y ser en él una porción menos alerta, pero igual en esencia. Es la materia la que se vuelve irreal, la que semeja como una extensión, más o menos banal, del espíritu, pero que éste recoge de nuevo, dentro de sí, a voluntad.

Siempre se ha considerado el átomo como el tipo y elemento de lo corpóreo. La materia toda es compuesto de átomos, y lo que forma la esencia del átomo, forma también, necesariamente, la esencia de la materia. Según las más recientes hipótesis, el éter, la materia y la electricidad se confunden; y en el átomo eléctrico, las dos corrientes, positiva y negativa, que lo forman, son todavía esencia material, pero los electrones y las leyes

de su acción y reacción recíproca dentro del átomo, no son más que hipótesis fundadas en analogías con lo que se observa en los fenómenos sensibles y construídas de acuerdo con nuestra facultad de raciocinio. En el momento en que falta a la experiencia el elemento objetivo de la observación, y en que por lo mismo se hace necesario trabajar con hipótesis, no es ya lo externo lo que nos ocupa, sino los elementos ideales de nuestra mente.

En el fondo del átomo, que es el fondo de la materia misma, la ciencia ya no encuentra percepciones; puede decirse que ya no halla materia, sino concepto; por eso nos habla de energía, y nos describe el átomo como el punto en que cruzan dos fuerzas, —siendo estos dos elementos, el punto y la fuerza, ya propiamente subjetivos. De esta suerte puede afirmarse que la materia vuelve a ser espíritu. El concepto del átomo se identifica con el dato inmediato de la conciencia: la noción de fuerza, el *sentimiento de esfuerzo,* de que nos habla Maine de Biran.

El viejo dualismo, fruto de la escolástica, no ha analizado más que la superficie de los fenómenos. Por nuestros modernos sondeos del objeto, nos hallamos colocados hoy en un punto de vista muy similar al de los antiguos, aunque dispongamos de más avanzados métodos. El retorno a Plotino se nos hace natural. Concebimos el universo entero como la obra multiforme de la energía. En algunos seres, la fuerza va de ascenso y produce la infinitud de las tendencias superiores; en otros fenómenos la vemos como entorpecida y degradada; se hace allí materialidad sombría, pero no cambia de esencia; es la misma potencialidad que anima lo más alto: hay en la materia disminución, pero no ausencia total de esencia divina. La vida, nos dice Bergson, es un arranque superior de la energía; la materia es la energía de descenso, lo que a cada momento decae del arranque vital.

Pero con el análisis hicimos tan profundas las diferencias entre el cuerpo y el alma, que ahora es preciso volver sobre cada una de ellas para investigarlas y reducirlas a unidad; la labor de refusión comienza apenas.

¿Cómo engranan y coexisten, después de la bifurcación operada por la razón, los dos mundos, el de la materia y el del espíritu? ¿Cómo se resuelve ese conflicto del alma que tiende a las cosas superiores, pero no puede, y quizás no debe, abandonar sus adherencias múltiples con todo lo de abajo, con toda

su parentela inferior, carente de forma o de superior arranque? A causa de que este problema se ha hecho más sensible en el conflicto de los deseos y de los afectos, que tienden unas veces a lo de abajo y otras a lo más alto, se le han buscado soluciones internas, se le ha querido aplicar la ley moral, que aconseja la purificación de lo innoble y la corrección de lo imperfecto; pero esta solución, por respetable que sea, es sólo parcial: deja fuera todo el inmenso mundo de los objetos; borra el encanto insustituible de las cosas, y nos da, en cambio, el mundo ideal de las virtudes. Pero no tolera el corazón las exclusiones y sabe que las hay siempre que se suprime un orden para inventar sobre él otro falso o superior. Lo que demandan las conciencias es la redención absoluta de todas las cosas. Todo el prodigioso, animado, armonioso mundo de lo sensible, ¿va a quedar eternamente fuera de nosotros mismos? ¿Acaso no hay manera de asimilarlo con nuestro vuelo íntimo? ¿Por qué se nos ha de arrancar, si es parte de nuestra esencia misma? Para hacer esta asimilación de lo material, no basta el principio moral; hace falta una noción que participe a la vez de la cosa y del alma. La pregunta dice: ¿Cómo llegará la materia al espíritu? ¿Acaso le está divorciada para siempre? ¿Es cierto, entonces, que hay cielo e infierno,—que una parte de las cosas se condena fatalmente y sólo otra pequeña se salva?

Por eso hay que ir más lejos que Schleiermacher en la interpretación de Pitágoras. ¿Cómo había conquistado Pitágoras la unidad que absorbe en sí toda cosa? Es muy probable que, como dice Schleiermacher, observara dentro de sí la ley y el orden de los afectos, e intentara después aplicar esa misma ley a lo externo; pero no debe haber sido éste todo su pensamiento. Sin duda que había algo más, pues no era la suya una ética, sino una estética.

(Concluirá.) JOSÉ VASCONCELOS.

Escritor joven y de gran mérito, que trata con sencillez, elegancia y acierto los más disímiles asuntos. Filosofía, literatura, arte: todo parece serle familiar. Los trabajos de este distinguidísimo exponente de la nueva generación intelectual mejicana, son siempre interesantes por la labor de investigación que revelan y por las opiniones personales que expone. Recientemente la prensa de Lima le ha colmado de elogios por una brillante conferencia que dió en la capital del Perú sobre el movimiento intelectual contemporáneo en Méjico, desde donde nos envió, antes de emprender viaje, este admirable estudio por el cual le damos muy expresivas gracias.

EL SACRIFICIO DE IRLANDA, LA PRENSA DE CUBA Y LOS IDEALES DE SU PUEBLO

SIR Roger Casement ha pagado con la vida el crimen de amar la libertad de su verde Erin surcada de lágrimas.

En pleno siglo XX, la insaciable Albión—devoradora de pueblos débiles, si la Historia y el mapa universal no mienten, y paladín de Bélgica por odio al poder alemán, todo en una pieza—ha llevado a la horca al irreprochable y valiente caballero que iluminado por el ideal de independencia, arribó, en memorable y reciente día de universal recordación, a las playas de Irlanda heroica, enarbolando la enseña de una nacionalidad nueva.

El martirio de la oprimida isla bajo la férula de sus despiadados conquistadores del siglo XII, desde los tiempos de Enrique II hasta nuestros días, no tiene precedente. El régimen del carnicero Weyler en este pedazo de América, fué patriarcal comparado con el estatuído en Irlanda por el sanguinario Cromwell. Ebrio de fanatismo y sediento de sangre, sometió a los católicos a las más crueles torturas, persiguiéndolos en nombre de su implacable Dios, y confiscó los bienes de los nativos para repartirlos, con iniquidad no igualada, entre los grandes señores de la nación conquistadora.

Su derecho a la libertad sólo pueden negarlo los incapaces de merecerla. En el orden moral, Sir Roger Casement fué a Irlanda lo que Washington a los Estados Unidos, Bolívar y San Martín a las repúblicas andinas, y Martí a Cuba. La diferencia esencial consiste en que los últimos dieron cima a su

empeño, y el patriota irlandés murió sin vislumbrar en los horizontes apagados de su tierra el relámpago prescelso del rayo vengador.

Pero es—niéguelo quien lo niegue—el último libertador ajusticiado por la fuerza y la codicia, supremos jueces que gobiernan el mundo.

Si querer impedir que Irlanda derramara su sangre, no ya por una causa ajena, sino en defensa de sus verdugos, es traición para vosotros—exclamó ante los jueces—, estoy pronto a responder por ella con mi vida.

Por razones fáciles de comprender, la causa de Irlanda tiene un altar en mi corazón. Como Cuba, es isla; como ella en tiempos ominosos, lleva ceñida al pie la cadena de la servidumbre; y como ella, en épocas heroicas, aspira a la libertad. Hay una perfecta analogía entre su calvario y el nuestro; entre su cruz presente y la nuestra vencida.

Y, ¡raro contraste! Entre los países neutrales, sólo la prensa de Cuba, con rarísimas y contradictorias excepciones, ha dado la nota discordante al comentar el estallido de Dublin, primero, y la ejecución de su jefe natural después.

Cuando fué hecho prisionero el héroe irlandés, plumas cubanas, aceptando como evangelio el punto de vista británico, calificáronlo de traidor. Un observador menos benévolo se hubiera preguntado, frente a tanta inconsecuencia, si eran las mismas plumas que veintiún años antes lanzaron idénticos epítetos al crucificado mártir de Dos Ríos.

Esa prensa, al referirse a Casement y a su misérrimo país, no refleja los sentimientos del pueblo cubano ni ha pulsado los latidos de su corazón. El caso no es nuevo. Por causas que estudiaré en ocasión más propicia, el periodismo cubano, en términos generales, se halla representado, principalmente, por elementos que no comulgaron en la religión de nuestros sacrificios. No niego, al decir esto, su derecho a pensar como mejor les parezca. Digo únicamente que no tienen capacidad moral para discurrir en nombre de Cuba. La república es cosa distinta de la factoría. Y, en buena lógica, debe tener sus órganos, como los tuvo la colonia. Proceder de distinta manera es abandonar la Iglesia en manos de Lutero.

No pueden ser intérpretes de la conciencia nacional los viejos enemigos de su irrupción gloriosa iluminando el llano y coronando las montañas. Y para colmo de males, la llamada prensa nacional, a cuyo frente figuran cubanos de antecedentes revolucionarios, está también en manos de extranjeros. El nativo, por idiosincrasia o neurastenia originaria, niega sin fundamento ni razón, en cuanto se eleva, la capacidad de sus paisanos para las más fáciles empresas. Desvanecido por las alturas o deslumbrado por la populachería, se cree un superhombre, y mira al resto de los mortales por encima del hombro. Es común en esa parte exigua de la prensa, que la dirección sea de adentro y el pensamiento de afuera: o lo que es lo mismo, la cazuela criolla y los garbanzos importados.

A esto débese el divorcio, la falta de compenetración entre el país y sus órganos.

Patriota antes que periodista, me conduelo de la evidencia del mal señalado. A que tan lamentable estado de cosas haya podido arraigar, ha contribuido directamente la acción corruptora de nuestros gobiernos, prontos a pagar con dinero del Erario público la procacidad y el pensamiento aventureros de gentes aprovechadas. Es el producto de la abominable pasión política que todo lo ha desquiciado. No niego las impurezas de los héroes; pero no son sus viejos enemigos los llamados a echárselas en cara, tomando de pretexto campañas electorales.

En el caso concreto de Irlanda, la voluntad nacional es favorable a los oprimidos. Y una opinión contraria reflejan los equivocados voceros de sus sentimientos.

Una completa ausencia de orientaciones ideales se observa en los órganos de la opinión. Algunos publican en sus columnas un himno a la libertad de Bélgica y otro a la opresión británica en Irlanda. Como si el derecho y la justicia fueran privilegio exclusivo de una sociedad o de una raza.

Los apóstoles de todos los tiempos y de todas las naciones, merecieron siempre, de los sátrapas y de sus parciales, los dictados de bandidos y traidores.

La historia nuestra es demasiado fresca para tener que recordar. Pero contradígaseme, y evidenciaré la crueldad de la prensa española cuando cayó nuestro bienamado Martí.

Es absurdo hablar de la traición de Sir Roger Casement. Concibo que lo afirmen los ingleses; no el universo imparcial y libre. No son propósitos compatibles ni ideales homogéneos las correrías expansionistas de Inglaterra y los ensueños, empapados en sangre, de Irlanda irredenta. Para la primera, Sir Roger Casement era un demonio digno de la horca; para la segunda fué un bienhechor, y es ahora un Cristo y una bandera.

Mientras la humanidad exista, las discrepancias serán el fruto natural de su árbol milenario. Los traidores oponen su derecho a la tiranía, como cosa justa y razonable. Reyes y Césares creen reinar en la tierra por mandato divino. Los oprimidos han tenido siempre que apelar a las armas, para sacarlos de su error y despertarlos de su sueño.

No hay inteligencia posible entre dominadores y dominados; señores y esclavos; victimarios y víctimas. Aquéllos son grandes mientras se imponen por la fuerza; verdugos cuando caen sepultados por las lavas del volcán revolucionario; éstos son traidores mientras sufren y aspiran; padres de pueblo cuando se alzan vencedores. Es la característica de la justicia, que por algo es humana.

Sir Roger Casement no podía escapar a la regla inflexible. Y como sus escribas pesan más que sus fieles en la balanza de Breno, los ayes sollozantes de los vencidos fueron apagados por la jauría de los vencedores.

Sir Roger era noble y culto y mimado de la fortuna. Todo lo poseía; pudo ser feliz por la simple contingencia de nacer en Inglaterra. Pero nació en Irlanda, y la historia de sus inmensos infortunios pesaba sobre su corazón como una losa de plomo.

Mis puntos de vista alrededor de la guerra europea no son incompatibles con mi proverbial amor a la libertad. Se me tacha de germanófilo porque no sostengo que Inglaterra combate por la soberanía de Bélgica, ni Rusia por la de Serbia. Y porque, además, estoy lejos de pensar que Alemania es una nación salvaje que merezca desaparecer del planeta Tierra, bajo los fuegos del cielo.

La guerra europea se reduce, en mi sentir, a un duelo por la hegemonía comercial y el dominio de los mares, entre In-

glaterra y Alemania. Los aliados de una y otra hanse visto compelidos a lanzarse en la vorágine desoladora, por razones históricas y odios atávicos, o por seguir las inspiraciones del viejo refrán castellano: "a río revuelto ganancia de pescadores". Bulgaria es un ejemplo. Y también Italia, que después de treinta y tres años de unidad espiritual con Alemania y Austria, ha creído oportuno desertar de la Triple Alianza, entonar un himno a la raza latina y requerir de la empolvada vaina el fulgurante sable garibaldino.

Es un hecho cierto que hasta del mal mismo se derivan bienes. La tiranía engendra la libertad. Esos resultados sólo desvelan mi sueño en la presente lucha, que si me aflige desde el punto de vista humanitario, no me preocupa en otros aspectos. No olvido que Inglaterra, Alemania y Francia se unieron, no hace mucho, para exigir a Cuba el pago de injustas reclamaciones apoyadas en la fuerza; y es notoria la indiferencia con que contemplaron nuestros heroísmos por sacudir el yugo de secular dominación.

No os sorprendáis, sectarios empedernidos. Soy aliado en Bélgica, Serbia y Montenegro; germanófilo en Irlanda y Polonia; turco en los Dardanelos y árabe en Trípoli. Enemigo del militarismo prusiano en tierra y del predominio británico en los mares; partidario del equilibrio universal y enemigo sempiterno de la expansión territorial y del tutelaje afrentoso de los pueblos grandes sobre los pueblos débiles.

Calificar a Casement de traidor por haber aceptado la ayuda interesada del Kaiser para redimir a Irlanda, es risible y acusa profundo desconocimiento de la Historia. El propósito ni siquiera es nuevo. Durante la Revolución francesa, Irlanda quiso sacar partido de la hostilidad de las dos potencias hoy aliadas, y como ahora naufragaron sus esperanzas. Es más absurdo todavía reprocharla por haber querido aprovechar este período de crisis para librar a sus hermanos de las garras del leopardo inglés. Es tan inconsistente la acusación, como poner en los cuernos de la luna las bondades de Albión como nación colonizadora. Los llamados a juzgarla en el caso concreto de Irlanda, no son los hombres libres de otros países, sino los irlandeses. Para Europa, y hasta para la mayoría de las repú-

blicas latinoamericanas, Cuba fué ingrata hija por haberse rebelado contra la maternal y deliciosa dominación de España. Y a ningún cubano se le ocurriría sostener que procedimos alevosamente levantando bandera de combate contra la madre patria, en los precisos instantes en que se debatía en lucha feroz contra los moros del Riff y cuando los patriotas del archipiélago filipino proclamaban su derecho a la independencia. Y si no mezclamos antes en nuestra contienda a los Estados Unidos, no obstante ser un pueblo de raza distinta, con el cual no podíamos entendernos en nuestro idioma, no fué por falta de diligencias, sino por motivos del todo ajenos a la voluntad. Pero cuando pudimos, aprovechamos la ocasión y firmamos con ellos el pacto de la victoria.

Casement, buscando el apoyo alemán para redimir a Irlanda, no realizó un acto vituperable. Inglaterra sometió a los boers a sangre y fuego, pretextando que eran ingobernables; y ahora canta sus fidelísimas virtudes porque los tiene a su servicio. Fué aliada de Alemania y enemiga histórica de Francia, y ha cambiado los papeles.

No es argumento de mejor fortuna contra el mártir irlandés, echarle en cara haber servido a Inglaterra en épocas anteriores a su separatismo y aceptado de ella honores y empleos. Sostener la peregrina tesis de incapacidad, es negar el proceso de la evolución. Esa premisa es el mayor de los sofismas. Si tan insustancial y falsa argumentación pudiera tomarse en cuenta, Inglaterra y Francia se repudiarían, mirándose en el espejo del pasado. La sombra de Napoleón se interpondría entre ambas naciones. Y el hecho es tan natural, que Blucher, asomado a los balcones de la Eternidad, no demuestra el menor asombro por ver reunidos en los campos de Francia, en desesperada ofensiva contra sus fieros hulanos, a los bravos granaderos de Wellington y Bonaparte. La humanidad cambia de ideas como de color el camaleón. Si los Estados Unidos estuvieran todavía peleando por su independencia contra el usurpador inglés, seguramente que Francia no le ofrecería su concurso moral y material con un nuevo Lafayette. El imperio moscovita, vencido por las legiones del Mikado, influido por la diplomacia británica se defiende de sus invasores disparando con cañones, armamentos y

granadas de fábrica japonesa. Bélgica misma, mirando a los soldados de Joffre hermanarse con los suyos, contemplará pesarosa el monumento simbólico de Waterloo y la caída del águila inmortalizada por el cincel de Gerome.

Cuba no puede compartir criterios reaccionarios. Se oponen a ello su historia y la lógica universal. Máximo Gómez perteneció al ejército español, peleó contra la independencia de Santo Domingo, y fué, en el rodar de los años, la primera espada libertadora de Cuba. Periquito Pérez y Casallas fueron guerrilleros durante la Guerra Grande, y escribieron sus nombres con tintas de sol en los anales de Cuba Libre. Enrique Collazo, oficial de artillería de la Academia de Segovia, es uno de nuestros héroes. Pintó, Huerta, Dorado, Miró, nacieron en España y se honraron combatiendo por las libertades de Cuba. San Martín, libertador argentino, guerreó contra los invasores de Castilla, y trocó, orgulloso, su uniforme de oficial murciano por la chamarreta del rebelde gaucho.

La vida es continuo movimiento. Evolucionan los pueblos, los hombres y las cosas. Ir adelante es agitarse dentro de lo normal. Lo censurable es retroceder. Los españoles de Cuba odiaban a los autonomistas, creyéndolos enemigos del régimen colonial; y hoy viven bajo la enseña que congregó a las hordas separatistas en su desafío a muerte con España.

Si un colono, por el hecho de aceptar cargos y honores de la nación dominadora, se incapacitase definitivamente para servir a la tierra propia, habría que desterrar de la historia de todos los pueblos, para marcarlos con hierro infamante, a millares de héroes y mártires de la libertad. En Cuba muchos títulos de Castilla, comenzando por el venerable Salvador Cisneros, marqués de Santa Lucía, salieron a luchar y a morir por Cuba Libre al grito de ¡abajo España! El sentimiento del ideal prevalece sobre la influencia de los honores. Miles de cubanos profesaron de buena fe amor a la metrópoli, y se rebelaron después. La línea recta de la vida de Martí, no es, lógicamente no puede serlo, un caso común. La mayoría de los cubanos nacidos bajo la bandera de España, no sabían distinguir un gobierno bueno de uno malo. Pero andando el tiempo se orientaban en las corrientes modernas, corrían el mundo, comparaban

su vida de parias con la ciudadana de otros países, y entonces no pensaban lo mismo y preferían retar la muerte a sufrir el vasallaje.

Así se formó el alma nacional. En mil setecientos setenta y dos los criollos lucharon al lado de España contra la invasión inglesa; y en mil ochocientos noventa y ocho abrían sus brazos fraternales a los marinos de Sampson y a los soldados de Shafter, para coronar la empresa de echar al mar los últimos despojos del imperio colonial de España.

¿Dónde estarían los autonomistas, si por haber servido a la metrópoli no pudieran ahora servir a su país independiente y libre?

No, y mil veces no, señores reaccionarios. Acaso los irlandeses no se hallen dispuestos, en su inmensa mayoría, a arrostrar el sacrificio y la muerte por la independencia; pero si la minoría, que es en todos los lugares la única redentora, la conquistase con sangre, la bendecirían desde lo más íntimo de la conciencia.

¿No dijeron plumas cubanas en mil ochocientos noventa y cinco, en famoso manifiesto, que Martí era un loco que amenazaba al país con la ruina de la revolución y que pagaría cara su aventura? Pues ahora, los que tal sarcasmo escribieron, glorifican su memoria y bendicen su obra. Es la ternura del reconocimiento póstumo derramando sus mieles sobre las amarguras y los errores pasados.

Si algunos irlandeses no ven hoy en Casement a un mártir de sus empeños emancipadores, los hijos y nietos de esos incrédulos de su visión redentora, si en el mañana incierto su ideal triunfa y arraiga, sollozarán su nombre y llenarán de flores su recuerdo.

"Me satisface morir por la libertad de Irlanda"—exclamó al atravesar su calle de amargura, camino del patíbulo. No esperaba piedad. Conocía la obcecada firmeza de sus jueces, "facultados para sacar de los calabozos medioevales una ley que hacía posible condenar a un súbdito por obedecer a su conciencia." "Mi destino, dijo al ser interrogado por el Lord Chief of Justice, servirá para demostrar que en Inglaterra el asesinato

jurídico está sólo reservado para una raza de los súbditos del Rey, los irlandeses.

"Si no hay derecho para rebelarse contra un estado de cosas que repugnaría hasta una tribu salvaje, entonces es mejor como yo hice: colocarse fuera de la ley para luchar y morir con dignidad."

Y se sentía contento de ofrendar la vida por su patria, persuadido de que el árbol de su profética esperanza lo poda la horca y lo fecunda la sangre.

El suplicio de Casement, sentenciado a la pena capital por un tribunal extranjero, contra lo que prevé la Magna Carta, ha sido generalmente juzgado como un torpe error, como una nueva inclemencia de Inglaterra.

Sus últimas palabras repercutirán como notas vibrantes de clarín en los oídos de sus compatriotas: "Dejo como única herencia la deuda de patrotismo que todos los irlandeses tenemos con la patria, y desde la orilla del sepulcro bendigo a los que sepan pagarla."

Sublimes y profundos credos testamentarios, dignos del nuevo Cristo sacrificado por la pasión y la cólera. No conozco conceptos más hermosos, pronunciados en la antesala de la Eternidad, con excepción de los que inmortalizaron la bellísima plegaria de Rizal, honor de Filipinas y remordimiento de España.

Todas mis simpatías están con Irlanda en su lucha sorda contra Inglaterra. Ojalá que su bandera pueda pronto lucir al sol de los combates, sostenida por el valor de sus leones y amparada, aun cuando sea con miras egoístas y casuales, por el recio espíritu alemán. Si tal cosa aconteciera, Sir Roger Casement sonreiría satisfecho en su trono de gloria salpicado de sangre.

El *New York American* publicó en primera plana, el día de la muerte de Casement, un dibujo alegórico representando a la Humanidad en actitud de colocar una corona de laurel sobre el cadáver del ajusticiado; y al pie, esta sencilla inscripción: "Murió por su patria: sea en el campo de batalla, sea en la horca, la mejor manera de morir es cuando se muere por el bienestar de los semejantes."

Dulce y conmovedor epitafio que sintetiza y compendia la vida útil y fecunda del gran irlandés ahorcado por el delito de amar la libertad de su patria... ; lo que no le impide a Inglaterra continuar cargando a los *boches,* con éxito fantástico, por rescatar a Bélgica y por amor al prójimo.

O sancta simplicitas!...

JOSÉ MANUEL CARBONELL.

La Habana, agosto, 1916.

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA. TENIENTE-REY, 27. HABANA.

Cuba Contemporánea

AÑO IV

Tomo XII. Habana, octubre de 1916. Núm. 2.

NUEVOS DOCUMENTOS SOBRE LAS EXPEDICIONES DE NARCISO LÓPEZ

ABIDO es que el general Narciso López y sus compañeros solicitaron la cooperación de prominentes militares norteamericanos, particularmente de aquellos que habían tomado parte y se habían cubierto de popularidad en la guerra con México (abril, 1846 a febrero, 1848), para llevar a cabo sus planes de librar a la Isla de Cuba de la dominación española.

Entre los personajes con quienes entablaron negociaciones, y que, por haberse mostrado simpatizadores ardientes de la causa, parecían más o menos dispuestos a participar personalmente en la empresa, hallábase el general Mirabeau Buonaparte Lamar. Este era natural de Louisville, Georgia; en 1835 había mandado la caballería en la batalla de San Jacinto, que conquistó la independencia de Texas. En la República Texana desempeñó sucesivamente el cargo de Secretario de Estado, el de Vicepresidente (en 1836), y el de Presidente de la República desde 1838 a 1841. Tenía, además, en el ejército el grado de mayor general. En 1846 se unió al general Taylor en la invasión de México. Murió en 1859, siendo ministro de los Estados Unidos en Nicaragua y Costa Rica.

Los papeles de este importante hombre público se conservan

en la Biblioteca del Estado de Texas, en Austin, habiéndose publicado un inventario de los mismos: *Calendar of the papers of Mirabeau Buonaparte Lamar, prepared from the original papers in the Texas State Library,* by Elizabeth Howard West, Archivist (Austin, Texas, 1914. 355 páginas) ([1]). En este inventario, marcados con los números 2458 y 2469 a 2473, inclusive, se hace mención de varios manuscritos inéditos relativos a las expediciones de Narciso López, los cuales vamos a reproducir ([2]).

Las cartas y los papeles que aparecen entre los documentos de Lamar, referentes a los asuntos de Cuba, no están completos y dejan en duda cuáles fueron las precisas relaciones que entre Narciso López y este general texano existieron ([3]). En 15 de junio, 1850, José Sánchez Iznaga ([4]) dirigió una carta a Lamar, que demuestra que Narciso López, con anterioridad a la expedición de Cárdenas (1850), había estado en comunicación o tratos con Lamar. La carta mencionada dice así ([5]):

Genl. Lamar:
Muy apreciable Genl.—

A nuestra llegada aquí fué preso el Genl. López ([6]), y su examen sigue, como verá V. pr. los periódicos, con gran empeño de parte del

---

(1) Este inventario figura como parte del 2.° informe bianual de dicha Biblioteca (*Second biennial report,* 1911-1912).

(2) Al dar a la publicidad estos documentos cumplo un grato deber haciendo llegar a Miss Elizabeth H. West, empleada competentísima de la Texas State Library, que ha formado el excelente inventario de los papeles de Lamar, las más expresivas gracias por haberme facilitado las copias de los referidos manuscritos.

(3) El nombre de Lamar ni siquiera se menciona en las obras que tratan de Narciso López, que hemos consultado, entre ellas Quisenberry (Anderson C.), *Lopez expeditions to Cuba* (Louisville, Ky., 1906), y Caldwell (Robert G.), *The Lopez expeditions to Cuba* (Princeton, 1915).

(4) Natural de Trinidad; muy joven conspiró con Narciso López para efectuar el levantamiento de Manicaragua (julio, 1848), cuyo fracaso se debió a una indiscreción del propio Sánchez Iznaga. Reunido en Nueva York en 1849 con Narciso López, Ambrosio José González, Juan Manuel Macías y Cirilo Villaverde, formaron la "Junta Cubana" y empezaron a organizar la expedición de Isla Redonda. (Vidal Morales, *Iniciadores y primeros mártires,* p. 196). Acompañó a Narciso López en la expedición de Cárdenas. Véase la carta abierta acerca de los trabajos de éste, que desde Nueva Orleans escribió el 4 de marzo de 1853, inserta por Vidal Morales en su obra ya citada, p. 269-277.

(5) Marcada en el inventario con el número 2458.

(6) Se refiere al proceso incoado con motivo de la expedición de Cárdenas. El *Creole* llegó a Cayo Hueso perseguido por el *Pizarro,* el 21 de mayo, 1850. El gobierno americano se incautó del vapor, pero los expedicionarios se fugaron. López fué detenido en Savannah y puesto en libertad, con la obligación de comparecer

gobº—Esto nos ha tenido ocupado, y nada nuevo podemos comunicar a V:—Sin embargo atento siempre á nuestro deseo, aprovecharemos cualquiera oportunidad, pª llevar á cabo nuestro ardiente y constante empeño. Suplicamos, pues, á V. nos ponga al corriente siempre del lugar donde V. pára, y el modo de dirijirnos á V. pr. lo qe. pueda suceder: también quisiera, nos comunicase V. las ideas qe. sobre el particular se le ocurran en provecho de la empresa.

Puede V. dirijirnos sus cartas bajo el sobre de Mr. Sigur, 89 Custom House St.—Así me lo encarga el genl.

Con sentims. del mayor aprecio soy de V. querido genl. su atº q. b. s. m.

JOSÉ SÁNCHEZ IZNAGA.

New Orleans Junio 15/1850.

Sigue a este documento, en el orden cronológico, una carta de Ambrosio José González ([7]), dirigida al propio Lamar y escrita nueve meses después que la carta de Sánchez Iznaga. Este documento es en alto grado interesante ([8]), y traducido su texto del inglés al español, dice lo siguiente:

Macon, Ga., Marzo 14, 1851.

Mi querido General:

Lo he estado buscando en esta ciudad; y esperando verlo aquí y conversar con usted sobre los asuntos en que tan de corazón estamos interesados, me he abstenido de darle cuenta de mis procedimientos u operaciones. Además, me hallaba sin noticias respecto al exacto lugar de su residencia.

Me ha informado Mr. Robert A. Smith, de esta ciudad, que recientemente estuvo usted en Columbus y conversó con nuestro querido amigo

---

luego ante el Gran Jurado en Nueva Orleans, donde llegó el día 7 de junio, 1850, y fué encarcelado por acusación de dicho Jurado. López y sus compañeros, lejos de haberse desalentado por los resultados de la expedición de Cárdenas, emprendieron, inmediatamente que fueron puestos en libertad, con más ahinco que nunca los trabajos de organizar una nueva expedición.

(7) Ambrosio José González era matancero. Formó parte de la Junta Cubana de Nueva York, de que ya se ha hablado en la nota 4. Fué el principal organizador de la expedición del *Creole*, ocupando, junto a Narciso López, el puesto de Jefe de Estado Mayor. En el ataque a Cárdenas, Ambrosio José González fué el primero que pisó tierra el 19 de mayo, 1848, y el primer herido en el encuentro con las fuerzas españolas. Continuó auxiliando a López en sus posteriores trabajos revolucionarios, y era el jefe encargado de llevar a Cuba la expedición que debía seguir a la que condujo López a Bahía Honda. En la Carolina del Sur se estableció, contrayendo matrimonio con una hija del Senador Elliot. Peleó en la guerra civil norteamericana, en las fuerzas confederadas, alcanzando el grado de coronel, con una brillante hoja de servicios. Durante el resto de su vida prestó servicios muy distinguidos a la revolución, muriendo a los 65 años de edad, en Nueva York, el 2 de agosto, 1893. Véase la biografía que escribió Gonzalo de Quesada, publicada en *Patria*, de Nueva York, y reproducida en la obra de Vidal Morales, ya citada, p. 181.

(8) Lleva en el inventario el número 2469.

el Capitán Forsyth. Como quiera que el Capitán está muy bien enterado del resultado de mis operaciones, no sé si podré añadir mucho a lo que él ya le habrá comunicado. Debo decirle, sin embargo, que he alcanzado grandes éxitos en todos los departamentos; que he vendido bonos de la República, que he hecho arreglos para reunir mil hombres y de 200 a 300 caballos; que un vapor capaz de transportar de 600 a 700 hombres y 200 caballos, podrá procurarse, o, mejor dicho, ya se ha procurado a la hora en que escribo ésta; que tengo, por compra y por donación, diez piezas de artillería, de bronce, y espero de un día a otro recibir las donadas. Que varias compañías del Estado, tanto de caballería como de infantería, me han prometido su armamento; que el *alto funcionario* a quien me presentó usted, se ha mostrado muy amistoso y *generoso* conmigo; que con la excepción de $10,000, el General López tiene los medios para comprar un segundo vapor perfectamente sólido y de buenas condiciones marineras y, como su compañero, de una velocidad de 16 millas por hora; que estoy haciendo toda clase de esfuerzos para procurar esa suma y remitirla al General, y en ese caso podremos transportar todos nuestros hombres, artillería y caballos; que para este importante y deseable objeto, necesito muy especialmente la influencia moral de usted: 1º, con nuestros amigos de Columbus; 2º, con los de Macon, y 3º, con su primo Carlos en Savannah.—Que tengo buenos oficiales y hombres como pudiéramos desear; que ricos hacendados están vendiendo sus propiedades para venir con nosotros, tanto en Savannah como en Mc Intosh [?] y Florida; que todos están contentísimos de servir a las órdenes de usted; y que, como me dijo el Gobernador Towns, hasta en Milledgville habría de 10 a 12 que irían, con tal de que fuese con usted; que 200 y más nobles húngaros y polacos se han alistado, con la esperanza de reunir de 300 a 400, todos veteranos y probados republicanos; que las noticias de Cuba son de tal naturaleza, que causa dolor recibirlas aquí; que el Capitán Scott, de esta ciudad, y Mr. Sidney Lamer (9), de la misma, acaban de llegar de La Habana por el Isabel y hablan en los términos más encomiásticos de la perfecta unanimidad de los cubanos y del hecho reconocido de que una mitad de las tropas se unirán a nosotros. Que a éstas no se les deja ni un momento de reposo, por temor de que conspiren con el pueblo, y que sólo se les permite permanecer muy breve tiempo en cualquiera de las guarniciones, por el mismo motivo. Que tengo un magnífico plan para embarcar, que a nadie he comunicado; que de aquí a tres semanas estaremos en el lugar de la cita; que por este motivo, y para conversar con usted, espero que venga usted aquí tan pronto como pueda, pues éste es el punto central; que, como ya usted sabe, probablemente la acusación contra todos nosotros ha sido retirada, bajo circunstancias que equivalen a una absolución; que este resultado ejercerá una poderosa influencia,

(9) Poeta natural de Macon, Georgia; nació el 3 de feb., 1842. Se incorporó al ejército confederado. Murió en 1881.

tanto ahora como después; que, en *estos precisos momentos*, su carta sobre asuntos cubanos sería en extremo oportuna; y finalmente, que de los esfuerzos de usted a esta penúltima hora, depende hasta un punto muy considerable el número de hombres que llevaremos, y, lo que es más importante, el contar con *dos* vapores. Dos vapores no sólo llevarán de un solo viaje los 1,800 hombres que tenemos en el sudoeste dispuestos a seguirnos, armados y equipados, al mando de los coroneles Downman ([10]) y Clendennin, sino que centuplicarán la seguridad de nuestras propias operaciones de embarque, travesía y desembarco; darán más confianza a todos: bajo todas las circunstancias se prestarán apoyo mutuamente, y hasta, en ciertas contingencias, se harán respetar de nuestros mismos enemigos, porque están armados. Le suplico, pues, como señalado favor, que induzca a nuestros amigos en Columbus, y los Capitanes Davis y Forsyth podrán indicarles quiénes son, a que tomen nuestros bonos cubanos. Se les venderá ahora, para levantar esta suma en el acto, a 10 centavos por el peso, de manera que dando $2,000 cualquiera de esos caballeros recibirá de mí $20,000 en bonos, y tendrán además la satisfacción de prestarnos un gran servicio; servicio que refluye sobre sus propios intereses como hombres del Sur y americanos. Bien sé que importunar pidiendo dinero es cosa tan extraña para usted como para mí; pero nosotros, ciertamente, hacemos cosas para la humanidad, que no haríamos para nosotros mismos. Rogar y suplicar para redimir a centenares de miles de cubanos que gimen bajo la tiranía española y el egoísmo de unos cuantos de su propio pueblo, despreciables especuladores con la miseria y la servidumbre de sus hermanos, como usted bien sabe, es verdadera caridad, no a puñados, sino a carretadas. La vida de usted, tan desinteresada y valerosamente consagrada al bien de los demás, está destinada a terminar con mayor brillo aún; y si a Lafayette se le llama, en el himno parisiense ''la liberté de deux mondes'', lo cual, por lo que respecta a Francia, es incorrecto, usted, con más propiedad, será llamado ''la liberté de deux peuples'' y el orgullo de su propio pueblo. Confío, sin embargo, en que el pueblo de Cuba sabrá ser agradecido, como no lo fueron los que le precedieron en la anexión.

Con muy cordiales respetos para su señora, quedo de usted
Muy sinceramente su amigo y servidor,

AMBROSIO JOSÉ GONZÁLEZ.

General Mirabeau B. Lamar.

A la carta anterior contestó el general Lamar de la manera siguiente ([11]):

(10) Robert L. Downman, jefe del Primer regimiento de infantería de la expedición de Bahía Honda, había servido con distinción en la guerra de México. Murió en la batalla de Las Pozas.

(11) El original inglés, cuya traducción damos, está marcado en el inventario de los papeles de Lamar con el número 2470.

Macon, Abril 12, 1851.

General González.

Muy señor mío:—

Le explicaré a usted personalmente, cuando nos volvamos a ver, las imperiosas circunstancias que me imposibilitan del todo para cooperar con usted en sus nobles esfuerzos en obsequio del bienestar y la gloria de su país, profundamente lastimado y oprimido; y le ruego comunique esta incapacidad mía al incorruptible y viejo veterano y patriota, General López, a quien profeso la más alta amistad y estimación, y cuya causa, siendo la de Dios y la libertad, espero sinceramente que obtenga todo el triunfo que su corazón pueda desear.

Espera verlo pronto su afectísimo,

M. B. Lamar.

Por la misma fecha (abril de 1851), Lamar se dirigió a Narciso López en una carta bastante extensa escrita en español [12], que es textualmente como sigue:

Filadelfia.

Muy Señor mio, y amigo.

Perseguido y proscrito por sus principios liberales, y su amor patriótico, no puedo menos que sentir alguna ansiedad por la seguridad y felicidad de V.—En verdad, me intereso mucho en su bien estar. Quizas V. pensará que es indecoroso mezclarme en los asuntos politicos de Cuba, y aun mas impropio entremeterme en los negocios privados de V.—Sin embargo, estoy resuelto, á riesgo de ser considerado como impertinente, á aventurar algunas observaciones y reflecciones que me han occurrido ál pensar sobre la revolucion que, se dice, ha de suceder, muy pronto, en aquella Isla atropellada. Perdoneme V. si, en mi zelo, me espresáre con demasiada osadia. Su situacion de V., así como la de su patria, es en estremo critica; y las consideraciones de la verdad, la amistad y la humanidad, me obligan á hablar con candor y sin disimular nada. Espero que no llevará V. á mal mi franqueza, y que mi lenguaje, por fuerte que le parezca, merecerá alguna indulgencia i encontrará disculpa en consideracion á mi sincero deseo de ser util á V., y tambien á la noble causa á que se ha consagrado. Suplico á V. que se acuerde de que el bien de los demas, y no mi propio interes, es el unico motivo que me ha inducido á escribir esta carta.

El libertar á Cuba del pesado yugo de España, es empresa de gran magnitud—una de las mas nobles que puede emprender un patriota. ¿Qué cosa puede ser mas sublime que el romper las cadenas del despotismo, y dar la Independencia y un buen gobierno á medio millon de almas? Pero

(12) Es el documento marcado en el inventario con el número 2471. No tiene fecha, pero en el inventario se da como fecha probable la de abril de 1851.

obra semejante no está exenta de gran peligro, (porque siempre hay peligros en la[s] Revoluciones) y no puede efectuarse sino con medios proporcionados y equivalentes á la grandeza del objeto. En todas las tentativas de esta naturaleza, dos cosas son indispensables para asegurar el buen exito. Primera, dinero para costear los gastos de la guerra; y segunda, virtud é ilustración por parte de los habitantes. El dinero no falta á Cuba; porque hay riqueza abundante en aquella Isla—sus recursos son ilimitados—pero en cuanto á los demas requisitos—á saber—las cualidades morales é intelectuales tan indispensables para salir bien, no estoy de que existan alli. Sobre este punto tengo algunas dudas. Vana seria su riqueza si carecieran los Cubanos de principios de moral evangelica, y buenos sentimientos de honor y patriotismo. Sin estas bellas cualidades nada se puede hacer.

El gran Napoleon decia, "la nacion que desea ser libre, lo es",—palabras llenas de sentido—laconicas y claras—y bien caracteristicas de aquel que las profirió. Sin embargo, creo mejor decir que "la nacion que se resuelve a hacerse libre, lo logra sin duda"; porque el mero deseo de alcanzar algo, y la resolucion fija de conseguirlo á todo trance, son dos cosas muy distintas. Del dicho al hecho vá mucho trecho—Por consiguiente he adoptado por máxima sin réplica que nunca puede esclavizarse ninguna nacion que esté resuelta á ser libre.—Para serlo, basta determinarse á ello. Es moralmente imposible, por mera fuerza fisica, sostener en servidumbre á un pueblo que está bastante ilustrado para comprender sus derechos y que tiene valor para vindicarlos. Con voluntad de ser libre, nunca le faltarán los medios de conseguirlo. La fuerza moral es siempre superior á la brutal. La bayoneta ha de sucumbir á la virtud; porque Dios está siempre de parte de los justos y atropellados, y nunca permitirá que los tiranos del mundo opriman á aquellos cuyas virtudes les hacen acreedores á su bondad y proteccion. Lo que esclaviza al hombre es la estupidez y el vicio; no la fuerza de las armas. Es facil romper las cadenas de la tirania politica. Dése un solo golpe, y los grillos caerán. No es así con respecto á las cadenas diamantinas que la ignorancia, la maldad y la supersticion arrojan al rededor del entendimiento y la conciencia del hombre. Una nacion, para sacudir estas, requiere la esperiencia de muchos siglos dedicados á la lenta adquisicion de los conocimientos, hasta alcanzar el grado de ilustracion que es necesario para un gobierno libre.

No hay duda de que los Cubanos tienen deseos vehementes de ser libres, felices é Independientes; porque esto es natural á todos los hombres; pero la cuestion es, si están ó no preparados y dispuestos para una revolucion. Pregunto, ¿tienen en realidad, las cualidades, ya indicadas, de corazon y entendimiento—quiero decir—las luces necesarias para una contienda semejante? ¿Se ha generalizado entre ellos el deseo de una revolucion? ¿No hay divisiones ni discensiones [*sic*] entre ellos? ¿Obrarán de comun acuerdo, de buena fe, con valor y con alma? Es muy necesario

que estas preguntas se contesten. No es cosa barata, la libertad. No puede comprarse á poca costa. Su precio es la vida humana, y millones del tesoro público. Las piedras del templo de la libertad tienen que consolidarse con la sangre de sus amigos. ¿Quienes pagaran este precio? ¿Quieren los cubanos hacerlo? ¿Son capaces de sacrificarlo todo, aun la vida, si fuere necesario, por la dicha y la gloria de su patria? Creo que no; y pronto diré en qué fundo mi creencia.

Los Cubanos tienen motivos muy poderosos para hacer una revolucion. No hay ningun pueblo sobre la faz de la tierra cuyos derechos y libertades esten tan hollados como los suyos. El gobierno de Cuba es, sin duda, el mas cruel y despótico del mundo. El genio del hombre no puede inventar ni fabricar un sistema mas infernal y diabolico. Es el estremo de todo lo que es malvado y atroz. Ved á los habitantes gimiendo bajo las exacciones enormes, y graviosas. Ved á los funcionarios públicos, tanto civiles como militares, holgandose en el vicio, el ocio y el luxo á costa de la miseria publica. Ved los pobres, convertidos en bestias de carga, i dirigidos á la voluntad de los gobernantes. Ved á los proceres y los altos personages violando las leyes con impunidad, enseñoreandose sobre las clases bajas. Ved tambien á un clero mas feroz que todos, viviendo de la credulidad y la ignorancia del pueblo, alucinando al populacho, engañando á los incautos y quitando á todos el pan que ganan con tantas penas y con el sudor de su frente.—Para conservar mas seguramente su poder, y practicar sus decepciones [*sic*] impunemente vedle persiguiendo á los virtuosos é ilustrados, sofocando todas las investigaciones liberales, y vengandose de los que no quieren admitir sus patrañas y falsas teorias, y sucumbir á sus enormes atrocidades. No me admiro, pues. de que las jentes de Cuba, cansadas de tal estado de cosas, deseen establecer (si supiesen hacerlo) un gobierno mas liberal, justo y humano, y menos cruel, despótico y sanguinario. Solo estraño que hayan arrastrado las cadenas de la tiranía por tanto tiempo, sin levantarse en masa y hollar á sus orgullosos opresores. ¿Porqué no lo han hecho antes de ahora? ¿Porqué no se lanzan hoy, como otros tantos leones, sobre sus enemigos, y se vengan de las injurias y agravios que su pais ha sufrido hace mas de tres siglos? Diré á V. el porqué. Es porque á los Cubanos falta una cosa—á saber—el ánimo. No tienen ese noble desinteres, esa soberbia de espiritu, y esa varonil osadia que siempre caracterizan á los verdaderos patriotas; y sin las cuales ningun pueblo puede adquirir la libertad, ni es digno de ella tampoco. La libertad es un don que hace Dios á los valientes y virtuosos. Ninguna nacion puede recibirla sin merecerla primero; y nunca espere conseguirla una poblacion timida y entorpecida, que, estimando la guerra como un mal peor que la esclavitud, prefiere mas bien vivir ignominiosamente que morir con gloria. Los Cubanos no han manifestado todavia inclinacion alguna á desenvainar la espada; y hasta que hagan alguna demostracion de este genero, es infructuoso hablar de ayudarles, y darles la libertad como dariamos galardones á los niños.

Yo sé que V. está persuadido de lo contrario de todo esto. V. cree que el pueblo de Cuba, es como un almacen, lleno de elementos combusbles capaz de incendiarse con *la mas minima chispa,* y pronto á hacer una grande esplosion. V. está seguro de que una revolucion se va preparando por todas partes, y que si V. pudiese desembarcar en las costas de Cuba, á la cabeza de quinientos voluntarios Americanos, los nativos, inspirados por tal demonstracion en su favor, se formarían ál rededor de su bandera instantaneamente, y proclamarían la Independencia del pais; pero por lo que á mi toca, no puedo percibir razon alguna para que abrigue V. tal opinion, pues que tengo por incomprensible concebir como es que tan pocos soldados puedan producir tan grandes resultados. Algunas veces sucede que, por probar demasiado, nada se prueba. Pareceme que, si bastara para empezar una revolucion, la aparicion y presencia de quinientos hombres sobre las armas, y aun estos quinientos no pueden organizarse en toda aquella Isla; ¿qué deduccion racional puede sacarse de tal estado de cosas, sino que los temores del pueblo predominan sobre su valor y su patriotismo; y por consiguiente, que no quieren lanzarse á la guerra? Si este no es el caso; si no tengo razon ¿porqué, pues, permitieron los Cubanos que los enemigos de V. persiguiesen á V. hasta hacerle fugar y buscar seguridad en los Estados Unidos? V. tiene el honor de ser el primer patriota que se atrevió á vindicar abierta y publicamente la libertad de su patria; y. ¿Como se ha recompensado su osadia patriotica? Su premio ha sido el destierro, la confiscacion de sus bienes, y la compra de su cabeza á alto precio por el gobierno de España. Si sus conciudadanos, en realidad, poseen las virtudes que V. les concede, ¿Como es que no le sostuvieron, cuando dió tan osado paso en favor de sus derechos? Fué muy oportuna aquella ocasion para empezar la guerra; pero en lugar de hacerlo, y arrojarse a la defensa de V., le abandonaron en un momento en que tenia gran necesidad de su ayuda y proteccion, y le dejaron escapar del mejor modo que pudiese. Y ahora, Señor, permitame que le pregunte ¿qué razon ó motivo tiene V. para creer que la misma jente que le abandonó entonces, querrá sostenerle ahora? Su conducta pusilanime en esa ocasion debe abrirle los ojos en cuanto ál verdadero estado de cosas en aquella Isla.

Creame, amigo mio, V. se engaña en este particular. Si fuera posible que llevase V. á Cuba una fuerza suficiente para libertar ál pais, sin comprometer la seguridad de los habitantes, ni poner sus vidas y caudales en peligro alguno, sin duda, en ese caso, le llenarían de elogios y de honores.—Saludarían á V. como un gran Campeon de la libertad y el bienhechor de su patria; le alabarían hasta las nubes y le cantarían Hosannas; pero si, ál contrario, desembarcára allí con un puñado de voluntarios estrangeros—fuerza debil y insignificante para hacer frente á sus contrarios, contando con la cooperacion de los nativos del pais, esté seguro de que la ruina de V. y sus valientes compañeros seria inevitable; porque nadie saldría á su ayuda, ni levantaría siguiera un dedo en defensa de V. ni de

su causa. En la hora del peligro, los aterrorizados habitantes buscarían su propia seguridad entregandole á V. y á su osada hueste, ál gobierno; y abandonado y, engañado por la perfidia de amigos pusilanimes, sería ahorcado como un criminal; y con V. perecerían las mejores esperanzas del país. Ni aun siquiera pereceria V. con el honor del martirio. Condenado y ejecutado por traidor, descendería á la tumba, sin que un solo amigo hiciera su elogio, ó vindicase su fama, atormentado en sus ultimos momentos con la amarga reflección de haber sacrificado la vida por un pueblo ingrato, incapaz de apreciar sus virtudes, ó de vengar su muerte. Tal es el destino de todos los patriotas que han procurado dar la libertad á una nacion no preparada á recibirla. El que sirva á un pueblo ignorante y pusilanime, es premiado con amargo pesar y eterno oprobio.

Contemplando bajo esta luz la materia de que se trata, no puedo aconsejar á mis amigos y conciudadanos, que vayan con V. á Cuba, hasta que los habitantes hayan primero proclamado su Independencia. Si los Cubanos desean que los Americanos les ausilien en una revolucion, nada se necesita sino que la guerra empieze; y muy pronto se verán formandose en batalla, radiantes de alegria, á los ciudadanos de los Estados Unidos; pero en mi concepto, sería muy indiscreto en ellos el ir á Cuba con objeto de dar principio á una revolucion que los naturales no quieren, por sí mismos, principiar. El pueblo de Cuba debe acordarse de la fábula de Hercules y el Carretero que hallandose atollado en un pantano, del cual era algo dificil salir, rogó á Hercules que le prestase ayuda; pero esta divinidad se sonrió de la impertinente peticion, y le dijo ál Carretero que antes de pedir asistencia agena, debia primero probar la virtud de sus propios esfuerzos. En conformidad, el Carretero pusó el hombro contra una de las ruedas de su carro, y haciendo un vigoroso esfuerzo hacia adelante en concierto con los caballos, estos tiraron el carro sin mas dificultad. Hagan lo mismo los Cubanos y semejante será el exito.

Yo no he visto todavia ningun indicio de resistencia por parte de los habitantes de Cuba. No hay agitacion en el pais. Muestreme V. las señales de una erupcion. No puedo descubrir ninguna. Al contrario, el pais está tranquilo i sereno como un cielo sin nubes. La simple mencion de la guerra—el mas ligero indicio de una revolucion, es bastante para infundir terror y espanto en cada pecho; de suerte que todos huyen de aquel que tenga la intrepidez y temeridad de hablar sobre materias tan peligrosas.

¿Qué esperanzas, pues, puede V. fundar en tal pueblo? ¿Y como puede esperar que los Americanos peleen por él, cuando este no quiere pelear por sí mismo? Segun he dicho ya, una vez empezada la lucha, los Cubanos hallarán en los Estados Unidos, muchos amigos fieles y valientes que les darían cualquiera ayuda que se necesite. Enarbolese en aquella Isla, la bandera de la Independencia, y á millares acudirían allí. Habiendo nacido los Norte-Americanos libres é independientes, no tienen ningun temor á los tiranos; y llenos de prosperidad bajo sus felices instituciones,

su generosidad es igual á su valor. Su ayuda nunca se ha invocado en vano; y no obstante las muchas vicisitudes que han sufrido—á pesar de los numerosas y grandes penalidades y trabajos que han esperimentado en vindicar los derechos de los demas, hasta ahora nunca han dejado de auxiliar á todos cuantos han solicitado su ayuda; y en casí todas los casos en donde han salido para la defensa de los oprimidos, sus afanes y padecimientos se han premiado con ingratitudes. Ellos siguieron á Miranda á Venezuela y fueron desgraciados; acompañaron á Mina á Mejico y fueron destruidos; se embarcaron con Mexia para Tampico y fueron pasados por las armas inhumanamente; pelearon con Canales Melano y otros en la guerra de la Federacion mas allá del Rio-grande, y ál cabo fueran vendidos á sus enemigos; y ahora Señor, en caso de que fuesen con V. á Cuba, y halláran, á su llegada allí, que los nativos no quieren hacer la guerra ¿qué cosa podría salvarles de otras desgracias semejantes á las que esperimentaron sus infaustos predecesores? ¿Como podian esperar escaparse de una destruccion completa? Estas desgracias no provinieron de falta alguna de talentos y virtudes por parte de dichos Caudillos; porque todos ellos con pocas escepciones eran hombres sabios, justos y energicos; pero la causa sola del mal exito de sus empresas fué la cobardia y vileza del pueblo á quien estos osados aventureros fueron á libertar. Lo mismo, por ventura, acontecerá con V. ¡Quien sabe! En verdad, estoy plenamente convencido de que no encontrará en Cuba, el entusiasmo y la cooperacion que V. se ha figurado, y que se verá rodeado de obstaculos que le será imposible vencer.

No debe V. inferir por lo que he dicho, que estoy dispuesto á menospreciar y difamar á los habitantes de Cuba. Lejos de mi tal idea. No quiero decir que no hay ningunos elementos de libertad en aquel pais. Cuba puede con razon gloriarse de tener muchos hijos sabios, valientes y patriotas, que saben apreciar la libertad, y están prontos á morir por ella; pero estos son pocos, y no pueden hacer una revolucion por sí mismos. Yo deseo unicamente decir que la mayor parte de la poblacion, no posee las virtudes necesarias para consiguir la Independencia y establecer un buen gobierno. Concedo que tengan todas las virtudes compatibles con su condicion politica y social; pero es innegable que un gobierno despotico, cruel y corrompido, no es el mas adecuado para la produccion perfecta y vigorosa de las cualidades morales é intelectuales que se requieren para adquirir y conservar la libertad social. En efecto, el caracter de un pueblo se forma por las instituciones de su pais. No hai ninguna verdad mas clara i bien fundada—Si estas son liberales é ilustradas aquel será valiente y virtuoso; y si por otra parte son despoticas, crueles y supersticiosas, el pueblo, con precision, ha de serlo tambien. No puede suceder de otro modo; porque el gobierno y el pueblo ejercen reciproca influencia el uno sobre el otro, y por consiguiente no pueden dejar de tener un mismo caracter y naturaleza.—El uno no puede ser malo y el otro bueno. La naturaleza de la tirania es enervar y destruir

cuanto es grande i sublime. Envilece el alma, embota las facultades mentales del hombre y le reduce á una mera maquina ó automata. Los habitantes de Cuba no se hallan exentos de estas funestas consecuencias. La influencia del despotismo sobre su caracter se manifiesta bien claramente en el hecho de que mientras se consideran los seres mas oprimidos de todo el mundo, sufren, sin embargo, mas pacificamente sus agravios que cualquiera otro pueblo, besando gustosas la mano de sus opresores. Lo cierto es, que han estado cargado de pesadas cadenas por tan largo tiempo, que el habito de servidumbre ha llegado á ser en ellos una segunda naturaleza. La costumbre de obedecer heredada de sus antepasados, se ha hecho una ley tan inexorable que nadie se atreverá á quebrantarla. Su religion tambien inculca los principios de la obediencia pasiva y sin réplica. Les enseña que nacieron para ser esclavos; que fuéron destinados por Dios para el estado de servidumbre; y que el sufrir el yugo, no es solamente una obligación politica, sino tambien un deber religioso; y por consiguiente que cualquier atentado, por su parte, hacia romper su grillas y mejorar su condicion, sería una rebelion tanto contra su Criador como contra los que les tiranizan. ¡Qué bella condicion para la libertad!—Semejante estado no aflije solamente á los Cubanos, sino a los habitantes de todas naciones en donde la Iglesia y el Gobierno se unen en sus planes para alucinar y barbarizar el pueblo dominandole y robandole á su placer.

No culpo tanto á los habitantes de Cuba como les compadezco. Es su destino. La supersticion ha cegado su razon, ha anublado su entendimiento, y les ha privado de la facultad de ver las cosas bajo su verdadera luz, y como realmente son. Serviles por costumbre y por educacion, ignoran los primeros principios de la libertad; ni tienen la menor idea de lo que constituye un gobierno bueno y liberal. Piensan que el fin lejitimo del gobierno es cobrar los impuestos, enriquecer á los valídos, y castigar á los pobres; y con respecto á la religion creen que consiste en obedecer á los sacerdotes, sostenerlos en el ocio y el luxo, y besar el polvo que pisan. Estiman como el mas precioso de todos los privilejios, el de dar rienda suelta a los goces fisicos comunes á los brutos; y si se les dejan placeres de esta clase, se consideran contentos y felices, sin anhelar nada mas. Habituados á su dura suerte apenas saben que existe otra mejor; y como salta y canta el ruiseñor en su jaula sin desear libertad, así bailan ellos ál son de sus cadenas sin apetecer ninguna mudanza en su condicion, ó á lo menos, sin querer correr riesgo alguno para mejorar su suerte. Tal no es el caracter de la población entera. He dicho antes, que á Cuba no le faltan hombres ilustrados, cuya sabiduria, integridad y valor les hacen honor; y les aprécio debidamente por sus virtudes; sin embargo, es mi opinion que, si á los Cubanos en masa se les hiciera la pregunta sobre si debia establecerse en Cuba la tolerancia religiosa, concediendo ál pueblo, cada cual por si, el derecho y la facultad para adorar á su Criador segun se lo dicte su conciencia, seguramente respondería el mayor numero que, no. ¿Y porqué?

Simplemente porque los sacerdotes les han hecho creer que la religion que profesan es la unica verdadera, y que la tolerancia de cualquiera otra sería un crimen contra el Papa y la Divinidad—crimen demasiado enorme para su redencion. La emancipacion politica se apetece por muchos; pero nadie quiere sacudir el yugo eclesiastico, que no es solamente el mas intolerable de todas las opresiones, sino tambien, en realidad la causa sola y primordial de casi todos los males que aflijen á aquel desgraciado pais. Sin la ayuda de la Iglesia con su tendencia para vendar ál pueblo dirigiendole ál mal, nunca podrían los déspotas de España oprimir y esclavizar á aquella bella Isla. El Clero roba ál pueblo en nombre de Dios, y el gobierno con la espada y las prisiones. ¿Y cual es el peor? Por mucho que los Cubanos profesen aborrecer á sus tiranos politicos, se ve claramente que adoran á sus opresores religiosos, y que se horrorizarían á la sola idea de disputar su autoridad y de resistirles en cosa alguna. Los que lamen el pie que les huella, no pueden jactarse de tener muy altas ideas de la libertad.

Y ahora amigo mío, ¿no percibe V. en esas inconsistencias ó en semejante conducta irracional por parte de sus conciudadanos su total inaptitud para tener un gobierno libre, y la imposibilidad de ecsitarles á la vindicacion de sus violados derechos? El hecho de estar ser estos demasiado obsecados para ver su verdadera situacion, atados como mansos bueyes ál carro del despotismo religioso, es "es la prueba mas evidente de" de su total incapacidad para hacer una revolucion, y conquistar su libertad por medio de las armas?

¿Acaso les compelería V. á ser libres quieran ó no quieran? Esto es imposible tambien. Donde falta la luz la fuerza es vana. V. no puede hacer bien á los que no quieren recibirlo; ni es dable que la libertad se confiera sobre una nacion cuya poblacion no tiene el animo y brio para dar el primer golpe por ella. Repito que no tengo la esperanza mas ligera de que la jente de Cuba apoye y sostenga á V. en sus empeños y afanes para mejorar su condicion, y promover su felicidad; y hay que temer que V. encontrará, cuando sea demasiado tarde, que ha emprendido una tarea que no puede efectuarse sino con el tiempo y el adelanto intelectual. Es de esperarse que la verdad desvanecerá, ál fin, este nublado, y que no está distante el dia en que los habitantes de Cuba llegarán á raciocinar y á entrever la luz.

No quiero que V. crea que me hallo desnudo de simpatia y amistad hacia los Cubanos. *Todo lo contrario.* No hay persona mas pronta y despuesta que yo á hacer cualquiera cosa que sea licita, y que esté dentro de los limites de lo posible para promover su bienestar; y cuando quieran que proclamen su Independencia, y desenvainen la espada en defensa de sus derechos, estaré pronto ál primer aviso á tirar de la mia tambien, y espero hallarme entre los primeros en el campo de batalla. Sin embargo, yo opino, como he indicado ya, que á menos que hagan algo por

sí mismos, tomando algunas medidas para su propio alivio, serán inutiles, si no peor, todos los esfuerzos de V. en favor de ellos. Donde la ignorancia habita, no puede haber ninguna libertad; ni puede existir por mucho tiempo aun donde hay ilustracion, sin la ayuda de la virtud. La vida de la libertad está en la sabiduria, la pureza de costumbres, el valor, y la mancomunidad del pueblo. Estas son su alma y apoyo. ¿Existe en aquella atropellada Isla este bello orden de cosas? Sin la mas leve duda contesto que no. ¿Pues, Señor, sobre qué cimiento estrivan sus esperanzas de un exito feliz de su solicitud y sus faenas incansables? No quiero culparle por ellas. Mi proposito no es otro que el de convencerle de que no está tomando el rumbo mejor para conseguir su noble fin.

En la mayoría de los casos, y según el curso ordinario de las cosas, naciones situadas como Cuba, tendrán que hacer muchas cosas de antemano y preparatorias para la recepcion de la libertad. Muchas reformas son necesarias á la adquisicion de ella; y entre todas ellas no hay una tan dificil de efectuarse como la que toca á la religion. Todavia esta se requiere indispensablemente. Antes que un pueblo envilecido por la supersticion y abatido por la tirania pueda sacudir el yugo de sus opresores y establecerse como una nacion libre é Independiente, habrá de abjurar todas las preocupaciones, renunciar a todas las pretensiones irracionales y seguir los ejemplos de las naciones más ilustradas, estudiando sus instituciones, adoptando las que son buenas y desechando las que no lo son. En una palabra, si espera conseguir su libertad y sostener una forma de gobierno conforme á las luces de los Estados Unidos y la Europa civilizada, es preciso adquirir de antemano, algunas de las virtudes de aquellas naciones, y ponerse ál nivel de sus conocimientos y sus costumbres. Esto no puede hacerse de una vez, sino por grados;—ha de ser la obra del tiempo. La estirpacion del error de cualquier genero, es siempre una tarea dificil; y lo es doblemente cuando tal error está estampado en el corazon, considerado como un deber y consagrado por el tiempo. Los habitos de un pueblo, sus costumbres, modos de pensar, sus supersticiones y todos los males de una educacion perniciosa, no pueden mudarse y correjirse en un instante como por encanto. Tienen que desarraigarse lenta y gradualmente, introduciendo, casi imperceptiblemente, reformas sanas y saludables en todos los departamentos, tanto del gobierno como de la Iglesia. Todos los que, por lo tanto desean libertar á su patria esclavizada, deben mirar primero á la mejora de su condicion social y moral, ilustrando la mente del pueblo, con nuevas luces, é infundiendo en el corazon principios eternos de verdad, justicia y urbanidad.

[La medida mas importante, que demanda el mayor tino y esmero, es establecer una prensa libre. Efectuado esto, seguirá todo cuanto el patriota pueda desear. La prensa libre es el gran instructor del mundo y el baluarte de los derechos del hombre. No propongo, empero—el establecimiento de una prensa libre en Cuba como una medida practicable en

el dia actual; porque semejante cosa es apenas posible; por consequencia mi observacion debe tomarse en un sentido general.] ([13])

¿Y deben los Cubanos continuar en su actual oprimida condicion, hasta el dia en que lleguen á aquel grado de civilizacion é instruccion politica que tan eminentemente cualifica á los Norte-Americanos para un gobierno republicano? Jamas conseguirán ese beneficio mientras la tirania prevalezca en aquel pais.

¿Como podran emprender la carrera de ilustracion mientras que el gobierno y el clero se opongan á cuanto tenga tendencia á ese fin; castigando severamente á los que se atrevan á emprender la espinosa tarea de hacer conocer ál pueblo sus derechos?—¿No hay otro medio de adquirir la libertad é independencia, sino este lento y aun imposible sistema de adelanto en el saber?—Contestaré que sí lo hay; y ese medio es la anexion de Cuba a la Union Americana. Esta medida pondrá un pronto termino á todos sus males, y los Cubanos podrán de una vez comenzar una carrera de gloria y felicidad.

Presento estas dos proposiciones que considero verdaderas sin la mas leve duda—Primera, que los Cubanos no estan aun preparados para una revolucion; y Segunda, que suponiendo que pudieran sacudir el yugo de España, no tienen todavia especiencia suficiente para sostenerse por sí mismos como una nacion libre é independiente. Todo tentativa que conduzca á ese fin sería infructuoso. Su destino sería igual ál de Mejico; y tal vez peor á causa de su mayor debilidad. Volvamos la vista hacia aquella arruinada republica. ¡Qué melancólica idea de la pobre naturaleza humana la condicion deplorable de aquella nacion! Mexico rompió las grillas de sus tiranos ultramarinos; pero no pudo dar un soplo de muerte ál despotismo religioso, que por tantos siglos ha tenido ál entendimiento humano ligado con las cadenas de la ignorancia y supersticion. Consiguió su independencia politica; pero no aseguró su libertad mental; y por falta de esta, no ha podido hacer ninguna mejora palpable en su condicion. No ha hecho mas que cambiár una clase de opresores por otros—ha trocado el reposo del despotismo por la turbulencia y matanza de la anarquia. Treinta años cuenta la republica, y ¿cual es su historia durante ese periodo? Rapiña, desolacion y sangre. En vez de haberse colocado desde el principio á la par con otras naciones civilizadas, aun en su cuna se arroja á los disturbios de las conmociones civiles; y conflictos sanguinarios del caracter mas feroz, ha sido lo que se ha visto en aquel suelo hasta el presente convirtiendo los paises mas feraces del universo, en un espantoso pandemonio. Vemos esa infortunada nacion dividida en facciones sangrientas, peleando las unas en contra de las otras; no por los sagrados derechos del hombre, sino por la corrompida exaltacion de aspirantes ambiciosos, buscando su gloria y engrandecimiento á cual-

(13) La parte entre paréntesis cuadrados, tiene al margen una nota que dice: "Omit this":—omítase esto.

quier precio, aunque cueste la ruina de su patria. ¿Y cual es la causa de tantos males? la falta de libertad religiosa. El pueblo no ha podido emanciparse de las diamantinas cadenas de un clero corrompido y tiranico, cuya divisa es ''guerra abierta y eterna contra la libertad de los pueblos—proteccion omnimoda ál error y á la ignorancia.'' Este ha vedado é impedido los progresos de los conocimientos; ha coartado la libre pesquisa; ha fomentado y patrocinado las depravaciones de la moral publica, y ha detenido á la nacion en un estado de vileza y supersticion, que ha hecho á los habitantes victimas espontaneas de sus opresores. ¿Qué es, pues, lo que puede evitar que los Cubanos se precipiten en el mismo error? ¿Qué ganan con cortar el cable que les tiene atados ál trono de España, si quedan aun unidos ál carro triunfal del Rey de Roma? Si sacudieran el yugo de los tiranos politicos, tendrían aun arraigados en su corazon, su antigua supersticion é intolerancia, y continuarían siendo los miseros siervos del clero que no dejaria de mantenerles en la misma condicion degradada del pueblo de Mexico; pues las mismas causas deben producir iguales efectos. La naturaleza de las cosas no se puede cambiar por decretos y Constituciones; se necesita para eso, el auxilio del tiempo y de las luces. (14)

A estas consideraciones, naturalmente ocurre la cuestion ¿qué será del pueblo de Cuba? ¿Permanecerá eternamente en tan miserable condicion, sin hacer el mas leve esfuerzo para romper las cadenas de la tirania? Es de esperarse que no. He indicado ya el unico y verdadero remedio de sus males—á saber—su anexion á los Estados Unidos; una medida no solamente accequible [*sic*], sino que puede efectuarse sin dificultad y sin demora, no de un modo filbustérico, porque ya he dicho antes el pueblo Cubano no se halla preparado para ello, sino por la intervencion del gobierno de los Estados Unidos. ¿Se me dirá que la presente administracion se opone á la independennecia y anexion de Cuba? No lo niego; pero no importa. El pueblo es mas poderoso i omnipotente que el gabinete de Washington. Yo aconsejaria, por lo tanto, que se apelase á ese mismo pueblo; porque creo que existe una tendencia general por parte del pueblo Americano en tomar este asunto en sus propias manos; y unicamente se necesitaría para estimularles á una accion inmediata, que se presentara claramente la cuestion á su vista. Esto puede hacerse facilmente por medio de la prensa y la discusion pública. La presente Administracion tiene sus dias contados, y no dudo de que ál espirar su termino, el pueblo, de un estremo á otro de la Union, hará resonar su clamor por la Anecsion de Cuba, como lo hizo por la de Texas. Mi consejo, por lo tanto, se reduce á que se establezca un periodico en Washington y en otros varios puntos de la Union, especialmente en el Sur,

(14) El original lleva esta nota al margen: "Nacen obviamente las cuestiones que siguen:" See "El Correo Atlantico" Vol. 1. No. 14.

con el objeto de presentar la cuestion ante la nacion y estimular ál pueblo á que piense y tome accion sobre ella. De ese modo soy de opinion que puede identificarse con la procsima eleccion presidencial; y el candidato que demuestre tendencias con el deseo popular, será electo con la misma facilidad con que lo fué Mr. Polk cuando se puso la cuestion de Texas como un equivalente á su eleccion. La anecsion de Cuba es una medida de suma importancia para que se posponga por mas tiempo. Los Estados Unidos como medida de defensa propia, deben *tomar posesion de aquella Isla,* bien sea por medio de compra ó por la fuerza; y los que quieran facilitar el cumplimiento de esta medida, no podran efectuarlo de un modo mas eficaz que agitando la cuestion por medio de la prensa publica, instigando ál pueblo á que tome parte en la cuestion.—Este sería el curso que yo seguiría, y el que aconsejo que se lleve á cabo, como el mas conveniente en el particular.

Deseo que se entienda que no intento, por esta Carta, desanimarle en su noble empresa de libertar á su patria de las garras del despotismo. Sentiria mucho que lo que he dicho le hiciese abandonar la causa, ó tuviese el efecto de enfriar su ardor y moderar sus esfuerzos. Ningun gran objeto se puede efectuar sin el entusisamo, la firmeza y la perseverancia, tres virtudes (no menos raras que preciosas) que V. posee en eminente grado, y las cuales no tengo deseo alguno de debilitar ó apagar en su corazon. Seria bien para Cuba que poseyese estas virtudes el mayor numero de sus inhabitantes [*sic*]. No tengo otro motivo ál escribirle esta carta que el de disuadirle de obrar con precipitacion y caer en tropiezos de que no pueda salir.—Hemos de tener cuidado en no andar con pasos demasiado rapidos.—Los conatos de los patriotas para asegurar resultados felices deben guiarse y dirigirse por la prudencia asi como por el valor. Falstaff pensaba que la discrecion es la parte mejor del valor; pero sin ir tan lejos como este famoso caballero en mi apreciacion de esta cualidad, evitaré correr ál otro estremo i decir como el valiente Genl. Lee, que toda prudencia no es sino una despreciable virtud. La union de estas dos cualidades (la prudencia y el valor) hacen el verdadero heroe. Un heroismo gigantesco y no arreglado por los tiempos ni las circunstancias, espone, á aquel que lo posee, á la imputacion de Quixiotismo; y muchas veces es la causa de que tantos reformadores no realizaran el bien que se propusieron, y hayan sido condenados á ver el mal resultado de sus proyectos. En verdad amigo mio, su plan de invadir á Cuba con una pequeña partida de Americanos—un puñado de hombres que no saben el idioma, é ignoran las costumbres del pais, tiene mucha apariencia de correr en pos de una quimera; y estoy casi seguro de que V. no podrá hacer nada digno de su caracter, ó que contribuyese al nobilisimo fin á que se ha consagrado.

En conclusion repetiré lo que dije ál principio, esto es, que V. debe perdonarme por la franqueza con que me ha espresado, y tambien por haber ocupado tanto su tiempo y atencion con una carta de tanta esten-

sion. He alargado mis observaciones mas allá lo que yo habia designado al principio; y sin duda le habrá causado mas molestia el leer esta carta, que la que me ha costado el escribirla; y esta ha sido no poca, á causa de mi corto conócimiento del idioma Español.—Si no he acertado el fin que me propuse, he hecho, á lo menos cuanto he podido, y espero sinceramente que mis buenas intenciones me haran merecer la indulgencia de aquel por quien siento verdadera amistad y alta estima.

[M. B. LAMAR.]

Figuran entre los papeles de Lamar otros dos documentos relacionados con las expediciones de Narciso López, y que en el inventario llevan, respectivamente, los números 2472 y 2473.

El primero está escrito en español y no lleva fecha ni indicación alguna que permita conocer a quién iba dirigido, aunque, más bien que carta, parece la traducción de algún artículo de periódico. En él se repiten los mismos conceptos que contiene la carta dirigida a Narciso López, que precede. No juzgamos, por lo tanto, necesario publicar el texto de este documento.

El otro es un "Plan para la conquista de Cuba", fechado en Apalachicola, mayo de 1851, y escrito en inglés. Es un borrador sin firma, y el inventario da como dudoso que la letra con que está escrito sea la de Lamar. He aquí la traducción de este documento, marcado: *"A plan to capture Cuba from Spain"*.

Es incuestionable que Cuba tiene que llegar a ser parte de los Estados Unidos; pero aun hay que ver si será como miembro de la Confederación, tal como hoy existe, o de una República del Sur, destinada a formarse. El problema consiste en averiguar los medios que deban adoptarse para colocar a la Isla de Cuba en una posición que le dé derecho, bien a pedir su ingreso en la Unión, o a llegar a ser un país independiente, y de tal importancia que ocupe un lugar prominente en la formación de una nueva república.

Y en vista del completo fracaso de las dos expediciones que salieron de este país y el hecho de que la iniciativa debe partir de este país, tal parece que se debe adoptar una política distinta de la que hasta aquí se ha seguido. Teniendo a López y González, y los oficiales necesarios que antes hayan tomado parte en la empresa, como base del plan, situados en diferentes lugares convenientes de Georgia y el Norte y el Este de la Florida, se podrán enganchar de 800 a 1,000 hombres buenos y dispuestos a llegar hasta el fin, y conocidos como tales por sus oficiales superiores. Digamos 100, o una o dos compañías en Savannah, otras tantas en Ma-

con, una compañía en Augusta, una en Darien, y quizás una o dos en Charleston, residentes todos estos hombres en esos lugares o sus alrededores. Entonces, dando la notificación usual (aparente en este caso, como comprenderán los comprometidos), se hará un esfuerzo para reclutar nuevas Compañías de Voluntarios en cada lugar acordado.—Los de esta leva formarán inmediatamente sus respectivas compañías, y, según todas las apariencias, elegirán sus oficiales; éstos, sin embargo, habrán sido previamente nombrados y después [?] recibirán sus comisiones del Estado y sus armas también serán suministradas por el Estado. Armas para todas [?] las compañías, González y López bien tendrán fondos o medios de levantarlos para adquirirlas, particularmente para una bien organizada expedición;—y al principio se necesitarán unos $50,000 para proveer a estas compañías de nuevos y limpios uniformes, como los que comúnmente usan las compañías voluntarias, siendo uniforme el traje de todo el regimiento.—Formadas y equipadas así las compañías, serán instruídas y ejercitadas con la mayor rapidez posible, y dentro de cuatro meses serán sin duda, soldados bastante buenos, que sólo necesitarían la acción para llegar a ser un magnífico regimiento; los hombres conocerán a sus oficiales y se conocerán unos a otros; y viviendo en sus acostumbradas residencias y prosiguiendo sus usuales ocupaciones, no serán gravosos para la expedición.—Este estado de cosas puede continuar hasta que los planes estén todos maduros y se desee embarcar al regimiento.—La compañía o compañías formadas en Savannah expedirán entonces instrucciones para celebrar una gran parada general y establecer un campamento en Savannah, y se proveerán nuevamente fondos para sufragar los gastos de viaje de los hombres, que así, fácilmente, y sin dar lugar a sospechas, se concentrarán en un punto.—La parada se celebrará uno o dos días antes de zarpar de Savannah uno de los vapores de Nueva York. A bordo de este vapor, tres o cuatro valientes oficiales tomarán pasaje, e irán también unos cuarenta o cincuenta de nuestros hombres como pasajeros de proa. La primera noche después de la salida del vapor, a una señal de antemano acordada, se tomará tranquilamente posesión del vapor, que se encaminará inmediatamente hacia un punto situado un poco más abajo de Savannah. El regimiento tomará uno de los vapores de Charleston, embarcando con rapidez, antes de que el pueblo pueda formarse una idea de lo que pasa, yendo al encuentro del vapor de Nueva York en el punto acordado, y así, sin perturbación ni confusión innecesaria, embarcará la expedición en uno de los vapores más rápidos y mejores del mundo. O bien, sin necesidad de enviar los hombres al mar, el vapor podría ser fácilmente apresado en el muelle, embarcando los hombres desde Savannah, plan que sería, aunque algo más riesgoso, todavía el más seguro; y si se tomaran debidamente las necesarias medidas, no habría confusión ni fuerza bastante en el lugar para resistir.—(Esta idea de tomar posesión de un vapor puede a primera vista parecer un acto de piratería en alta mar, pero si la expedición tiene buen éxito, completamente distinto sería

el aspecto de la cosa, y a la postre los propietarios del barco serían plenamente indemnizados). Embarcada así la expedición, pondría proa en la dirección de Matanzas, desembarcaría a los hombres y las provisiones, y el vapor en el acto sería restituído a sus oficiales, quienes no tropezarían con ninguna dificultad, pues fácilmente podrían escapar a la persecución de cualquier barco español. Un regimiento de americanos, con buenos oficiales, plenamente equipado, que así desembarcase en Matanzas, produciría incuestionablemente un poderoso efecto en las tropas españolas allí estacionadas e infundiría gran confianza a los cubanos dispuestos a incorporarse a nosotros. Estando bien uniformados los hombres, tal vez harían creer a los españoles que eran tropas de los Estados Unidos y sólo una pequeña parte de una gran expedición; la batalla de Matanzas, en efecto, podría ganarse sin dar un solo golpe. Sería inmediatamente ocupada la estación del ferrocarril de Matanzas, e inmediatamente se harían preparativos para continuar hasta la Habana. A primera vista podría parecer ridículo que un solo regimiento intente tomar una plaza de 400 mil habitantes; pero cuando se considera que la gran mayoría de éstos están en favor de los americanos, y que los que se oponen, las tropas españolas, están diseminados a lo largo de la costa, quedando relativamente pocas en la Habana, se verá que ése, aunque el más audaz, es también el golpe más seguro; y después de tomar posesión de las partes principales de la ciudad, incluso el Castillo del Morro (que se dice que es bastante accesible desde la ciudad), pueden ser formados en regimientos los cubanos, y ser zurrados los soldados españoles, grupo tras grupo, y tomarse posesión de toda la Isla, declarándola independiente. Ocupado el Castillo del Morro, se dominará la bahía, y ningún refuerzo ni de españoles ni de ingleses, podrán recibir los españoles por ese lado. Un vapor (indudablemente habrá alguno en el puerto) puede ser enviado a este país con la noticia de que Cuba es libre, pero que se necesitan refuerzos; y no tardarán mucho tiempo en ir a Cuba más americanos de los que se necesitan. El gobierno de los Estados Unidos puede entonces reconocer la independencia de Cuba, y si no, la reconocerán los Estados del Sur, y podremos desafiar a Inglaterra y a España y a Europa. Se dirá que este plan es audaz, y que se funda en la presunción de que todos los pasos tendrán buen éxito, cuando el resultado es dudoso. Nada de eso. La misma audacia del movimiento directo sobre la Habana, aunque lo emprenda un solo regimiento de americanos determinados, garantizará en gran medida su triunfo. Podrá oponerse también el reparo de que será imposible mantener el secreto del fin a que se destinan estas compañías. Esta es la única objeción que contra el plan puede presentarse. Pero conociendo a los hombres y juramentándolos para que guarden el más estricto secreto, fácil sería, sin duda, vencer esta dificultad.—Debería establecerse una Junta de Oficiales en Savannah para la transacción de los necesarios negocios, la correspondencia con los capitanes de las diferentes compañías, emitir órdenes, etc., etc.—Con los materiales de la

última expedición, este plan podría llevarse a cabo sin serias dificultades, y respetuosamente se somete.

Apalachicola, Mayo 1851.

Los documentos que preceden, a pesar de que no aumentan notablemente el caudal de datos que acerca de las expediciones de Narciso López existe, son extraordinariamente interesantes desde el punto de vista psicológico y como revelación íntima del proceso de aquel movimiento revolucionario que tan profundas huellas dejó en la historia del país.

LUIS MARINO PÉREZ.

La Habana, 1916.

EL PANAMERICANISMO: SU PASADO Y SU PORVENIR

I

DECLINA el prestigio de la noción biológica de raza, interna fatalidad ineludible como el destino antiguo, que revelan la línea del cráneo y el color de la piel. Los sociólogos renuncian a descubrir sangre pura en naciones confusas, desconocen la preeminencia hereditaria que se atribuyera a determinados grupos étnicos, discuten la sumaria oposición entre indogermanos y semitas que explicaba, en la mente de ambiciosos historiadores, el desarrollo del drama de los pueblos, su progreso y su decadencia, la construcción de imperios y filosofías, la misión de Oriente y Occidente. Pero no se abandona la idea de la raza como síntesis de los diversos elementos de una civilización definida. Religión, arte, lengua, convivencia secular en determinado territorio, tradición, afinidades morales que fijan a través de los siglos, durables culturas y caracteres psicológicos inconfundibles.

En el siglo XIX reclaman las nacionalidades sus derechos violados. Se ha extendido a ellas el beneficio del principio revolucionario: los derechos del hombre comprenden también a la nación, persona eminente, estrecha agrupación que vence al tiempo y a la caducidad de los hombres. Inclinándose ante las creaciones de la historia, defienden estadistas y poetas la autonomía de vastas entidades sociales. Libertad y unidad exigen los pueblos divididos. Surgen así el pangermanismo, el panserbismo, el paniberismo, el panislamismo, el panamericanismo, el panslavismo, el panmagiarismo y hasta el panasiatismo; ri-

queza de doctrinas semejantes que aspiran a determinar el rasgo peculiar de cada fuerte grupo de hombres, a acercar a gentes afines y convertir la nación difusa, sujeta a contradictorias hegemonías, en Estado perfecto que prolongará y acrecerá en el futuro las inquietas tradiciones del pasado.

A veces un pueblo libre atrae a provincias vecinas de la misma raza. Así Serbia, construcción política de una variedad de eslavos que va a formar, con los yugoeslavos de Croacia y de Bosnia, con poblaciones esclavizadas por Austria, una soberana federación. Otras, sin llegar a la unidad política, se acercan los miembros dispersos, *disjecta membra,* de una familia de naciones. Los iberos que el Atlántico separa, forman una ideal asociación; se enorgullecen de su tradición y de su lengua y olvidan, en citas de elocuente fraternidad, la antigua violencia que alejara a las colonias de la metrópoli. Inglaterra y Estados Unidos, el "mundo que habla inglés" afirma su unidad moral, y democracias de mares remotos se agregan al concierto de los más vastos estados sajones.

A este libre acuerdo se oponen otras síntesis en que la fuerza impera. En el panslavismo descubrimos no sólo la unión de subrazas afines, sino también el místico ideal de la dominación. Ante el eslavo que busca trágicamente la pura unidad de su estirpe, desaparecen las nacionalidades menores. Y el pangermanismo, que degenera en locura, no sólo reúne en fusión necesaria partes separadas de la vieja heredad germana, sino que, abandonando la simple construcción política, aspira a redimir con hierro y sangre. En las más extrañas gentes descubre rasgos alemanes; en todos los continentes, prolongaciones o perversiones de una misma iniciación civilizadora.

No siempre es completa la semejanza de los pueblos que una doctrina y una política se afanan en maridar. Pueden diferir las religiones, como entre los múltiples dominios del eslavismo o entre las provincias que hablan alemán. Es diverso el régimen de gobierno entre los españoles de ambos mundos o los sajones de la isla monárquica y del continente republicano. En la inmensa congregación de eslavos varían el credo y la lengua, las costumbres y el orden político; los anima, sin embargo, un fuerte espíritu común. En América, la unidad es geográfica y

moral. República, liberalismo, democracia, tolerancia, constituyen de norte a sur aspectos de idéntico evangelio social. Sajones germanizados y españoles latinizados llegan, en lenta cooperación, a definir aspiraciones y odios análogos. Si el norteamericano es protestante y el iberoamericano es católico; si se expresan en idioma distinto y obedecen a diversa lógica, de la tierra semejante, del sistema de gobierno uniforme, de un crecimiento sin seculares tradiciones, de la ausencia de rígidas castas, de la comunidad de generosos principios como el arbitraje y el amor a la paz, de generales empresas de utilidad, se deriva un activo panamericanismo, teoría y realidad militante, práctica cruzada y apostolado romántico.

No es, como en el libro de Mr. Stead, un plan de americanización del continente meridional, disfraz de pacíficas infiltraciones. Quienes definen este sistema internacional fijan sus caracteres de libre concurso, de organización fundada en voluntades armoniosas. Creciente aproximación de pueblos, que ni obedecen a la presión de un despótico señor, ni renuncian, al asociarse, a un enérgico particularismo. Si en la historia del último siglo prevaleció con frecuencia la violencia sobre la unión y el avance del pueblo más fuerte se transformó en conquista, al desarrollar su ambición panamericana, los Estados Unidos anuncian que concluye la era de la política injusta y que en la nueva federación moral es virtud esencial el consentimiento.

La santa Rusia protege maternalmente a todos los eslavos. Alemania impone su ley suprema a poblaciones en que adivina a través de la miseria presente la nobleza esencial; mientras que en el panamericanismo ideal, libre de antiguos apetitos, fraternales repúblicas construyen una asociación económica y moral, formulan aspiraciones de libertad y de paz, que llevarán a continentes envejecidos en guerras de despojo y servidumbre.

II

Conquista la América colonial su independencia y los Estados Unidos observan la viril insurrección sin abandonar su actitud de discretos y lejanos espectadores. Antes de descubrir la fraternidad que los une a difusos pueblos rebeldes, discuten y

esperan. Una lenta simpatía, en que la reflexión impera sobre la generosidad del instinto, dicta a su política prudentes declaraciones. Desde 1811 quiere el Parlamento conceder beligerancia a los americanos que combaten contra España. El presidente Mádison declara, en su mensaje de ese año, que las batallas del Sur imponen a la república "inteligente previsión", "tomar un profundo interés en sus destinos (los de indisciplinadas colonias), acariciar recíprocos sentimientos de buena voluntad, mirar el progreso de los acontecimientos y estar preparados para cualquier orden de cosas que pueda finalmente establecerse". En vez de fundar las direcciones de su posible intervención en un americanismo cardinal, se invoca "una amplia filantropía", ilimitado sentimiento de humanidad sin geográficas restricciones. Ni se define siquiera el sistema de gobierno adecuado a los pueblos que luchan: "cualquier orden de cosas" merecerá de la democracia precursora inmediata atención.

En los documentos de la época dominan esa indecisa neutralidad y la consideración del "interés mutuo" que agrupa a los pueblos del continente. Sin prematuro romanticismo, pide el gobierno a sus embajadores que examinen "los vínculos comerciales y de otra clase que existen respectivamente" entre las colonias españolas, "el estado, las características, la inteligencia y riqueza de las varias partes, el número de la población, la extensión y organización de la fuerza militar y los recursos pecuniarios del país". Aparece ya la razón geográfica del futuro panamericanismo: los Estados Unidos, neutrales por nacional vocación, no permanecerán indiferentes en los negocios del Sur, en la discordia de tierras próximas, porque pertenecen "a la misma porción del globo", "son habitantes del mismo hemisferio".

Intervienen pronto favorables voces que transforman la precisa visión utilitaria en lúcido entusiasmo. Desde 1816 se discute en la Cámara el problema sudamericano, y Henry Clay opone a los mediocres consejos de la neutralidad el fervor de magníficas oraciones. Podrá armarse en los puertos buques contra la injusta España que encadena a pueblos fraternales, limita su felicidad y perpetúa su miseria. Después de la solemne declaración de independencia de las provincias unidas del Plata (1816), llegan al Congreso ecos de las victorias de San Martín

en Chile. La revolución se afirma, triunfa, se extiende de uno a otro Océano. El notable tribuno canta entonces la majestad del vasto mundo meridional de ricas minas y ríos tumultuosos, de diez y ocho millones de súbditos que rompen trágicamente sus cadenas (1). Para ellos es el pueblo sajón magistral testimonio de las excelencias de la democracia, nación admirada por los revolucionarios, que le piden instituciones y doctrina política. La prosa de Jefferson y de Hamilton sirve de modelo a apasionados doctores de Chuquisaca o Tucumán. Henry Clay reclamaba, no en nombre del interés sino de la justicia, el inmediato reconocimiento de los títulos de estos combatientes que fundaban rudamente, en guerra inexpiable, su libertad. Del caos presente surgen naciones autónomas, que escogerán, sin extranjera presión, su forma política. Precursor de Monroe, afirma el orador que las provincias independientes obedecerán a "las leyes del sistema" del Nuevo Mundo, a su organización peculiar frente a la Europa teocrática (2).

Una tímida mayoría rechaza la proposición de Clay; pero el gobierno norteamericano, al referirse a las luchas de la América española, las denomina "guerra civil", conflicto de partidos iguales dentro de la nacionalidad. Reconoce así a las colonias una eminente dignidad, que España desdeña. Dirigiéndose al Congreso en la misma forma solemne, en 1819, manifiesta que, "en la guerra civil que existe entre España y las provincias españolas de este hemisferio se ha tenido el mayor cuidado de hacer cumplir las leyes destinadas a mantener una neutralidad imparcial". Los emisarios norteamericanos en Buenos Aires y Chile atribuyen el mismo carácter de conflicto civil a la lucha contra la metrópoli, y, atentos a fijar las bases económicas de la futura unión americana, estudian en los territorios devastados por las batallas, la población, el comercio de exportación

---

(1) LATANÉ: *The diplomatic relations of the United States and Spanish America.* Baltimore, 1900, p. 58. En 1818 obtiene el orador sólo 45 votos contra 115 en favor de la nueva América; en 1821 triunfa por 134 votos contra 12 la declaración de simpatía a la Revolución del Sur, que preconiza.

(2) En su célebre discurso de Lexington (1821) dirá, en idéntico sentido, que va a formarse, *a counterpoise to the Holy Alliance,* un contrapeso a los pueblos reaccionarios europeos en las dos Américas, y que con ello ganarán los "principios de independencia nacional y de libertad".

e importación, el sistema tributario, la fuerza de la marina mercante y de guerra, la milicia y el ejército regular.

Nuevas victorias en el Sur robustecen la causa de tenaces patriotas; después de Carabobo y de la proclamación de la independencia peruana por San Martín, en Lima, en 1821, se inclina la república sajona ante la majestad de hechos de guerra y el vigor de recientes libertades. Reconoce a los flamantes gobiernos, en 1822. En su mensaje recordaba el presidente Monroe que desde 1810 se había libertado Buenos Aires de la presión española y, sucesivamente, Chile, en 1818, y Colombia, en 1819, habíanse declarado independientes, de tal manera que, "supuesto el estado de guerra y demás circunstancias, no existe ni el más remoto peligro de que puedan ser privadas" de su independencia estas provincias. Ministros de Estados Unidos en el continente meridional afirman la benevolencia del alto poder para con democracias sin pesadas tradiciones, que ensayan el gobierno de sí mismas en un interesante desenfreno revolucionario.

Urge formar agrupaciones que atenúen la brillante dispersión de las repúblicas. En la inquietud de su repentino crecimiento aparece el organizador. Bolívar congrega pueblos libres; entre anárquicos generales no olvida la síntesis de naciones. Vence a España y aspira a detener la temprana división, la indisciplina abundante, la trágica emulación de los caudillos. ¿Ambicionaba el poder "monocrático", la tiranía de Colombia sobre naciones uniformes, o la libre confederación de pueblos iguales que reconocerían el beneficio político de la unión? ¿Quería imponer una unidad exterior en forma de elegante hegemonía, o aceptaba la organización espontánea, la lenta constitución del gran Estado internacional? Fuerte idealista, creyó sin duda en la grandeza de una liga de pueblos y en la preeminencia natural del espíritu colombiano. Manteniendo contra Santander y contra Páez la prestigiosa asociación de tres democracias afines, el Ecuador, Nueva Granada y Venezuela, preparaba, en limitados dominios, un modelo de federación para la América. A ella se sujetarían, sin grave presión de afuera, las repúblicas que iban formándose sobre las ruinas del poder español.

Para el Libertador, que rechazaba divisiones y límites inva-

riables, eran bases de la próxima unidad, lengua, religión y costumbres semejantes. A pesar de la libertad conquistada, no era completa la "regeneración" ni perfecto "el edificio político". Sucesivamente se había aniquilado el despotismo, creado independientes democracias, preparado estatutos al margen de las batallas. "El pacto americano, formando de todas vuestras Repúblicas un cuerpo político", se presenta como tercera etapa en las campañas de América. Negación, fundación, congregación; destrucción de un régimen, establecimiento de un orden nuevo, asociación de pueblos, son aspectos complementarios de la gran cruzada.

Bolívar quijotesco sirve a un imperioso ideal, el Congreso de las repúblicas, "cuerpo anfictiónico o asamblea de plenipotenciarios" que fije el derecho en un mundo original; organismo superior a las divisiones nacionales destinado a afirmar la unidad entre "pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas habitudes, y que, por falta de una institución tan santa, pueden quizá encender las guerras funestas que han desolado otras regiones menos afortunadas". El genio político de este creador de naciones descubre en la tenaz disgregación de pueblos inciertos una suprema razón de flaqueza. Sólo unida podrá la América presentarse "al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas". Será entonces "reina de naciones" y, lo que vale más para el liberalismo invulnerable de estos enemigos de la tiranía goda, "la madre de las repúblicas". Conviene defender contra proyectos de reconquista espiritual a este mundo democrático, donde han caducado los privilegios.

Ofreciendo sus armas a lejanos estados, preparaba el guerrero estadista el necesario acercamiento en asambleas "verdaderamente augustas". Desde su isla profética, Jamaica, traza el plan de unidad continental. En Panamá, nueva Corinto, centro geográfico de dos Américas, se reunirían los graves ministros de la futura paz. Dos plenipotenciarios nombrados por cada república a un congreso de amplios poderes formarán el tribunal de arbitraje en las "disputas y diferencias", evitarán "los grandes conflictos con oportunos consejos y darán estabilidad" a "las relaciones íntimas que deben existir entre todos y cada

uno'' de los pueblos reunidos. Interpretarían oscuros tratados, defenderían al continente de la amenaza española y pacificarían un mundo inclinado a la discordia. Bolívar, que temía haber ''arado en el mar''', buscaba ya puntos fijos en el peligroso temblor de esas tierras rebeldes.

Los Estados Unidos fueron invitados a la Conferencia y prometieron su apoyo. De Europa llegaron embajadores: Inglaterra y los Países Bajos se asociaron a la asamblea. El panamericanismo inicial no excluía a Europa ni desdeñaba sus auxilios económicos y sus sugestiones morales. De México a Buenos Aires reinaba análogo entusiasmo, más decidido en el Norte, para consagrar, en el congreso inminente, la unión de frágiles naciones. El derecho de gentes de América iba a surgir de sus claros debates, la declaración de la novedad del continente contra las rígidas castas de Europa, sus reyes santos y su majestuosa tiranía. Ministros románticos creían en la próxima constitución de la familia americana, sin fijas divisiones territoriales, armoniosa y generosa.

En el Norte sajón provoca la anunciada asamblea intensos debates. El presidente Adams solicitó del Senado norteamericano, según el procedimiento habitual, la aprobación del nombramiento de dos embajadores, Mr. Anderson y Mr. Sergeant, que representarían a la república protectora. Respetuosamente habían de escuchar sus consejos los pueblos infantes y, al resolver esenciales problemas, resistencia a los poderes colonizadores de Europa, abolición del comercio de esclavos, la nación democrática afirmaría su fe en el nuevo sistema político. El Congreso washingtoniano se inquieta y discute: en el liberalismo intemperante del Sur, en el ofrecimiento de amplia libertad a las razas sumisas de Cuba, de Puerto Rico y de Haití, descubren algunos estados segura amenaza a sus intereses. Su feudalismo agrícola necesita de esclavos y será su enemigo todo orden social en que aquéllos reciban de apóstoles imprevisores injustos privilegios. Se enfrentan ya, en la gran nación insegura, el Norte liberal y el Sur reaccionario, ideas hostiles que encubren apetitos contradictorios. Se anuncia en la violencia de las discusiones el futuro antagonismo invencible. ¿No ha sugerido Rusia, con la autoridad de un despotismo feliz, que el gobierno de Estados

Unidos respete la organización de Cuba y no lleve a la paz de las castas un principio anárquico, la libertad? El Sur imponía su credo, la esclavitud, base doméstica de su progreso; mientras que los partidos de emancipación traían a la excelente agregación de clases cooperantes una inmediata y absurda ruina.

Conciliando hostiles intereses llamó el presidente al Congreso de Panamá "medida especulativa y experimental"; pero los representantes declararon que "los Estados Unidos no formarían alianza alguna ofensiva o defensiva, o negociarían en relación con esa alianza, con ninguna de las repúblicas sudamericanas, ni formarían con ellas parte en una declaración colectiva que tendiera a condenar la intervención de las potencias europeas contra su independencia o su forma de gobierno". Condenaban así la imperiosa declaración de Monroe y volvían a un mediocre aislamiento.

De la América española venía el desconocimiento de viejas tutelas y la discordia petulante; en los Estados Unidos imperaron siempre, contra la innovación democrática, antiguos privilegios. Vigilaban intereses cuando Bolívar y su estado mayor de paladines anunciaban franquicias. Desde 1824, al firmar el gobierno de Washington un tratado de comercio con los representantes de Colombia, había denunciado los "monopolios colonizadores" y las posibles concesiones comerciales "a cualquiera nación europea", contrarios a la misma independencia "que han declarado y mantenido" sus brillantes vecinos. Invitado a la más liberal de las conferencias, formuló prontas reservas. Principios de neutralidad marítima, de respeto a los navíos libres que llevan libres mercaderías, intercambio comercial serían establecidos por la gran asamblea deliberante. Pero el Senado washingtoniano temía del fervor de tropicales repúblicas declaraciones intemperantes. Colombia había pedido la extensión del monroísmo al Sur español, la "mancomunidad de esfuerzos" entre democracias independientes que se ligaban para sostener la célebre doctrina. La república septentrional dejó a cada una de las naciones "fraternales" el grave cuidado de defenderse por sus propios medios; pasó fácilmente de la vigilancia al abandono, de las tentativas de útil concierto a un egoísta aislamiento. La nación comerciante, tímida en medio de las aventu-

ras de la democracia, exigió el *statu quo* para Cuba, Puerto Rico y Haití y adoptó, en vez de la fatal asociación con los estados hispanoamericanos, un provisorio alejamiento. Contradictorias posiciones, porque si el fuerte poder sajón ambicionaba separar de Europa a la América española, era indispensable a su empeño un inmediato panamericanismo.

A pesar de la oposición del Senado y de la Cámara de representantes, manifestada en ásperos debates, envió el presidente ministros a Panamá. Correspondió a Henry Clay, secretario de Estado, por un amable destino, la misión de instruir a los embajadores sobre su importante misión. Reconocía el defensor de las repúblicas españolas la trascendencia del próximo Congreso y la necesidad de formular principios de defensa americana: colectivamente se comprometerían los pueblos reunidos en Panamá a rechazar extranjeros proyectos de colonización. El gobierno norteamericano determinó los límites de su intervención, alejando de su infancia política peligros ciertos. Sólo debían armarse los Estados Unidos en presencia de expediciones europeas en un mar vecino, en las Antillas, por ejemplo; permanecerían indiferentes si se realizaban ataques en remotos estados, como Buenos Aires o Chile. Antes de consagrar su fuerza guerrera a detener simples hostilidades del Occidente conquistador, pesarían razones en un largo monólogo shakespeariano. El solemne Congreso de la América libre lucha contra displicentes observadores de Washington, contra intereses coligados y firmes prejuicios.

Al oponerse a la división naciente discuten en Panamá los ministros un tratado de unión, liga y confederación de las repúblicas vencedoras de España. Sólo algunas democracias aceptan el nuevo credo internacional. Colombia, que dirige el movimiento de unificación, el Perú, Centro América y los Estados Unidos de México son las altas partes contratantes en el convenio de paz. Se prestarán, para su futura defensa, legiones y naves y renunciarán en sus disputas a la solución de la guerra.

La América congregada no pierde sus libertades. Se concilian la soberanía de cada nación y la solidaridad en los peligros comunes, la discusión de los intereses colectivos y la resolución independiente de los negocios peculiares a cada estado. Un dog-

ma político subsiste contra reaccionarios e ideólogos, el régimen constitucional. El continente liberal y democrático desecha extrañas reyecías. Será excluída de la Confederación la potencia que cambie radicalmente de forma de gobierno.

Cada dos años se reunirían los ministros americanos para negociar tratados, interpretar los existentes, hacer inalterable la amistad de pueblos semejantes, servir de benévolos mediadores en los conflictos, conciliar intereses y evitar luchas armadas; propagar, en fin, en dominios reacios a esta benéfica paz, la excelencia del solemne acuerdo entre diez naciones.

Este ensayo de panamericanismo fracasa en las primeras disputas de instables democracias. Colombia y el Perú, ministros de unión, insisten en convocar inútiles congresos. Los Estados Unidos, preocupados por internas luchas, se alejan del concierto meridional. Crece la división, y las asambleas de 1846 y 1857 formulan elocuentes votos de paz en nombre de un limitado grupo de pueblos. No es ya la obra de los plenipotenciarios expresión de un continente uniforme. Se reconoce, sin embargo, en pactos ineficaces, la virtualidad del principio esencial, la unidad americana. Así, en el de 1847: ''las repúblicas americanas, ligadas por el vínculo de origen, el idioma, la religión y las costumbres, por su posición geográfica, por la causa común que han defendido, por la analogía de sus instituciones y, sobre todo, por sus comunes necesidades y recíprocos intereses, no pueden considerarse sino como partes de una misma nación''. Entre las razones de saludable aproximación, predominan ya, no el alma común o la antigua fraternidad, sino la necesidad y el interés, inspiraciones utilitarias ([3]). En 1864 se aspira a conservar al continente ''una fisonomía particular'', es decir, la novedad de su régimen político, y una expresión contractual, todavía indecisa de tantos rasgos morales idénticos. A veces el sentimiento nacional teme a estas vastas combinaciones de intereses: nacionalismo contra americanismo, guerra frecuente de dos principios, que se reduce al combate de la anarquía difusa con perió-

(3) Ejemplo de esta tendencia es el proyecto de convención aduanera que se agrega al plan político. Según esta curiosa tentativa, al llevar sus "productos naturales o manufacturados" sólo pagaría cada una de las repúblicas asociadas la tercera parte de los derechos de importación establecidos por las leyes de la otra u otras que compraran aquellos productos.

dicos ensayos de organización. Desde 1826 se aspira a restringir los poderes del Supremo Consejo de paz, a transformarlo en suntuosa e inútil asamblea. Un ministro argentino niega la existencia de la América independiente "como entidad política".

Historiemos brevemente la prolongación en el siglo de la obra bolivarista. En Panamá se había fijado los aspectos generales de estos grandes congresos: arbitraje, integridad territorial, condenación del tráfico de esclavos, paz durable y organización federal, no ya dentro de los estados para multiplicar la anarquía, sino de Norte a Sur, como útil concentración de fuerzas incipientes. Solidaridad ante la amenaza de un poder extranjero implicaban estos pactos generosos. Así, en 1846, al anuncio de que España se preparaba a reconquistar el Ecuador o a intervenir en su vida política, invitó el Perú a nueva conferencia de naciones. A ella debían enviar representantes México y el Brasil, Chile, Ecuador y Nueva Granada, sin olvidar a los Estados Unidos en esta discusión de intereses continentales. Resolvieron los ministros que se reunirían cada tres años nuevos delegados, con poderes suficientes, a interpretar tratados, conciliar y pacificar, reafirmar la virtualidad del régimen político, que amenazaran expediciones de desquite español o de usurpación europea. Si subsistía celosamente la independencia de cada república dentro del armonioso cuadro de una federación moral, se pregonaba, en cambio, la antigua hermandad y se unificaba el derecho de gentes americano.

Ironía de estas juntas periódicas es su impotencia para dar inmediato valor a su lírico entusiasmo. No ratificaron el tratado de 1826, ni el que debía firmarse en 1849 por las naciones convocadas. Sólo Colombia atribuyó eficacia, después de la asamblea de Panamá, a las resoluciones de sus embajadores. Los nuevos pactos no organizan un continente a despecho de artículos que reconocen a los ciudadanos de las repúblicas, por ellos unidas, los mismos derechos en el territorio de las demás que a los nacionales, es decir, que formulan un *civis americanus sum* para los habitantes del nuevo mundo español. La diplomacia evita querellas de fronteras reconociendo el valor de los antiguos límites coloniales, el *uti possidetis* de 1810 y 1824, que suscitará, en las controversias del siglo, un interminable bizan-

tinismo. En 1856, a otra tentativa de unión continental oponen los estadistas del Sur la necesidad de conservar a Europa en el futuro americano, de proteger su invasión financiera y olvidar, en nombre de los negocios y de sus leyes, la teoría política y el credo revolucionario. Caduca el pensamiento de los congresos y de la unidad de las repúblicas, "lo que para los americanos ha venido a ser un principio y un dogma en que se fundan las glorias de su pasado, su esperanza en el porvenir y su fraternidad en todo tiempo", según la expresión desencantada de un ministro peruano. A la edad romántica sucede, en un nuevo período, la preocupación de concretos intereses, la visión de parciales amenazas, el egoísmo de una razón de patria agresiva y exclusiva. Empero, no ha vencido el particularismo al programa de unificación, y, en 1864, un nuevo peligro, la expedición española contra el Perú y Chile, el bombardeo de sus costas y las proclamas de definido imperialismo agrupan a los representantes de pueblos desorientados en importante asamblea de juristas, políticos, directores de la opinión, para devolver a la familia americana dispersa su unidad y restaurar, en los espíritus inquietos, el prestigio de la antigua concentración. Contra la vieja metrópoli reafirman estos delegados la indiscutible soberanía de América, su fe en la república y en sus magníficos destinos. Atentos al aspecto utilitario de la vinculación internacional, discuten proyectos de intercambio de productos, convenciones postales, acuerdos sobre el curso legal de la moneda.

En este congreso terminan los ensayos de unión americana: el nacionalismo se opone a vagos conatos de federación. Dentro de límites que originan largas disputas crecen pueblos extraños a la antigua comunidad de intereses. A la discordia dentro de las repúblicas corresponde la anarquía internacional, contraria a pactos de acercamiento, celosa y aceda, que en las tentativas de cooperación vislumbra peligros para el pleno ejercicio de la libertad. Quince años después despoja Chile a Bolivia y al Perú de ricos territorios, introduciendo así en el derecho de gentes americano un principio disociador, la conquista. Combatió al lado del Perú el año doliente de la amenaza española, 1864, y funda más tarde, en una guerra de usurpación y desmembración, su hegemonía en el Pacífico.

Desaparecen los últimos vestigios de solidaridad política. La misma dura ley europea va a imperar en un continente que obedece a uniformes influencias morales. Subsisten, en tanto, asambleas de especialistas que se proponen unificar el derecho internacional en Montevideo, en 1889, congresos científicos, conferencias sanitarias. Renunciando a formar la gran unidad, política de terco romanticismo, persiguen sinuosamente, con la celebración de menores tratados, la lenta formación de un conglomerado de pueblos semejantes.

En la geografía confusa del continente se señalan ya direcciones contradictorias. No sólo lecciones de violencia, que destruyen la grata paz de los congresos, sino esfuerzos para ingresar en el sistema de las naciones europeas abandonando mediocres prejuicios de alejamiento. Si, en el Norte, ciudades interiores se enorgullecen de su reclusión colonial, en las abiertas regiones del Plata se espera al extranjero que redime, con esfuerzo de prosaico conquistador, a repúblicas aletargadas. Alberdi dirá, como escueto resumen del nuevo evangelio, que, en América, "gobernar es poblar". Conviene a la pobreza actual del desierto la abundancia de dominadores, que traen de enérgicas tierras la voluntad de prosperar en un remoto Canaán. Mantener celosamente la originalidad de estas repúblicas equivale a alejar de ellas al emigrante y a fijar *ne varietur* los caracteres de su crecimiento. Europa simboliza capitales y una trashumante población masculina. A ella se acercará la América, desdeñando ficticios peligros, en vez de fundar, con estados vecinos y extraños, improbables federaciones. El panamericanismo halla en esa tendencia, que se define hasta degenerar en fácil cosmopolitismo, un recio obstáculo a su expansión.

Monroe ha determinado, en su famosa declaración de 1823, los aspectos esenciales del continente autónomo. Frente a viejas civilizaciones y a orgullosas monarquías aparece un mundo joven, débil y doctoral. No quiere, en su territorio sin pobladores, colonias, ni acepta, en sus capitales, el fausto de tronos remotos. Difiere de uno a otro lado del Atlántico el sistema político, *the political system of the Allied is essentially different in this respect from that of America:* arquitectura de absolutismo, constante intervención contra la libertad. La Santa Alianza as-

pira a destruir en Europa el gobierno representativo, "incompatible con los principios monárquicos"; la soberanía del pueblo, enemiga del derecho divino: su ideal es "la pasiva obediencia" de la multitud bajo la religiosa majestad de dinastías asociadas. En América, la república es el régimen imperante de Boston a Patagonia, audaz ensayo de un orden de relaciones políticas sin inquisición ni tiranía, trágica experiencia de libertad que degenera en revoluciones; de gobierno que culmina en periódicas dictaduras. Las naciones del Sur se entregan a la aventura republicana, a un ferviente radicalismo; escogen la discordia en vez de la paz impuesta y prefieren la confusión igualitaria a rigurosas jerarquías.

El exceso de influencias extranjeras puede dañar a su incipiente desarrollo político o prolongar, en Ultramar, los métodos de las reyecías europeas, sus intrigas y sus alianzas. Alberdi consagra un libro imponente a demostrar que la revolución fundamental, separando a América de la España impotente y reaccionaria, buscó en Europa príncipes constitucionales y acució pactos de familia en virtud de los cuales ingresaran triunfalmente estados mestizos en el vasto sistema político de Occidente. San Martín y Belgrano, los directores argentinos, los ideólogos desventurados, confesaron su fe monárquica. ¿No era el Brasil, imperio de armoniosa organización, ejemplo de estabilidad política para estas inconstantes democracias?

Monroísmo y cosmopolitismo se excluyen en estas primeras décadas de la vida independiente, defensa de inseguras instituciones y protección al emigrante, originalidad de un continente liberal y diplomacia sumisa a las combinaciones de lejanos maquiavelismos. Separándose de los congresos americanos, los Estados Unidos toleran disolventes ensayos de demagogia y estimulan la intervención de financieros de Europa. En medio de revoluciones y tiranías, se realiza la invasión financiera, lenta penetración del oro inglés, dominio económico, acompañado o seguido, en la Argentina, en México, de barcos guerreros. Y como en las empresas de expansión se juntan la banca y la política, por una contradicción inesperada, el nuevo continente es europeo en sus relaciones comerciales, por las vinculaciones de dependencia que crean los empréstitos, por la inmediata sumi-

sión industrial, y conserva, desde el punto de vista de las instituciones, su agresiva personalidad. De los dos monopolios, el económico, que practicara España hasta los últimos años del siglo XVIII, y el político, a que aspiraron los neosajones, robusteciendo con su influencia y con su ejemplo un régimen naciente, ninguno llegaba a perpetuarse. La infiltración de ideas y productos de Inglaterra y Francia libertaba a las repúblicas españolas de su idílica simplicidad. Enriquecían en perpetuo libre cambio su tradición y sus instituciones.

La república norteamericana no abandona, sin embargo, su antigua voluntad de expansión. Al americanismo indeciso y elocuente, a la retórica de Rousseau y de la Revolución Francesa, que persiste en las democracias hispanoamericanas, opone un activo silencio. Definitivamente constituída después de la guerra de Secesión, apartada de ineficaces debates, próxima a ser potencia mundial, millonaria de hombres, en pleno florecimiento agrícola, en creciente progreso industrial, intervendrá pronto en los negocios americanos. Tutela o magisterio necesarios para que pueblos desconcertados afirmen y definan su libertad. En finanzas, en civilización y en experiencia política, viene del Norte la dirección saludable.

III

Antes de fundar una política de unión americana, los Estados Unidos conquistan en recio movimiento de expansión. Avanzan a dominar el desierto, a crear ciudades en útil aventura e incorporan vecinas provincias a la nación en crecimiento. En 1813, adquieren la Louisiana; en 1819, la Florida. México sufre la dura presión septentrional. La gran democracia fomenta revoluciones para conquistar provincias en un insidioso y lento despojo. La posesión de Texas satisface la ambición de los Estados del Sur, defensores de la esclavitud: a ese territorio extenderán el régimen en que fundan su poder agrícola. El presidente Jackson, impotente para comprar el territorio acuciado, envía aventureros que dirijan insurrecciones locales. Primero, la separación de la unidad mexicana, la independencia: Texas la proclama el 2 de marzo de 1836. Santa Ana, caudillo y presi-

dente de la nación amenazada, invade los rebeldes dominios y es derrotado. Desde 1837 solicita la nueva república fundada por los Estados Unidos, su ingreso en la Unión sajona. De Washington se abruma a México con reclamaciones pecuniarias, y aunque el gobierno azteca se afana en satisfacer la ambición yanqui, está ya decretada la usurpación. El tratado de anexión de Texas a la república norteamericana se firma en 1844. La democracia vecina, herida en su integridad y en su unidad, no declara la guerra. Una escuadra norteamericana y un ejército se preparan a defender la conquista realizada. El 13 de mayo de 1846 estallan las hostilidades por la acción del presidente Polk; violenta campaña, en que es ocupada la capital mexicana. A la invasión sucede un tratado de paz (2 de febrero de 1848), que consagra la usurpación de territorios mexicanos: además de Texas, la alta California y el Nuevo México quedan agregados a la heredad sajona en esta primera crisis de imperialismo.

Medio siglo más tarde, vencedora de España en la guerra quijotesca por la independencia de Cuba, la misma república se anexa a Puerto Rico (1898). Apoderándose de los ferrocarriles mexicanos, su actividad financiera conquista una de esas "esferas de influencia" en que el capital subrepticio prepara los caminos a la futura intervención del gobierno. ¿Dónde se detendrá esta voraz ambición, que va unida al progreso demográfico, a la estabilidad de las instituciones, al avance fabril, al orgullo étnico, a la voluntad de supremacía en un continente inferior? Panamá es el término de tan grave expansión: allí también domina, desde 1903, sobre la vía triunfante que une dos oceanos, el genio realista de la imponente democracia. El panamericanismo es, hasta fines del último siglo, sinónimo engañoso de prepotencia, maridaje de naciones regido por la fuerza, sonora agrupación en que los pueblos del Trópico obedecen a las órdenes de Washington y trabajan en provecho de un lejano dictador. Se fundará, en los primeros años de la Nueva Era, una oficina de las Repúblicas americanas que inquieta a los escritores del Sur. Como el ministerio de las Colonias de Londres, centralizará el disperso movimiento de estados ingobernables, obtendrá garantías para el capital emigrante, revelará al activo financiero la riqueza de sus territorios, el poder del sub-

suelo y de la fauna, el derecho de hombres rubios en mestizas repúblicas,—biológica primacía acompañada de concesiones de tierras y de prerrogativas bancarias.

En sus futuras relaciones con los pueblos de origen español, hallará siempre la nación tutora la viva memoria del despojo. Afirmando su desinterés territorial, no logra amenguar sentimientos de altiva desconfianza. Los congresos que inspira y dirige están destinados a crear motivos de íntimo acercamiento. Comercio y fraternidad, utilidad y lirismo, en curiosa asociación, razones geográficas y consideraciones políticas revisten al panamericanismo titubeante de nuevos y oportunos aspectos.

Cuando parecía incapaz de asociación la América española, la república sajona la invita a nuevas reuniones. De guerras recientes, en que se ha agotado el heroico esfuerzo del Paraguay y han perdido el Perú y Bolivia provincias que Chile usurpa y conserva, quedan odios vigorosos. Dividiéndose, renunciando a su antiguo equilibrio, busca este mundo inquieto, aquí el despojo, allá la dispersión y la ruina. Un estadista que concilia el deseo de paz con el amor a la expansión moral de Estados Unidos, a su alto magisterio en las dos Américas, Mr. Blaine, ha fracasado en su tentativa para dar a la contienda del Pacífico una amistosa solución, que aleje del Sur la conquista y su impuro legado. Los políticos del Norte se oponen a la mutilación del Perú y de Bolivia, que sería "prueba de que Chile ha entrado por el camino de la agresión y de la conquista con la mira de engrandecimiento territorial". Pero el vencedor rechaza esta justa mediación; "en lo que se refiere a intervenciones, no acepta ni las de Europa ni las de América". Buscaba una paz que consagrase ampliamente su derecho: la voluntad de despojo se convertía, por el empleo engañoso de viejos términos, en razón jurídica.

Coinciden con estas negociaciones de una insegura diplomacia, los planes de unión continental. Visitas a la América española, estudio de su importancia comercial, informes de ministros y cónsules preparan la reunión de una poderosa asamblea de embajadores, en que estarían representadas las repúblicas de abolengo español. Desde mediados de 1888 convoca el secretario de Estado a una conferencia de plenipotenciarios que

debía reunirse en Washington el 2 de octubre del año siguiente ([4]) para traer a naciones divididas la áurea solución del arbitraje, el progreso económico, la paz definitva y nuevas voces de fraternidad. "Un convenio sobre un plan definitivo de arbitraje para todas las cuestiones, disputas y diferencias que existen o puedan suscitarse entre los diferentes estados americanos, a fin de que todas las dificultades y cuestiones entre tales estados puedan terminarse pacíficamente y evitarse guerras, y la recomendación a los gobiernos respectivos para que lo adopten." Sometimiento general, sin reservas, salvo las ofensas al honor nacional, de todas las disputas a la tutelar voluntad de un pacificador. A este brillante programa se agregaban, en el plan de los políticos norteamericanos, cuestiones concretas, como la adopción de un sistema uniforme de pesas y medidas, la protección a los privilegios de invención, a la propiedad literaria y a las marcas de fábrica, un sistema uniforme de moneda de plata, ferrocarriles de acercamiento, acuerdo respecto a las disposiciones que habían de observarse en la importación y exportación de mercaderías y, finalmente, como base de la necesaria base económica, el *zollverein*, "medidas encaminadas a la formación de una unión aduanera americana que fomente, en cuanto sea posible y provechoso, el comercio recíproco entre las naciones americanas".

Del pacto de los estados germanos surgió la Confederación, admirable creación bismarkiana. Destruyendo los obstáculos que se oponían al libre comercio interior, progresaron las finanzas de los reinos vinculados: la unidad política fué inmediato corolario del *zollverein*. Al formar los naciones americanas un cerrado sistema comercial, ¿no crecería el capital del continente y se pondría para la futura unidad bases invariables? El secretario de Estado, Mr. Blaine, definió la novedad de este conglomerado de pueblos libres frente a la Europa despótica y guerrera. "Aniquilemos en nuestro hemisferio, decía con latino fervor, el horrible monstruo de la guerra y de la discordia e inscribamos en nuestros cóligos estas sagradas palabras: Fraternidad,

(4) Cf. la exposición de los asuntos que había de estudiar la junta de ministros, en la *Historia de la diplomacia americana*, por Martín García Merou. T. II, p. 72 y siguientes.

Paz, Justicia.'' Para alejar cruentas luchas, ofrecía el panacea de los doctores en derecho de gentes, la solución arbitral, lógica, fácil, armoniosa. Así se evitaría el peligro de inhumanas contiendas: ''dejemos a la Europa y al mundo bárbaro, si lo desean, que prosigan contemplando tales escenas de salvajismo que escandalizan a la humanidad; pero no permitamos más que ellas se continúen en nuestra América''. Condenaba el eminente político los tratados secretos, la desigualdad entre pueblos afines, la ''tendencia hacia la conquista''. Lo sobrecogía ya, en la visión de su mente agorera, el cuadro de la inmensa América con mil millones de habitantes, de su ''futuro poder'' y ''su futura grandeza''; la majestad remota de esta cuarta parte del globo, infinitamente rica y productora en el silencio de otros continentes agotados.

Asistieron a la asamblea los representantes de las repúblicas centroamericanas, de Haití, de México y de las naciones del continente meridional, bajo la afectuosa hegemonía de la nación sajona. Cuestiones de primordial interés, como el arbitraje y la unión aduanera, provocaron largos comentarios. Se excluyó de las relaciones americanas, a iniciativa de la delegación argentina, ''el principio de conquista'', ''las cesiones de territorio'' bajo la presión de la fuerza, y se fijó el sentido y los límites del arbitraje obligatorio. ''Sería, en el porvenir, forzoso el recurso a este medio pacífico de poner término a arduas contiendas'' en todas las cuestiones sobre privilegios diplomáticos, límites, territorios, indemnizaciones, derecho de navegación y validez, inteligencia y cumplimiento de tratados'' (artículo 2º del tratado); en todas las demás cuestiones, ''cualesquiera que sean su causa, naturaleza u objeto'' (artículo 3º), salvo en aquellas que, ''a juicio exclusivo de alguna de las naciones interesadas en la contienda, comprometan su propia independencia'' (artículo 4º). En este caso, sólo tendría carácter obligatorio el arbitraje para una de ambas naciones en desavenencia. En los conflictos que comprometen el honor nacional, establecieron otros pactos limitaciones al acuerdo pacífico: restricción excesiva, porque cualquiera de las partes contratantes puede juzgar que un desacuerdo amenaza el prestigio colectivo, inquieto y refinado sentimiento. Los ministros de la conferencia americana sólo aceptan, como

excepción a la amistosa intervención del árbitro, querellas en que la independencia nacional puede ser violada.

Estas democracias generosas reconocen, en solemne conferencia, la excelencia de "los altos principios que, en apoyo de los estados débiles, en honor de los fuertes y en beneficio de todos, vienen autorizados por la tradición, sostenidos por la razón pública y aclamados por la humanidad entera". Creen "en los grandes beneficios morales y materiales que la paz ofrece a la humanidad". De su unión eficaz surgirá "la paz del continente". Naciones "regidas por los principios, deberes y responsabilidades del gobierno democrático y ligadas por comunes, vastos y crecientes intereses" ambicionan sustraerse a la paz armada europea, a los odios de un mundo fatigado por la discordia, a la guerra, "el medio más cruel, el más incierto, el más ineficaz y el más peligroso para decidir las diferencias internacionales". Pero al establecer procedimientos arbitrales se les despojaba "de carácter compulsorio", aun reducido a la acción moral de las naciones adherentes al pacto americano. Se desconocía así el poder difuso de la unión contra la transgresión de generales disposiciones pacíficas, la eficacia de un tribunal sin ejércitos que desterrara del concierto de las repúblicas al pueblo insumiso.

Un ferrocarril, destinado a unir los estados americanos, una poderosa asociación aduanera, eran, en el proyecto inicial de Estados Unidos, aspectos necesarios del definitivo acuerdo. El ferrocarril panamericano "contribuirá poderosamente, escribía la comisión encargada de estudiar su importancia, al desenvolvimiento de las relaciones morales e intereses materiales de dichas naciones", aprovechará en cuanto sea posible las líneas existentes, ligará "las ciudades principales que se encuentran a inmediaciones de su trayecto" y "será declarado neutral a perpetuidad". En la política de unión con la América meridional, no han olvidado los Estados Unidos este agente de civilización e infiltración, vasta red nerviosa por donde lleguen a los extremos del continente perezoso los impulsos de una tensa voluntad y de una actividad operosa. El alejamiento, el desconocimiento de las necesidades y de las capacidades de contiguas repúblicas es el gran mal de pueblos perdidos en un mundo desierto. A las

divergencias que la tierra estimula se oponen el riel asociador y el frecuente intercambio.

Preocupó a los estadistas del Sur la fundación del *zollverein*. En la América, cerrada a la acción europea, imperarían los neosajones y se asociarían definitivamente el hombre industrioso del Norte y el agrícola de las tierras meridionales. Antes de llegar a la absoluta reciprocidad, graduales etapas podían acercar sistemas financieros desemejantes, porque el Estado iberoamericano depende, en su vida y en su progreso, del comercio exterior, de la renta de sus aduanas; y la invasión fabril de la América sajona, en condiciones privilegiadas, disminuiría su riqueza. Además, explicaba la comisión que examinó las ventajas del acuerdo, "un tratado de reciprocidad mutuamente ventajoso entre dos naciones contiguas podía ser gravoso si se hacía extensivo a todas, dándole el carácter de continental, principalmente si se tiene en cuenta que las producciones de muchos de los estados americanos son similares". Se recomendaba al entusiasmo de repúblicas afines, en vez de la inmediata solidaridad financiera que estableciera un generoso convenio, la eficacia de "tratados de reciprocidad parcial entre naciones americanas", la equidad de mutuas concesiones, la reducción de ciertos derechos sobre productos naturales o manufacturados: en suma, graduales ensayos de cooperación económica, que prepararían la fuerte unión aduanera.

A este platónico voto opuso la elocuencia de consideraciones precisas el delegado argentino señor Sáenz Peña. De su vasto discurso se deriva una política contraria a todo exclusivo americanismo, a toda razón geográfica o étnica que excluyera de la Nueva América al europeo que la fecunda ([5]). El continente no pertenece, en nombre de antiguos derechos, a los americanos, ni menos aún, en virtud de recientes usurpaciones, a los norteamericanos: es de la Humanidad, dominio abierto al tumulto de todas las razas, a los contrarios vientos del Espíritu, a hostiles teogonías, espléndida tierra libre sin dominadores. "Será la América para la Humanidad" y que se perpetúe la libertad de los cambios con las grandes potencias productoras, "atestiguan-

(5) *Escritos y Discursos*. Tomo I. Buenos Aires, 1914, p. 81 y siguientes.

do, exclamaba el embajador poeta, el duelo noble del trabajo libre en que se ha dicho con razón que Dios mide el terreno, iguala las armas y reparte la luz''. La vinculación de las aduanas supone la interdependencia de las naciones asociadas, fáciles comunicaciones, intereses evidentes, y precisamente en el continente de alma uniforme se desarrollan en deplorable aislamiento las zonas geográficas. ''Nos conocemos poco, declaraba el doctor Sáenz Peña; las repúblicas del Norte han vivido incomunicadas con el Sur del continente, y las naciones de la América Central, absorbidas, como las nuestras, en la labor orgánica de sus instituciones, no han cultivado vínculos más íntimos y estrechos''. ¿Cómo juntar a pueblos entre los cuales ''el cambio es la excepción, la incomunicación la regla'', en virtud de amistosos principios que el comercio desdeña? Inútilmente declararán pactos sentimentales, que el afecto de pueblos vecinos se convierte en inmediato *zollverein:* corrientes que no dominan la humana voluntad de acercamiento, dirigirán los cambios de la América agrícola a la Europa fabril, en doble movimiento de acción y reacción, estableciendo definitiva correspondencia de actividades complementarias.

Entre Estados Unidos y los pueblos del Sur español, el comercio de 1890 no podía fundar la ambiciosa unión proyectada. El ministro platense fijó en dura síntesis las relaciones entre la potencia manufacturera y las democracias sin industrias propias: ''las naciones de la América Latina representadas en la conferencia consumen por valor de $560.000.000, pero los Estados Unidos no alimentan esas importaciones sino en $52.000.000 —no alcanza a un 10 por 100 de lo que compramos a la Europa—: la relación que guardan estas cifras con el comercio de los Estados Unidos revela la indigencia de los cambios con mayor claridad; sobre sus exportaciones, que alcanzan a $740.000.000, la América Latina les compra sólo $52.000.000, es decir, un 7 por 100 de lo que exportan''. Hallamos, contra la tentativa de fusión, la mediocridad de los cambios actuales y la dificultad de nuevas transacciones; en el Sur, mercados análogos que nada pueden trocar, pueblos sin fábricas que reciben de Europa oro para el fisco insolvente, hombres para la tierra vacía y productos manufacturados que consume una civilización inmatura. El

Congreso siguió las inspiraciones argentinas y proclamó la excelencia de simples pactos de reciprocidad.

Si no creó la primera conferencia la unidad americana, en el fervor de una rápida asamblea, sirvió, no obstante, de antecedente a posteriores congresos; fijó las líneas generales de un útil panamericanismo, alejado tanto de la estéril discordia como de la utópica hermandad; reveló en la nación directora nobles intenciones políticas; en las menores repúblicas que la secundaron, el vigor de un lúcido patriotismo. Lentamente descendió de la indecisa región de las ideas puras esta preocupación de solidaridad americana, para convertirse en activa razón de periódicas reuniones. En México, en Río de Janeiro y en Buenos Aires, se congregó nuevamente la América, con simpática tenacidad, a estudiar las mismas cuestiones que agitaron al Congreso de Washington. Faltó a las antiguas reuniones de la América puramente española esta feliz continuidad: libres de inútil retórica, los Estados Unidos conducen las discusiones de graves asambleas en estrechas direcciones de utilidad.

En octubre de 1901, veinte años después de la iniciativa de Mr. Blaine, llegaron a México los ministros americanos. Allí se discutió otra vez el arbitraje, y la pasión de repúblicas divididas exasperó los debates. Al negarse a aceptar esta teoría, defendió Chile el *statu quo* creado por la conquista, un derecho de gentes fundado en la violencia. Otros pueblos querían el arbitraje general y obligatorio; él prefirió el arbitraje facultativo. Conservando, a pesar de artículos precisos del pacto de Ancón, dos provincias peruanas, Tacna y Arica, en su poder, desechaba para el problema pendiente la mediación de otras potencias. Ganó la generosa doctrina atacada por Chile a muchos estados, y el 27 de enero de 1902 firmaron los representantes de la Argentina, Bolivia, México, Guatemala, San Salvador, el Perú, el Paraguay y el Uruguay un tratado en que aceptaban la necesaria intervención del árbitro en sus futuras querellas, salvo en los conflictos que comprometieran, según el parecer de uno de los pueblos discordantes, el honor o la independencia.

Se volvió en México a estudiar antiguas cuestiones de importancia continental, como el ferrocarril panamericano y el congreso aduanero; se recomendó medidas destinadas a facilitar el

intercambio comercial y a revelar, por medio de minuciosas estadísticas, las riquezas de cada estado. Continuaba el esfuerzo unificador de 1890: aproximación económica, protección dentro de la liga de naciones a las creaciones de la industria y del pensamiento, patentes de fábrica y obras artísticas. En la conferencia de Río de Janeiro (1906), en la de Buenos Aires (1910), se mantuvo, en sus aspectos generales, el mismo empeño de unión, a despecho de acusaciones contra el monroísmo y su espíritu conquistador. Sin renunciar a su primera ambición, lentamente, en medio de la discreta oposición o de peligrosa negligencia, realizan los Estados Unidos la magna obra de formar en pueblos diversos la conciencia de un interés común ([6]).

Dos obras, la codificación del derecho internacional y la oficina de las repúblicas, adquieren, en sucesivos debates, precisas formas. En México se acordó dar al derecho internacional público y privado unidad americana. Una comisión de jurisconsultos de Europa y del Nuevo Mundo fijaría sus artículos. En Río de Janeiro se resolvió que representantes de las repúblicas, reunidos en la capital brasileña dentro de cuatro años, obtenido el concurso de todos los Estados, procederían al estudio de las relaciones jurídicas del mundo americano. Original tentativa, que revelará la autonomía de estas naciones y la riqueza de sus problemas peculiares. Inspirándose en antecedentes europeos, adaptándolos a la tradición americana, a sus esenciales doctrinas de arbitraje y de paz, presentarán a la vieja civilización occidental, incapaz de durable armonía, un *corpus juris* imponente, expresión de la unidad moral de veinte repúblicas Ya en 1889, el Congreso de Montevideo había reconocido, en interesantes convenciones, la existencia de un derecho internacional privado para las naciones de Ultramar. En el nuevo código, que no tendrá el rigor de un sistema ni la inflexibilidad de definiciones absolutas, figurarán los grandes principios robustecidos por una

---

(6) Juzgando su intervención, escribe un jurista chileno, el Sr. Alvarez: "Nunca pareció que quisieran imponer su voluntad, ni tomaban la iniciativa de los proyectos, ni parte activa en las discusiones; dejaban el campo a otros estados. Su actitud fué siempre discreta y conciliadora. A pesar de eso, era considerable su influencia moral, y no podía ser de otra manera; nada importante se hacía contra su voluntad, o cuando sabían de antemano las repúblicas que se oponían los Estados Unidos." *Le Droit International Américain.* París, 1910, p. 221 y 222.

práctica centenaria, inspirados en su política de humanidad que ha dominado siempre en los movimientos colectivos de la América española. La Oficina washingtoniana de las naciones ibéricas, transformada en Unión Panamericana o Agrupación internacional de las Repúblicas, para no irritar el nacionalismo de pueblos menores, es centro de erudita información comercial, fortifica flojos lazos, provoca la reunión de conferencias, armoniza intereses, dirige hacia El Dorado de la antigua aventura a modernos capitanes de la industria. La preside el secretario de Estado norteamericano y a ella pertenecen los ministros que envían a la capital federal los pueblos iberoamericanos.

Mr. Root, en quien saludara el presidente imperialista mister Roosevelt al más grande director de las relaciones internacionales que hayan tenido los Estados Unidos, asistió a la conferencia de Río de Janeiro para exaltar la importancia de estas periódicas citas de la raza americana. Su presencia fué tan comentada como lo sería la de un canciller británico en los libres dominios del Canadá o de Australia. Intervino Mr. Root en las discusiones de una brillante doctrina sudamericana, que desconocía a las potencias acreedoras de Europa el derecho de cobranza agresiva ([7]), a la ocupación de repúblicas arruinadas. Recorriendo América en brillante odisea, definió en las capitales problemas políticos y dió graciosas lecciones de derecho público. Las universidades aclamaban a este profesor, que llegaba en nave guerrera a predicar el dulce evangelio de la fraternidad. Perentoriamente enseñó el doctor de las gentes americanas que la gran república sólo aspiraba al "dominio de sí misma" y desdeñaba los territorios que la discordia meridional ofrecía a su codicia. En Kansas City, de regreso de su triunfal excursión, elogió el progreso de democracias que habían abandonado el militarismo y la política personal para fundar un orden definitivo y crear un oportuno régimen industrial. Expuso en su discurso (20 de noviembre de 1906) el plan de acercamiento de las dos Américas: fundación de bancos que extendieran los negocios de Wall Street, subvenciones a compañías de navegación, estudio de las

(7) La doctrina Drago, que exponemos más adelante. Por acuerdo del Congreso Panamericano de Río de Janeiro, fué sometida a la segunda Conferencia de la Paz reunida en La Haya en 1907.

necesidades comerciales de los pueblos neoespañoles, enseñanza en las escuelas yanquis del español y del portugués, afectuosa atención al desarrollo de naciones semejantes en ideal y cultura.

Primera manifestación de vínculos económicos y resultado práctico de elocuentes debates fué la reforma del arancel aduanero en el Brasil. Obtuvieron los Estados Unidos, excelentes consumidores del café de aquella nación, la reducción del 20 por 100 de los derechos de importación que pagaban determinados productos industriales, como máquinas de escribir, artículos en cauchú, etc.

Se volvía así, en 1906, si no a un pleno *zollverein*, según el plan de 1890, siquiera a la estrecha dependencia entre exportadores y clientes, progresivo intercambio que desterraba a Europa de los mercados americanos. Mientras disertaban brillantes oradores del Trópico, los pacientes estadistas neosajones meditaban en franquicias para la importación, oportunos préstamos bancarios y campos de penetración económica.

IV

El panamericanismo se afirma en veinticinco años, desde el primer congreso de 1890, y muere pronto el recuerdo de antiguas asambleas, en que confesaran periódicamente su exacerbada indisciplina naciones de tradición semejante. Crece en ambición, gana prosélitos, se cristaliza en doctrinas de indudable grandeza. Persiste siempre entre las declaraciones de los políticos y la acción cotidiana un penoso divorcio; la intervención de los Estados Unidos preocupa, como disfraz de conquista, como regresión a un período no remoto de expansión territorial. Y aunque se afanan en demostrar los secretarios del estado sajón que la república maternal sólo ambiciona el progreso de democracias menores, en la rudeza de su ministerio descubren las naciones protegidas intenciones de tutela o de despojo.

Dos tendencias se manifiestan en relación con este civilizador apostolado. El pueblo inglés educa restringiendo libertades y aplica su método predilecto a la India rebelde, al Egipto que despilfarraba riquezas e ignoraba los beneficios del orden. Prepara lentamente para la futura libertad a naciones incapaces

de *self-government*, concediéndoles parciales franquicias, dominándolas sin excesiva rudeza, disolviendo el instinto revolucionario en largos años de paz impuesta. Es la más audaz experiencia psicológica de los tiempos modernos; el cerebro en formación sufre, como el de los antiguos aimaraes, la ineludible presión de un método constante. Si la anarquía es una enfermedad del organismo político, médicos eminentes, apoyados en cañones, practican, en inmensos asilos, una cura social. Y así llega el pueblo sujeto a minuciosa vigilancia, a gobernarse libre y sabiamente en un distante porvenir. Los españoles latinizados desconocen el mérito de esta autoritaria presión. Prefieren la revolución permanente al orden externo; el sangriento aprendizaje de la autonomía en batallas civiles, en la grandeza y decadencia de las tiranías, a una engañosa arquitectura política sin bases profundas. Sólo ensayando hasta la miseria, hasta el crimen, las fuerzas propias, se llega, según estos individualistas apasionados, a la paz digna y a la organización durable.

Cuando se recuerda el progreso higiénico y escolar de Cuba, atribuído a la intervención de Estados Unidos, denuncian los defensores de la extrema libertad los vicios políticos que dejara el gobierno extranjero, la venalidad de las elecciones, el plebeyo materialismo, la corrupción administrativa, el mercantil abandono de la independencia en cambio de áureos provechos. Se estudia males análogos en Santo Domingo, donde los norteamericanos administran las finanzas, presiden las elecciones y destierran a presidentes insumisos. En todas partes el parasitismo de los funcionarios yanquis consume, como el de los doctores castizos y de los caudillos militares, el presupuesto nacional. Haití, república neoafricana, ha recibido en este año la temida visita del imperialismo; y allí también el erizado poder que llega, trae, en cambio de indiscutibles beneficios, un intolerable despotismo.

Potencia interventora, que corrompe con previsión, según estos hostiles testimonios; divide para imperar, estimula revoluciones en Nicaragua o en México, persigue a los representantes mestizos de un viril nacionalismo, agita democracias naturalmente volubles para imponerles la necesaria paz, "paz americana", análoga al orden moral de los conquistadores, a la tiranía

benévola de Roma, a la ruda disciplina de la Santa Alianza. Roosevelt ha confesado que provocó una revolución en Panamá para desmembrar a Colombia y adueñarse de la importante zona del Canal; el Senado washingtoniano, desgarrando el manto de la dignidad patricia, condenó la aventura y ofreció a la república despojada reparaciones. Cesa la sana barbarie de altivas repúblicas, y, en cambio, el régimen plutocrático pacifica enervando fuerzas generosas y extraviadas. Desaparecen la marcial grandeza y la noble miseria y gobierna el dios pesado de los más vulgares intereses.

Pero la civilización es siempre, según la uniforme lección de los sociólogos, orden interno, desarrollo industrial, disminución repentina del militarismo, difusa riqueza que aleja de la vida cuotidiana la faz heroica. El tránsito de una edad guerrera a un período de activo industrialismo, lo precipitan los norteamericanos invadiendo con abundantes capitales tierras de oculto poder y conservando la paz en medio de las trágicas ambiciones de los caudillos. Entregadas a sí mismas, al violento juego de las revoluciones, avanzan las democracias inconscientes a la final disolución. Presidentes "regeneradores" o "restauradores" contribuyen, con nuevos estatutos, a la decadencia irresistible. Del viejo sistema colonial subsisten escasos fragmentos; todo vuelve, en la tierra y en los hombres, a un caos frenético. Los Estados Unidos ofrecen prosperidad material, aquietan y organizan. Entre dos amenazas, provisoria tutela o ruina definitiva, está, para la América tropical, la vía de salud. O cesa la anarquía por espontáneo esfuerzo, o llega el rubio conquistador. Al fundar estables situaciones y crear intereses, reconozcamos que la nación sajona robustece a las mismas naciones que invade y pone las bases de su futura independencia. No ocupa, por otra parte, repúblicas ordenadas, como El Salvador o Costa Rica, respeta en Cuba los ensayos de una insegura libertad y sólo abruma con su imperialismo a pueblos decadentes.

Las jóvenes democracias aspiran a resolver libremente sus problemas peculiares. Prefieren la muerte a una perdurable minoría. La obra de saneamiento de rasurados procónsules, la medicina de intrusos doctores, no convencen a gobiernos seguros de su propia virtud reformadora. Aun los partidos de oposición,

que combaten al caudillo imperante, temen a los maridajes con un extraño poder, que serán, para las depuraciones en que sueñan, fuentes de nueva impureza.

Subsiste, no obstante, la dirección panamericanista en los consejos de Washington, presión continua de un gobierno previsor. A despecho de todas las protestas, se afana en cuidar a naciones desordenadas. Falta a su acción la reciprocidad: como en los contratos sinalagmáticos de la vida civil, la definición de mutuos deberes y derechos, la correspondencia de utilidades y privilegios que despoje al credo unitario de su antigua rudeza. Sólo el progreso de las naciones americanas, o la repentina eminencia de alguna república, puede cambiar la condenada tutela en libre amistad de iguales democracias. Si se perpetúan la indisciplina y la bohemia revolucionaria, imperará, en un continente anónimo, el único poder organizado.

A fines del siglo XIX prosperan felizmente, en la región austral de América, bajo la influencia de extranjeras inmigraciones, naciones fuertes: la Argentina, rica, poderosa, en segura paz; el Brasil, antiguo imperio de firmes tradiciones, vencen la discordia y aspiran a juntarse a la nación iniciadora en empresas de dignidad y utilidad. Para que las relaciones entre las dos Américas no implicaran sumisión de unos pueblos y hegemonía de otros, debía sufrir decremento la potencia mayor o crecer las naciones inferiores en influencia y poder. De estos cambios sólo el segundo se realiza. Orgullosa de su fortuna reciente, la América, que triunfa de males hereditarios, reclama de milenarias naciones consideración adecuada a su reciente excelencia. Aspira a figurar en el drama de los estados modernos, región tributaria que se elevará a la realeza cuando fracasen los imperios adustos en un ineludible *ricorso*. Los Estados Unidos reconocen pronto que, en la confusión de naciones meridionales, tres concertadas democracias van a disputarle esa solitaria hegemonía que pesó rudamente sobre los destinos de naciones infantes.

El primer acto de esta intervención fué la nota de un estadista argentino, el doctor Drago, que agregaba corolarios inevitables al postulado político de Monroe. Nueva doctrina sólida y enérgica, en que un mundo sumiso a centenaria tutela reafirma su invulnerable autonomía. En diciembre de 1902, una recla-

mación diplomática degenera en intervención. México, en bancarrota, sufrió hace cuarenta años la invasión extranjera y, en su ruda meseta, la trágica suntuosidad de una intrusa reyecía. Los ministros de Inglaterra y de Alemania exigían ahora de Venezuela el pago inmediato de acreencias discutidas, empleaban la coerción y presentaban un *ultimatum* al gobierno rebelde. Al rechazo del país deudor contestan los representantes de aquellas potencias con la agresión de sus escuadras, la destrucción de unidades navales, el bombardeo de Puerto Cabello y el bloqueo de los demás puertos de la costa amenazada, sin previa declaración de guerra. Los Estados Unidos se oponen a este ataque disfrazado de pacífica misión. Se rompen entonces las hostilidades entre la débil república y los imperios formidables. Italia se une a ellos. Después de una estéril demostración naval, se retiran los barcos solemnemente a las remotas costas de Europa y quedan sometidas al Tribunal de La Haya las cuestiones no resueltas. La expedición, valiéndose de recursos de fuerza, se proponía cobrar las sumas reclamadas por los extranjeros perjudicados en las guerras internas de Venezuela y los atrasados intereses de préstamos al fisco. La banca se tornaba marcial y cañones inminentes apoyaban el fantástico desfile de cifras ni reconocidas ni juzgadas por tribunales.

El doctor Luis María Drago, canciller argentino, protestó, en su célebre nota de 29 de diciembre de 1902, contra esa injusta violencia, y, elevándose del caso presente a consideraciones de interés americano, definió los derechos y los deberes de los gobiernos de América en relación con la Europa prestamista. "Algunas consideraciones relativas" a ese cobro compulsivo exponía el ministro; evidentes demostraciones fundadas en el universal derecho de gentes contra el método instaurado por gobiernos desdeñosos y arbitrarios. "El capitalista que suministra su dinero a un Estado extranjero tiene siempre en cuenta cuáles son los recursos del país en que va a actuar y la mayor o menor probabilidad de que los compromisos contraídos se cumplan sin tropiezo"; "el acreedor sabe que contrata con una entidad soberana, y es condición inherente de toda soberanía que no puedan iniciarse ni cumplirse procedimientos ejecutivos contra ella, ya que ese modo de cobro comprometería su existencia

misma, haciendo desaparecer la independencia y la acción del respectivo gobierno"; "el reconocimiento de la deuda, la liquidación de su importe, pueden y deber ser hechos por la nación, sin menoscabo de sus derechos primordiales como entidad soberana; pero el cobro compulsivo e inmediato, en un momento dado, por medio de la fuerza, no traería otra cosa que la ruina de las naciones más débiles y la absorción de su gobierno, con todas las facultades que le son inherentes, por los fuertes de la tierra".

El brillante apostolado argentino confirmaba un aspecto esencial de toda política americana: en la fatal debilidad de naciones que crecen dolorosamente, en la pobreza de repúblicas sin capital nacional, la autonomía financiera, sin la cual la independencia proclamada en las constituciones es un nombre vano, *flatus vocis.* De Monroe a Drago observamos un evidente desarrollo lógico; del reconocimiento de la autonomía del Nuevo Mundo y del rechazo de la colonización europea se avanza, sin solución de continuidad, a la protesta contra la coerción en nombre del comercio y de la banca, perenne disfraz de conquistas insidiosas. 1823 y 1902 son fechas complementarias en la extensión de un principio tutelar. Explicaba el doctor Drago que "el camino más sencillo para la apropiación y la fácil suplantación de las autoridades locales por los gobiernos europeos es precisamente el de las intervenciones financieras". Se sustituía al viejo optimismo de los estadistas del Plata la desconfianza previsora; a un excesivo cosmopolitismo, la visión de limitados horizontes: "son muchos ya los escritores europeos que designan los territorios de Sud-América, con sus grandes riquezas, con su cielo feliz y su suelo propicio para todas las producciones, como el teatro obligado donde las grandes potencias, que tienen ya preparados los instrumentos y las armas de la conquista, han de disputarse el predominio en el curso de este siglo".

Una fe robusta en los destinos del continente agredido surge de esa nota severa: el reconocimiento de la solidaridad; "apoyándose las unas en las otras", inspirándose estas inseguras democracias en el "sentimiento de confraternidad continental", llegarán a "su desenvolvimiento pleno", porque en ellas descubrimos fe, virtud y energía suficientes. No es ya la minoría

estado de pueblos que tan firmemente defienden su derecho violado. Aspiran al gobierno de sí mismos, respetado el país débil por la nación en progreso, juntos en una tarea análoga en la provechosa conjunción de dos sentimientos, nacionalismo y americanismo, cuya divergencia sería, para el hemisferio armonioso, la obra de un hado siniestro.

La república norteamericana ni aprueba ni rechaza la teoría argentina: no ataca la represión tan enérgicamente como el canciller platense, y recuerda a los hispanoamericanos el deber cardinal de mantener "el orden dentro de sus fronteras" y de cumplir "sus justas obligaciones con los extranjeros". Pero, ¿quién define la justicia o la injusticia de un crédito? ¿el tribunal nacional, o el gobierno extranjero? ¿la razón del fuerte, o la fuerza de la razón? Con solicitud protectora ha declarado el presidente de los Estados Unidos, en su mensaje de 1903, que, si respetan las convenciones formadas con el exótico acreedor, "pueden descansar seguros" estos menores estados bajo el estrellado estandarte de cien millones de rubios y rudos hermanos. Sin renunciar a este ideal baluarte, empiezan las democracias neoibéricas a exigir para su libre esfuerzo atención y respeto. Comprendan la magnífica originalidad de su tentativa constitucional, "el ensayo más considerable que la humanidad haya realizado del sistema republicano de gobierno", decía el doctor Drago tres años más tarde en un banquete que congregaba a estadistas representativos de la América, diversa en raza y uniforme en designios.

Pero no satisface este triunfo parcial a los políticos del Sur: ingresan triunfalmente en más vasta asamblea de naciones. Segundo acto de intervención en los graves consejos de potencias displicentes. A la primera Conferencia de la Paz, reunida en La Haya en 1899, no fueron invitadas las repúblicas sometidas a irrevocable ostracismo por los doctores de una civilización infalible. Sólo México, bajo el régimen de la dictadura porfiriana, y el Brasil, antiguo Imperio, debían enviar representantes al estéril Congreso del acuerdo universal. No figuró en sus discusiones sino el ministro mexicano. En la segunda Conferencia de 1907, después de la rotunda declaración de Drago, se extendió la convocación, sin humillantes reservas, a todas las democracias de Ultramar. Concluía el desdén protocolar a confusos

estados sin ejecutarias de nobleza caucásica, a razas mestizas y, locuaces, tumultuosas y generosas. Un mundo, el mismo que llamaba Canning a la libertad en el desconcierto del antiguo, figuraba en perfecta relación de igualdad al lado de imperios divinizados por los siglos.

Correspondieron a su excelente tradición los ministros de un contienente liberal proponiendo o apoyando soluciones de paz, denunciando las intrigas de la fuerza organizada, depurando y alejando la guerra, luchando contra la renovación de empresas armadas y conquistadoras.

"La cultura jurídica del Nuevo Mundo ibérico, ha escrito un eminente historiador y diplomático, el señor de Oliveira Lima, constituyó una revelación para muchos de los jurisconsultos y estadistas europeos, que no creyeron hallar tanta erudición espontánea, que no revelaba esfuerzo alguno, en gentes a quienes mentalmente habían asociado negligencia intelectual y delirio revolucionario." En la discusión de la teoría de Drago emplearon su mejor esfuerzo doctrinario, triunfando definitivamente de la indiferencia europea. La proposición norteamericana expresó el común deseo del Nuevo Mundo, la enhiesta actitud de pueblos deudores: "con el fin de evitar entre las naciones, sugería el delegado general Porter en la primera forma que dió a su intervención, los conflictos armados de origen puramente pecuniario, provenientes de deudas contractuales reclamadas al gobierno de un país por el gobierno de otro país en defensa de sus súbditos o ciudadanos; y a fin de garantizar que todas las deudas contractuales de esa naturaleza, que no hayan sido arregladas amigablemente por la vía diplomática, sean sometidas al arbitraje, se conviene en que ningún recurso a medidas coercitivas, que implique el empleo de fuerzas militares o navales para el cobro de tales deudas contractuales, podrá tener lugar hasta que no se haya hecho una oferta de arbitraje por el reclamante que haya sido rechazada o dejada sin respuesta por el estado deudor, o hasta que el arbitraje haya tenido lugar y el estado deudor haya dejado de conformarse a la sentencia pronunciada". El arbitraje debía conformarse a las reglas establecidas en La Haya para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales. En nombre de un vínculo respetable, el panamericanismo,

los Estados Unidos defienden, en primer término, la independencia de estados sin reservas fiscales, en difícil y lento crecimiento, que necesitan el auxilio financiero de Europa; y en segundo lugar, la excelencia del principio arbitral, credo americano, solución de justicia que evita guerras de interés en que el Poder acreedor es gendarme de ávidos banqueros. Reconocía, sin embargo, la posibilidad de la guerra como *última ratio* contra deudores que desconocieran el fallo de un eminente tribunal.

Este ''gran paso atrás'' suscitó la protesta del doctor Drago, defensor de una tesis pacífica sin probables recursos de fuerza. Un congreso que aleja la guerra iba a reconocer, aceptando la sugestión final del delegado yanqui, que la lucha armada es ''resorte ordinario de derecho'', nueva forma necesaria y legítima del choque entre naciones. Y este ''empleo de la fuerza implicará siempre, en la mente de los estadistas argentinos e hispanoamericanos, la desproporción entre la represión y la ofensa, con los mismos peligros para las soberanías locales, con los mismos inconvenientes y perjuicios para las naciones neutras y con la misma protección excesiva respecto de los tenedores de títulos cosmopolitas y cambiantes''. A la exégesis del delegado platense, aplicada a su doctrina propicia, se adhirieron los ministros de las principales repúblicas iberoamericanas, comentando o deplorando hechos de antigua violencia, acusando, poniendo sordina en sus voces dolientes cuando se dirigían a las viejas naciones enriquecidas con el oro de ultramar. No corresponde a potencias de caballeresco abolengo la función de los ''oficiales amanuenses que se llaman alguaciles'', exclamaba el delegado de Nicaragua. Chile reclama el arbitraje para ''todas las reclamaciones de orden pecuniario, cualesquiera que sean su nombre y su importancia, provenientes de una infracción, real o supuesta, de parte de un gobierno, a las obligaciones contraídas con súbditos extranjeros por ese mismo gobierno''. El señor Pérez Triana, que representaba a Colombia en estas discusiones *pro domo americana,* recordó, con leve ironía, que ''el principio del cobro forzoso sólo puede aplicarse cuando el deudor es débil y el acreedor es fuerte'', y que sería irrisoria, invirtiendo los términos de esta relación, la presión ejercida por ''un acreedor militarmente débil'' contra un fuerte poder militar. ''Los pueblos jóvenes no

perecen: tarde o temprano pagan lo que deben''; las ''naciones son inmortales: lo que una generación no pagará, lo pagará la siguiente'', declaraban con acento de angustiada sinceridad estos ministros patriotas para detener el gesto de Shylock en el implacable brazo de estados millonarios. Recordaban los intereses usurarios que enviaba el Nuevo Mundo, en magníficas anualidades, a sus prestamistas. Pedís un régimen de excepción, un privilegio a la debilidad, replicaban los representantes de poderes dóciles a una ley de dureza. Si la solución arbitral no es aplicable a querellas de vital interés entre los estados, a cuestiones que afectan el honor colectivo, en todos los conflictos internacionales, ¿por qué se acogerán a ella, en nombre de inexplicables bancarrotas, pueblos menores incapaces de *self-government?* En lengua sinuosa y correcta escondieron su fe en radicales intervenciones los diplomáticos seguros de la fuerza occidental. ''¿Sería conforme al espíritu de la Convención de 1899, preguntaba el delegado rumano, insertar una estipulación *sui generis* estableciendo una distinción marcada entre dos hemisferios?'' Al defender un principio uniforme, olvidando el desequilibrio económico y moral entre el iniciado y el iniciador, aconsejaba magistralmente a débiles repúblicas, en las ''grandes pruebas excepcionales'' de su historia financiera, abnegación, energía, celoso cumplimiento de pactos solemnes, austera moral pública en medio de los desfallecimientos de la anarquía y de la periódica rapacidad de las dictaduras.

La anarquía mexicana desarrolla nuevos aspectos del panamericanismo doctrinario. Tercera etapa en la evolución de un principio que, de eminentes tribunas, desciende a la ardua realidad. El fin de un útil y sombrío despotismo ha puesto en libertad oscuras fuerzas de disolución. Una latente barbarie destruye las bases del orden antiguo: rapaces bandas se agregan a partidos de exasperado radicalismo en un pueblo guerrero. ¿Quién será el demiurgo benéfico en el caos? Se acusa a los Estados Unidos de mantener la discordia para proclamar la necesidad de la intervención. El gobierno del dictador Huerta unifica violentamente, es soberano *de facto;* pero el presidente de una puritana democracia, Mr. Wilson, desconoce su título político, y antes de sentarlo en el banquete de pueblos fraternales, le exige

que lave sus manos ensangrentadas. Intereses de turbio industrialismo parecen influir en las severidades de la política: la *Standard Oil* lucha por la posesión de pozos de petróleo, un fragmento de la inmensa riqueza mexicana.

Sin llegar a declaradas hostilidades, se inclina el presidente norteamericano a los revolucionarios, que piden, en una república gobernada por poderes oligárquicos, la inmediata división de la tierra. Ocupan sus tropas Veracruz y lo abandonan sin ser derrotados; episodios diversos de una vacilante intervención, acciones y reacciones de un presidente ideólogo, que aplica la elegante incertidumbre de Renán al conflicto inmediato de tensas energías. En agosto de 1913 envía a su agente confidencial, Mr. John Lind, instrucciones de benévolo tutor: quiere manifestar "el más escrupuloso respeto a la soberanía e independencia de México" y pide al general Huerta graves concesiones: en un pequeño mundo de indomadas pasiones, de larga guerra a muerte, un "armisticio definitivo, solemnemente concertado y observado escrupulosamente", "seguridades de una pronta y libre elección", renuncia del dictador a ser candidato en la próxima batalla política y su leal cooperación al nuevo régimen; el desinterés de los caudillos, el orden repentino en una fundamental revolución, la síntesis de las fuerzas castizas sugerida o impuesta por un gobierno extranjero. El canciller de México, señor Gamboa, acusa al poder mediador: "con sólo que vigilara, escribe en su nota del 16 de agosto, la no prestación de ayudas materiales y morales a los rebeldes que se refugian, conspiran, se arman y alimentan del otro lado de la frontera; con que se dignara exigir la más rigorosa observancia por sus autoridades inferiores y locales de las leyes de neutralidad, yo le aseguro al señor agente confidencial que la completa pacificación de la república sería obra de relativo poco momento". Rechaza perentoriamente, en nombre de la soberanía nacional que se pretende vulnerar, "consejos y advertencias" que "comprometerían para un porvenir indefinido nuestros destinos de entidad soberana": el veto de los presidentes de los Estados Unidos a futuras elecciones, la sumisión de un pueblo viril, que ningún gobierno aceptará "a menos de no registrarse un cataclismo monstruoso y casi imposible en la conciencia mexicana".

Hábilmente transforman los ministros del general dictador la querella de facciones en guerra internacional: la violencia sajona unifica a los partidos discordes, la invasión destruirá la revolución. Pero "los buenos oficios" de la república norteamericana difieren de la amenaza marcial: imperiosamente aconsejan la paz, intervienen al margen de un severo protocolo con la bíblica rudeza de predicadores desencantados. Se aleja la intervención, y el ministro de Relaciones Exteriores argentino, doctor Murature, reconoce "el carácter depresivo, que necesariamente asumirá", en México disociado, "cualquier ingerencia extraña, mientras no fuera solicitada, con plena madurez de pensamiento, por las mismas agrupaciones comprometidas en el litigio". Condena la recia tutela que pesaba ya sobre la democracia anarquizada, y al afirmar "la íntima solidaridad moral con que se siente ligado a la suerte de México" el pueblo argentino, y recordar tradiciones y esperanzas comunes, oponía, como el doctor Drago en los días trágicos de otra intervención, la comunidad de repúblicas neoespañolas al poder exclusivo de la América sajona. Volvía así a este mundo de entidades desigualmente poderosas el equilibrio moral y se alejaba de su futuro brumoso, la conquista. Conciliación oportuna del americanismo y del respeto a nacionalidades independientes, realizado por el gobierno de un poder fuerte, el argentino; prescindencia en los asuntos internos de repúblicas afines, ya que "las tentativas de pacificación inspiradas en móviles de orden sentimental serían estériles, cuando no contraproducentes, y podían estimular tendencias que, siendo altamente generosas en su inspiración originaria, derivasen, por imposición fatal de las circunstancias, hacia un peligro para la dignidad o para la soberanía de los pueblos sometidos a ella".

No ha olvidado la venturosa democracia los años dolientes de su constitución, y por eso es más eficaz su piedad política; de la eminencia de la paz conquistada sigue, sin desdén, el agitado avance de pueblos menos prósperos. "Perdura en todos los recuerdos, escribe el doctor Murature, la visión nítida de las incertidumbres angustiosas y de los sanguinarios extravíos que acompañaron al proceso de la organización política nacional. Está ya bastante lejos para que podamos contemplarla sin pa-

sión y demasiado cerca todavía para que nos sea posible evocarla sin dolor''. ¡Refinada sensibilidad de pueblos, que han sufrido el mal de la gestación y que no serán impasibles, como los severos estados sajones, al largo desconcierto de inestables repúblicas! En vez de un solo poder presentarán sus generosos oficios cuatro naciones: la Argentina, el Brasil, Chile, el A B C de las combinaciones políticas meridionales, unidas en esta cura de pueblos a la república del Norte. En Washington se acepta la mediación del Sur, el resuelto avance de democracias que desconocen la antigua jerarquía de naciones en un continente rico en vida ascendente y orgulloso de sus tradiciones exclusivas.

Notable intervención, por la cual se establece definitiva relación de familia entre los estados neoespañoles. México amenazado y el vecino imponente aceptan el arbitraje de tres gobiernos que enhestan la conciencia americana, todavía confusa, y proponen, para los problemas que afectan a la vida nacional, el beneficio de soluciones colectivas. Las bases señaladas por el presidente Mr. Wilson para fundar el orden mexicano, son examinadas y corregidas por los representantes del A B C. A ellos se agregan ministros, escogidos al azar, de Guatemala, de Bolivia, del Uruguay, a fin de que la benévola pacificación exprese la voluntad unánime del continente. Y en lugar de la tabla rasa sugerida por el romanticismo político, como si fuera posible desconocer pasiones y crear un estado abstracto y viable en el tumulto de exasperados intereses, se construye un régimen adecuado a la inquietud mexicana. Es reconocido por los gobiernos de América el primero de los caudillos militantes, el general Carranza, semidictador que ha explicado la discordia nacional por razones de injusticia económica y que va a establecer quizá, abandonando como gobernante los excesos de su radicalismo, una república libre de feudalismo territorial y de impura demagogia.

Estos ejemplos de activa solidaridad crean en América, sin previos tratados, un solemne poder moral, como el que levantara Bolívar sobre la anarquía de estados incipientes. Ministerio de paz desinteresado y oportuno, para el cual se juntan, en la crisis de alguna república, los estados prósperos, en nombre del interés continental. Aspiran a conservar las fuerzas del Nuevo Mundo, a acrecerlas, a detener la obra revolucionaria, a

evitar conflictos interiores y exteriores, en que despilfarran la energía adquirida naciones que improvisan su vida política y financiera. Reconocen la excelencia de esta cooperación sin designio imperialista y atribuyen al monroísmo un sentido americano. Asociadas a la nación sajona repúblicas que crecen demográfica y económicamente, defienden la libertad de la América, su orden interior y sus principios democráticos.

Dos notables escritores explican, en manifiestos, libros y discursos, la importancia de esta transformación. La doctrina neosajona es ya teoría común a pueblos de alma análoga. La declaración de Monroe "ha salvado la soberanía de las naciones americanas de la conquista europea", dice el señor Pérez Triana: será inatacable en el futuro por acción conjunta de todas las naciones amenazadas. Queda así clausurado un mundo a la conquista extranjera y consagrado a la democracia. Las repúblicas asociadas reconocerán también, según el voto del diplomático colombiano, que son inviolables sus territorios dentro del continente y que la usurpación desaparece en sus relaciones políticas. "La proposición de que la violencia y el despojo—es decir, la conquista—son iniquidades en el extranjero y virtudes en el vecino, es indigna de ser mantenida o aceptada por pueblos que se respetan". Destruído el instinto predatorio por obra de excelentes acuerdos y de un nuevo orden de convivencia pacífica, formarán estas naciones, que menudas cuestiones dividían, una indestructible unión. La maternal república presidirá a la comunidad de pueblos afines. Para que sea eficaz su intervención, "para que sea completo el panamericanismo, sería menester, ha escrito el señor de Oliveira Lima ([8]), que los Estados Unidos se asociaran a la América latina con la importancia, la influencia, el prestigio, la superioridad a que tienen derecho por su civilización—lo contrario no sería humano—, pero sin el pensamiento expreso o tácito de directo predominio que origine suspicacia". Estudiando las fases del sentimiento de unidad americana, el mismo eminente historiador había condenado en la doctrina de Monroe el "aspecto egoísta", el afán de conservar el continente como posesión futura de la nación dominante. De la

(8) *America Latina e America Inglesa.* París, Garnier, s. f., p. 187.

elevación de estos pueblos concertados surgirá naturalmente un sentido más amplio de vinculación política, que "despoje de su exclusivismo peligroso" a esa arcaica doctrina y acerque, en provechosa asociación, a repúblicas iguales (9).

Una importante manifestación de panamericanismo se ha agregado a la anterior concordancia, en plena guerra, mientras agota Europa su histórica riqueza: es la conferencia financiera de Washington, de mayo de 1915. Banqueros de los países que aspiran a asociar sus destinos, ministros de finanzas, debían reunirse en la capital norteamericana para discutir comunes intereses. Los Estados Unidos, inspirados por seguras consideraciones utilitarias, atribuyen al factor económico primaria importancia en los proyectos de unificación. Se esfuerzan por "establecer más estrechas y más satisfactorias relaciones financieras" con la América española. Invitan a las repúblicas del Sur, perturbadas en sus finanzas por la crisis del mundo que les prestaba sus capitales e invadía sus mercados, a libertarse de esta penosa dependencia colonial y a formar con ellos, si no el antiguo *zollverein* a que aspiraba Mr. Blaine, siquiera un poderoso y libre organismo, cerrado a la presión extranjera.

Las reservas bancarias del Norte sajón servirán a la América inferior. En la asamblea se discutió la necesidad de conceder amplios créditos a los negociantes de democracias sin capital nacional. Se establecerán, en las grandes ciudades de Norte y Sud América, sucursales o agencias de poderosas instituciones federales, y todo el poder bancario consolidado en los Estados Unidos, decía el secretario del Tesoro, servirá para redimir de su transitoria mediocridad a las repúblicas "fraternales". Estímulo a las industrias, empréstitos, protección al comercio norteamericano, concesión de obras públicas, diversas formas de infiltración financiera, que la ley de reserva federal, concentrando el poder de bancos diversos, estimula y dirige. Compañías de transportes facilitarán el intercambio comercial, buques adquiridos por el Estado, vapores rápidos que establezcan directas comunicaciones entre los pueblos asociados, pacífica flota auxiliar utilizable en futuros conflictos.

---

(9) *Panamericanismo*. Río de Janeiro, 1907, *pássim*.

A estas inmediatas reformas se juntan medidas que uniformen el sistema económico de las diversas naciones: el patrón de oro, como base monetaria; el examen de reglamentos de aduana, de la legislación comercial, para corregir su excesiva diversidad; la reducción de la tarifa postal telegráfica; en suma, sabias tentativas de unidad, que separarán al nuevo continente, sin perentorias declaraciones de vinculación aduanera, del viejo continente productor. Anualmente se congregarán los representantes del Norte, Centro y Sur América, y una alta Comisión internacional examinará las condiciones no resueltas de acercamiento financiero. El secretario del Tesoro declaró, después de clausurada la asamblea, que "habían sido tan satisfactorios sus resultados", que estaba persuadido de que "sería de gran provecho para todas las repúblicas del continente realizar una conferencia financiera panamericana cada año en Washington", y precisamente en la blanca capital, porque a ella llegarían más fácilmente importantes banqueros y comerciantes de Estados Unidos. Quedan así determinados los caracteres de la nueva unión positiva, sin románticas promesas, entre todos los pueblos americanos: corrigiendo diferencias, entrecruzando intereses, acreciendo dependencias, uniendo a comerciantes, fabricantes y banqueros en la misma empresa de dominio pacífico, se transforma la incierta condición de los estados neoespañoles. En vez de la acción de diversos poderes financieros ingleses, alemanes, belgas, franceses, un solo formidable agente, que concentre riquezas y acreencias y asocie definitivamente a repúblicas deudoras contra las ambiciones territoriales de Europa, contra su propia miseria fiscal y la presente limitación de sus producciones.

V

Sistema defensivo contra probables conquistadores, o ensayo de organización y protección dentro del continente, el panamericanismo prospera y se transforma. Con la guerra de 1914, largo conflicto de doctrinas, de intereses e imperialismos, cambia su función histórica: es el credo político de libres naciones. En la lucha metafísica que acompaña a cruentas batallas afirma la

América su fe esencial. Representa definidos principios: arbitraje, democracia, liberalismo sin enhiestas dominaciones, paz en el progreso industrial, convivencia pacífica entre repúblicas menores y pueblos fuertes, comunidad de intereses religiosos y morales. Adelantándose al esfuerzo de los pacifistas y a su "programa mínimo", ha defendido la conciliación, condenado los pactos secretos, reducido, en tratados internacionales, los armamentos. En solemnes congresos ha denunciado el espíritu de pueblos conquistadores. De Norte a Sur estas ideas generales dan a naciones afines indiscutible originalidad.

Sólo la América no asiste a la cita sangrienta de naciones. En Asia, en Africa, se dan conflictos secundarios, que reflejan, en territorios sumisos, el antagonismo cardinal de las grandes potencias europeas. Los Estados Unidos han utilizado esta reclusión de las naciones hispanoamericanas para conquistar nuevos mercados y acrecer su influencia económica. A la acción de capitalistas previsores se une la influencia de brillantes universidades, la frecuente odisea de sus profesores. Alejándose de la Europa guerrera, ¿no será más independiente este grupo de naciones republicanas y liberales? De su autonomía financiera derivará fuerzas de resistencia moral. La peligrosa ideología de injustas naciones, de un mundo usurpador y guerrero, no llegará a territorios que realizan la progresiva unión, intelectual y utilitaria, moral y diplomática, de fuerzas concordantes.

Del Nuevo Mundo vienen a Europa los más generosos ideales, las más nobles teorías, romanticismo que desconoce la suprema razón de la fuerza, humanitarismo que concilia intereses y sentimientos, quijotismo favorable a los estados pequeños. En la segunda conferencia de La Haya, dóciles a antiguas inspiraciones y a móviles ejemplares, defendieron los ministros de la América profundamente cristiana, principios de paz: Colombia, la sumisión de la guerra a leyes de civilización; el Perú, la eficacia de las soluciones arbitrales; el Brasil, la igualdad jurídica de las naciones; la Argentina, la independencia de pueblos deudores ante poderes fuertes que pretendieran emplear medios de fuerza en el cobro de los créditos pendientes. Cuantos estudiaron las direcciones de la diplomacia norteamericana reconocieron, en medio de condenables aventuras, una tradición de jus-

ticia y tolerancia. Recuerda John W. Foster, en su estudio sobre el primer siglo de la vida internacional de Estados Unidos, los nobles principios que la guiaron: libre comercio, neutralidad, respeto a la propiedad privada, condenación de bárbaras destrucciones, disciplina y *self-control* en la misma primitiva rudeza, exaltación de la paz como estado normal de las naciones, examen de la guerra como crisis evitable y rezago odioso de crímenes ancestrales.

Convirtiendo sentimentos y razones en ciencia organizada, emprende la América la conquista moral del mundo. Ya prosperan entre los neosajones los cruzados del pacifismo, como Mr. Bryan, y a despecho de su herencia de anarquía manifiestan los neoespañoles su fe tenaz en el arbitraje. Se juntan los más variados impulsos en este abigarrado evangelio: tardío desinterés de millonarios a la manera de Carnegie, puritanismo bostoniano, mística propaganda contra la avidez de la concurrencia y de la guerra, liberalismo intemperante que une, en invariable trilogía, la república, la industria y la paz. En pensadores y políticos descubrimos la misma convicción, en Jefferson y en Hostos, en Sarmiento y en Emerson: el continente colombiano constituye, en la evolución humana, una novedad trascendental. Jefferson escribía a Monroe, en 1823, que sería el "hemisferio de la libertad", como Europa el "dominio del depotismo": *the domicil of despotism.* En las recientes creaciones políticas de un presidente doctoral, Mr. Wilson, impera el mismo entusiasmo: "una nueva civilización", "un orden nuevo sobre la tierra" han fundado en Ultramar los colonos que abandonaron la vida antigua de reinos impuros y fatigados. Allí podrá "el hombre libre olvidar las angustias de su vida pasada y asegurar el cumplimiento de todas las esperanzas del mundo", inmensa tierra amorosa donde encontramos paz, igualdad y riqueza, sin monarcas ni clases privilegiadas, sin "las cadenas que mantuvieron a los hombres en depresión y miseria" [10]

El pangermanismo civiliza por la guerra y regenera en sangre a la humanidad inferior. El panamericanismo avanza por persuasión y pregona las excelencias de la libertad a la creciente

(10) *La Nouvelle Liberté*, trad. Mancomble, París, 1918, p. 286 y siguientes.

turba inmigratoria. Redime en campos infinitos a los súbditos de poderes tentaculares. Interviniendo en la vida trágica de los estados modernos, en los periódicos repartos del planeta, en la injusticia de la expansión guerrera, este joven continente, intruso y dogmático, defiende lo que un antiguo embajador norteamericano, Mr. Hill, ha llamado "la organización internacional". A la presente incoherencia, a los instables equilibrios en que domina la fuerza, se sustituye la convivencia de estados respetuosos del derecho, tanto en sus mutuas relaciones como en su orden interno. Los Estados Unidos, guiados por la formidable pasión sajona, aspiran a construir vastísimas federaciones, a congregar sin violencia, a unificar fuera de la guerra. Su ideal, lejano y utópico, lo realizaría un sistema universal de pueblos democráticos, libres de casta y de reyes, hostiles a feudalismos y oligarquías, en perpetua paz industrial, en prodigioso crecimiento económico. "Si consideramos, escribe Mr. Hill, lo que el principio de la federación ha hecho en favor de la América sajona y de Alemania, extendiendo las relaciones jurídicas a grandes agregados de pueblos que viven todos bajo el mismo sistema de leyes y someten sus derechos al juicio de una corte federal, concluímos por pensar que es esa la imagen de lo que el mundo entero llegará a ser. Y diríase aún que tal es el fin último del esfuerzo humano en lo que se refiere a la organización política y al triunfo universal de la concepción jurídica del Estado" [11]. Adecuándose al moderno desarrollo fatal que reemplaza la dispersión por la concentración, la estéril separación por el restablecimiento de síntesis cada vez más vastas, en la política, en la ciencia, en la evolución del proletariado, en el progreso de las industrias, en el capitalismo internacional, en la nueva ciencia de las relaciones internacionales, demuestra la eficacia de la asociación y de la coperación, poderes modernos. Empleando la fórmula del tercero de los Napoleones, puede decirse que la federación es la paz. El equilibrio siempre inseguro, con la inmoralidad de las compensaciones territoriales, con la inquieta balanza de poderes y la agotadora rivalidad de armamentos, conduce directamente a la guerra. Los tratadistas nor-

(11) *L'Etat moderne et l'Organisation internationale*. Trad. por Madame Emile Boutroux. París, Flammarion, 1912, p. 207.

teamericanos que estudian la naturaleza del Estado universal, concilian la soberanía de orgullosos poderes armados con su voluntaria sumisión a reglas de justicia. Demuestran que en el concierto de los pueblos fuertes, para buscar la paz y evitar la violencia no existe humillación ni desmedro de su eminente dignidad. Humanizar y alejar la guerra, organizar la paz, tal parece el *desideratum* del derecho de gentes que la América inglesa y española formula en libros y convenciones. Define la civilización como victoria del orden sobre el desorden, de la libertad contra la esclavitud, en las relaciones civiles, en la vida política del Estado, en la cooperación de grandes y pequeñas naciones, en la comunidad internacional. A imagen de los tribunales de cada pueblo, funda cortes internacionales, extiende los contratos y su red benéfica a las relaciones de estado a estado, acumula garantías contra la dura voluntad de las potencias tutelares, crea instituciones de higiene, de correos, de educación, a que contribuyen todas las naciones. Agrupando intereses, limita el empleo de la fuerza.

Si obedeciera el curso de la historia a las leyes establecidas por los sociólogos; si en ella se realizara invariablemente el paso del régimen militar al industrial, como enseña Spencer, del *status* inflexible a la flexible cooperación, según la demostración de Summer-Maine; en un continente que tiende a desterrar la guerra de su vida nacional e internacional y a crear indefinidamente riquezas, hallaríamos el término feliz de la aventura humana: democracia y paz, organización y libertad, cooperación y poder. Los Estados Unidos y las naciones más ricas del Sur creen ya con robusto optimismo en la superioridad de su ambición y de su política. De admirables postulados morales descienden sin esfuerzo los profesores de americanismo al prosaico dominio de los intereses. Sin un esencial materialismo será ineficaz el plan de los ideólogos. Necesita el nuevo continente, para corregir a Europa, de una política de exclusión financiera y moral.

Un nuevo orden de realidades surgirá de esta crisis de viejas naciones: violenta concurrencia en zonas remotas, división del planeta que prepare largas guerras de conquista. Europa necesita mercados, y tal vez, firmada la paz, hallará diques de

bronce para sus exportaciones. En Oriente domina el Japón; termina en China el régimen de la "puerta abierta". Concesiones y privilegios van al imperio insular, a fábricas donde se mueve un ejército de obreros menudos, sobrios y previsores. Quizá se detendrá en Bagdad la presión europea, el frenesí comercial de las naciones germánicas. Las razas de Africa ignoran todavía la excelencia de la industria occidental, la vida complicada y el lujo exuberante. Queda la América semiculta, donde ciudades de intensa vida moderna consumen productos europeos y se someten fervorosamente a la vida exótica. Allí, en inmenso campo de influencia, se agitarán las potencias transformadas por la guerra, activarán la invasión fabril, combatirán en dura conquista y usurpación de mercados. ¿Será el continente que se disputan naciones millonarias perpetuamente respetado cuando se estrechen los dominios de expansión de Inglaterra, de Alemania, de Francia y de los Estados Unidos? ¿Cerrará, creando premiosas fábricas, su propio territorio a este peligroso concurso de armados importadores?

En el mundo contemporáneo se juntan la solidaridad y la concurrencia, la dependencia creada por la economía de la producción y del consumo y la ardua lucha por la posesión de los mercados y las tierras laborables. Un nuevo arancel equivale a una serie de batallas; un *zollverein* sobrepasa en importancia a una alianza guerrera. Ningún pueblo puede afirmar que su vida interior es indiferente al progreso o al estancamiento de otras razas: como en la antigua sentencia, toda angustia humana repercute en lejanos continentes; el oro es nómada, y oscilaciones como las de la tierra temblorosa van de uno a otro mundo en las grandes crisis de la industria. Las naciones organizadas no respetarán siempre la inseguridad americana, la eterna guerra civil del Trópico, la bancarrota de la autoridad y el triunfo de la demagogia. Con su intensa visión de las necesidades modernas, rechazan los Estados Unidos un panamericanismo sin bases positivas. Su filosofía pragmática establece la primacía de la acción: la idea es sierva de la vida y de la práctica, de la utilidad y del dominio sobre la tierra y los hombres. Por eso se empeñan en alejar de un continente recluso a sus émulos y estimulan la evolución agrícola, industrial y comercial del Sur neoespañol.

Aventuran en este esfuerzo, no sólo el capital acumulado en sus arcas, sino la posibilidad de futuras guerras de expansión. Dominando a la América española, garantizan el orden e invierten capitales. Su hegemonía amenaza a otros predominios. Un libro reciente del profesor Mr. Roland G. Usher estudia este aspecto de las nuevas luchas: el vencedor en la guerra europea retará al poder norteamericano y le arrancará quizá, en un formidable choque, el monopolio a que aspira, de Canadá a la Tierra del Fuego ([12]).

Examina Mr. Usher los aspectos de este fatal conflicto y la estrategia de los Estados Unidos, fundada en su privilegiada situación geográfica. La inmensa costa, con puertos igualmente útiles contra el invasor; la áspera montaña, que separa las regiones del Atlántico y el Pacífico y permite la restauración de las fuerzas agotadas y la defensa interminable después de probables derrotas. ¿De dónde vendrá la agresión? ¿De Inglaterra, cuyos mercados sudamericanos van conquistando los norteamericanos y fecundando con su nueva riqueza, creada por la guerra occidental? ([13]) A ella está vinculada la república de raza semejante, a su flota, que le asegura la supremacía en el nuevo continente. El poder naval sajón ha respetado la soberanía política de los hermanos de ultramar sobre las inmensas tierras españolas. A través del Océano llegarán a nuevo acuerdo estos dos imperialismos democráticos. "Cualquiera que sea el resultado de esta guerra, quienquiera que en ella venza y dondequiera que triunfe, será apto, según Mr. Usher, para amenazar" a su patria y destruir su supremacía en el hemisferio occidental. Sólo el equilibrio político de Europa ha impedido hasta ahora que un estado ambicioso lleve sin peligro un vasto ejército invasor a las costas occidentales del Atlántico. Una Germania triunfante ambicionará tierras de expansión, y Sud-América "como campo para empresas no tiene rival en el mundo". Pedirá a la democracia, enriquecida con fuerza teutona, alianza para invadir dominios de precaria independencia y repartirse estados de disolvente individualismo, o atacará a la na-

(12) *Panamericanism*. London. Constable, 1915.

(13) Se calcula que el saldo comercial favorable a los Estados Unidos en los diez primeros meses de 1915 es de mil cuatrocientos millones de dólares.

ción mercantil y denunciará su impura avidez. "Una emigración abundante de alemanes a Cuba o a la América meridional, escribe el profesor norteamericano, crearía una situación análoga a la que hoy existe entre Inglaterra y el Canadá". Europa abandonaría fácilmente a naciones remotas de un mundo que no ha reducido a colonial servidumbre, antes que entregar a los germanos triunfantes Marruecos, el Egipto o la India. Aceptaría el señorío de la "Germania Mayor" de Tannenberg, es decir, el aislamiento de Estados Unidos en el continente que ambicionó dominar.

Tal ostracismo anularía un siglo de historia yanqui, sería la regresión a la primtiva modestia de colonias protestantes, sin orgullo imperial ni maravillosos progresos en el dominio de la cantidad y de la energía. Los escritores norteamericanos discuten los provechos y peligros de esa probable guerra de dominación. ¿Merece la defensa del panamericanismo el riesgo formidable de un conflicto con una o dos grandes potencias europeas? Prefieren los "pequeños americanos", tímidos y titubeantes como los radicales ingleses enemigos de Cecil Rhodes y de Chamberlain, separarse de la América inferior, desconocer la pregonada hermandad. Declaran, con evasivo pesimismo, que la doctrina de Monroe es hoy teoría obsoleta.

Inútil supervivencia de una antigua política ha visto en ella el profesor Bingham ([14]). Y Mr. Usher ha estudiado minuciosamente la "falacia" del panamericanismo. Solamente razones geográficas lo explican, fortuíta vecindad sin trascendencia moral. Las dos Américas, sajona y latina, están más unidas a Europa que vinculadas entre sí; de ella dependen, la siguen y la reflejan. Raza, religión, lengua son infranqueables divisiones, y hasta las palabras fundamentales, democracia, interés y honor, cambian de sentido de uno a otro sistema de estados ([15]). Verdad de este lado del Río Grande, diríamos recordando a Pascal, del otro lado error. Estudiando las relaciones presentes, niega el profesor su importancia. Sin marina mercante; conservando

(14) He analizado algunas de sus afirmaciones en mi artículo *The Monroe Doctrine and Latin America*, publicado por la revista de Boston *The Atlantic Monthly*, en el número de marzo de 1914, y traducido al castellano por el Dr. José Sixto de Sola en CUBA CONTEMPORÁNEA, número de octubre, 1914.

(15) O. c., p. 230.

Londres su rango eminente de centro mercantil y bursátil del Nuevo Mundo; impotentes los Estados Unidos para consumir el *stock* de las producciones hispanoamericanas y satisfacer con su actividad fabril a la capacidad de importación de repúblicas exuberantes, faltan los requisitos indispensables a la proyectada Unión americana.

¿Faltarán siempre y habrá caducado el audaz pensamiento de la asociación? El mismo acerbo crítico reconoce que "el desarrollo económico del siglo XIX ha cambiado las relaciones entre Estados Unidos y Sud América; una estrecha conexión entre ellos ha llegado a ser posible, aunque todavía no existan intereses económicos mutuos". Aun en el orden intelectual se observa una lenta infiltración de ideas del Norte en México y Cuba, inspiraciones sajonas que enriquecen la tradición castiza. Recientes congresos han estudiado los medios de adquirir una inmediata marina comercial. Si la vecindad geográfica no crea invariables uniones, tampoco se opone a su fundación y a su prosperidad: el secretario de Estado Mr. Olney, condenando hace veinte años el pesimismo de Mr. Usher, decía a lord Salisbury que "la distancia y tres mil millas de océano hacen innatural e ineficaz todà unión política permanente entre un estado europeo y otro americano", y agregaba que "los estados de América del Sur y del Norte, por la proximidad geográfica, por la mutua simpatía y la analogía de las constituciones políticas, son hermanos y aliados, comercial y políticamente, de los Estados Unidos".

El panamericanismo no muere, sino que se transforma según el destino de seres y realidades viables. Es la organización de los derechos y los deberes de un mundo autónomo. Ya no vigilan los estados sajones a todas las repúblicas, como si llevaran sobre sus broncíneos hombros el peso de un continente desatentado. A su obra de saneamiento americano colaboran vigorosas repúblicas. "Es posible, ha explicado recientemente mister John Barret, director de la Unión Panamericana, que la nueva doctrina establezca que las naciones de la América latina protegerán la integridad y la soberanía de los Estados Unidos con la misma sinceridad y la misma prontitud con que los Estados Unidos apoyarían y protegerían la soberanía e integridad de las na-

ciones latinoamericanas en el caso de un ataque extranjero". Mutuamente se auxiliarán estos poderes cuando Europa o el Asia amenacen al antiguo tutor, convertido en eminente compañero de una cruzada democrática.

Panamericanismo o germanismo, tal parece ser para nuestras democracias el dilema ineludible. Temen, en la potencia norteamericana, la expansión financiera, la conquista territorial, el desdén de la república caucásica a la inmensa turba mestiza. Pero, de Alemania llegan también amenazas de imperialismo, en los libros de Stewart Chamberlain, de Reimer, de Tannenberg, en los agresivos folletos de la Liga Pangermanista; terminantes anuncios de conquista en desdeñosa jerga científica. Cierto es que de los violentos manifiestos a la realidad política, lenta y sinuosa; del orgullo demente al sagaz realismo de la diplomacia, median términos que no vence repentinamente un pueblo activo. Espíritus voluntariamente optimistas niegan a esos vastos tratados de germanismo intemperante seriedad y eficacia. La paradoja de hoy es, sin embargo, ambición de mañana. La guerra actual revela el extraordinario progreso de esa voluntad de universal dominio en la Alemania, que, según la frase de Heine, sólo imperaba antaño en el aire, en hermosas torres de sutileza, mientras que sus rivales se disputaban la tierra y el mar. La *Deutschstum* tiene ya en el Nuevo Mundo prósperas sucursales. Puede exigir invariable sumisión en nombre de la *cultura,* del Estado omnipresente y omnipotente, de los deberes de una raza predestinada al imperio. Coloniza cambiando instituciones, persiguiendo la lengua, expropiando tierras, llevando a las almas el terror necesario. Entre dos dominaciones, entre dos peligros a la frágil independencia de repúblicas desorientadas, hemos de preferir la hegemonía norteamericana, la preeminencia de una república liberal, de tradición sajona y de instituciones democráticas. La fe en el hombre libre, en la tolerancia y en la igualdad; el respeto a la energía; la jerarquía flexible; el individualismo corregido sin violencia, serán siempre, en el poder sajón de América, aspectos interesantes de la fuerza justa. Refiriéndose a la invasión financiera de Estados Unidos en repúblicas centroamericanas, escribe Mr. Usher que "apenas ha dejado a los pequeños estados una sombra de independencia política". No es,

sin embargo, la noche definitiva, porque la invasión financiera lleva a esos pueblos, dominados por ávidas facciones, complicación económica, difusa riqueza, progreso y cultura en las ciudades, y forma una generación independiente de industriales y comerciantes: del orden, de la creación de intereses, de la institución de nuevas clases sociales, resurge la autonomía, que no destruyó la finanza conquistadora. El cuadro político persiste en medio de la confusión plutocrática y se definen mejor sus líneas esenciales.

VI

De modesta doctrina de exclusión, de inquietante protectorado, se eleva el panamericanismo al rango de un principio conservador, en los imprevistos avatares del mundo occidental. Un novelista que describe el futuro con precisa intuición, Wells, reconoce que, clausurado el ciclo de las grandes guerras, tres grupos de pueblos lucharán por el dominio material y espiritual: los aliados, que combaten a la Europa germánica; sus enemigos, poderosamente asociados, y los panamericanos. Duelo de dos sistemas políticos, como en los tiempos de la Santa Alianza, de autoridad y democracia, de suntuoso absolutismo y agresiva libertad. Renovación de un eterno antagonismo entre fuertes organizaciones, desdeñosas del hombre y de su ambición, imperios asirios y persas, pesadas arquitecturas de Oriente y los estados inquietos e irrespetuosos donde se discute el pasado y se crea, en orgullosa aventura, un nuevo porvenir. Si no perece la construcción alemana, su dominador militarismo, su áspera filosofía, que desconoce el valor cristiano de la piedad, su mística ambición de conquista, su perpetua exaltación de la guerra, se repetirán los imponentes combates de dos enhiestas culturas, interminablemente. Y la América intervendrá como tercer factor en estos choques formidables: defenderá la civilización cristiana, su tradición de paz y tolerancia, el respeto a los pactos y la independencia de los estados menores. El porvenir del panamericanismo se confunde así con los grandes intereses de Occidente y el legado moral de los pueblos que formaron el alma moderna, claro helenismo, cristianismo de moral profunda y sutil psicolo-

gía, organización romana del derecho, reconocimiento francés de la libertad y de la igualdad humanas, orden inglés en que se desarrolla la energía individual sin externa presión, democracia de voluntades autónomas presidida por reyes. Inclinándose hacia una u otra agrupación de estados, una América fuerte imprimirá a la cultura contraria dirección; iniciada de antiguos misterios que influye, como decisiva entidad, en el curso final de los sucesos humanos. Si no reniega de su original nobleza, de su quijotismo, de su doctrina perpetuamente expresada en libros, en convenciones, en conferencias, ofrecerá sus fuerzas industriales y morales a las grandes naciones de la Europa liberal. En cien años se habrá realizado su admirable ascensión moral: de colonias sumisas a vasta patria de hombres inquietos y franquicias exasperadas, de la reclusión laboriosa a la majestad de esos grandes intérpretes de la más pura tradición de eminentes civilizaciones que guardan las ideas y las formas, los cultos y los prejuicios necesarios, en las edades crepusculares ([16]).

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

París, 1916.

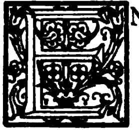
---

(16) En enero de este año—1916—debe reunirse en Washington un congreso científico de las tres Américas, al que se atribuye trascendencia política. Un poderoso sindicato norteamericano, la *American International Company*, con un capital inicial de 50 millones de dólares, acaba de constituirse para adquirir valores sudamericanos, que todavía poseen los pueblos europeos beligerantes, e invertir en negocios de Hispano-América poderosos capitales. Son flamantes aspectos de panamericanismo.

EL ECUADOR INTELECTUAL

II

Una obra inédita de Montalvo.—De la Risa.—Su fisiología y aspecto psicológico.—Sonrisas malignas.—Armonioso epílogo que es un madrigal.—Un propagador del Cosmopolita: Federico Proaño.—Opiniones extranjeras.—Sus artículos literarios.—Su humorismo.—El estilo de este burilador gramatical.



N la florida ciudad de Ambato, patria de Montalvo —una minúscula Portland por sus rosas—, se ha organizado una patriótica junta para allegar fondos destinados a la erección de un mausoleo que guarde las cenizas del Maestro, cuyos despojos reposan en Guayaquil, en donde hospitalariamente se quedaron a su arribo de París.

Su antiguo Secretario—el viejo Senador de la República, Dr. Juan Benigno Vela—ha facilitado el manuscrito precioso, a fin de que, con el producto de la edición, se realice la noble idea, como se consumó la de su broncíneo monumento en aquella plácida cuna, circundada de vergeles.

Él mismo cuenta que entre los opúsculos inéditos del ilustre escritor, además del tratado *De la Risa,* que acaba de publicar el Comité, posee con veneración *La Casa del Duende, La Rústica Desdémona, Vísperas Sicilianas, El Arzobispo de Quito, El Papa y la Excomunión,* y algunos más, si bien en copia, pues cedió los valiosos autógrafos al Gobierno, quien hace más de una década proyectó reproducir en Europa todas las obras del Cosmopolita, encomendando la tarea al Sr. Roberto Andrade, historiador de García Moreno y su terrible adversario de *El Regenerador.*

Artista del estilo, no pueden confundirse, ni entre las más selectas, sus obras tersas y eurítmicas: donde él ponía la plu-

ma, el sello de su personalidad matizaba de tal colorido el lenguaje, le impregnaba de un sabor tal, que eran muy suyos, únicos, irreemplazables, giros, bordaduras y pensamientos. Tratar de imitarle, empresa harto difícil. Su peculiar manera revistió de elegancia y originalidad todo cuanto a su contacto—así fuere lo más trillado—estuvo surgiendo lozano y primoroso, cual raudal de Oreb.

Genial y observador, empieza así su análisis fisiológico de la risa, sin descuidar la mueca y la musicalidad, al ir mezclando con aquél las pinceladas psicológicas de las distintas risas, angélicas y sanchopancescas, denunciadoras del talento y del alma de quienes transparentan no sólo su alegría, sino tantos otros encontrados sentimientos, pues, como todo lenguaje, el de la risa es muy complicado y traduce de diferentes maneras el múltiple pensamiento:

¿Hay hombre más ridículo, molesto e insufrible que ese que anda llenando de carcajadas tiendas y casas con motivo de sus propias sutilezas? Pues yo afirmo que, aun cuando tenga alguna malicia intelectual, ése es un tonto, o por lo menos un necio. Querer reir de todo, en todas partes y a cada instante, qué es sino pobreza de espíritu?

Siendo la risa la más noble quizá de las prerrogativas de la racionalidad, la ciencia está de acuerdo en señalar como uno de los distintivos de la idiotez aquella mueca estúpida, aquel ruido insonoro, repugnante, infaltable en los labios de los degenerados. ¿Qué rayo de gracia y de luz está animando el cuadro inmortal de Vinci? La sonrisa de la Gioconda que está himnologando los encantos de su alma y el genio del artista.

Los negados suelen reir sin darse cuenta: no hay relación entre este fenómeno fisiológico y su conciencia. Muestran los dientes, como algunos animales; pero no trabaja su cerebro. El sabio psicólogo Alfredo Binet ha explicado la ruta que sigue lo consciente y lo inconsciente. El fenómeno fisiológico no es una excitación que unas veces recorre directo y corto camino, desde su punto de entrada en el sistema nervioso, hasta su punto de salida, y otras emprende más largo trayecto, porque en su rodeo pasa por los centros nerviosos superiores. En el primer caso el fenómeno es simplemente mecánico, y en el segundo es de conciencia.

Son risas inconfundibles: la una ignora el por qué, la otra abunda en intención.

La vulgaridad ríe a trochemoche y pesadamente. "Desdeña las dignidades altivas y los romanticismos comprometedores. Su mueca es fofa, su palabra muda, su mirar opaco. Ignora el perfume de la flor, la inquietud de las estrellas, la gracia de la sonrisa, el rumor de las alas",—ha dicho Ingenieros en su diagnóstico del hombre mediocre.

Pero menos mala esta estridente carcajada que la risilla casi latebrosa, imperceptible, de la persona maligna. Es afilado puñal que hiere y enfría sin amenazas ni retos ofensivos. Es el reptil que se arrastra sin sentir y nos inocula su veneno. El erudito sevillano A. Guichot, en un libro de honda psicología y de moralizadores aspectos sociológicos, coloca a los que tal ríen en el capítulo de las *almas pestíferas:*

Esos que de cada uno de los que ven o saludan cuentan una especie depresiva o infamante, sonriendo y en voz baja, a otro que la casualidad les depara al aldo, y luego de éste, cuando se aleja o se marcha, dicen lo mismo a otro que se les acerque, y así sucesivamente... esos son las almas pestíferas, esos son los que no se acuerdan lo que fueron sus padres y sus hermanos, ni de lo que traen sus mujeres y sus hijos, si los tienen, ni de lo que son ellos mismos llenos de maldad y de infección (1).

Oid a Montalvo, sabio en la pintura, filósofo en el experimentar:

Yo aguanto de buena gana el hazteallá de un hombre rostrituerto, primero que el genio viscoso y pegadizo del que no puede saludar sin prorrumpir en una risotada. Lo mismo da que en vez de reirse alto y grueso, se rían entre las barbas ese *ji, ji* quebrado y nudoso con que algunos pícaros nos embarran el alma, como si nos echaran sobre ella hilos de miel empalagosa y dañina. Huid como del zorro de ese viejo barbirucio y grasiento que se empieza a reir pausadito y cortado desde que os descubre a una calle de distancia: se ríe al ver un conocido, se ríe al saludarle, al preguntar por la salud, por la familia. Le responden que está bien, se ríe; que está mal, se ríe: envía memorias, y se ríe; se va, y se ríe. Algo se había de olvidar, allí vuelve: no se había reído todo. Si su infeliz interlocutor, su víctima, no alarga el paso y tuerce la esquina, le llamará otra vez, para reirse de adición: mientras el cielo le dé barbas, no le ha de faltar una

(1) A. GUICHOT.—*Cómo habla Anción.—De algunos aspectos de las sociedades civilizadas.*

postdata. Me parece que si se las arrancaran de cuajo, dejara de reirse, porque esos *ji jis* vivarachos y espeluznantes que salen como lagartijas de su boca, necesitan una maleza por donde retozar y esconderse. Le piden un servicio, lo niega riendo; le hacen un favor, lo recibe riendo, y riendo murmura del que se lo acaba de hacer. La risa es el cuchillo con que asesina al ausente, el falso juramento con que engaña al presente.

Admirable copia de la vida real.

Conocí a un ministro de Estado—no barbirrubio, sino barbilampiño, casi imberbe—que subió tan alto a costa de repartir sonrisas, que debe ser trabajo fatigante para las mandíbulas y músculos faciales. Daba audiencia al género humano y sonreía a todos.—¡Qué hombre tan campechano, tan bueno!, decían al descender las gradas de palacio, bendiciéndole.

—Señor ministro, está vacante el cargo de amanuense en su despacho. Soy madre viuda y con siete hijos. Imploro el nombramiento para el mayorcito.

—Con mucho gusto, con mucho gusto,—y sonreía con dulzura.—¿Cómo se llama su hijo? De nuevo la sonrisa. Simulaba tomar apuntamientos y tornaba a sonreir.

La peticionaria se retiraba ensalzándole, húmeda la pupila por la gratitud. Inmediatamente redactaba un decreto suprimiendo el cargo por innecesario. El Presidente de la República lo rubricaba en seguida.

—Soy la esposa de Fulano de Tal, preso por calumnias... Es honrado padre de familia y en lo que menos piensa es en conspirar. Interceda, Sr. Ministro, que le pongan en libertad.

—No tenga Ud. cuidado, contestaba, con la eterna sonrisa, el bondadoso ministro. Váyase tranquila. Hablaré con el Presidente ahora mismo.

La señora quería arrodillarse para agradecerle. Conteníale el ministro con su sonrisa cautivadora.

Al otro día el desgraciado preso iba camino del destierro, porque el sonriente ministro informaba en el consejo que era hombre peligroso; en el consejo de Estado, al que sugestionaba con sus risillas. Los que conocían a fondo al pérfido funcionario, veían en él a la víbora. Chispeaban de malignidad sus ojillos, y aquella envenenada sonrisa tenía algo de diabólico, de mefistofélico.

Los zalameros son falsos. Judas disimuló con un beso su traición. Seguramente debió sonreir a su maestro.

Tuve un amigo que me mostraba los dientes y abrazaba con cariño cada vez que fraguaba contra mí alguna iniquidad.

—¿Meloso estás? Ya me has jugado alguna mala pasada,—le decía en són reprensivo; pero él me desarmaba con sus risas. Me sonrió el mismo día que publicó por la prensa una andanada de insultos, cual descarga de tremenda batería.

Al día siguiente tuvo la audacia de venir a mi casa a intentar disculparse. Se le heló la sonrisa, porque lo despaché con cajas destempladas. Desde entonces, vivo tranquilo.

"La risa con fundamento, que sirve de sentencia filosófica; la risa de Demócrito, esa es otra cosa",—dice Montalvo.

John Lubbock, que ha ponderado las ventajas de la vida dichosa, en un libro feliz que ha dado la vuelta al mundo, nos cuenta que el filósofo Campanella—con poderosa fuerza de abstracción—consiguió resistir con alegría los dolores físicos, "hasta el punto de soportar el tormento sin sufrir mucho"; y que Sidney Smith bromeaba y reía de su gota, asma y otras siete enfermedades, contestando que, "aparte de eso, estaba perfectamente bien". En apoyo de la alegría aduce opiniones de peso. "La risa, para tener valor, debe ser espontánea." Según Chamfort, "son días perdidos aquellos en que no se ha reído". "Después de todo, buena cosa es de cierto eso de reirse", agrega Dryden.

Pródromo de muchas enfermedades, la tristeza, mina el organismo. El mal del siglo—la neurastenia—aleja las alegrías del espíritu. El neurasténico deprimido no suele reir: pálido, flaco, siempre víctima del abatimiento y la aflicción, se aísla, todo lo ve sombrío, es triste pesimista. Sin fuerzas para nada, teme mirar a la cara, inclina la cabeza, desfallece; su incierta mirada, como abrumada de vergüenza, opaca y lánguida, es sin energía, sin expresión, sin franqueza, tan débil como su palabra. Estos pacientes son insufribles: inspiran lástima e inquietud al mismo tiempo.

El buen humor es signo de vida, manifestación de la salud del alma y del cuerpo.

"Hay risa fina y delicada, sal preciosa que asainetea el tra-

to humano, y nos hace volver a su regosto: ella es tónico de la vida, sin la cual la tirantez de los sinsabores nos descompusiera del todo y nos tuviera entregados a ese mal consumidor que se llama tristeza: la risa lo combate, lo destruye: el que puede reir de corazón, esté seguro de que comerá con apetito: la risa da hambre y alimenta, se burla de los quebrantos y obra sobre nosotros como si nos estuviera sacudiendo cariñosamente un angel'',—dice el Cosmopolita.

Así como los valles palúdicos, los lugares malsanos, producen bajas estaturas y cretinos, los pantanosos de alma, los siniestros, son melancólicos; y cuando ríen, su risa enfermiza está denunciando su baja talla moral.

Las razas inferiores ríen sin talento, son insensibles; el pesar no deja su huella en ellas. El profesor de Amsterdan, J. B. Stokvïs, apunta que las mediciones exactas han demostrado que aquellas razas son obtusas para la sensibilidad táctil y dolorosa, y que ''todos los cirujanos saben que los negros y los asiáticos manifiestan muy poco dolor en los actos cruentos''. Las razas más refinadas ponen toda su espiritualidad en la risa, manantial de ingenio, de gracia y delicadeza.

Montalvo recorre la escala de las sonrisas: la moderada, la chispeante, la afilada, la sutil, la penetrante, la feroz, la vengativa, la hueca, la retumbante, la del vividor, la de especulación, la por encargo, la fatua, la de imitación.

''Al que se ríe por vía de censurar vicios y defectos, aplaúdasele, anímesele; pero si es Aristófanes quien se quiere reir de Sócrates, que no halle sino silencio'',—aconseja Montalvo. Fulmina contra la risa de Antonio en presencia de la cabeza de Cicerón, y la llama alegría de Satanás. Para la risa de la inocencia derrama flores, con el inagotable fondo de poesía que guarda su alma. Galante como siempre, termina su educador tratado *De la Risa* con dulces pensamientos para la risa de la mujer hermosa, a la que describe como él sabía hacerlo, con el refinado gusto y el primor estético que de su ánfora de bellezas, como vino generoso, rejuvenecedor de corazones, escanciaba para los convites del espíritu. Concluye uniendo la armonía de su estilo a la música divina de la risa que brota de aquellos rostros amables, ''de ojos rasgados y lánguidos, asombrados por

largas y sedosas pestañas." El madrigal montalvino me recuerda a Campoamor, que en su poemita *La Música* canta sonriente, entre la dulzura del ruiseñor de la selva, que "el metal de la voz es toda el alma".

Reid, chiquillas. El ritmo de oro de vuestras sonrisas es la mejor melodía terrenal.

*

Atended a algunos rasgos de la vida de un célebre escritor azuayo que rió mucho, aunque llevaba lacerada el alma: Federico Proaño, que murió lejos de la patria, en Quezaltenango.

La cariñosa hermandad de Alejandro Miranda ha reunido, en europea edición, los artículos literarios de este insigne admirador de Montalvo, el humorista Proaño que vivió algunos años en tierras centroamericanas que recogieron su último suspiro.

El libro tiene este título: *Federico Proaño en Centro-América.—Artículos literarios.—1884.* Pero el libro es de reciente data.

Aquellos sabrosos artículos, brotes de donaire y espontaneidad, se salvaron—no obstante las vicisitudes de la tumultuosa vida de Miranda—de la destrucción del tiempo y llegaron a una casa editora de París, ululantes de la ingratitud natal que apisona lo que es propio y lo cierra después con el mármol de la indiferencia.

El autor de los *Siete Tratados* no cuenta con una edición nacional completa de sus obras. Algunas, agotadas hace años, son tesoro de los hablistas y bibliófilos. Otras—candentes y temibles petardos políticos—requieren el comentario explicativo, la nota explicativa, el capítulo también explicativo e histórico de sus connacionales contemporáneos, antes que el tiempo les cubra de conjeturas y enigmas. Abundan alusiones que los de la nueva generación no podemos adivinar. ¿Quién acometerá la empresa con filial amor? Del quijotesco protagonista de su obra póstuma: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes,* afirman que es personaje ecuatoriano de carne y hueso y que sus aventuras son amargas sátiras de la realidad de su vida política.

"A través de mis peregrinaciones y desdichas he logrado salvar de mis naufragios y conservarlos, como joyas preciosas, los

escritos de Federico Proaño, que reunidos en este volumen se publican por primera vez en esta forma'',—dice Miranda.

El Dr. Carrera los empezó a publicar en folletín, en la revista *Guayaquil,* que hace más de cuatro lustros se editaba en dicho puerto.

Constantemente llegan del extranjero artículos de Federico Proaño, reproducidos en diarios y revistas, para honra de la patria. Fervoroso es el culto que le consagran en Centro-América. Vicente Acosta confesó que el escritor ecuatoriano era uno de los pocos espíritus vibrantes, festivos y sutiles que había conocido. Y agrega: ''Tenía un criterio amplio y generoso en materia de arte, que contrastaba con sus rebeldías de hombre docto cuando veía estropear el idioma de Cervantes y Quevedo. Porque no era el dómine intransigente que se atrinchera en la fortaleza de los viejos cánones, para defender el pasado y cerrar los ojos a toda vislumbre de innovación: ante todo, buscaba talento, gracia artística, fondo de ideas en el que escribía; y como los encontrara, moderaba sus impulsos, refrenaba sus ardores de bravo guerrillero de la crítica literaria.''

La lucha por la existencia, que hoy debe ser más bien lucha por la asociación, por la cooperación, le lanzó lejos. A esto se añade sus lides políticas. En 1873 fundó en Guayaquil *La Nueva Era,* en compañía de don Miguel Valverde. El 9 de octubre de 1874 fué reducido a prisión por sus ataques contra García Moreno. Desde la cárcel continuó combatiendo la reelección del sombrío gobernante, mezcla de sabiduría y de ciega terquedad. Su firme resolución valía para él más que las leyes, y por esto cerró violentamente la imprenta de *La Nueva Era,* despojando a sus dueños de lo que les pertenecía. Sometidos a juicio Proaño y Valverde, fueron absueltos en tres instancias por la Corte Superior de Guayaquil, en vista de que el Juez de Letras les declaró inocentes, y por la Corte Suprema de la capital del Ecuador. Testarudo e inexorable García Moreno, les desterró a las selvas amazónicas. Imaginaos en aquel tiempo la Odisea por aquellos peligrosos laberintos. Cinco meses duró el penoso viaje hasta llegar a Lima.

En los bosques orientales, Proaño estudió a la naturaleza de cerca: palpó que los monos se asocian en defensa propia contra

el enemigo común, el hombre. Cuando éste los destroza, ellos cuidan de los huérfanos pequeñuelos, como los pelícanos alimentan a sus compañeros ciegos. Vió la maravillosa unión de las hormigas, las bandadas de aves que a orilla de los grandes ríos están alerta para pescar en armonía, y hasta los lobos que se reúnen para sus cacerías.

—Sólo el hombre se destroza, pensaba con tristeza. He presenciado una curiosa escena: hormigones rodeados de una gran piedra, enmpujándola todos, ayudándose mutuamente para levantarla y repartirse los insectos que debajo pululaban. Sólo el hombre se encarniza con sus semejantes.

Rió mucho, y su humorismo tornóse melancólico.

Apurando hasta las heces la nostalgia, subió a lo más alto del Monte de las Tristezas, de que habla Leopoldo Lugones en *La Rima de los Ayes.* Lloraba por dentro y reía por fuera. Esta paradoja es común en los grandes corazones atribulados. ¿Quién más triste e infortunado que Cervantes? Con todo, sienpre tuvo una sonrisa en los labios para las locuras de la fortuna, aunque su corazón sangraba; sonrisa que nos envuelve en la bruma de la melancolía, al analizar las grotescas mascaradas de la vida, las regocijadas ridiculeces que mueven a piedad. Otro español famoso, el ministro Godoy, sonreía en el silencio —llena de amargura el alma—durante treinta años de espantosas arremetidas que de todas partes daban en el blanco: de sus enemigos políticos, muy natural; pero hasta de sus íntimos amigos, de sus aduladores como Floridablanca, Escóiquiz, Ceballos, Vargas Llaguno, Llorente, recibió ingratitudes, que quizá también es ¡ay! muy natural galardón de los que siembran bienes.

El señor Valero Pujol, en el prólogo del libro que publicó Miranda, reconoce que "Federico Proaño es un verdadero literato: artículos hay en su colección, *La Gloria, Tres plumas, Horas perdidas,* y otros, que constituirían por sí solos la reputación de un escritor y la fama de atinado y profundo observador de cosas, costumbres y tiempos. El fuerte de Proaño es el análisis: no se hizo anatómico en los anfiteatros, pero lo es en la sociedad, en los hábitos públicos, en los sentimientos, en la conciencia."

Los señores José Leonard, J. J. Palma y Ramón Rosa, que emiten juicios acerca del libro, están de acuerdo en reconocer la casticidad de su lenguaje.

Proaño, espíritu burlón, ironista consigo mismo, imputó muy escasa importancia a sus artículos: burla burlando, escribió un prólogo en dos sentidos—curioso pasatiempo literario—; lo que demuestra que no los quiso tomar en serio. Acentúa también su temperamento juguetón y su paciencia, el que haya vuelto a practicar iguales torceduras que recuerdan los acrósticos y ovillejos, en sus *Dos palabras acerca de la vida monástica,* en las que leyendo todo el renglón a lo ancho de la página, sin atender al espacio blanco que separa las dos columnas, el sentido es diametralmente opuesto al del autor que lo consigna en verdad si se lee únicamente la columna de la derecha. Son travesuras que, cuando menos, proclaman laboriosa prolijidad. Raras son esta clase de producciones. En el Ecuador no conozco sino la imitación de ellas, emprendida por el Dr. Luis Eduardo Bueno—que ha cultivado de preferencia la sátira social y la crítica—en su libro *Naderías.*

Como el viejo picarón de los *Pequeños Poemas,* le preocupan las cosas más insignificantes y saca de ellas, medio en serio, medio en broma, una lección filosófica.

Problema trascendental, de vida o muerte, considera la elección de su cuarto: se vale de esta estratagema para censurar las costumbres, la higiene de la casa, jugueteando con exquisito donaire. Viaja alrededor de su cuarto, no con la adusta inspiración de un De Maistre, sino guiado por sutil diablillo como el cojuelo que destapó los hogares a Luis Vélez de Guevara:

"Se asegura que los ojos son las ventanas del alma—escribe regocijado—; continuando la metáfora, puede decirse que las ventanas son los ojos de la casa, y en este caso mi cuarto es ciego de nacimiento, lo que es una verdadera dicha, pues no tendrá que hacerse de la vista gorda, ni verá tantas cosas feas como abundan en la tierra."

Hábil en el arte de jugar con el vocablo, procede con tal tino que desecha pedanterías y conceptismos tan frecuentes en

estas retorceduras tropológicas, lo que está probando el dominio que llegó a alcanzar en los alcázares del léxico.

Los dos capítulos que dedica al *estómago,* son vivisecciones sociales en verdad cauterizadoras, hasta que, Gramática en mano y chacoteando, se aplaca, conjuga el verbo comer y se ríe de los *presupuestíveros,* "esto es, de los hombres que por medio de intrigas y ruindades, consiguen que la patria, más que de lástima, de despecho, conjugue, a su vez, el imperativo del mencionado verbo, y les diga: "Come tú! Comed vosotros del presupuesto!"

Ingenioso en sus sátiras, después de explicar jocosamente el proceso que sigue un trozo de *beefsteack* desde que entra en la boca hasta que llega al estómago, trae estas sugestivas consideraciones filosóficas, fruto de su humorismo: "El estómago es el órgano del progreso. Alienta el genio más que el amor y la gloria. Elocuente en su manera de hablar, con una sola frase mueve al perezoso, impeliéndole al trabajo, y convence al más avaro de la necesidad de gastar, obligando a que los capitales entren en circulación. El estómago obra prodigios. Lo que el hombre no hace en virtud de sus exigencias, ya no lo hará por ninguna cosa del mundo. ¡Quién como el estómago!"

El ironista delicado ruboriza de este modo a los que marchan tras de Calibán y Sancho Panza.

Después de todo, no ignoraba que las revoluciones políticas y sociales, aquí y en Centro América y en tantos otros países, son revoluciones... del estómago. ¿Tal vez obedeció a igual motivo la más grande que registrán los siglos? ¿El hambre de un millón de franceses prendió la chispa de la revolución de los derechos del hombre? Raspando los ideales de la actual guerra europea, ¿no quedará quizá en limpio una cuestión de estómago, un celillo comercial? El monstruo voraz—como en la conocida fábula—¿quiere adjudicarse los despojos de Europa, *quia nominor leo?*

Alguna lección de las miserias de la vida encierran los lienzos del flamenco Jan Brueghel, por el contraste que nos invita a meditar. En el teatro de las grandes guerras, de los sangrientos episodios—en Flandes—, pintó las sensualidades del estómago: banquetes, bodas, bailes, mercados al aire libre, vacas

de ordeño, elaboración de manteca, atracos de leche, molinos...

Cesarán las magnas contiendas por las armas; pero las batallas comerciales difícilmente se extinguirán.

¿Qué palanca más poderosa para levantar a un país, que su presupuesto nacional? Los *presupuestíveros,* que dice Proaño, son langostas que revolotean en torno de la dorada mies.

Gracejo y galanura, espontáneos, fáciles, transparentes como arroyo cristalino, rumorean suavemente en su artículos vivaces: *Los pies* y *Las orejas,* en que los alfilerazos sociales cosquillean con voluptuosidad, como síntoma de que la llaga va sanándose. En *Los peros de mi lavandera,* el dibujo de las costumbres, la característica prosopografía del tipo charlatán y chismoso de doña Casimira Izquierdo—que huele a beata quiteña—, que se inmiscuye en los matrimonios y resuelve, golpea, estruja, apelmaza, exprime, y enjabona la vida privada, como la ropa sucia que en gorda maleta al río lleva, son toques de maestro en psicologías caseras, menudencias y prendas emporcadas de que está formado el mugriento existir. Por esa chispeante y familiar descripción se logra conocer muchas peculiaridades de San Salvador. Otro cuadro de costumbres de intenso colorido: *Los serenos,* que da exacta idea de esos relojes de media noche que ambulan en algunas ciudades no sólo de Centro, sino también de Sur América.

Al discurrir acerca de aquella pompa de jabón que se llama la *Gloria,* su inagotable humorismo vela de esplín nuestras almas, por las profundas deducciones que—en medio de su pueril sencillez—brotan de su pluma, que no deja pasar inadvertido ningún detalle, aunque parece que a nada reviste de importancia.

"En algún almacén de Guayaquil—nos cuenta al explicar lo baladí de la gloria—he visto botellas de coñac que, en vez de tener en las rotulatas el retrato de Urbina o de Veintemilla, llevan la imagen de Bolívar; y, ardiendo en ira, he dicho: esta es la gloria del más grande de los mortales!"

Cachivaches inferiores a una botella de coñac están bautizados con el luminoso nombre del "héroe de los héroes, patriarca inmortal de la victoria", en frase de Abigail Lozano.

Cualquier zapatería, cualquier sastrería, está—en esas calles

del Bajísimo—bajo los auspicios de Sucre, de Olmedo, de Montalvo, de Alfaro. Cigarrerías, fondas, se ufanan con el título de Rocafuerte.

Y adviértase la intención maliciosa de Proaño al citar a aquellos generales ecuatorianos a quienes no disgustó el añejo brandy *gallito*.

Aúna la elocuencia, sin pompa ni oropeles, a la naturalidad en su inspirado artículo *Tres plumas*, en el que las del sabio, del literato y del poeta, con su hermano el músico, son rayos de luz y de fogosa verba, por más que a veces destellen desde un gazofilacio o desde inmunda cárcel.

Refiérese del novelista psicólogo Beyle, que, alardeando despreciar el estilo, era lo que en el fondo más le preocupaba. Lo mismo acontecía a Proaño: fingiendo no poner el menor cuidado —tal es su aparente simplicidad, descuido y desenfadada chabacanería—, reparaba mucho el estilo y la fuerza del lenguaje. La gramática fué su estricto punto de partida como buen hablista. El arte supremo es la sencillez,—se ha repetido hasta la saciedad.

No descuidó las brochadas históricas, en fácil juego popular. A Luciano de Samosata se le atribuye esta frase acerca de la historia: "Es preciso que un vientecillo poético hinche las velas del navío." En Proaño, no obstante sus retozos, esa delicada brisa sopla en sus historietas como *La muerte de Milord,* su querido perro, y en aquella *Y va de música,* en que compadece a los pobres de las bandas militares de estas tierras, propensos a la magrez de tanto soplar y volver gules sus carrillos.

Férvida y última devoción de Proaño: el maestro Montalvo. Propagó su culto en la América Central, y en cada oportunidad enalteció el ditirambo para el Cosmopolita, lo mismo en la Secretaría Particular de la Presidencia de la República de El Salvador—cargo que desempeñó breves años—como en los diarios de esta nación, que él transformó en cátedras del buen decir.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.

Quito (Ecuador) junio de 1916.

POR LA PATRIA Y POR LA JUSTICIA

> **Júpiter: Ahora bien, Mercurio: coge a Pluto y marcha inmediatamente a su lado, que Pluto lleve consigo a Thesauro y que ambos permanezcan en casa de Timón, aunque él por su carácter bondadoso se empeñe nuevamente en despedirlos...**
>
> **(Reflexión de Mercurio: Si encorvado y silencioso se hubiera estado cavando, aun continuaría en las mismas, sin que nadie le hiciera caso...)**
>
> **LUCIANO.—*El Misántropo.***

LEYENDO las *Páginas para la historia política de Cuba,* de Juan Arnao, páginas que conozco en este destierro gracias a la bondad de Raimundo Cabrera y a su idea de reeditarlas en su revista, he sentido la inspiración de escribir este artículo.

Mi intención es la de hacer algo en pro de un cubano extraordinario; y a la vez la de apurar una mayor utilidad para Cuba de la mentalidad y del trabajo de ese compatriota.

Mi acción es delicadísima, y por ello comienzo este artículo sin haberme resuelto a terminarlo... Pero es imposible que esta emoción que siento, y que este cúmulo de ideas con que escribo, y en las cuales no hay una sola recusable por mezquina, puedan ser tergiversadas y utilizadas en contra de mi entrañable y venerado defendido. Si contra quien se deduce algo es contra mí... ya me sobran juventud y altivez para reirme de ello y seguir adelante.

Fuerza es que egotice un poco, sin embargo, para explicar mi peligrosa iniciativa. Sé que los cubanos somos en extremo suspicaces, y que no es conveniente exaltar a un compatriota,

por alto e invulnerable que sea, so pena de concitar contra él y contra nosotros los recelos y suposiciones más inesperados, más desconcertantes...

De mí puedo decir que debo muy poco a los de arriba. Mi padre ocupó un puesto distinguido entre los cubanos de su época, y a su muerte, ocurrida en 1892, la Academia de Ciencias de la Habana honró su memoria como botánico ilustre, descubridor del *ureda coquívoros* que lleva su nombre. Pero a la muerte de mi padre, todas las amistades importantes levantaron el pie de mi pobre hogar deshecho; y entre las dificultades económicas y los vaivenes de una familia sin jefe, llegué a mi edad viril marchando solo, por propio impulso, y como divorciado completamente del grupo social a que pertenecía por mi familia. Así, mis relaciones con las primeras figuras contemporáneas de nuestra patria han sido debidas exclusivamente a mi ascensión personalísima en el conocimiento y estimación de esas primeras figuras, merced a mis ensayos literarios, y sobre todo al apoyo de algunos compañeros de la prensa, para quienes va aquí un recuerdo de cariño y de reconocimiento.

Dicho esto tan perspicuamente, no habrá lugar a suspicacias al añadir que conozco muy superficialmente a los prohombres de mi época; y aunque me honro con la amistad de Sanguily, de Bustamante, de Cabrera, de Zayas, y tal vez de otros no menos generosamente dispuestos a otorgármela, de ninguno de ellos—¡y con cuánto dolor lo digo!—he tenido la dicha de ser discípulo, ni de recibir sus consejos, ni de disfrutar de su experiencia, de su sabiduría, de su efluvio personal de grandeza, tan útiles como me hubieran sido en mi juventud de estudiante espontáneo.

A uno solo de nuestros grandes, sin embargo, he tratado íntimamente. Y venerando como venero a D. Manuel Sanguily, y respetando como respeto y admiro a cuantos he citado y aludido, no puedo negarme que lo quiero con singular cariño y lo admiro con singular devoción. De los demás he recibido saludos y palabras afectuosas, halagadoras; he recibido favores que no olvidaré nunca; pero mi situación no ha sido ventajosa ante ellos, y me he quedado sin su completa atención, sin su cordialidad, sin su verdadera amistad. De él, en tanto—de mi único

grande amigo—, he llegado a serlo casi íntimamente, con una preciosa intimidad en que no hay ni puede haber la menor sombra de interés de mi parte, porque desdichadamente—y de ello vengo a quejarme aquí—mi grande amigo está solo, aislado, incapaz para proteger "apadrinados" y conseguirles buenas tajadas en el presupuesto nacional.

¿Necesitaré seguir egotizando para desvanecer toda duda sobre la pureza y la sencillez de mi acto?

Por otra parte, mi venerable amigo no pide nada, no necesita nada de sus compatriotas. Y conste que si la idea pudiera ser suya, la arrogancia de la expresión es exclusivamente mía. Ahí, en Madrid, vive él, representando un gran periódico extranjero—de ello también vengo a quejarme aquí—y disfrutando de un considerable sueldo y de una elevadísima posición entre los intelectuales españoles. Esa es la pura verdad; y no es grosera y materialmente dinero, ni prebendas ni ostentosos cargos, lo que deseo para él y por mi cuenta—y *ex abrupto* tal vez—para él demando a mis conciudadanos.

Mi interés queda explicado—no para los egoístas primitivos, naturalmente—en pocas palabras. Hay un gran cubano que, a pesar de su vehemente patriotismo y de su preciosa vida activa, no es para la Patria todo lo útil, lo fecundo que debiera ser. Hay una injusticia que reparar, un aluvión de prejuicios y preocupaciones que desvanecer, un profundo dolor moral que curar... ¿No sobran ahí las causas por qué sentirse tocado, sacudido, dispuesto a la defensa, a la lucha?

Pues hay un gran cubano, en efecto, que vive material y moralmente alejado de la Patria, a la que nunca alvida; que a pesar de ganar lo que necesita para vivir, de manos extranjeras—manos que él, de enemigas, convirtió en amigas para Cuba—, no cesa nunca de pensar en la Patria, de sufrir con ella, de interesarse con todo el corazón en sus problemas...

Y ese gran cubano, como no lo ignora nuestra Academia de la Historia, de la cual es miembro, está en posesión de los más preciosos datos para escribir una historia contemporánea de Cuba, y en inmejorables condiciones para recopilar, y aun para ordenar y utilizar todos los relacionados con nuestra Historia General, desde el descubrimiento.

Ese gran cubano goza en Londres, en París, en Washington, en Madrid y en todas partes donde hay cultura latina y clásica—no "kultur"—, de una reputación considerabilísima y de una representación personal enorme, como tal vez sólo dos o tres de nuestras grandes figuras intelectuales pueda decirse que las disfrutan igualmente.

Ese gran cubano tiene una hoja de servicios prestados a Cuba, como muy pocos de sus coetáneos vivos pueden ofrecer; es patriota y puro en su patriotismo, como yo—que me declaro con orgullo intransigente—he podido certificar leyendo en el fondo de su alma, a través de sus pesimismos y desesperanzas...

Y ese gran cubano, que destrozado el corazón por una tremenda desgracia de familia, vegeta actualmente en España, casi olvidado de los suyos y extenuándose en una labor abrumadora para periódicos extranjeros... tiene arrumbados en un rincón de su preciosa memoria, y en lugar no más ventajoso de su copioso e inestimable almacén de datos, notas y apuntes, todos los materiales necesarios para que nuestra Historia de Cuba sea una realidad, una realidad que fije nuestras ideas y conocimientos de la Patria y sirva como de etapa entre el ciclo revolucionario, terminado ayer, y el ciclo constructivo, en el cual muy pronto los jóvenes de hoy hemos de vernos solos, abandonados por los viejos gloriosos que aun venturosamente nos acompañan y nos guían...

¿Su nombre?

Hago este alegato sin contar para nada con su consentimiento y su opinión, pues sé que ésta sería ferozmente... (no borro el adjetivo: ferozmente) contraria a mi impulso.

Y como una coquetería, para defenderme, con alguna salida, de su escándalo al conocer la publicación de este artículo, quiero terminarlo sin escribir su nombre. ¿Para qué decirlo, por otra parte, si no habrá cubano que no sepa ya de quién hablo?

Es absolutamente necesario—he aquí lo importante—que pensemos un medio cualquiera para reganarnos ese compatriota nuestro, para rescatarlo, para *utilizarlo,* digámoslo así.

Porque aun cuando sus antecedentes de patriota, y su bondad e incontables virtudes personales, no nos interesasen; aunque nos fuesen indiferentes su dolor, su aislamiento y sus ne-

cesidades: su persona, en una palabra, aun quedarían en pie las razones más fuertes que a mi juicio existen para tratar de obtener de él su sazonado fruto, precioso para Cuba.

Pronto hará quince años que en nuestras viejas fortalezas coloniales tremoló por primera vez el símbolo querido de nuestra libertad, de nuestro nacimiento en el mundo de los hombres, —que hasta entonces sólo fuimos parias.

Las nuevas generaciones guardamos de aquel acto un recuerdo sagrado, un recuerdo que estremece todo nuestro ser en un temblor extraño y delicioso...

Pero ya vamos madurando, y poco a poco sentimos el peso de la responsabilidad con que nacimos: ahora necesitamos conservar esta preciosa emoción del recuerdo, y, ahondando en ese pasado de donde salimos, nutrirnos de su fuente inagotable de heroísmo, para poder trasmitir por nuestra vez a nuestros hijos, tan potente y tan gozosa como hoy lo sentimos nosotros, este nobilísimo orgullo de sentirse cubano, de sentirse hijo consciente de una Patria bendita, una Patria de limpia historia, sin conquistas, ni atropellos, heroica, generosa y humana; una Patria como han de ser las del futuro, cuando los hombres dejen de enorgullecerse por ser brutos, Atilas, Césares, Rodrigos, Pizarros, Federicos, Napoleones... y comprendan la grandeza inconmovible de los Bolívar, los Washington, los Sarmiento, los Martí...

Y entre los que—con más o menos derecho—nos sentimos de esta nueva generación los más abrumados por esa responsabilidad, entre los que padecemos—para decirlo con la palabra fulgurante de Manuel Sanguily—como si llevásemos "el corazón atravesado de lanzas encendidas, el suplicio de sentir como nuestros los dolores de nuestro pueblo, y a modo de sed devoradora el anhelo santo de su salud y su ventura", una verdadera Historia de Cuba, un inventario de nuestros esfuerzos y nuestras ideas prenacionales, hecho con veracidad, justicia y belleza, va resultando ya una necesidad apremiante, un anhelo, una dolorosa preocupación.

Que nuestra Academia de la Historia trabaja, lo sé. Pero que el resultado concreto de sus trabajos demora mucho, y la causa no es imputable a persona alguna, tampoco lo ignoro. Quien sepa lo que son empresas de esta índole, sabrá que se nece-

sita siempre como una ponencia, como una base... Conste, por otra parte, que no dejo de pensar en el licenciado Alfredo Zayas, hoy candidato a la Presidencia de la República por el Partido Liberal. Pero... ¿será preciso que repita lo que nadie puede ignorar? ¿Puede alcanzarle, humanamente, el tiempo para realizar una obra de ese género, a quien como él apenas lo tiene para descansar, para vivir?...

Salvando, pues, los méritos y aptitudes de cada cual, permítaseme afirmar que nadie, como nuestro gran compatriota que vegeta en Madrid escribiendo páginas extranjeras para ganarse la vida, está hoy entre nosotros en más propicias condiciones para redactar esa ponencia, esa base indicada...

¿Qué hace falta?

Demostrarle, simplemente, que aun no cumplió su misión para con la Patria. Él se siente desconsolado y pesimista porque cree que sus conciudadanos lo olvidaron, porque cree—¡y cómo lo ofuscan sus dolores!—que hasta lo persiguen y lo niegan; que hoy en su patria sólo tienen cabida los aventureros, los audaces, los politiqueros, los...

Perdonémosle su pesimismo. O mejor: destruyámoslo. Un hombre como él no requiere ni combinaciones, ni subvenciones dudosas, porque sus servicios a la Patria no pueden parecer discutibles sino a los cretinos, y tan cretinos que ignoren que un pueblo sin interés por su Historia propia, es un pueblo sin derecho a la vida sin más porvenir que el que quieran imponerle los extraños; que un pueblo sin respeto y sin cariño por sus verdaderos grandes hombres, es un pueblo definitivamente relajado y perdido para la causa de la Humanidad.

Yo no soy pesimista; no soy de los que creen que entre nosotros todo está podrido, que nuestros gobernantes y *directores* todos son deliberada y fríamente traidores al ideal de Cuba Triunfante, y egoístas, ciegos, redomados pillos...

¡No! Hace mucho tiempo que vivo fuera de Cuba, y, aunque no quisiera, tengo que ver tanto lo que pasa en el resto del mundo como lo que en mi Patria. Y veo que desde Platón contra Cimón, Pericles, Temístocles y Milciades (Véase el *Gorgias*, diálogos LXXI y LXXII), hasta Faguet contra la Francia democrática contemporánea—para no descender desde los más altos

puntos de vista—, los reniegos y acerbas críticas contra los directores de la cosa pública, lejos de disminuir con el progreso, se han ido multiplicando paulatinamente, aunque sin variar en el fondo: como que se refieren nada menos que a las dificultades de la Humanidad para interpretar su Destino, no a la voluntad de tal o cual pobre diablo, endiosado por fuera y tembloroso por dentro, como la mayoría de los hombres supone...

Creo que nuestros hombres no son ni mejores ni peores que los de todas partes, que nuestros errores no son mayores porque nuestra importancia en la marcha de la Humanidad sea menor que la de los pueblos grandes... Creo, pensando en nuestra revuelta de agosto, por ejemplo, que mal podría hoy Europa echarnos algo en cara, cuando con toda su ciencia, su sabiduría y su grandeza, reventando de orgullo y de fuerza ante los ojos atónitos de nuestros compatriotas simplones, no ha sabido dar a luz otra cosa que la guerra, la misma guerra de siempre, desencadenada por las mismas ambiciones, torpezas, egolatrías y servilismos, las mismas ruindades, cubiertas aquí de pedrerías y allá de dril blanco del número cien, y seguidas de las mismas bajezas y crueldades de siempre, quizá mucho más negras y vergonzosas aquí que en nuestra patria...

Creo que nuestros hombres tienen un defecto, un solo defecto: ignorancia! Y que de las secuelas de este sencillo origen, combinado con la efusividad característica de nuestra raza histórica, la que más daño nos hace es precisamente esa acritud, esa desesperanza feroz, ese pesimismo frenético con que mutuamente se consideran no sólo nuestros politicastros, sino hasta nuestros prohombres entre sí, ignorantes, si no de aquellas cosas que hacen a un hombre sabio, de aquellas otras que lo hacen justo.

Nuestro compatriota ilustre que está en Madrid, no dejará de tener sus enemigos (?) en la Patria, enemigos *a la criolla*, creados por una palabra creída ofensiva, o por cualquier mezquino interés de un momento: por cualesquier ligereza y precipitación análogos, tan dolorosamente frecuentes no sólo en nuestros medios sociales más humildes, sino en los más altos...

Pues que esos *enemigos* depongan su actitud, y sean los primeros en purificarse de su ligereza, de su infantilidad.

Que el propio gran cubano, por otra parte, cuya defensa tan

arbitrariamente me arrogo, olvide sus quejas y sus susceptibilidades, y pida su puesto, el corazón filosóficamente preparado para perdonar las inevitables censuras, los ataques y las burlas...

Y que alguna voz se levante en nuestro Congreso, la voz de un Bustamante de un Dolz, de un Wifredo Fernández, de un Juan Gualberto Gómez, o de un Collantes, a pedir que sean utilizados, en su máxima utilidad para la Patria, el cerebro y la pluma de nuestro grande, de nuestro dolorido e infortunado compatriota!

"Dios le pague el cariño y la estimación que me tiene!" —me escribió una vez mi venerado amigo, por no sé qué fruslería muy sincera que le dije...

¡Pues sea!

Pero puesto que ha de ser mi patria quien de Dios ha de recibir el encargo de compensarme por mis todavía misérrimos servicios, conste que antes, muchísimo antes que mi pobre cuenta, ha de pagar la suya, la cuenta de mi venerable y grande amigo, traspapelada tal vez, o retirada por su autor, que no escamoteada por artera mano en el supremo negociado de la Divina Justicia...

*

Y he aquí que al final de este artículo, terminado al cabo de más de tres meses de vacilaciones, hallo su justificación plenísima.

Lo que hago nadie me lo podrá echar en cara. Bajo el pretexto de un cargo consular poco menos que fantástico, disfruto hace tiempo de una pensión modesta quizá con relación a las prebendas de mil y mil cretinos, tan afortunados como estériles para Cuba—; pero una pensión que me ha bastado para estudiar y trabajar con relativas ventajas sobre otros compatriotas míos, tan dignos como yo y no tan felices...

Estoy, pues, mereciendo una compensación de mi Patria; una compensación por mi dedicación al estudio, por mi desinterés, por mi entusiasta y juvenil patriotismo. Y es así, puesto que no tengo, ni en el Congreso ni en el Gobierno, a ningún pariente, o "padrino", o amigo "empujante" determinado.

Pienso, pero no hablo, de los usurpadores: ellos son una secuela universal e inevitable de todos nuestros medios actuales de gobierno y dirección de pueblos.

Hablo de las compensaciones. Y antes que la mía, mi conciencia me dice que debería estar la suya, la del cubano de cubanísimo abolengo, sabio, generoso y bueno; del compatriota heroico que prefirió noventa y nueve veces la miseria, el hambre y las dificultades más terribles, a la acción—tan fácil y proficua para otros—de posponer los altos intereses nacionales de su patria, a la conveniencia y ambiciones del oro *yankee,* del oro extranjero!

Descargo, pues, mi conciencia.

Y el que lo halle mal, que se atreva a decirlo en voz alta...

Lo mío, en todo caso, es cuestión aparte.

Lo importante es que se estudie y pese mi alegato: véase que no lo hago para que se me cuelgue de adorno al pecho, y que para sambenito no sirve, porque es demasiado transparente.

Sea para lo que es:

¡Sea por la Patria!

José Antonio Ramos.

Lisboa, agosto, 1916.

PITÁGORAS: UNA TEORÍA DEL RITMO

(Concluye.)

III

PITÁGORAS ESTETA

EL CONCEPTO PITAGÓRICO.

ITÁGORAS medita en la naturaleza de las cosas, y cerca de su retiro un artesano trabaja el hierro (*); desde lejos se escucha el golpe, unas veces opaco y otras sonoro, del martillo contra el yunque. El timbre intermitente del metal herido despierta ecos extraños en la conciencia del filósofo. Parece que su alma resuena siempre que el yunque da al aire su vibrante clamor: igual que la cuerda de la lira vibra simpáticamente cada vez que estalla una nota en la cuerda próxima. Y debe haberse preguntado una y varias veces, ¿cuál es la esencia del sonido? La materia posee una voz que repercute en las almas; no siempre es muda su expresión misteriosa; sabe cantar con voces unísonas del espíritu. ¿Por qué unas veces su sonido es agradable, concuerda con los deseos de nuestra vida interna, y otras la perturba o la deja indiferente? *¿Cuál es el orden necesario al sonido para sernos simpático?* Así debe haberse preguntado, mientras investigaba los fenómenos, no a la luz de un principio, sino poniendo su alma, trémula todavía con el eco de los sonidos mu-

(*) Cuenta Porfirio que Pitágoras se absorbía en largas meditaciones cada vez que escuchaba el trabajo de un herrero, vecino suyo.

sicales, frente a todas las cosas. Y sintió que las penetraba, como si por alma llevase la cuerda sensitiva de la lira, tal y como las afecta y penetra el sonido. Al descubrir en todo una energía interna desarrollándose como música, debe haberse dicho: *cierto ritmo está en la esencia de todas las cosas.*

Continuando entonces sus investigaciones, descubre en seguida que el *ritmo* o *proceso* que nos causa goce, se encuentra realizado a perfección en la serie de los sonidos de la escala musical. Analizando esos sonidos descubre que existe entre ellos una constancia de relaciones numéricas; y así es como, partiendo de una experiencia meramente estética, llega a meditar, por primera vez, en la naturaleza del número. Más tarde lo estudia en sus derivaciones, se hace temporalmente matemático; pero cuando dice: "El número es la esencia de las cosas", usa del número como de un símbolo que expresa el movimiento rítmico que él ha encontrado en las cosas. Resultaba, sin embargo, difícil precisar la naturaleza de esa obscura esencia contenida en el número, esa armonía que más tarde Filolao había de volver a encontrar en él, y quizá Pitágoras mismo no resistió mucho la tendencia de apartar su atención de aquello inefable que torturaba su mente, y dejó que su pensamiento siguiese la línea de menor resistencia, la derivación matemática para la cual contaba ya con un lenguaje conocido. Fué así, tal vez, como la intuición, espiritual en su origen, vino a hacerse objetiva, a degenerar en matemáticas; y el problema de por qué ciertos ritmos nos causan goce y otros no, y el de por qué las relaciones numéricas de la escala musical son las agradables, con exclusión de una infinidad de combinaciones auditivas diferentes, quedó reducido a lugar secundario, no llegó a fundar una estética. Es como si la percepción del ritmo hubiera abierto para Pitágoras dos orientaciones distintas: averiguar su naturaleza íntima, y seguir la ley de su desarrollo; y si él quizás atendió a ambas, no así la mayoría de los discípulos, que naturalmente siguió la más fácil. Quizás la doctrina esotérica, de que nos habla tanto la tradición, no era otra cosa que el estudio del *ritmo como valor filosófico en sí,* mientras que la doctrina pública se ocupaba en los problemas de la armonía aplicada a la música y al número. También es comprensible que al comienzo pareciese más fecundo el

estudio del aspecto formal del principio; pues se observó desde luego la oportunidad de hacer con el número una ciencia nueva, cuyas promesas deben haber parecido extraordinarias; una conciencia cuyos principios resultaban de aplicación general para todo el universo. El aspecto matemático de la nueva tesis predominó sobre todos los demás, y la idea del número, que al principio era sólo símbolo, acabó por suplantar la intuición del ritmo. Pero una vez satisfecha la curiosidad, y convencido el juicio filosófico de que la matemática es una ciencia superficial de los aspectos relativos de los fenómenos, vuelve a mirarse que el número era símbolo de la *percepción inmediata del ritmo,* base primitiva de toda la doctrina.

Y es muy probable que este ciclo de experiencias, que conduce a volver a analizar el contenido de la noción de armonía, se haya verificado en el ánimo del mismo Pitágoras; por eso me figuro que en la última de las revelaciones de la doctrina esotérica se diría a los elegidos: la constancia de ciertas relaciones numéricas en el movimiento de los cuerpos, revela que el movimiento que las produce sigue ritmos definidos, que están en consonancia con nuestra sensibilidad artística, que son de carácter estético. En el número sólo hemos de buscar *el ritmo de lo real.*

* * *

Que el número no es el principio de la doctrina pitagórica, lo reconoce el mismo Aristóteles cuando dice que "investigaban la esencia del número". Al hacerlo, descomponíanlo en sus dos elementos, par e impar, reconociendo desde luego que no era un principio simple. Si meditamos debidamente el pensamiento pitagórico, hallamos muy natural que se haya notado el desdoblamiento del número y también su unidad: esa unidad la precisó al definirla como armonía, o el lazo de unión entre lo par y lo impar, los componentes contrarios. Lo que para ellos era importante en el número, no era la discordia, sino su unidad, su armonía. Al hablar del número tres, la tríada ideal, la declaraban perfecta, porque tiene principio, medio y fin. La década era símbolo de lo universal, porque en ella veían contenidas todas las categorías del ser. El número no era para ellos elemento cuantitativo, fracción del espacio, sino la medida

de lo dinámico, la fórmula de un valor irreducible, el movimiento rimado y monístico de lo múltiple.

Filolao combina la noción pitagórica del número con la noción del ser Uno de Parménides; de esa suerte se aparta por completo de lo que pudiéramos llamar el *esteticismo pitagórico*, para entrar al terreno fácil de la escolástica de las ideas formales; sin embargo, conserva al Uno matemático su carácter inferior del Uno absoluto; lo coloca, en su tabla de oposiciones, como uno de sus diez términos: el contrario de lo múltiple. Entre el uno y lo múltiple reconoce la acción del principio superior, de la armonía que los une. Esa manera de fusión de las cosas en la armonía, es el concepto capital del pitagorismo. Para descubrir este lazo íntimo que asimila los dos órdenes de existencia, el mundo y el yo, el sujeto y el objeto, los pitagóricos partían del sentido de orden y ritmo innato en la conciencia. Si bien es cierto que nos hablan de la composición de los objetos externos, y de su movimiento condicionado al número, la ley que dan a ese movimiento, la norma de la escala musical, no la han descubierto analizando los objetos, sino oyendo dentro de sus propias almas y comprobando después que así como interiormente, por fuera también el mundo es ritmo.

* * *

Según Aristóteles, el "alma de los pitagóricos es un número que posee movimiento propio, y como la esencia del número es la esencia de las cosas, creyeron descubrir una similaridad radical entre números y cosas". Ahora bien, el número, como hemos visto, quiere decir el *ritmo;* y como la noción del ritmo es interna, subjetiva, resulta que al hallar su comprobación en las cosas, descubrieron, en el mismo instante, *el lazo que liga a la conciencia con las cosas.* Afirmaron la afinidad rítmica de las dos corrientes paralelas, la de la vida interna y la de la naturaleza exterior. Pitágoras quizás no llegó a notar que el ritmo del espíritu, en realidad, es opuesto al ritmo natural de las cosas; no supo lo que después dijo Plotino: que el movimiento de las cosas es hacia abajo y el del espíritu hacia arriba. Pero sí comprobó, el primero, que *las cosas suelen asumir en la contemplación estética el ritmo del espíritu, independientemente del que*

les es propio. Dejó establecido que *el ritmo del espíritu es aplicable a las cosas;* y de esta observación es ya fácil deducir que la belleza se produce cuando las cosas adaptan su expresión al ritmo del alma humana, o lo que es lo mismo: en la *facultad estética del yo reside el secreto de la comunión con las cosas.* Así es como opera el espíritu sobre la materia, mediante la ley de belleza, bajando hasta las cosas para infundirles aliento y aspiración superior: la visión del artista redime lo feo; la virtud del santo norma y corrige lo malo; y el filósofo, interpretando el conjunto, es un *artista en grande.*

¿Cuál es la ley de ese ritmo? Considerándolo en sus elementos metafísicos, podríamos definir el ritmo como el enlace en la existencia de los elementos del tiempo con los elementos del espacio o cantidad. Lo que sea la sustancia absoluta, nos es desconocido; pero lo que percibimos como esencial del cuerpo externo, tiene afinidades con lo que nos parece la esencia del yo individual. Esta sustancia, aparentemente idéntica, no se halla quieta, sino que posee una perpetua movilidad, no de correr uniforme, sino de curso alternante, imprevisible, misterioso; la volubilidad extraña de ese movimiento es lo que llamamos *el ritmo libre.*

Y desde luego se nos presenta la necesidad de establecer una distinción entre dos movimientos que, dentro de la existencia general de las cosas, parecen contradictorios. La ley de los fenómenos todavía no era conocida de los pitagóricos en la uniformidad determinada que hoy le asignamos al reconocer en todos los cambios la proporción entre la causa y el efecto, la conservación general de la energía. Ellos no conocieron estas regularidades; por eso su concepto filosófico del mundo coincide con las percepciones del arte, con el instinto estético, aunque no con la realidad de la experiencia sensible. Actualmente juzgamos la naturaleza con dos criterios: el racional o científico, y el estético; con la razón pura y con el juicio estético, que, a semejanza del imperativo categórico de Kant, nos dice: *así es lo bello,* así se encuentra; no comparando y aquilatando cualidades externas, sino haciéndonos la voz secreta de las cosas, dándoles el hálito que les falta, tomándolas dentro de nosotros, como si fuéramos el conducto por el cual todo lo que en la naturaleza es

no-sér, aspira al sér completo. Si contemplamos toda cosa sin fin alguno de utilidad o de goce, con desinterés perfecto, el mundo externo nos deja de ser extraño, se contagia con nuestro interior, se acomoda a él, y sucede como si el espíritu eligiese entre todas las posibilidades del movimiento fenomenal, para formar, por el interior del dinamismo físico, pesante, de la materia, una contracorriente mucho más ágil, desinteresada, afín de la del sér consciente, y misteriosa como él, en su correr indefinido.

Caracterizar el ritmo de lo subjetivo, el desinterés que lo distingue del movimiento condicionado, interesado, finalista de la materia, así como el alcance de su poder, sería materia para toda una estética, cuyo punto de partida, implícito en el pitagorismo, podría expresarse en estos términos: la belleza es una coincidencia rítmica entre el movimiento natural del espíritu y el movimiento ya reformado de las cosas, ya no casual, sino acomodado a lo interno, convertido al espíritu. Acaso es esto lo que pensaban los pitagóricos cuando decían: "un mismo ritmo mueve las almas y las estrellas".

* * *

¿Por qué decir *ritmo* y no *armonía*? Se objetará: Pitágoras usa la palabra *armonía*, y Filolao la define como el enlace de lo Uno y lo múltiple. Pitágoras la aplica al equilibrio móvil y uniforme de los cuerpos celestes, al concierto único de los sonidos en la octava, a la proporción y medida invariables de los actos de la virtud. Pitágoras, se puede insistir, no pretende que el espíritu cambia la ley de los cuerpos; más bien enseña identidad armónica entre lo objetivo y el alma, al grado de que cuando le falta un mundo para completar las exigencias de su sistema, inventa uno e imagina la Antitierra, que completa la década formada por el sol, la tierra y los ocho planetas de su cosmografía. Cumple así el propósito de elaborar una norma, la norma matemática, que encierra en sí el mundo y el espíritu, sumisos ambos al concepto formal.

Indudablemente que entre los pitagóricos hubo muchos que de esta suerte discurrieron; pero vuelvo a hacer notar que en esta tesis nos encontramos, una vez más, con el prejuicio forma-

lista que cree explicar algo porque lo cuenta o lo subdivide, o, como diría Bergson, toma por explicación la figura que describe el movimiento y descuida el valor del movimiento mismo. Es este otro caso en que el símbolo desvirtúa el concepto, en que la percepción equivoca el ritmo por el número, la progresión matemática por la orientación estética.

La armonía da idea de equilibrio condicionado, completo; es un ennoblecimiento de la forma fatal y genuina de una naturaleza llegada a perfección. Pero es la cristalización máxima de una naturaleza entregada a sus propias leyes, sujeta a su orden recurrente, a su dinamismo en círculo. No es el ímpetu del espíritu, siempre inconcluso, cuyo ritmo huye lo estático y constantemente ensaya y construye porque la armonía y la forma le resultan cárceles que la emoción desgarra, hastiada de concierto y decidida a avanzar, aunque tropiece con lo discorde; resuelta a desenvolverse irregular en perpetuo acecho y en exploración constante. Porque el mundo y la vida distan mucho de estar concluidos, y si lo están, nada pueden ofrecer que merezca la eternidad de la armonía; por eso no es la armonía concepto definitivo. Jámblico, que para las cosas del espíritu tiene mucho más instinto que buena parte de los sabios modernos, nos transcribe la fórmula juramental de los pitagóricos: "Juro por quien reveló a los hombres la tetrarquía sagrada, la causa y raíz, la fuente del fluir perpetuo de la naturaleza." Este fluir indefinido y denso es lo que Pitágoras percibía, y lo que suelen expresar, en momentos de inspiración, los grandes músicos, Beethoven, Schopenhauer y Nietzsche, especialmente el segundo, cuya voluntad de vivir es una especie de ciego ritmo, explorador de todas las potencialidades del sér.

Pitágoras no debe haber encerrado el flujo universal dentro de los límites de la octava; lo comprendía proteico: se adelantó, como esteta teórico, al arte de los compositores modernos, que crean música sin más orientación que las leyes misteriosas del gusto, es decir, interpretando la potencialidad ilimitada de los ritmos estéticos, nativos en cada ser. En la música moderna se realiza la intuición pitagórica de un ritmo libre que no halla en la forma expresión, porque no es banalidad que en la forma se satisface, sino poder que liberta a la forma de su esclavitud con-

creta, poniéndole alas que le devuelvan la divina movilidad e infinitud. Todo lo contrario de lo que Walter Pater, en su estudio de Platón, afirma del pitagorismo, cuando dice que su esencia reside "no en lo infinito, ni en eternidades, infinitudes y abismos, sino en lo finito, controlador eterno del infinito informe,—la expresión frente a la no expresión". Volviendo sobre esta última frase de Pater, diríamos que el pitagorismo es la post-expresión: por ejemplo, en la estatuaria griega, el arranque y vuelo de las figuras, no la línea que fija el contorno; y en música, la melodía que investiga y ahonda, jamás la armonía, que es conformidad transitoria de lo incompleto.

Ocurre en seguida una reflexión: el principio creador ¿cómo trabaja, si no es mediante la realización de formas sobre la masa informe, de vida sobre lo inerte? Vivir, en cierto sentido ciego, no es sino realizar expresiones: la expresión es la meta; lo inexpresado no existe aún, y espera la mano del arte que lo anime y cumpla, o el soplo efímero y vacilante de la mera actividad fisiológica. A esto sólo se puede responder que la forma no es más que un aspecto de la existencia, no su esencia: variedad incontable de símbolos que sólo valen por un contenido que jamás reproducen y sí muchas veces desfiguran. Cada forma, cada acto, cada realización, es huella en los senderos del tiempo, momento indestructible, ligado para siempre con todo el resto de cuanto existe, pero nunca el fin verdadero de tendencia alguna.

Y el ritmo, ¿no es una forma? Indudablemente que sí. Si por forma se entiende toda realización material o ideal—más ampliamente—, toda expresión, el ritmo es todavía forma: la más libre y la menos concreta de todas las formas, la última en que se organiza y manifiesta la corriente inmaterial de la vida. Pero, por su mismo carácter, no nos detiene en lo concreto, sino que nos lleva consigo, nos hace ambicionar lo infinito.

La aspiración de encontrar ritmos esenciales debe haber sido constante en el arte pitagórico; por eso se equivoca Jámblico cuando nos cuenta que Pitágoras usaba la música de la lira y proscribía la flauta por "indolente y sensual". La lira no debe haber sido, para Pitágoras, más que acompañamiento de un pensar con que él sustituía el son grueso de la flauta, remedo sagrado del flujo creador, eco inconfundible de la obra de Pan

en el universo: síntesis de un estado en que la armonía es sólo brillo y aureola de algo profundo que pasa. Pitágoras, en realidad, no era hijo de Apolo, como cuentan las leyendas irreflexivas; su tronco paterno era el de Dionisos. Así lo atestiguan su doctrina y el nombre del libro perdido, *Las Bacantes,* de Filolao, donde las ideas pitagóricas ostentan el blasón de la estirpe misteriosa.

* * *

De que el ritmo era la noción pitagórica, y no la armonía, existe otra prueba, aún más importante: la fe religiosa de Pitágoras: su doctrina de la transmigración.

La mayor parte de los autores modernos establecen una división infranqueable entre la doctrina filosófica de Pitágoras y lo que tratan como sus supersticiones religiosas. Zeller se excusa de estudiar el credo de la trasmigración, profesado por los pitagóricos, afirmando que no se relaciona con los conceptos filosóficos de la escuela. Sin decirlo, supone a Pitágoras en el estado, completamente moderno, de ciertos pensadores ortodoxos cuya ciencia choca con un dogma que es profesado aparte, por deber religioso. Y es el mismo Zeller quien enseña que en la edad pitagórica no existía divorcio entre razón y fe, ni siquiera oposición entre materia y espíritu.

Si la metafísica de Pitágoras era progresiva, su estética debe haberlo sido igualmente. En tal caso, es inconciliable la armonía pitagórica, rigiendo *ad eternam* todas las cosas, con la creencia, también pitagórica, de la metempsícosis, que es el destino envolvente de las almas, su progresión perpetua desde el no-sér hasta el sér pleno. El concepto de armonía dista mucho de este dinamismo indefinido, y más bien parece una noción correlativa de los desarrollos formales de la doctrina del número: reflejo estético de las hipótesis racionalistas del mundo. Seguramente, para Pitágoras las cosas eran pluralismo acordado a la ley de hermosura: concierto polifónico en cuyo fondo se desenvuelve el ritmo amorfo y perenne de un devenir inefable.

La estética de Pitágoras no se aparta, por lo mismo, de su creencia religiosa; por el contrario, coincide y se une a ella con singular acuerdo. Al observar que el ritmo del espíritu es aplicable a las cosas, y que la belleza se produce cuando concuerdan

lo interno y lo externo, no supone que tal es el fin supremo de todo esfuerzo; da el secreto de la unión con las cosas, pero no el derrotero final del ser. Unicamente ejercita un instinto melódico, que ensaya encontrar: el ritmo hondo, el *ir misterioso de la vida universal.* La música, para el pitagórico, es la expresión auditiva de una especie de ritmo íntimo, común a las cosas y a la conciencia: la voz de las cosas, cuando se mueven fuera del curso de la ley de necesidad y se igualan al actuar desinteresado de la conciencia. De esta suerte la música enseña el secreto del arte, el cual consiste en libertar a la materia del imperio de la necesidad, imprimiéndole, en la contemplación, un movimiento de ritmo irregular, inverso del que impone la mecánica natural. El músico da a la materia, a la tripa vibrante, al tubo de caña, la entonación y el aliento de la cosa móvil, casi temblante, que llevamos en el fondo del yo humano; humaniza la materia, la convierte al ritmo propio del alma, y también purifica al alma, apartándola del contagio de la ley causal y necesaria y soltándole sus propias alas.

En la música, como en todo arte legítimo, la materia adopta ritmos *opuestos al newtoniano* y similares al pitagórico; y toda esta oscura doctrina del ritmo estético me parece clara si decimos: La naturaleza se gobierna, en el orden fenomenal, por la ley de causalidad, y en el orden del espíritu por el ritmo pitagórico de lo desinteresado y bello. Lo *newtoniano* y lo *pitagórico* son los dos polos necesarios de toda cosa pensable: el orden material de la necesidad, y el orden espiritual de la belleza.

Fin.

FRAGMENTOS DE FILOLAO.

Frg. 1. *a.* El ser que constituye el mundo es un compuesto armonioso de elementos infinitos y de elementos finitos. Así está formado el mundo en su totalidad, y también cada una de las cosas que contiene.

b. Todos los seres necesariamente son finitos o infinitos, o a la vez finitos e infinitos; pero no podrían ser todos solamente infinitos.

Frg. 2. Siendo evidente que los seres no pueden estar constituídos únicamente con elementos finitos, ni sólo con elementos infinitos, es claro que el mundo en su totalidad y los seres que en él se hallan son un compuesto armonioso de elementos finitos y elementos infinitos. Así se observa en las obras de arte. Las que se componen de elementos finitos son finitas. Las que se componen de elementos finitos y de elementos infinitos son a la vez finitas e infinitas, y las que constan de elementos infinitos son infinitas. (1)

Frg. 3. Y todas las cosas, cuando menos las que nos son conocidas, son número, pues no es posible que cosa alguna sea conocida o pensada sin el número. El número posee dos especies propias: lo impar y lo par, y una tercera, que proviene de la mezcla de ambas: lo par-impar, o neutro. Cada una de estas especies es susceptible de expresiones muy diversas, que cada una manifiesta individualmente.

Frg. 3. (Según Boeckh, tomado de la ética a Nicomaco): la armonía es universalmente el resultado de contrarios, pues es la unidad de lo múltiple, el acuerdo de lo discorde.

Frg. 4. He aquí cuál es la naturaleza de la armonía: la esencia de las cosas es una esencia eterna, es una naturaleza única y divina, cuyo conocimiento el hombre no alcanza; y sin embargo, no sería posible que cosa alguna

---

(1) A propósito de este pasaje, hace Boeckh las observaciones siguientes: según Filolao, no podría haber conocimiento si todas las cosas fuesen infinitas, y, sin embargo, se hace necesario reconocer la existencia natural de la ciencia de los seres. Según el gran principio pitagórico, el ser es un compuesto, una relación, la síntesis de los contrarios. Esta doctrina les es atribuída también por Proclo, quien la refiere especialmente a Filolao. "Según Filolao, la naturaleza de los seres es un tejido formado de elementos finitos y de elementos infinitos." El ser es un compuesto indisoluble, la síntesis de los contrarios, lo infinito y lo finito. No debe creerse que los pitagóricos parten del postulado de los contrarios; conocen el principio que es superior a ellos, como lo atestigua Filolao cuando dice que "Dios ha hipostasiado lo finito y lo infinito." Proclo observa que, según Platón, de lo finito que tiene más afinidad con la unidad, viene todo orden, y de lo infinito procede ese estado de las cosas que no es más que una degradación del primero. Así, por encima de los dos principios, y anteriormente a ellos, se afirma una causa única, una, separada de las demás cosas, que Arquenenes llamaba la causa anterior a la causa, la ante-causa, y que Filolao reconoce como el principio de todo. Platón, en el *Filebo*, atribuye a los pitagóricos la creencia en estas dos causas primeras, y añade: "Sobre esta materia, Filolao el pitagórico había escrito cosas admirables, exponiendo en desarrollos prolijos el enlace y progresión de estos principios en los seres, y la acción que los lleva a producir las distintas cosas del mundo".

de las que conocemos llegase a nuestro conocimiento si esta esencia no fuese el fundamento interno de los principios que forman el mundo, es decir, de los elementos finitos y los elementos infinitos. Ahora bien, puesto que estos principios no son semejantes entre sí, ni de naturaleza semejante, sería imposible que el orden del mundo se formase con ellos si la armonía no interviniese, sea cual fuere la manera de su intervención. En efecto, las cosas semejantes y de naturaleza semejante no necesitan la armonía; pero las cosas disímbolas, que no poseen ni naturaleza semejante ni función igual que las engrane al conjunto del mundo, necesitan el lazo de la armonía.

Frg. 5. La extensión de la armonía es una cuarta más una quinta. La quinta es más fuerte que la cuarta por 9/8, pues existe entre la *hypata* (cuerda *x* grave del tetracorde inferior) y la aguda, una cuarta, y de esta aguda a la aguda del tetracorde superior, una quinta; pero de la quinta a la octava hay una cuarta, de la octava a la grave una quinta. El intervalo que media entre la aguda y la octava es 9/8; el intervalo de la cuarta es 4/3; el de la quinta 3/2; el de la octava, en la relación doble. Así la armonía comprende cinco 9/8 más dos semitonos menores; la quinta tres 9/8 más un semitono menor; la cuarta 9/8 más un semitono.

Frg. 6. (Extraído de Boeckh—de Música, III, 5.) Sin embargo, Filolao el pitagórico divide el tono de otra manera. Toma como punto de partida del tono el primer número impar, que forma un cubo. Como se sabe, el primer número impar era objeto de veneración entre los pitagóricos. El primer impar es el 3, tres veces tres da 9; 9 multiplicado por 3 da 27, que dista del número 24 el intervalo de un tono, y difiere de él por 3 unidades. En efecto, 3 es la octava de 24, y esta octava de 24, añadida al mismo 24, reproduce 27, el cubo de 3. Filolao divide el número 27 en dos partes: una mayor que la mitad, a la cual denomina *apotome;* la otra, menor, la llama *diesis,* pero posteriormente ha recibido el nombre de semitono menor. Supone que la diesis comprende trece unidades, porque 13 es la

diferencia entre 256 y 243, y que este mismo número es la suma de 9, de 3 y de la unidad, en el cual la unidad desempeña el papel del punto, 3 el papel de la primera línea impar, y 9 el del primer cuadrado impar. Después de haber expresado por estas razones, por el número 13, la diesis, que se llama semitono, forma con las 14 unidades la otra parte del número 27, a la cual llama apotome, y como la diferencia entre 13 y 14 es la unidad, sostiene que la unidad forma la coma, y que 27 unidades forman el tono entero, porque 27 es la diferencia entre 216 y 243, que, según esto, difieren entre sí un tono entero.

Frg. 8. Antes de tratar de la sustancia del alma, Filolao aplica los principios de la geometría a la música y a la aritmética y a las medidas de los pesos y los números, sosteniendo que son ellos los principios que hacen existir el universo. (Extracto latino de Claudio Manet.)

Frg. 9. Algunos, siguiendo a Filolao, piensan que esta manera de proporción se llama armonía porque se asemeja a la armonía geométrica; ahora bien, se llama armonía geométrica al cubo, porque todas sus dimensiones son perfectamente iguales entre sí, y por lo mismo están en armonía perfecta. En efecto, esta proporción se percibe en toda especie de cubo, que tiene siempre doce líneas, ocho ángulos y seis superficies. El número ocho que los aritméticos llaman el primer cuadrado, en acto, ha recibido de Filolao el pitagórico el nombre de armonía geométrica, porque cree hallar en él todas las relaciones armónicas.

Frg. 10. El mundo es uno: ha comenzado a formarse a partir del centro. Partiendo de este centro, lo alto es absolutamente igual a lo bajo. Sin embargo, podría decirse: lo que está arriba del centro es opuesto de lo que está debajo, pues para lo bajo el punto más bajo sería el centro, como para lo alto, el punto más alto sería también el centro, y lo mismo por lo que hace a las demás partes. En efecto, con relación al centro, cada uno de los puntos opuestos es idéntico, a menos que se haga mover el todo. (Reconoce Boeckh que este texto es de los más oscuros.) El primer compuesto, el uno, colocado en el centro de la esfera, se llama Hestia.

Frg. 11, *a.* Filolao ha colocado el fuego en medio, en el centro, lo que llama la Hestia del todo, la casa de Júpiter y la madre de los dioses, el altar, el lazo, la medida de la naturaleza. Además, pone un segundo fuego en lo alto y circundando al mundo. El centro, dice, es por su naturaleza el primero; alrededor de él, los diez cuerpos diversos practican sus coros danzantes: son el cielo, los planetas; más abajo el sol, y arriba la luna; más abajo la tierra, y debajo de la tierra, la antitierra, y por fin, debajo de todos estos cuerpos, el fuego central de la Hestia, manteniendo el orden. La parte más elevada de la envoltura, en la cual supone que los elementos se encuentran en estado perfecto y puro, la llama el Olimpo. El espacio situado debajo del círculo de la revolución del Olimpo, donde están colocados en orden los cinco planetas, el sol y la luna, forma el mundo o el cosmos; por último, debajo de estos cuerpos se halla la región sublunar, que circunda la tierra, en la cual existen las cosas de la generación, esclavas del cambio; la llama el cielo. El orden que se manifiesta en los fenómenos celestes es objeto de la ciencia; el desorden que se manifiesta en las cosas del devenir es el objeto de la virtud; este es perfecto y el otro imperfecto.

b. Filolao, el pitagórico, pone el fuego en medio, como la Hestia del todo; en seguida la antitierra, en tercer lugar la tierra que habitamos, colocada enfrente de la otra y moviéndose en círculo a su alrededor, lo que hace que los habitantes de aquélla no sean visibles para los de la nuestra.

c. El principio directo, dice Filolao, está en el fuego central, que el demiurgo ha colocado como una especie de eje, que sirve de fundamento a la esfera del todo.

Frg. 12. Filolao atribuye a dos causas la destrucción: una es el fuego, que desciende del cielo, y la otra, el agua, de la luna, vertida por la revolución de los vientos: las pérdidas de estos dos astros nutren el mundo.

Frg. 13, *a.* Filolao afirmó, el primero, que la tierra se mueve en círculo, aunque según otros antes lo dijo Hicetas de Siracusa.

b. Algunos creen que la tierra es inmóvil, pero Filo-

lao el pitagórico dice que se mueve alrededor del fuego central, describiendo un círculo oblicuo, como el sol y la luna.

Frg. 14. Filolao el pitagórico dice que el sol es un cuerpo vítreo que recibe luz reflejada del fuego del cosmos y nos la devuelve filtrada, junto con el calor. De suerte que hay dos soles: el cuerpo ígneo que está en el cielo, y la luz ígnea que de él emana y se refleja en una especie de espejo que es el sol. A menos que se considere también, como una tercera luz, la que del espejo donde se quiebra cae sobre nosotros, en rayos dispersos.

Frg. 15. De la forma aparente de la luna.—Algunos pitagóricos, entre otros Filolao, pretenden que su semejanza con la tierra depende de que su superficie, como la de nuestro planeta, se halla habitada por animales y vegetales más grandes y más hermosos, pues los animales de la luna son quince veces más grandes que los nuestros y no evacuan excrementos. Otros pretenden que la forma aparente de la luna no es sino la refracción del mar que habitamos, traspasando el círculo del fuego.

Frg. 16. Según Filolao el pitagórico, hay un año compuesto de cincuenta y nueve años comunes y veintiún meses intercalables entre ellos; el año natural tiene, según él, trescientos sesenta y cuatro días y medio.

Frg. 17. Filolao afirma que el número es la fuerza soberana y autógena que sostiene la permanencia eterna de todas las cosas en el cosmos.

Frg. 18, *a*. En la década es donde se nos muestra el poder y la eficacia de la esencia del número: ella es grande, realiza todos los fines y causa todos los efectos; la potencia de la década es el principio y guía de toda vida, divina, celeste o humana, pues a todas se comunica; sin ella todo es infinitud, obscura y perecedera. En efecto, gracias a la naturaleza del número, aprendemos a conocer y obtenemos una guía que nos muestra todas las cosas; sin ella, todo es desconocido e impenetrable para el hombre. Pues nadie podría formarse noción clara sobre cosa alguna, ni sobre las cosas en sí y sus relaciones, si no existiesen el número

y la esencia del número. Pero actualmente, el número, por cierta proporción que comunica a las cosas, y por medio de la sensación, todo nos lo hace cognoscible, y entre todas las cosas establece relaciones armónicas, análogas a la naturaleza del gnomon (figura compuesta de dos cuadrados). El número incorpora en sí las razones inteligibles de las cosas, las separa, las individualiza, tanto a lo finito como a lo infinito. Y no solamente en las cosas demoníacas y en las cosas divinas podemos observar las manifestaciones de la naturaleza y el poder del número, sino también en todas las obras y en todos los pensamientos del hombre, en todo universalmente, en las producciones del arte y en la música. La naturaleza del número y la armonía, excluye el error, lo falso no cabe en su esencia: la naturaleza infinita, sin pensamiento ni razón, tal es el principio del error y de la envidia. Pero jamás el error se desliza en el número, pues su naturaleza le es hostil y enemiga. La verdad es el carácter propio e innato del número.

b. La década lleva también el nombre de fe, porque, según Filolao, por virtud de la década y sus elementos, considerados sin negligencia, adquirimos una fe en los seres, sólidamente fundada. Es igualmente el número fuente de la memoria. Y he aquí por qué se le llama mónada, el nombre de la Némosis.

c. La década determina todo número y contiene en sí la naturaleza de toda cosa, lo par y lo impar, lo móvil y lo inmóvil, el bien y el mal. Arcitas le dedica discusiones extensas en su obra sobre la Década, y Filolao en su obra sobre la Naturaleza.

d. Algunos llaman al cuádruplo el gran signo juramental de los pitagóricos, porque, según ellos, constituye el número perfecto, o porque es el principio de la salud: de estos últimos es Filolao.

Frg. 19, *a*. Arcitas y Filolao llaman indiferentemente a la unidad mónada y a la mónada unidad.

b. No debe creerse que los filósofos parten de principios, por decirlo así, opuestos: conocen el principio su-

perior a estos dos elementos, como lo atestigua Filolao cuando dice que Dios ha hipostasiado lo finito y lo infinito; muestra también que, gracias a lo limitado, toda serie coordinada de cosas se acerca más a lo Uno, y a causa de la infinitud se produce la serie inferior. De suerte que por encima de estos dos principios ponía la causa única y separada, distinguible de todo por su excelencia. Esta es la causa que Arcitas llamó anterior a todas, la antecausa, y es la misma que Filolao afirma enérgicamente como principio de todo; y Brontino declara que ella excede en dignidad y potencia a toda razón y a toda esencia.

c. En la formación de los números cuadrados mediante la adición, la unidad es como la barrera del estadio: el punto de partida del corredor y su lugar de regreso. Porque si colocamos los números en forma de doble estadio, los veremos crecer desde la unidad hasta la raíz del cuadrado, y la raíz es como el límite del estadio que se recorre; y a partir de allí, la sucesión de los números vuelve a la unidad, como en el cuadrado 25. Por ejemplo:

1 2 3 4
        5
1 2 3 4

5 es la raíz de 25, y 25 es un cuadrado obtenido por la adición de estos 9 números.

No sucede lo mismo en la formación de los números eterómicos (rectángulos más largos en un sentido que en otro). Si se pretende, a la manera de un gnomon, añadir a un número cualquiera la suma de los números pares, sólo el número 2 parecerá en estado de recibir y realizar la adición, y sin el número 2, no podrán engendrarse números eterómicos. Si se quiere disponer la serie natural creciente de los números en el orden del doble estadio, entonces, considerando que según Filolao la unidad es el principio de todo (pues fué él quien dijo: la unidad, principio de todo), la misma unidad aparecerá como la barrera, el punto de partida que engendra los eterómicos, pero no será el fin y el límite a donde la serie torna y regresa; no será la unidad, sino el número 2 el que llenará ésta.

d. Filolao confirma lo que acaba de decirse, con las palabras siguientes: el que todo lo manda y gobierna es un Dios uno, existente eternamente, inmutable, inmóvil, idéntico a sí mismo, diferente de las otras cosas.

e. Filolao al decir que Dios tiene a todas las cosas como en cautiverio, muestra que es uno, y superior a la materia.

Frg. 20. Aun entre los pitagóricos hallamos ángulos diferentes atribuídos a diferentes dioses, como lo hace Filolao, que consagra a los unos el ángulo del triángulo, a otros el triángulo del rectángulo, a otros más, otros ángulos, y algunas veces el mismo ángulo a varios dioses.

Los pitagóricos dicen que el triángulo es el principio absoluto de la generación de las cosas engendradas, y de su forma; por eso Timeo dice: que las razones del ser físico y de la formación regular de los elementos, son triangulares; en efecto, poseen las tres dimensiones, reúnen en la unidad los elementos en sí absolutamente divisos y cambiantes; se llenan de la infinitud propia de la materia, y establecen, por encima de los seres materiales, ligas, por lo demás frágiles; es por esto por lo que los triángulos se hallan circundados por líneas rectas, y poseen ángulos que reúnen las líneas diversas y las enlazan. Filolao ha tenido razón, por lo mismo, en atribuir el ángulo del triángulo a cuatro dioses: Cronos, Hades, Ares y Dionisos, reuniendo, bajo estos cuatro nombres, la cuádruple disposición de los elementos que se refieren a la parte superior del universo, a partir del cielo o de las secciones del zodíaco. En efecto, Cronos preside a toda esencia húmeda y fría; Ares, a toda naturaleza ígnea; Hades patrocina toda vida terrestre; Dionisos dirige la generación de las cosas húmedas y cálidas, cuyo símbolo ardiente y líquido es el vino. Estos cuatro dioses se apartan en sus operaciones secundarias, pero están unidos unos a otros, y Filolao, al designarlos con un solo ángulo, ha querido expresar este poder de unificación.

Los pitagóricos sostienen, asimismo, que más bien que el cuadrilátero, es el tetrágono la imagen de la esen-

cia divina, y él expresa, sobre todo, el orden perfecto. Pues la propiedad de ser recto imita a la potencia de la inmutabilidad, y la igualdad representa la de la permanencia, pues el movimiento es efecto de la desigualdad, como el reposo lo es de la igualdad. Son, pues, estas las causas de la organización del ser sólido en su todo y en su esencia pura e inmutable. Han acertado, por lo mismo, al designarlo con la figura del tetrágono. Además, Filolao, por otro rasgo de genio, llama al ángulo del tetrágono el ángulo de Rea, de Deméter y de Hestia. Pues considerando la tierra como un tetrágono, y notando que este elemento tiene la propiedad de la continuidad, como lo hemos aprendido de Timeo, y que la tierra recibe todo lo que se desprende de estos cuerpos divinos, y, al mismo tiempo, las potencias generatrices que ellos contienen, ha tenido razón al atribuir el ángulo del tetrágono a estos dioses que engendran la vida. En efecto, algunos llaman a la tierra Hestia y Deméter, y pretenden que participa de Rea toda entera, y que en ella están contenidas todas las causas engendradas. He aquí por qué dice, en lenguaje obscuro, que el ángulo del tetrágono abraza la potencia una, que hace la unidad de estas creaciones divinas.

Y no debe olvidarse que Filolao asigna el ángulo del triángulo a cuatro dioses, y el ángulo del tetrágono, a tres, mostrando con esto la facultad que tienen de penetrarse e influirse mutuamente, y haciendo ver cómo todas las cosas participan de todas las cosas, las impares de las pares, y las pares de las impares. La tríada y el tetraedro participan de los bienes generadores y creadores, abrazan toda la organización regular de las cosas engendradas. Su producto, la década, que termina en la mónada única, el principio soberano de Júpiter; pues Filolao dice que el ángulo del dodecágono corresponde a Júpiter, porque Júpiter envuelve, en la unidad, el número, el número entero de la dodécada.

Frg. 21. *a.* Después de la magnitud matemática, que por sus tres dimensiones o intervalos realiza el número 4, Filolao nos muestra el ser manifestado en el número 5: la cuali-

dad y el color; en el número 6, el alma y la vida; en el 7, la razón, la salud y lo que llama la luz; después agrega que el amor, la amistad, la prudencia, la reflexión, se combinan con los seres mediante el número 8.

b. Hay cuatro principios del animal racional, como lo dice Filolao en su obra sobre la Naturaleza, a saber: el encéfalo, el corazón, el ombligo y los órganos sexuales. La cabeza es el sitio de la razón; el corazón, el del alma o de la vida y de las sensaciones; en el ombligo reside la facultad de proyectar raíces y reproducir el primer ser; en los órganos sexuales, la facultad de proyectar la semilla y engendrar. El encéfalo contiene el principio del hombre; el corazón, el del animal; el ombligo, el de la planta; los órganos sexuales, el de todos los seres, pues todos los seres crecen y producen brotes.

c. Hay cinco cuerpos en la esfera: el fuego, el agua, la tierra, el aire, y el círculo de la esfera es el quinto.

Frg. 22. De Filolao el pitagórico, tomado de su libro sobre el alma.—Filolao sostiene que el mundo es indestructible; he aquí en efecto lo que dice en su libro sobre el alma.

Es por lo que el mundo permanece eternamente, porque no puede ser destruido por otro, ni destruirse a sí mismo. No se encontrará, ni dentro ni fuera de él, ninguna otra fuerza más poderosa que ella, capaz de destruirla. Pero el mundo ha existido de toda eternidad y subsistirá eternamente porque es uno, gobernado por un principio cuya naturaleza es semejante a la suya, y cuya fuerza es todopoderosa y soberana. Además, el mundo uno, continuo, dotado de respiración natural y de movimiento circular y continuo, posee el principio del movimiento y del cambio. Una parte en él es inmutable, la otra es cambiante. La parte inmutable se extiende desde el alma, que todo lo comprende, hasta la luna; y la parte cambiante, desde la luna hasta la tierra. Ahora bien, puesto que el motor obra desde la eternidad y continúa eternamente su acción, y el móvil recibe su manera de ser del motor que sobre él obra, resulta necesariamente de aquí que una de las partes del mundo imprime siempre el mo-

vimiento que la otra recibe con pasividad. Una es, totalmente, el dominio de la razón y del alma; la otra, el de la generación y el cambio. Una es anterior en potencia y superior; la otra, posterior y subordinada. El compuesto de estas dos cosas, el divino eterno en movimiento y la generación siempre cambiante, es el mundo. Por eso está justificado decir que él es la energía eterna de Dios y del devenir, que obedece a las leyes de la naturaleza cambiante. El uno permanece idéntico a sí mismo, eternamente en el mismo estado; el resto constituye el dominio de la pluralidad que nace y perece. Pero, sin embargo, las cosas mismas que perecen, salvan su esencia y su forma gracias a la generación, que reproduce la forma idéntica a la del padre que las ha engendrado y modelado.

Frg. 23, *a*. El alma se introduce en el cuerpo y se asocia con él, merced al número, y por virtud de una armonía a la vez inmortal e incorpórea. El alma quiere a su cuerpo porque sin él no puede sentir; pero cuando la muerte lo separa de él, lleva en el mundo (el cosmos) una vida incorpórea.

b. Platón dice que el alma es una esencia que se mueve por sí misma. Xenócrates la define como un número que se mueve por sí mismo, Aristóteles la llama entelequia. Pitágoras y Filolao, una armonía.

c. Filolao decía también que no era legítimo el suicidio, según un principio pitagórico que dice: que no hay que dejar caer nuestro fardo, sino antes bien debemos ayudar a los demás a soportarlo; es decir. que es bueno ayudar a la vida en vez de destruirla.

d. Conviene también recordar las palabras de Filolao cuando dijo: los antiguos teólogos y adivinos atestiguan que, por castigo de ciertas faltas, el alma viene a ligarse con el cuerpo, y se encierra dentro de él como en una tumba.

Frg. 24. Como lo tiene dicho Filolao, hay razones más fuertes que nosotros. Alguna otra vez tendré ocasión de investigar cuidadosamente cómo es que, elevando un número al cuadrado, por la posición de las unidades simples que lo

componen, se llega a proposiciones evidentes naturalmente, y no por ley, como lo dice Filolao.

Frg. 25. Anaxágoras ha dicho que la razón en general es la facultad de discernir y de juzgar; los pitagóricos dicen igualmente qué es la razón: no la razón en general, sino la razón que se desarrolla en el hombre por el estudio de las matemáticas, como lo decía también Filolao; y sostienen que si esa razón es capaz de comprender la naturaleza del todo, es porque tiene alguna afinidad de esencia con esta naturaleza, puesto que es propio de las cosas que lo semejante sólo sea comprendido por lo semejante.

Frg. 26, *a*. Filolao ha tenido, pues, razón al llamarla década, porque ella recibe lo infinito; y Orfeo también acierta cuando la llama el tallo, porque es como el tallo, de donde salen todos los números como otras tantas ramas.

b. Filolao ha tenido razón al afirmar que el número 7 carece de madre.

c. Filolao ha tenido razón al llamar a la díada, o doble, la esposa de Cronos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1.—Diógenes Laercio. Su libro *Vidas de filósofos antiguos*, ha servido a casi todos los posteriores biógrafos de Pitágoras.

2.—Porfirio. *La Vida de Pitágoras*. Traducción de Thomas Taylor, Londres, 1814.

3.—Jámblico. *La Vida de Pitágoras*. Traducción inglesa de Thomas Taylor, Londres, 1816.

4.—Dacier. Bibliothèque des Anciennes Philosophes. *La Vie de Pythagore, ces Symboles; la Vie de Hierocles et ces Vers Dorés*, par M. Dacier. Paris. Saillant-Nyon, 1761. Dos vols.

Después de un discurso preliminar, que ocupa casi todo el primer tomo, para demostrar que los griegos sólo pudieron sospechar la verdad, pero no conocerla, puesto que ella era patrimonio de los judíos, el señor Dacier dedica a su rey y amo los esfuerzos de su mente, y todavía se extiende en un fatigoso

y necio prefacio. Su *Vida de Pitágoras* es fantaseo banal construído con datos tomados a Laercio, Porfirio, Cicerón, etcétera, etcétera. Los llamados Símbolos de Pitágoras son sentencias morales de origen anónimo, recogidas en las más diversas fuentes. Termina el primer volumen el texto de los *Versos Dorados* de Pitágoras, recopilados por Hierocles de Alejandría. El segundo tomo contiene los comentarios de Hierocles a los *Versos Dorados* de Pitágoras, obra digna del mayor interés, porque reúne consideraciones morales, estéticas, higiénicas, con reflexiones metafísicas elevadas y profundas.

5.—Rafael Urbano. Versión española del libro de Dacier. Juan Torrens, editor, Barcelona, España, 1906.

El inteligente prólogo con que Urbano presenta su traducción, me fué conocido después de terminar mi libro. No es posible estar de acuerdo con él cuando asegura que Pitágoras tomó de la India sus enseñanzas, pues contradicen esta tesis los estudios concienzudos de Zeller y otros sabios; pero con gusto habría transcrito en mi texto algunos párrafos de Urbano, como por ejemplo, este: "La música, generalmente, buscando en el *motivo* un medio de dar carácter a los héroes del poema, se ha elevado a la alta concepción que Pitágoras formulara sobre ella; y así, el poema músico, lejos de producir el deleite del oído, llega más allá e intenta dar la más alta emoción." El mismo Urbano cita los escritos de Enrico Caporali publicados desde 1886 en la Revista *La Nuova Scienza,* los cuales lamento no haber podido encontrar en las bibliotecas que he consultado, pero acepto como una anticipación de mi tesis el siguiente pasaje: "La preeminencia concedida a los números, más inconcebible que la metempsícosis, porque se mostraba sin esa finalidad práctica e inmediata que pide el pensar de occidente, ha sido comprendida, desde luego, cuando se ha comprobado, por los datos aportados por la filología y los trabajos de la crítica, que el número real para Pitágoras no era, pues, una cosa vacía como el número abstracto, sino algo más concretamente abstracto o algo más abstractamente concreto, una sustancia unificante, un movimiento vital, continuo, y no el número conceptual; siendo su doctrina una biótica y no una matemática o una mecánica."

6.—Pythagore.—Chaignet Antelme Edward. *Pythagore et*

la Philosophie Pythagoricienne, contenant les fragments de Philolaus et d'Archytas. Paris, Didier et Cie. 1873.

Obra en dos volúmenes, premiada por el Instituto de Francia. Contiene un largo análisis de la doctrina pitagórica y de sus fuentes. El valor de este laborioso y estimable estudio me parece reformado por los más modernos análisis de Ritter y Zeller. Su estudio de los fragmentos de Filolao, lo funda en la obra de Boeckh, a la cual puede recurrir el estudiante que conozca el alemán.

7.—Ritter, Heinrich. *The History of Ancient Philosophy.* Traducción inglesa de A. J. Morrison. Oxford. 1837.

La exposición de Ritter es penetrante y sabia. Constantemente alcanza la inspiración propia de las ideas que comenta, y sólo a la hora de las conclusiones parece abandonar el sentido interno de la doctrina. La interpretación de Ritter la encontrará el lector en el texto del presente volumen.

8.—Zeller, Edward. *A History of Greek Philosophy from earliest period to the time of Socrates,* translated from the german. London 1881, 2 vols.

También en el texto de mi libro se hacen referencias constantes a esta obra maestra que no es necesario recomendar.

José Vasconcelos.

México, 1916.

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY, 27. HABANA.

Cuba Contemporánea

AÑO IV

Tomo XII. Habana, noviembre de 1916. Núm. 3.

PROTOCOLIZACIÓN DE DOCUMENTOS

UESTRO Tribunal Supremo de Justicia ha resuelto, en providencias de dos de junio último, que no justifica su personalidad, a los efectos de la comparecencia en juicio, quien se limita a presentar un testimonio de la protocolización del poder con que ha comparecido.

No hemos podido precisar, con los extractos de aquellas providencias que hemos tenido a la vista, si los documentos de cuya protocolización se ha tratado en ellas han sido otorgados en Cuba o en el extranjero; y aun cuando en uno u otro caso no negamos la justicia de las resoluciones, puesto que, conforme a nuestra legislación, el testimonio de la protocolización de un documento no es el testimonio "expedido por el encargado del archivo, oficina, registro o protocolo en que se hallen los documentos", parécennos convenientes algunas consideraciones en relación con la protocolización de documentos otorgados en países en que no existan protocolos, como ocurre en los Estados Unidos de Norteamérica, a los cuales vamos a referirnos especialmente por las razones que en seguida expondremos.

Nuestra proximidad a la gran nación, la riqueza extraordinaria de ésta, su poderosa industria, su intervención en nuestra

contienda para emanciparnos, y otras muchas circunstancias de todos conocidas, han determinado, en lo político y en lo económico, relaciones tan constantes y tan varias que es forzoso tenerlas en cuenta en todos momentos.

Tales circunstancias y relaciones han dado vida a una serie de negocios por virtud de los cuales actúan a diario, en nuestra vida mercantil e industrial, particulares y empresas norteamericanos; estos negocios y la facilidad de comunicación—hoy diaria—con aquella nación, han determinado un cambio constante entre los nacionales de aquel país y del nuestro, en términos tales, que nuevas compañías navieras hanse establecido para el transporte de pasajeros y mercancías y las antiguas apréstanse a aumentar el tonelaje de sus barcos y el *confort* y comodidad de los pasajeros, y a reducir los precios.

Todo esto, como es natural, ha trascendido al orden jurídico. Dondequiera que hombres y capitales actúan incesantemente, surgen rozamientos que dan lugar a contiendas de las cuales conocen en último término los tribunales; y cuando en tal actuación intervienen hombres y capitales extranjeros, pónense en contraposición derechos amparados por la legislación nacional o por la legislación extranjera. Cuando son amparados por esta última, surge para los tribunales nacionales la necesidad de aplicar la legislación extranjera.

Esta necesidad, que nosotros, al igual que los demás pueblos civilizados, hemos reconocido, y que nos ha llevado—por las razones ya expuestas—a la frecuente aplicación de la legislación norteamericana, nos ha hecho conocer muchos preceptos de ésta que, en tal concepto, nos resultan familiares. Todos sabemos aquí que en los Estados Unidos no existe régimen notarial análogo al nuestro; y por esto, hasta la fecha de las resoluciones en que nos ocupamos, nuestros tribunales—incluso el Supremo—han aceptado sin escrúpulo, lo mismo para justificar la personalidad con que un abogado, procurador o mandatario ha comparecido en juicio a nombre de un litigante, que para comprobar la existencia del derecho cuestionado, cuando el poder o el documento expresivo del derecho fueron otorgados en los Estados Unidos, testimonio de la protocolización de dichos documentos hecha ante notarios cubanos.

El argumento que ha justificado esta práctica, no puede ser ni más sencillo ni más evidente: si conforme a la legislación norteamericana—a la cual debemos atenernos para apreciar, en cuanto a sus requisitos extrínsecos o de forma, documentos allí otorgados, de acuerdo con el principio universalmente aceptado y contenido como regla de derecho en el artículo once de nuestro Código Civil: *locus regit actum*—no existe en aquel país un régimen notarial análogo al nuestro, sino que, al contrario, el documento original suscrito por las partes, o sea el que en nuestro tecnicismo notarial se llama *matriz,* se entrega a los interesados; si no existe un protocolo en el cual se conserven los originales de los actos o contratos celebrados y del que deban darse copias, es claro que a nadie se le ocurrirá pedir, con conocimiento de tal legislación, una copia de tales documentos: el original, en todo caso, lo mismo en juicio que fuera de él, surtirá todos sus efectos, puesto que por sí solo constituirá el documento auténtico a que se refieren nuestras leyes, si reúne los requisitos que exige el artículo 599 de nuestra Ley de Enjuiciamiento Civil, o sea,

que el asunto o materia del acto o contrato sea lícito y permitido por las leyes de Cuba; que los otorgantes tengan aptitud y capacidad legal para obligarse con arreglo a las leyes de su país; que en el otorgamiento se hayan observado las formas y solemnidades establecidas en el país donde se han verificado los actos o contratos, y que el documento contenga la legalización y los demás requisitos necesarios para su autenticidad en Cuba.

Partiendo, pues, de la existencia de un documento otorgado en los Estados Unidos, de la autenticidad del cual nadie dude por contener "la legalización y los demás requisitos necesarios para su autenticidad" que exige el art. 599 citado, y haciendo gracia del particular referente a la prueba de la *aptitud y capacidad* de los otorgantes y de las *formas* y *solemnidades* de los documentos, porque ya sabemos que cuando el Juez o el Tribunal conocen la ley extranjera pueden aplicarla sin necesidad de la preuba, que, en otro caso, habría de referirse a la existencia y vigencia de la ley en los términos y con la eficacia alegada por las partes, cabe preguntar: ¿pueden los tribunales cubanos exigir que venga expedido por el encargado del archivo, oficina o protocolo en que se halle?

Salta a la vista que esto no es posible. Si el documento original, redactado y suscrito por las partes ante el Notario que da fe de la certeza del acto o contrato y de la identidad de los otorgantes del mismo, se entrega a éstos, es evidente que no podemos tomar en consideración el contenido del artículo 596 de nuestra Ley Procesal.

Debemos perder de vista todo cuanto diga o haga relación a la existencia de una oficina, archivo o protocolo, que no existe. Y entonces la cuestión a resolver quedará planteada en estos términos: ¿se exige el documento original, o se aceptan las copias expedidas por el Notario que lo hubiere protocolizado?

Parece indiscutible que el documento original no ha de rechazarse nunca, si tiene la legalización, que es lo que le da la autenticidad necesaria para que pueda surtir sus efectos; pero, ¿supone esto que no pueda protocolizarse, o que, protocolizado, no se acepten con eficacia jurídica las copias que de esta protocolización se obtengan?

Mantenemos el criterio de que deben aceptarse.

Nuestra legislación no admite la protocolización, ni da eficacia en juicio a los testimonios de ella, porque el régimen notarial vigente establece la existencia del protocolo y la expedición de primeras o posteriores copias, las cuales, según el artículo 31 de la Ley del Notariado, "sólo podrá dar el Notario a cuyo cargo esté *legalmente* el protocolo", que es, a tenor del artículo 73 del Reglamento, "el Notario que ejerce la Notaría; el encargado de la misma en caso de vacante o de ausencia o imposibilidad del propietario y el archivero, cuando existan los archivos en los distritos notariales"; y por esto ha exigido el artículo 596 de la Ley de Procedimientos, para que los documentos públicos y solemnes sean eficaces en juicio, "que los *testimonios o* certificaciones sean dados por encargado del *archivo*, oficina, registro o *protocolo* en que se hallen los documentos".

Es indudable, después de las precedentes consideraciones, que al documento notarial otorgado en los Estados Unidos, donde no existe protocolo, no pueden aplicársele las disposiciones de nuestras leyes, que parten de la existencia de aquél. El documento, pues, que otorgado en el dicho país, contenga un acto o contrato lícito según las leyes de Cuba, celebrado por quienes

tengan aptitud y capacidad conforme a su ley nacional, y legalizado, además, en forma, será un documento que tendrá en juicio el mismo valor que los autorizados en Cuba, aunque venga original, por tratarse de país en el cual no exista el protocolo.

Al no poder cumplirse respecto de estos documentos el requisito fundamental de nuestro sistema, o sea que no se presenten originales, sino en primera o posterior copia expedida precisamente por el Notario a cuyo cargo esté legalmente el protocolo, es forzoso que prescindamos, respecto de ellos, de aquella otra disposición de la Ley de Enjuiciamiento, por virtud de la cual "para que sean eficaces" es necesario que los "testimonios sean expedidos por los encargados del protocolo".

Si en la legislación del país de que se trata no existen protocolos ni copias, tenemos que convenir en que ninguna de las disposiciones de la Ley del Notariado y su Reglamento, ni de la Ley de Enjuiciamiento Civil, como no sean las del artículo 599 de esta última, podrá ser aplicada a los documentos en tal país otorgados; y no existiendo ley aplicable, la lógica y la equidad recomiendan lo mismo la aceptación del documento original que los testimonios de su protocolización, máxime cuando con la protocolización gana garantías el documento protocolizado, que, bueno o malo, legítimo o falso, queda conservado y custodiado para responder en todo tiempo a las exigencias de quienes resulten beneficiados o perjudicados por él. Es esta una garantía de valor inapreciable. Si no existiera otra razón u otro fundamento para abogar por la protocolización, sería bastante la apuntada. El original, aun en manos cuidadosas, está expuesto a perderse. Conservado en un protocolo, queda garantizada su custodia con la responsabilidad del Notario, y, si no imposible, es difícil su desaparición.

Además de esto, y teniendo en cuenta las relaciones con los Estados Unidos, a las cuales hemos hecho referencia al comienzo de este trabajo, la negativa de nuestros tribunales a admitir en juicio los testimonios del acta de protocolización—que daría lugar a que fuera de juicio resultaran también rechazados—, crearía grandes y frecuentes dificultades no sólo en lo que respecta a la actuación en juicio de los ciudadanos y empresas nor-

teamericanos, sino a la celebración en aquel país de actos o contratos que hubieran de surtir sus efectos en Cuba. Con relación a lo primero, porque tratándose de actos unilaterales—el poder por ejemplo—, de no admitirse su protocolización, habrían de otorgarse tantos documentos cuantos fueran los asuntos que la empresa o el particular interesado debiera promover en Cuba, con los gastos correspondientes al otorgamiento del original, que siempre es más costoso que el testimonio, y los de la necesaria legalización. Pero si no fuere este aspecto demasiado atendible, en razón al carácter netamente económico que tiene, seríalo, sin duda, el referente al estado de indefensión en que podrían quedar grandes intereses. No siempre la previsión, por exquisita que sea, alcanza a apreciar con justeza las incidencias de un asunto. No es fácil, por consiguiente, precisar el número de poderes que en un momento determinado puedan necesitarse como consecuencia de una reclamación judicial, cualquiera que sea el papel que en ella se desempeñe: de actor o demandado. Cuando, dentro de la doctrina que estudiamos, podría expedirse por el Secretario Judicial certificación del documento con eficacia jurídica para utilizarla en otro negocio, no siempre habría tiempo suficiente para acudir al lugar del otorgamiento —domicilio del otorgante—para que suscribiera un nuevo documento. Y en ambos casos los quebrantos pudieran resultar irreparables. Con relación a lo último, pudiendo comprenderse en un solo documento diferentes prestaciones por virtud de las cuales resultaran obligadas o favorecidas varias personas, la protocolización, a más de la garantía de la conservación del documento, según hemos expresado anteriormente, daría a cada uno de los interesados un testimonio que acreditara su derecho. Y de este modo, sin lesionar en nada los derechos de los otorgantes y sin contravenir en lo más mínimo nuestras leyes, pnesto que ellas no se refieren, cuando exigen el testimonio expedido por el "encargado legalmente del protocolo", a documentos otorgados en país extranjero en el cual tal protocolo no existe, se solucionaría un problema que resulta muy importante desde el punto de vista de los intereses cubanos en los grandes y múltiples negocios representados por hombres y capitales norteamericanos.

Lo dicho en relación con los Estados Unidos es aplicable a cualquier otro país en cuya legislación notarial no exista, como existe en la nuestra, la matriz, el protocolo y las copias; pero nos hemos referido especialmente a dicho país por las razones que han quedado apuntadas al comienzo. (*)

R. SARABASA.

La Habana, 15 octubre 1916.

(*) Al entrar en prensa este número de CUBA CONTEMPORÁNEA, la Secretaría de Justicia, por medio de un decreto que dieron a conocer los diarios del 22 de octubre, ha resuelto el punto aquí estudiado en la misma forma expuesta por el autor de este artículo.

MODIFICACIONES POPULARES DEL IDIOMA CASTELLANO EN CUBA

INFLUENCIA DE LA LENGUA SIBONEY

MUCHAS palabras de la lengua hablada por los indios de las Antillas se incorporaron al castellano, generalizándose y tomando en él carta de naturaleza; sin embargo, éstas representan un número reducido comparadas con el caudal copioso de vocablos que, sin alcanzar gran circulación en el lenguaje corriente, permanecieron en Cuba como denominaciones naturales de plantas y animales y, sobre todo, de accidentes geográficos.

En realidad, éste es el único legado que de la raza indígena hemos alcanzado los habitantes posteriores de esta isla.

Su rápida extinción restringió a los más reducidos límites la contribución étnica que aportó a la constitución de la población cubana; su civilización era demasiado tosca y sus costumbres harto primitivas para que algunos de sus elementos tuvieran suficiente virtualidad y energía para persistir en frente de la civilización europea.

De ellas no ha quedado sino un vocabulario de bastante extensión y una leyenda grandemente falseada que ha determinado algunas manifestaciones literarias.

Según parece, la lengua hablada por los indios de las Lucayas y las grandes Antillas, era la misma o tenía grandes semejanzas.

Colón en su Diario y Las Casas en su Historia General, men-

cionan esta circunstancia varias veces; aunque en ocasiones señalan diferencias en el vocabulario, indicadoras de una formación dialectal que quizás se iniciaba en aquel tiempo.

Es probable que los habitantes de estas islas pertenecieron a una misma familia distribuída entre ellas por la emigración, en fecha no muy remota, como indica la débil e incipiente diferenciación de sus lenguas.

Quizás estos emigrantes encontraron en ellas autóctonos más atrasados o emigrantes de otras procedencias, con una civilización inferior, como tal vez indiquen dos circunstancias poco apreciadas por los conquistadores, y acerca de las cuales todavía no se ha hecho una recopilación cuidadosa de todas las noticias conservadas y una interpretación científica de su conjunto.

Me refiero a la rudimentaria, pero ya definida estratificación social que existía en las tribus indígenas, y á la existencia de otras, en determinadas regiones de Cuba, Haití y Puerto Rico, de lengua diferente y costumbres más toscas: los *Guanahatabeyes,* de la región occidental de Cuba; los *Ciguayos* y *Macoriges,* de Haití y los *Eyeri,* de Boriquén.

Lástima grande que no se haya conservado, ni tradicionalmente ni por escrito, ninguno de los muchos *areytos* que los indios de estas islas cantaban, que muchos de los primeros pobladores oyeron y mencionaron en sus escritos, pues ellos constituirían ahora documentos de gran importancia tanto para el estudio de la procedencia de los indios, de los acontecimientos más notables de su vida anterior y de su verdadera conformación mental, como para el conocimiento de su lengua.

De tan dudosa autenticidad es el *areyto* citado por Bachiller y Morales en su libro *Cuba Primitiva* (p. 44), que ninguna confianza puede tenerse en sus indicaciones.

Su letra dice así:

"Aya bomba ya bombai
La massana Anacaona
Van van tavana dogai
Aya bomba ya bombai
La massana Anacaona."

Pero de todas estas palabras ninguna ha sido recogida por

el Sr. Alfredo Zayas en su *Lèxicografía Antillana,* con excepción del nombre de la famosa *cacica haitiana.*

Por los restos que de esta lengua han quedado se viene en conocimiento de que era un idioma, aunque de léxico algo abundante, de pobre organización, rudimentaria morfología, y casi sin leyes definidas de construcción.

Un corto número de raíces uniéndose unas a otras, según el mecanismo de las lenguas llamadas aglutinantes, formaba casi todo el vocabulario.

No había un sistema definido de afijación, pues una raíz determinada se encuentra en muchas palabras al principio, en otras, en medio, y, a veces, al final; como se demuestra en los siguientes ejemplos que tomamos del Sr. Antonio Delmonte (1).

Compuestos de *Ana* (flor) (2)

Ana-caona, Ana-na, Ana-mú.
M-ana-jú, Guac-ana-garí, M-ana-tí.
Magu-ana, Igu-ana, Sab-ana.

Compuestos de *agua* (según Del Monte, Pichardo y Richard, indica cosa líquida o en relación con líquido; no participa de esta opinión el Sr. Alfredo Zayas):

Agua-cate, Agua-bama, Agua-jí.
C-agua-so, Gu-agua-sí, Y-agua-sa.
Dicay-agua, Y-agua, Jac-agua.

Asimismo advierte el Sr. Del Monte la extremada tendencia a la vocalización que se advierte en el vocabulario, de modo que son muchísimas las voces que terminan en un diptongo o una combinación vocálica en dos sílabas distintas o una vocal aguda, como puede verse en los ejemplos siguientes: (3)

En *ai.*

Cahai.	Provincia occidental de la Isla.
Adamanai.	La isla Saona.
Caibai.	Purgatorio de los indios de Aytí.

(1) *Historia de Santo Domingo.*—Antonio Delmonte. Habana, 1853. Págs. 371 y siguientes.

(2) Para el significado de estas palabras, véase la *Lexicografía Antillana,* por Alfredo Zayas.—Habana, 1914.

(3) Antonio Delmonte.—Obr. cit. Págs. 373 y siguientes.

En *ao*.

Bao.	Río de la Isla.
Bonao.	Cacique, y Ciudad de la Isla.
Cibao.	Centro de las montañas de la Isla.
Mao.	Nombre de un río.
Guareao.	Pájaro de río.
Cao.	Un ave.

En *ei*.

Mamei.	Una fruta.
Atuei.	Nombre de un cacique.
Canei.	Caserío indio.
Copei.	Arbol resinoso.

En *ía*.

Naboría.	Nombre que se daba a los hombres de clase inferior.
Jutía.	Mamífero roedor.

En *ío*.

Bohío—o—Bojío. . .	Nombre indio de la Isla Española.
Macío.	Planta acuática.

En *í*.

Aytí—o—Haytí. . .	Nombre de la isla.
Manatí.	Cetáceo herbívoro de las costas.
Ají.	El pimiento.
Macorí.	Provincia de Haytí.

En *oa*.

Canoa.	Embarcación pequeña.
Coa.	Instrumento agrícola.
Barbacoa.	Aposento alto en las casas.
Ocoa.	Puerto al sur de Haytí.
Cayacoa.	Nombre de un cacique.

En *uá.*

Maguá.	Nombre de un cacicato.
Jaguá.	Fruta silvestre.
Aniguayaguá. . . .	Nombre de un cacicato de Haytí.

La sílaba *gua,* muy usada como elemento de composición, tenía la significación de un demostrativo: *este, esto, esta, este que es, el que es,* etc.

Por ejemplo: [4]

Gua-yaba.	Esta yaba (fruta).
Gua-má.	Este grande.
Gua-tiaos.	Estos hermanos.
Haba-gua-nex.	Cacique de la Habana.
Yaca-gua-nex.	Cacique de Yacayo.

El Sr. Alfredo Zayas ha creído fijar la significación de los sufijos *abo, ato, o, ex, ej* o *ey.* [5]

La terminación *abo* indica pluralidad de individuos de la misma especie o lugar abundante en lo designado por el sustantivo; de *caoba, Caobabo;* de *jiquí, Jiquiabo;* de *guano, Guanabo;* de *majagua, Majaguabo;* de *caona* (oro), *Caonabo.*

La terminación *ato* indica estado o condición de una persona o cosa: *cynato,* el que está airado; *manicato,* esforzado; *ciguato,* enfermo; *jipato,* boniato aguachento, etc.

El prefijo o sufijo *arí* parece que expresa río o cosa que a corrientes de agua se refiere, como en las palabras *manjuarí,* pez de los ríos y lagunas de Cuba; *cayarí,* pequeño crustáceo fluvial; *Arimao, Mayarí, Ariguanabo,* nombres de ríos.

El sufijo *o,* expresa lugar donde existe lo que el nombre indica: así de *ciba,* piedra, *cibao,* pedregoso; de *caona,* oro, *caonao,* lugar donde existe oro; de *guanin,* oro bajo o cobre, *guaninao.*

El sufijo *ey,* era escrito por los cronistas de aquella época unas veces así, otras *ej* o *ex;* quizás se trata de dos sufijos *ey* y *ej (Atabey, Hatuey, Habaguanej, Yacaguayej);* la *x* debe aparecer como una variante ortográfica del sonido gutural fuerte

---

(4) *Cuba Primitiva*—Bachiller y Morales, p. 139, y *Lexicografía Antillana,* p. 21.

(5) Obra citada, p. XXI

de la *j,* muy usada entonces; como por ejemplo: *dixe* por *dije,* etc.

Este sufijo servía para indicar la procedencia, como *Guanahatabey,* nombre dado a los indios de la región occidental llamada *Guanahatabibes* o *Guanahacabibes.*

La terminación *neque* la cree el Sr. Zayas propia de los diminutivos, como *Lucayaneque,* pequeña isla de las Lucayas; *Sabaneque,* pequeña sabana.

Quizás tiene esta misma significación el sufijo *uco;* como *cayuco,* bote pequeño; *babunuco,* pequeña rodilla de yerba para llevar carga sobre la cabeza; *bejuco,* el tallo débil de las plantas rastreras y trepadoras; *conuco,* pequeño campo cultivado; *jabuco,* pequeña jaba o cesta; la voz *ciboruco* quizás fué un diminutivo de *ciba* (piedra), indicando esta última la sustancia pétrea en general, y la primera, las porciones sueltas que se encuentran en el campo.

En la provincia de Oriente se usan aún las voces *Catuca* y *Caruca* como diminutivos de Catalina y Caridad. El Sr. Zayas cree que esta terminación era propia del aumentativo.

La terminación aguda en *á,* indicaba acción en muchos casos: como de *macana,* palo, *macaná,* acto de golpear; la sílaba *ma* parece indicar negación: *ma-yaní-ma-caná,* no me mates; *ma-hahucá,* no me importa.

Quizás del estudio detenido del vocabulario indígena puedan obtenerse algunas otras leyes morfológicas; pero nótese que las mismas señaladas no tienen verdadero carácter de generalidad, pudiendo aducirse muchos casos particulares que no se ajustan a ellas, lo que demuestra la escasa evolución de este idioma.

De principios sintácticos no es posible hablar; en la página 80 de esta obra quedó transcripta la frase más larga que, según Las Casas, fué oída en labios indígenas, y en ella no se advierte más que una mera aproximación de los vocablos; siempre que era posible, la simple unión de dos palabras indicaba una perífrasis más o menos larga; como en las palabras *Cuba-nacán,* en medio de Cuba; *ciba-nacán,* en medio de piedras; *Ana-caona,* flor de oro; *ana-cacuya,* la flor o lo mejor del cacao.

De estas tendencias morfológicas ninguna tuvo virtualidad suficiente para trascender al castellano, ni aun siquiera al habla

popular de las regiones en que han persistido familias indígenas.

Quizás constituyan una excepción las palabras *Catuca* y *Caruca,* mencionadas ya anteriormente, aunque en castellano se usan también *Catuja,* diminutivo de *Catalina,* y *casuca,* diminutivo de casa.

La desinencia verbal en *á* es algo común también en el habla vulgar campesina: *tiengá* por tener, *andá* por ando o anda o ande (6); *mirá* por mira; la mayor parte de las veces se trata de simples casos de apócope: *namorá,* por enamorado o enamorar; *cansá,* por cansado o cansarse, etc.

Pero no puede decirse lo mismo del vocabulario, especialmente el naturalista y el geográfico, que casi en su mayor parte han conservado las denominaciones indígenas.

Así, casi todos los nombres de ríos, montañas, lugares, animales y plantas empleados en Cuba, son de procedencia siboney: *Mayabeque, Casiguaguas, Cuyaguateje, Baracoa, Sagua, Guanabacoa, Escambrai, Guamuhaya, Cubanacán, Canei, Sibanicú, Jiguaní, Batabanó, Babineyes, Jatibonico, casabe, jutía, bijirita, caguayo, babujal, barbacoa, batea, batey, bato, bija, birijí, biyaya, canoa, curujey, jiquí, seiba,* y otros muchos en gran cantidad, cuya enumeración es imposible hacer aquí, pero que pueden encontrarse en las obras especiales de lexicografía que se han escrito (7).

Aunque algunas de estas palabras han sido ya incluídas en los diccionarios castellanos, muchas no lo están y constituyen un caudal léxico enorme, conocido sólo por los habitantes de las Antillas mayores de origen español: Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, y que desconocen, no sólo los españoles, sino los mismos americanos de otras regiones.

---

(6) *El habla popular al través de la literatura cubana.* Dr. Juan M. Dihigo.—*Revista de la Facultad de Letras y Ciencias.* Enero 1915, pág. 57.—E. en A.

(7) Pueden verse con este objeto:

Cuba Primitiva—Antonio Bachiller y Morales, Habana, 1883.

Diccionario Provincial, casi razonado de Vozes Cubanas.—Estéban Pichardo, Habana, 1882.

Historia de Santo Domingo.—Antonio Del Monte, Habana, MDCCCLIII.

Geografía de la Isla de Cuba.—Esteban Pichardo, Habana, 1854.

Orígenes del Lenguaje Criollo.—Juan I. de Armas, Habana, 1882.

Y, sobre todo, la eruditísima y muy completa *Lexicografía Antillana,* del Sr Alfredo Zayas.

Su sola presencia basta para dar un matiz especial al castellano hablado en estas islas, pero tan intenso y acentuado, sobre todo en las regiones campesinas y más aún en las orientales de Cuba, que bien puede considerarse como el fundamento de una organización dialectal.

LA EVOLUCIÓN POPULAR DEL IDIOMA

LAS ALTERACIONES FONÉTICAS

En el Cap. IV fueron bosquejadas las causas principales fonéticas e ideológicas que determinaron en labios del pueblo las transformaciones del vocabulario latino y la aparición del romance castellano.

Allí quedaron señalados también los caracteres de constancia, universalidad e inconsciencia que estas leyes revisten y su acción ininterrumpida sobre todos los idiomas que se hablan.

El castellano no ha escapado por cierto a esta necesidad natural, contra el error, muy extendido entre muchas personas, que consiste en creer nuestro idioma formado y fijado definitivamente en las obras literarias de los escritores españoles del siglo de oro.

En cada comarca española y en cada país de América el pueblo ha seguido modificando los vocablos, formando otros nuevos por derivación, composición, adaptación o construcción espontánea y original y multiplicando los modismos según las condiciones señaladas en el capítulo mencionado.

Por todo este conjunto de fenómenos, algunos escritores han creído inevitable la formación en América de tantos dialectos derivados del castellano como países de procedencia españoles existen.

El Sr. Juan Ignacio de Armas, en su opúsculo titulado *Orígenes del Lenguaje Criollo,* cree que, por lo menos, han de aparecer cuatro o cinco dialectos distintos: uno en las Antillas, otro en Méjico y Centro América, otro, o acaso dos, en el Pacífico y otro en Buenos Aires.

Volveré a considerar esta opinión en el último capítulo.

Por lo que a Cuba se refiere, desde los primeros momentos

empezó la modificación fonética del castellano, habiendo cobrado tal extensión y persistencia algunos de estos cambios prosódicos, que difícilmente podrán desarraigarse: tales, la pronunciación de la *s* por la *c* y la *z; y* por *ll,* y en ciertas voces, *j* por *h;* así los cubanos más cultos dicen actualmente *sapato, sivilisasión, cabayo, jolgorio.*

Desde luego, excusado es decir que no es entre las clases educadas donde estos fenómenos de transformación se realizan preferentemente, pues en ellas la instrucción y la lectura bastan para contrarrestar la mayor parte de estas desviaciones.

Pero, entre las gentes del pueblo, que no adquieren el conocimiento de los vocablos sino por el oído, y para quienes la mayor o menor corrección del lenguaje no tiene más importancia que el ser mejor o peor comprendidas por sus contertulios habituales, el idioma sufre un verdadero destrozo; y cuando estas modificaciones llegan a ser bien definidas y generalizadas, la transformación fonética puede considerarse definitiva.

De estos cambios, muchos son similares a los que se realizan entre las clases populares de algunas regiones españolas y de otros lugares de América, por la acción de las causas comunes que en todos ellos actúan: así las alteraciones *suidá* por ciudad; *estógamo* por estómago; *probe* por pobre; *asina* por así; *entoavía* por todavía; *dibilidad* por debilidad; *bofetá* por bofetada, y muchas otras más.

Pero en Cuba concurren circunstancias especiales y diferentes que contribuyen a dar a la fonética popular matices peculiares, complicándola de manera extraordinaria.

Recibe nuestro país emigración de casi todas las regiones españolas, pero más especialmente de aquellas en que se hablan dialectos o en las que el castellano se pronuncia con menos corrección.

La mayor parte de los emigrantes españoles que recibimos, son gallegos, catalanes, mayorquines, asturianos, montañeses, andaluces y canarios; comarcas del litoral ibérico o de las islas adyacentes; de las comarcas centrales, donde la expresión es más correcta, apenas recibimos contingente emigratorio.

A esto hay que agregar la influencia prosódica de los negros africanos que desde los primeros tiempos de la colonización fue-

ron importados, y de los chinos traídos también en gran número, desde los mediados del siglo XIX, cuando el tráfico negrero empezó a presentar inconvenientes; en la región oriental hay que notar la influencia prosódica francesa llevada por los colonos de Haití, cuando fueron a establecerse en esta región después de la revolución haitiana; y modernamente hay que tener en cuenta, también, la que se ha introducido entre nosotros por la asiduidad y estrechez de relaciones con los vecinos de Norte América.

Un estudio sistemático de estos cambios fonéticos ha sido hecho por el Dr. Juan M. Dihigo en un trabajo que fué leído el día 10 de abril de 1912 en la Sección X del Congreso Internacional de Orientalistas celebrado en Atenas, y publicado después en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de la Universidad de la Habana (número correspondiente a enero de 1915).

El erudito Catedrático de Lingüística ofrece en dicho trabajo un estudio muy minucioso de estos cambios, clasificados literalmente y con arreglo a las leyes fonéticas principales.

En cambio, no hace ninguna consideración acerca del origen prosódico de cada uno, punto de vista que no creo desprovisto de interés, porque de esta circunstancia dependen, sobre todo, su generalidad y persistencia.

Las desfiguraciones prosódicas más extendidas entre nuestras gentes campesinas y en el vulgo de las ciudades, algunas de las cuales han trascendido hasta las clases cultas de la población, son aquellas que proceden de la influencia aportada por los emigrantes de las provincias españolas donde se habla el castellano sin grandes alteraciones (asturianos, montañeses, andaluces y canarios) o que han ido surgiendo por evolución natural en el pueblo cubano.

Especialmente los dos últimos grupos son los que más han influido en la conformación prosódica del habla popular en Cuba, ya que ellos constituyeron los contingentes emigratorios más antiguos y abundantes que de regiones españolas nos llegaron.

De estas procedencias son las típicas alteraciones de la expresión cubana que señalé en la página 93 [de la obra]; de origen andaluz es la tendencia a suprimir las consonantes finales, especialmente *r, l, d* y *s: señó* por señor; *doló* por dolor; *cafetá* por

cafetal; *mujé* por mujer; *novedá* por novedad; muchos casos de síncopa, especialmente la supresión de la *d* en la sílaba final de los participios pasivos, cambio de *l* por *r*, *j* por *h* y casi todos los casos de apócope tienen también este mismo origen: *sentío* por sentido; *condenao* por condenado; *echao* por echado; *salao* por salado; *escondío,* por escondido; *argo,* por algo; *arsa,* por alza; *insurto* por insulto; *jormiga,* por hormiga; *colorá,* por colorada; *templá,* por templada; y todos los semejantes; la tendencia de estas supresiones es tan fuerte, que se ha extendido a casi todos los vocablos de terminación semejante a estos participios, y aun a otros de mera semejanza en el proceso prosódico, como sucede en los siguientes: *quea,* por queda; *toa,* por toda; *deo,* por dedo; *puñao,* por puñado; *monea,* por moneda; *toítos,* por toditos; *nío,* por nido; *tó,* por todo; *ná,* por nada; *camará,* por camarada; *pa,* por para; *bofetá,* por bofetada, etc.

El cambio de *l* por *r* en medio o al final de palabras; ciertos casos de matátesis, asimilación y disimilación, prótesis y paragoge, han sido producidos por la influencia de los isleños de Canarias: *señol,* por señor; *dotol,* por doctor; *hasel,* por hacer; *ayel,* por ayer; *seguil,* por seguir; *mugel,* por mujer; *pagal,* por pagar; *calta,* por carta; *helmosa,* por hermosa; *pelsona,* por persona; *muelto,* por muerto; *naide,* por nadie; *drento,* por dentro; *suidá,* por ciudad; *estógamo,* por estómago; *agüeitar,* por aguaitar; *dispierta,* por despierta; *dibilidá,* por debilidad; *feligrana,* por filigrana; *denguno,* por ninguno; *dil,* por ir; *vide,* por vi; *asina,* por así, etc.

Las modificaciones fonéticas determinadas por la influencia de los dialectos gallego y catalán, ya tienen menos importancia porque son menos peligrosos, pues su disimilitud con nuestra prosodia usual los hace de difícil incorporación al lenguaje corriente.

Muy propio de los acentos gallego y catalán, al adaptarse al habla castellana, es el cambio de la *o* por la *u*: *abaju,* por abajo; *butija,* por botija; *tulete,* por tolete; *dumingu,* por domingo; *bunite,* por bonita; *cunose,* por conoce; *cumprumiso,* por compromiso; exclusivamente del acento catalán es el cambio de la *a* final por *e*: *bunite,* por bonita; *muchachite,* por muchachita; *une,* por una; *yunte,* por yunta, así como es propio del gallego

el trueque de *g* por *j* y vice versa; *garro,* por jarro; *ajua,* por agua; *Gosé,* por José; *jalón,* por galón, etc.

Las desfiguraciones producidas por la adaptación prosódica de los chinos y los negros de nación y sus inmediatos descendientes, son tantas y tan considerables que son de imposible clasificación; la sustitución de varias consonantes por la *l,* es propia de los chinos: *señolita,* por señorita; *lía,* por día; así, cuando un chino saluda dice: *bueno lía señolita;* en verdad, es inútil aún toda tarea de enumeración, pues estas alteraciones son casi siempre de tal naturaleza que los vocablos quedan desfigurados totalmente: *iñó,* por señor; *cravo,* por esclavo; *rosiento (r* suave), por doscientos; *truja,* por estruja; *disí,* por dijo, etc.

Una variante de estas modificaciones prosódicas la constituyen las usuales en los negros *curros,* tipo del hampa habanera ya desaparecido, pero que ha dejado los rastros de su existencia en la literatura costumbrista y en algunas formas de expresión empleadas todavía en los subsuelos sociales; fué especial en ellos el cambio de la *r,* en cualquier lugar de la palabra, y de la *e* final por *i: peisona,* por persona; *poique,* en vez de porque; *chaico,* por charco; *andai,* por andar; también fué propio en ellos el cambio de *s* por *r* en medio de palabra: *casne,* por carne; *decislo,* por decirlo; *vendeslo,* por venderlo; *vesdolaga,* por verdolaga.

¡Cosa particular! Estas extravagantes alteraciones de la prosodia corriente trascendieron más al habla del vulgo que las propias de los chinos y los negros de nación; hasta el extremo de que muchas de ellas han persistido a pesar de la desaparición o reducción considerable del tipo *curro,* en gran parte desalojado y casi suplantado por el ñáñigo.

Débese probablemente aquel fenómeno, el de la persistencia de las modalidades prosódicas del *curro,* al exhibicionismo propio de este tipo criminal, cuya delincuencia, muchas veces al servicio de las autoridades políticas y de las gentes ricas ([8]) se desbordaba en la impunidad, excitando la admiración de las gentes con las cuales convivía.

Casi tan notables como las modificaciones fonéticas, son las

(8) *Los negros curros.*—Extracto de una conferencia.—Fernando Ortiz. (Cap. incluído en el libro *Entre cubanos.* Librería Paul Ollendorf, París.)

raras formas morfológicas y sintácticas con que el habla castellana queda dispuesta en labios de estos tipos, en su expresión habitual.

Construcción de vocablos impropios, por atracción de voces análogas; derivaciones y composiciones absurdas; cambios en el género y número de nombres y adjetivos; supresión absoluta de las leyes de la concordancia, inverosímiles construcciones, todos estos fenómenos se mezclan dando origen a una jerga bárbara, aun sin tener en cuenta la influencia de los vocabularios brujo y ñáñigo, de que hablaré especialmente más adelante, con lo que resulta un lenguaje tan desfigurado, que un extranjero, no perito en cuestiones lingüísticas, de ninguna manera podría identificar con la lengua castellana.

Mejor que una exposición sistemática de todos estos fenómenos a que me he venido refiriendo, creo que puede convenir a un libro de mera vulgarización, como aspira a serlo éste, la transcripción de fragmentos tomados de obras literarias escritas sobre costumbres cubanas, en que se muestren en conjunto las peculiaridades de la expresión de todos estos tipos que con nosotros conviven influyendo más o menos en el modo corriente de hablar de las gentes del pueblo.

... ...

VOCES Y MODISMOS NUEVOS

Aparte de estas alteraciones fonéticas, hay otras de carácter morfológico y lexicográfico en virtud de las cuales el habla castellana en Cuba adquiere cada vez un aspecto más peculiar.

Por derivación y composición y por formación original, han aparecido entre nosotros multitud de voces además de las originarias del Siboney, de que ya se ha hecho mención, que constituyen verdaderos *cubanismos* porque aquí tan sólo se usan o aquí han empezado a usarse y desde aquí se han divulgado.

En el *Diccionario Provincial casi razonado de Voces cubanas*, de D. Esteban Pichardo, (9) puede encontrarse sobre este asunto una información tan amplia como se desee.

---

(9) Habana, Imp. La Antilla, 1862.

Después de la fecha en que fué recogido el caudal léxico que este Diccionario contiene, el proceso ha continuado y, en la actualidad, el número de voces locales usadas en Cuba es mucho mayor.

Así son, por ejemplo, palabras como *abombar,* calentar agua; *aboyar,* flotar sobre el agua; *afilorado,* compuesto, arreglado; *afuetear,* castigar con un fuete; *aguaitar* o *agüeitar,* mirar; *ahorita,* diminutivo de ahora; *ajiaco,* guisado campesino; *ajonjolí,* planta y semilla del sésamo; *arranchar,* perseguir a los negros cimarrones; *atajaprimo,* baile muy popular entre los campesinos; *vivijagua* o *bibijagua,* especie de hormiga; *chipojo,* gran lagarto de colores cambiantes; *cascarilla,* polvos de cáscara de huevo molida, que usan las señoras para blanquear el rostro; *catatá,* persona tonta o fatua; *cobijar,* acto de poner el techo de guano en las casas campesinas; *aplatanar* o *aplatanarse,* la adaptación que con el tiempo sufren los extranjeros en Cuba, hasta familiarizarse con las costumbres del país; *cuquear,* provocar o excitar; *cutara, cutarazo* (usadas en la región oriental), chancleta y chancletazo; *champola,* refresco de guanábana; *changüí,* bailecito o reunión de gente alegre, equivalente de la palabra usada en otras regiones, *guateque,* etc. etc. en gran número, para cuyo conocimiento en detalle puede acudirse a la obra antes mencionada.

De muchas se hace referencia en los modismos, de que paso a tratar en los párrafos siguientes.

*

Otro motivo de diferenciación que está surgiendo en Cuba es la multiplicación de los modismos, para formar los cuales hay entre nosotros disposición y fecundidad extraordinarias.

Tanto entre las gentes campesinas como entre el vulgo de las poblaciones, la conversación parece a veces un rosario ininterrumpido de modismos y *dicharachos,* a la manera de Sancho Panza cuando ensartaba refranes.

Difícil es señalar con precisión una línea divisoria entre estas dos formas de la expresión; hay frases tan toscas y a veces groseras, que indudablemente deben ser tachadas de dicharachos incultos; pero, en ocasiones, frases en estas condiciones, más o

menos bien limadas, han pasado a la conversación corriente y no hay más remedio que considerarlas como modismos más o menos aceptables.

Otras expresiones de esta índole fluctúan algún tiempo entre la chusma del hampa y las gentes semicultas, hasta que desaparecen o se perpetúan.

Entre los modismos caídos en desuso, muchos estuvieron enlazados con ciertas costumbres o formas de vida que han desaparecido llevándose consigo todo un vocabulario; tal ha ocurrido, por ejemplo, con la trata de africanos y la esclavitud.

Cuando un comerciante vendía negros recién traídos de África, para expresar que no se hacía responsable de enfermedades u otros accidentes, decía que la venta se entendía *"Alma en boca y huesos en costal"* (10); los negreros que se dedicaban al acarreo de esclavos, decían que comerciaban en *"madera de ébano"*; cada negro, en el barco, era un *fardo;* los negritos eran llamados *muleques.*

Los equipos de ropa que los dueños enviaban a sus esclavos de las fincas, cosa que generalmente hacían en diciembre, por la época de Pascuas, se llamaban *esquifaciones;* el castigo de azotes impuesto a un negro, por la forma en que se le administraba, se llamaba un *bocabajo;* el negro de nación, de lenguaje todavía incomprensible, era llamado *bozal;* cuando ya entendía y se hacía entender de sus capataces y amos y adquiría destreza en el trabajo donde se le empleaba, se llamaba *ladino;* al negro prófugo en el monte, se le decía *cimarrón;* los campamentos que establecían varios *cimarrones,* cuando se reunían, eran llamados *palenques,* y el acto de reunirse y formar el campamento, *apalencarse;* los hombres armados que se dedicaban a su persecución se llamaban *rancheadores,* y la práctica de esta profesión, *arranchar.*

Los modismos usados por la gente campesina son, por lo general, más tolerables que los usados por el hampa de las grandes poblaciones, especialmente de la Habana, de donde dimanan casi todos.

---

(10) *Diccionario Provincial de voces Cubanas.*—Esteban Pichardo, p. 10.

Para expresar que una situación es difícil o que encierra algún peligro, nuestros guajiros dicen que *la cosa está de chupa y déjame el cabo,* y también *de chivo cojo;* si algún asunto se malogra o sucede de mala manera, dicen que *la puerca torció el rabo.*

Cuando alguien da muestras de cortedad en alguna reunión, se dice que *cogió manigua;* una respuesta ruda o una resolución violenta, se dice que son de *arranca pescuezo;* de una persona que abusa de la tolerancia o de la debilidad de otra, se dice que el *cochino sabe en el palo que se rasca;* con diversos sentidos, algunos de escasa decencia, he oído usar la frase: *el verraco está en la yuca;* generalmente se dice cuando alguna combinación está preparada o para indicar la presencia de alguna persona peligrosa.

De una persona que vive aislada, o que se halla soltera, viuda, etc., se dice que está *baracutey;* en algunas regiones de Vueltarriba la frase: *le dije más que Botija-verde* o, *lo puse como Botija-verde,* significa el colmo de la injuria.

Dar cabuya, es amarrar una persona o animal; *dar caritate,* significa provocar la envidia o los celos de una persona, con algún alarde o con desdenes ostensibles.

Para expresar que una persona se finge desentendida de algo, se dice que *se hace el chivo loco.*

No ser *ni chicha ni limoná,* expresa la inutilidad de alguien o de alguna cosa; *pescar gambusinos,* indica estar ocupado en algo inútil que no produce nada; en Vueltarriba el sustantivo usado como interjección tiene un significado indecente.

Entre las muchachas solteras, para indicar al hombre casado, con hijos, o con cualquier otro compromiso que le impide contraer matrimonio, se le llama *galleta con gorgojo; coger güiro,* o *descubrir un güiro,* quiere decir averiguar o descubrir una cosa reservada.

Es muy común entre las gentes del campo indicar conformidad, admiración o sorpresa, con la interjección *¡Anjá!;* en Oriente, con la primera significación, se usa la frase *Angela María,* en Occidente es muy usual decir *Angela Pérez.*

Cuando una persona es entretenida por otra en un asunto con promesas y aplazamientos, se dice que *la están jamaqueando;*

cuando el hecho es recíproco, se dice con reticencia que *trae* o se *traen un jamaqueo...*

En algunas comarcas del centro de Cuba se usa el verbo *chipotear,* como sinónimo de burlar, menospreciar.

Muy conocida es la típica exclamación: *sola vayas!* con que los guajiros creen ahuyentar el mal influjo que atribuyen a la aparición de una lechuza, y que usan por extensión en casos semejantes.

Si un campesino quiere ponderar el saber o la astucia de una persona, dice que es *muy sabichoso,* que *sabe más que las bibijaguas, más que gente de pueblo,* o bien que *sabe donde el jején puso el huevo.*

Al individuo torpe, tonto o bruto, se le llama: *sanaco, sanana, mentecato* o *verraco.*

La frase *echar una manigüita,* es casi equivalente de *echar una cana al aire,* pero refiriéndose más bien al juego de baraja o de gallos; es como permitirse alguna vez, por excepción, jugar un poco.

Para indicar que una persona vive o se fué muy lejos, dícese que vive o se fué a las *quimbámbaras;* el sustantivo se ha sincopado en algunos lugares y se pronuncia *quimbambas:* en la estructura de esta palabra se advierte el origen africano. Así sucede en otras muchas, como *quedar de aronga* (quedar muy bien); *veréme nelle* (ya veremos); *quiquiribú mandinga* (se acabó, o no hay más que decir); *echar bilongo* (dar veneno). etc.

No por agotada la colección, sino porque no es mi propósito hacer enumeraciones sistemáticas, y sí tan sólo considerar estos fenómenos del lenguaje en su conjunto, mostrando de cada caso los ejemplos pertinentes para su mejor inteligencia, dejo las expresiones campesinas para ofrecer algunas muestras de los dicharachos y modismos ciudadanos.

He de pasar por alto, limitándome a señalar su existencia, sobre las frases peculiares de ciertos grupos sociales permanentes o accidentales, como los tabaqueros, vendedores de periódicos, jugadores de gallos, de baraja, etc., que son usadas entre ellos exclusivamente y que apenas han trascendido al gran público de la calle, tales como *amarrar una rueda,* con lo que indican los tabaqueros el cumplimiento de una cierta tarea en su trabajo;

volar un marchante, pedir un logro, hacer una *carañuela* (equivalente de *levantar un muerto), volar la valla, venir la mala* y muchas más.

Más adelante me referiré también a la *jerga* del hampa habanera, que es, entre nosotros, el equivalente del *argot parisiense* o del *caló* andaluz y madrileño, donde presentaré varios ejemplos de las voces y modismos usados entre las gentes de mal vivir.

*

Algunos dichos hacen furor durante algún tiempo y luego caen en desuso; hace varios años escuchaba uno quizás más de cien veces al cabo del día la exclamación: *Jorobado, ponte un vino;* es probable que, al principio, esta frase tuviera un significado directo, conforme con el sentido de sus palabras; después se le dieron sin ton ni son aplicaciones diversas; para rechazar una petición inconveniente, contestaba el asaltado: *ponte un vino;* para demostrar que se comprendía la malicia de alguna insinuación, explicación o noticia, se pronunciaba el dicharacho y en muchos casos más.

Igual suerte y con variadas interpretaciones han circulado otras frases tan incoherentes y toscas como ésta, de las que hoy apenas se guarda un recuerdo, tales como: *está viva,* dicho que llegó a constituir una verdadera monomanía pública; la frase: *déjalo guardia, que es motorista,* igualmente desprovista de una significación precisa, llegó a entenderse como una especie de desacato para los agentes del orden público, y, por causa de ella, algunos inofensivos trota-calles fueron conducidos ante los jueces correccionales.

Con diversas significaciones, especialmente la desconfianza, era muy usual, hace algunos años, decir: *amarillo, suénamelo pintón.*

La frase *me dijiste* es muy corriente para expresar duda; para manifestar admiración por la abundancia o por la excelencia de alguna cosa, se dice *como mono;* se da a entender un fracaso sufrido, diciendo *se rompió la máquina.*

Asimismo, para indicar que una cosa ha sucedido tal como se preveía o se sospechaba de antemano, se dice: *¡como palo!;* y

como signo de repulsa o despedida, es frecuente decir, *ábrete, penca de guano.*

Algo más arriba de la categoría ideológica que puede atribuirse a estos dichos, casi equivalentes a meras interjecciones, se encuentran otras frases, que, cuando se afianzan en el uso, no queda más remedio que considerarlas como modismos, por desprovistas de sentido que ellas sean.

Hace quince o veinte años era de uso casi general la frase: *no te mojas ni con papas;* verdadero despropósito, que equivale a una negativa o para exponer la seguridad de que algo deseado por otro no se logrará; todavía este dicho es algo usado, pero sólo en su primera parte: *no te mojas.*

De una persona que no trabaja, se dice que *no da un golpe* o que *no hace ni un pimiento;* para desengañar a alguien que pretende alguna cosa, se le dice: *ni te ocupes, Guadalupe;* adular o halagar a una persona con algún fin interesado, es *pasarle la mota; dejarse pasar la mota* significa más bien consentir algún abuso.

Para indicar la excelencia de alguna cosa se dice que *está pulpa,* o que es de *pitiminí golpeao;* o que *tiene tarabilla*, que *tiene rabia, timbilla, cocorícamo* o *mejengue;* y también que *hay que darle medio para caramelo.*

Hacer alguna cosa muy bien es *darle dulce a la pelota;* y estar dispuesto a presentarse en buena oportunidad para algo, se llama *estar al bate;* cuando a una persona le dan una noticia que ya conoce, y en los demás casos similares, es usual decir: *ya ese perro me mordió.*

Para indicar a alguien su inconveniencia, se le dice: *no arrugue que no hay quien planche;* y se expresa desconfianza o malicia diciendo: *¿el qué, Mariano?*

Se dice *arrancar el gañote* en el sentido de matar, herir gravemente, o como amenaza fuerte; *arrancar el sollate,* o bien *arrancar tiras del pellejo,* o *arrancar el pellejo, cortar un traje* o *meter tijera,* significa murmurar, usándose las distintas variantes del modismo según la profundidad, ensañamiento o minuciosidad del caso.

Cuando se desea alejar o separar de una persona o de un lugar a alguien que muestra gran resistencia y pertinacia, se

dice que *"hay que darle candela como al macao"*; se llama *vivir* o *disfrutar alguna cosa de guagua,* el vivir a expensas de los demás, o disfrutar de algo sin pagarlo; también se dice *vivir de sabroso; dar julepe* es usar con exceso de algo; a veces indica castigo, como en la frase: *le di un buen julepe; dar palucha* es hablar con exceso y sin fundamento; y para expresar que alguien tiene esta propensión, se dice que es *un paluchero.*

Ser *agarrado* o *pijotero,* significa ser económico o más bien avaro.

La seguridad sobre cualquier suceso u opinión, se significa diciendo *sin jerónimo de duda;* cuando una persona es despedida de una colocación o de cualquier lugar, se dice que le *rasparon el rabo.*

Frases de origen hampón, algunas de las cuales han rebasado los límites de las clases sociales peri-hamponescas, las hay en gran abundancia, como *sacar lasca,* por obtener alguna cosa; *pegar el jigante* (algo anticuada), equivalente de *pegar la gorra* (frase del hampa española); *meter los trozos,* por comer; *gastar una punta de choteo,* por bromear; *gastar la harina,* por gastar el dinero; el acto de huir o alejarse con disimulo, es *safar el cuerpo;* la provocación o incitación femenina que consiste en mirar de soslayo y recoger la falda con la mano plegándola lateralmente con fuerza, se llama *dar un rabazo;* si una persona es sorprendida en la realización de un acto delictuoso o no, pero que ella desara ocultar, se dice que fué cogida *asando maíz;* y si se quiere decir que alguien tiene una coducta sospechosa, se usa la frase, *camina como químico.*

Remedando la prosodia de los africanos, o quizás porque en labios de alguno tuvieron origen, se usan también varias frases, como cuando se dice: *Pá lo que tú siví,* principio de la frase: *Pá lo que tú siví, manque ti julla canilla fraca,* con lo que se indica indiferencia por alguna pérdida insignificante; o el dicho meteorológico vulgarmente atribuído a *ño Francisco: Cuando relápago lumbra, la rayo tá caminando,* con lo que se quiere advertir la inminencia de un peligro, ante un indicio que lo anuncia.

Las modalidades y características de las jergas briboneseas son estudiadas aparte, en el capítulo próximo, por lo que me

limito a consignar aquí tan sólo estas frases algo limpias, a pesar de su origen, que se han incorporado al lenguaje popular; aunque, a decir verdad, sería tarea casi imposible la de señalar límites a las zonas de circulación de los dichos y voces propios de las gentes de mal vivir; y es cosa bien chocante para un observador, cuando escucha de labios de personas respetables, delicadas señoritas a veces, expresiones salidas de las galeras del presidio, de las salas de un burdel, del cuarto *fambá* o de los escondidos rincones donde se rinde culto a *Shangó*.

ARTURO MONTORI.

La Habana, 1916.

Es, entre los jóvenes dedicados al magisterio en Cuba, uno de los más sobresalientes, no sólo por su ilustración, sino por sus ideas avanzadas y su empeño de difundirlas generosamente, ora en estudios tan importantes como la *Crítica del método Herbartiano* (1909), *La fatiga intelectual* (1913), *Ideales de los niños cubanos* (1914), *La enseñanza religiosa y la moral cristiana* (1914) y *Tipos de apercepción en un grupo de niñas cubanas* (1915), ora en la revista *Cuba Pedagógica*, que desde hace diez años dirige en unión del Dr. Ramiro Guerra. Es Doctor en Pedagogía, ha sido Inspector Escolar y durante varios años dirigió escuelas y tuvo a su cargo aulas. Obtuvo en 1915, por oposición, el cargo de Profesor de Gramática y Literatura en la Escuela Normal para Maestros de La Habana, que actualmente desempeña.

Le quedamos altamente reconocidos por su atención de enviarnos estas interesantes páginas de su nueva obra próxima a ver la luz pública *(Modificaciones populares del idioma castellano en Cuba)*, de la cual aparecen aquí, casi completos, los capítulos VIII y IX.

LOS ANTEPASADOS

(DE FERNAND GREGH) (1)

Era la tarde. Erraba yo en inmensa llanura,
desierto prodigioso que siempre recomienza,
como si renaciese de sí mismo, sin fin;
llanura rocallosa y de finas arenas
todavía iluminada con purpúreos fulgores
que le enviaban, cual bellas claridades de aurora,
rayos horizontales de un grande sol poniente.
Y sobre aquel monótono y gigantesco campo
que cubrir parecióme de pronto el orbe entero,
la lejanía, en vago misterio fabuloso,
la lejanía flotante en el profundo espacio,
ir parecía a perderse en los bordes del tiempo.
Sí, en aquellas arenas desmesuradas y agrias
tomaba la extensión de duración aspectos;
y así cual las llanuras eran siglos, un pliegue
del terreno era un día, cada roca una hora,
cada grano de arena, un momento escapado
del tiempo inextinguible, y era cual si aquel campo
sin fin, en Infinito la Eternidad formase...



Ahora bien, en la arena por el sol calcinada,
de hombres y de mujeres miles en grupo había,
confusa enorme masa que extraviaba mis ojos,
en donde se mezclaban los fuertes y los débiles,

---

(1) Del libro *L'or des minutes*. Paris, 1905.

los viejos y los jóvenes, los talles delicados
y frágiles, los torsos grandes y musculosos;
y aquella inmensa turba la formaban parejas
que hasta los vaporosos confines de la tarde
se sucedían, volviendo todos la espalda al sol,
cuya luz yo tan sólo la recibía de frente;
todos, agazapados por pares en las piedras
en donde sin rumor rompía el viento sus ondas,
vivos aquellos seres y muertos parecían,
conservando en sus cuerpos vigorosos o débiles
la apariencia de un gesto para siempre inmutable
—cual pueblo que un torrente de ceniza parase;—
y algunos semejanzas entre sí presentaban.

Pero yo, deslumbrado por la gran muchedumbre,
cual marino a quien ciega ola inmensa ante el sol,
entre aquel oleaje humano allí esparcido,
de pronto me sentí perdido y extranjero;
cuando al fin en el hueco estéril de una roca,
mis ojos distinguieron la pareja más próxima,
que iluminaba, enviado por espejo de arenas,
el reflejo del sol que en la tarde expiraba.

Y a mi padre vi allí y a mi madre... Que estaban
adosados al muro que parecía ampararles,
y, sin un movimiento, con aire aniquilado,
entrambos me miraban en profundo silencio.
Y yo iba, con amor inquieto que se lanza,
a decirles ¿por qué tal duelo y tal silencio?
cuando, tras de mi padre, reconocí también
lado a lado, inclinando encanecidas frentes,
y torcidas las bocas por amarga sonrisa,
su padre, pensativo, su pensativa madre,
que yo en mi infancia viera, entorpecidos viejos,
morir, lejos del suelo natal, en nuestras brumas.
Y detrás de mi madre se encontraba su padre,
rubio y eterno enfermo que sufre y desespera,
su madre de ojos negros donde un alma irradiaba,

y además, con su dulce sonrisa algo burlona,
parisiense a la antigua de regocijo ingenuo,
su abuela que también muy niño he conocido.

Y luego detrás de ellos otros seres venían,
desconocidos éstos a mis ojos; no obstante
algunos presentaban rasgos de semejanza,
y también me miraban en el mismo silencio.
Y siempre, dos a dos, hasta el fondo del llano,
eran mujeres y hombres, y cada cual tenía
detrás de sí otros dos seres entristecidos
que seguían dos parejas en el desierto inmenso;
y en la rojiza arena las parejas formaban
como un surco en enorme ensanchado abanico,
o cual árbol monstruoso por tierra derribado,
que desde el solitario tronco, ramificándose
hasta los más extremos vástagos de sus ramas,
de nudo en nudo fuese brotando a lo infinito
y era yo el punto en donde terminaba aquel surco,
yo, hacia quien, produciendo parejas por ramaje,
de retoño en retoño y de vástago en vástago,
todo el inmenso bosque humano convergía,
¡era yo, solo en medio de marmóreos espectros,
la línea de aquel surco y el fuste de aquel árbol!

Y todas las parejas que yo veía a lo lejos
prolongando sus filas onduladas e inmóviles
en un eterno gesto, y en enormes distancias
escalonadas, eran cual cuerpos esculpidos
según todas las formas, y abigarrados todos
con los innumerables colores del pasado.

Y espantado, quería comprender tal prodigio;
y, de un vértigo fúnebre sobrecogido el ánimo,
de súbito, resuelto entréme tristemente
con paso firme y rápido, como desesperado,
en la infinita masa de ondas siempre más vagas,
cual nadador que se echa de la orilla a las olas.

Y vi, según del lado de mi padre marchaba,
todo un pueblo marino y a la vez comerciante,
malteses de otros tiempos, pescadores, piratas,
tunantes de los mares, armadores de barcos,
ávidos traficantes en todos los caminos
de la mar, manejando el oro con las manos
callosas agrietadas por las arboladuras,
que a la cintura llevan los cortos estiletes
y chillones pañuelos de seda en la cabeza.
Pueblo de tez quemada y de facciones finas,
de ojos provocativos y trajes pintorescos
que primos parecían de berberiscos trajes;
todos pasando aún por sus piadosos dedos
las cuentas del rosario supersticioso y simple;
pues se dice que fué en esta blanca Malta
donde en los días primeros, pasado ya Corinto,
nave del aire que iba siguiendo la de Pablo,
posó por vez primera la mística paloma;
después, como por siempre en un éxtasis físico,
rimando todavía al son de vanas músicas
sus gestos, prisioneros de lazos invisibles,
eran los saltadores y alegres italianos;
después, bajo los rayos de la tarde más tristes,
eran los griegos, griegos alígeros y artistas,
marineros que el viaje monótono encantaban
con versos como cantos de niños-dioses, e iban
en sus brazos desnudos, pulidos como el paros,
la cítara de Apolo con el remo de Ulises;
helenos refinados, profundos y sonrientes,
cuyo nombre más breve, que los romanos dieron,
roncamente emitido por árabes gargantas
que guturalizaban su rápido sonido,
de siglo en siglo en Malta se transformó en mi nombre.
Más lejos, de la época de Hamílcar y de Hannón,
de quienes, en la isla de las azules radas,
arrojada a las casas por turbión repentino,
desembarcara un día la dotación primera
de un navío fletado por los antiguos Barca,

eran pobres colonos de la sombría Cartago,
duros en el combate y en el botín feroces,
y mujeres que aun iban como Dido vestidas;
después, como arrojados de Tiro o de Sidón,
al golpe de los vientos del mar mediterráneo
a los duros desiertos de sirtes africanas,
eran, como perdidos en los antiguos días,
los audaces fenicios, comerciantes de fino
espíritu inventivo, los maestros primeros
del arte misterioso, profundo de las letras,
parejas de nariz como un filo aguzada,
y grandes ojos negros, de frente en su perfil;
luego, en los fugitivos horizontes, más lejos,
multitud que decoran graves joyas, cambiantes
al sol que parecía avivar sus fulgores,
eran parejas lentas o ligeras de Oriente,
egipcios pensativos y graves, bruscos medas,
y pastores caldeos que, solos, por las noches,
cerca de sus rebaños, mas con abiertos ojos,
sin conocer apenas el rincón de universo
adonde les echaran victorias y desastres,
soñadores, viajaban por el cielo en los astros;
todo un pueblo mezclado, grave, triste, orgulloso,
torrente que tenía aires de ir a perderse
do nace todo sueño y toda poesía,
en la tiniebla cálida e inmensurable de Asia...



Del lado de mi madre, mientras me adelantaba,
vi a su turno los vivos y melosos franceses
cuyo cordial espíritu en sus rostros respira,
y cuyo excepticismo borra la fe en sus ojos,
que escrutar parecían siempre en el horizonte
la vasta aurora pálida de la diosa Razón:
burgueses volterianos de chalecos románticos,
soldados del Imperio con sus antiguas águilas,
cortesanos vestidos de rosa o gris, cegados

ante Francia, dorada por el sol de los Luises,
gascones impetuosos, vanos de Enrique Cuarto
que aun parecían armados y a batirse dispuestos,
parisienses con cascos para alegres hazañas,
turenos con graciosos dijes de los Valois;
francés de la edad media oscuro, masa obrera
que exhausta, apenas puede elevar su plegaria;
francés de Carlomagno, que aún sostiene en las manos
el largo hierro crudo de los viejos germanos,
tropa armada, de francos belicosos y rudos
que llevan doble lanza y las cortas espadas,
galos que desafían al cielo, cuyos rayos
enrojecían sus sayos y sus brazos desnudos,
y los galo-romanos con las capas de esclavos,
y latinos altivos por llevar laticlavias,
pero a quienes ya hería secreta decadencia,
y los celtas que llevan ramos de verde muérdago
con que adornan sus hembras las cabelleras de oro,
o que tienden al druida las argentinas hoces,
y, como en los profundos escalonados siglos,
los grandes arios blondos con pastoril cayado;
por último tras ellos, pueblos de quien la historia
ni siquiera en la mente pudo fijar el nombre,
que también parecían ir a perderse en Asia,
donde, hurgando en su noche de púrpura y de oro,
toda nación del orbe encontraría sus huellas,
matriz inagotable y común de las razas...



E iba yo tambaleando, a veces, como un loco,
iba entre aquellas filas apretadas, dudando
adonde dirigir la extraña correría
que a cambiar me llevaba al par llanura y época;
y ahora más distantes, del uno y otro lado,
al azar de mis pasos, ya rápidos o lentos,
cerrando con su oscura muralla el horizonte,
que se abría detrás de ellos, según me adelantaba

entre la cola inmensa que formaban, inmóvil,
eran hombres más feos y mucho más selváticos,
vestidos toscamente de pieles de animales,
con morros de leones ornadas las cabezas
o con pelajes negros de uros en la cintura;
con las hachas de bronce y las lanzas de hierro,
y remos de madera y las lacustres redes,
soldados, cazadores, pescadores, especie
de rústicos guerreros, que todavía más lejos,
desnudos casi, horribles, sin pudor enseñaban
sus ingenuos enlaces; de estrecho cráneo, y ojos
que el párpado enfrenaba, sólo tenían cuchillos
o las flechas de piedra, torpemente inventadas
por su razón naciente; y aun más lejos, al límite
del inmenso horizonte, tropa equívoca, de aires
de rebaño, mezclados, y siempre era lo mismo:
siempre de dos en dos, siempre el macho y la hembra,
más ambiguos al término de más remotos tiempos,
seres extraños, vagos, casi, casi indistintos,
de nariz chata y brazos largos, horribles faunos
de cuyas cortas frentes se juntaban las crines
a vellones espesos de los peludos pechos.
Y que, alzados apenas en sus pies, no teniendo
ni el sílex en sus manos, sombríos arrastraban
a manera de mazas, las ramas de los árboles,
semejantes a aquellos de tiempos fabulosos,
Términos, que mezclaban en sí dos elementos,
cautivos a mitad de un cuerpo animal, como
si la bestia aún sirviese allí de estuche al hombre...

Y yo avanzaba siempre, remontando en mi marcha
a la vez que el espacio el tiempo, sin descanso,
apartando mis ojos febriles por momentos;
pero ellos, siempre inmóviles y silenciosos siempre,
parecían fijarme ojos dulces, amantes;
y yo creía sentir de momento en momento,
que si algunos de entre ellos tuviesen rostro humano,
aun más,—si comparándoles mi imagen en espíritu,

como a veces, de noche, ante un opaco espejo,
siente uno que está allí, reflejado sin verse,—
todos con semejanza indecisa y suprema,
vagamente también a mí se parecían.

***

De súbito mis gritos contener pude apenas,
y me deshice en lágrimas: había comprendido.
Todos aquellos muertos,—oh, qué indecible horror,
(¡Que esto venga a ser cierto lo más tarde posible!)
todos, y de escribirlo el alma me remuerde,
¡todos, ay! aun mi padre y mi madre eran muertos!
—Todos aquellos muertos, todos aquellos seres,
era el inmenso grupo de mis antepasados,
toda la sucesiva, débil humanidad
que, dos a dos, llegó hasta a darme la vida,
todos los hombres, desde las épocas remotas,
que me han dado la savia ardiente de mis venas,
de quienes el azar de amores y de sangres
ha hecho que en lo infinito de los siglos yo venga,
desde el día en que la especie apareció en la tierra;
cadena cuyo cabo se pierde en el misterio,
que me legó mi vida y mi alma y mi nombre,
de la que ayer he sido el eslabón supremo!

***

Y entonces todos, viejos o jóvenes, al rayo
de la luz, siempre augustos, pero siniestros siempre,
y aun ante mi emoción, no tan ensombrecidos,
cual si esperasen ellos a que yo comprendiese,
para romper, opaco grupo, cuando pasase
el inmóvil aspecto que eterno parecía,
todos, mientras que yo me sumergía en sus ondas,
se agitaron así como un bosque a los vientos
de otoño, o como al sol que filtra entre las nubes,
de súbito movido, se funde el mar helado.

Sí, todos a la vez, los lejanos, los próximos,
volviendo la mirada, levantando los brazos,
moviendo la cabeza por sacudir la muerte;
abriendo y recerrando las bocas que, en silencio,
dibujaban, tan sólo por mi vista entendido,
el vano llamamiento de un grito siempre mudo,
tal como una escultura de mármol que se anima
y que vacila, todos con unánime angustia
y letárgico esfuerzo despertaron del largo
sueño en que les tenía la muerte; y al instante
todos, en un inmenso, melancólico gesto,
—tal un hombre que, triste y sin hablar, invoca,
y con dedo patético quiere llamar a alguno,—
todos en sólo un gesto extrañamente unánime,
me mostraron entonces con infinitas manos
algún punto doliente en sus marchitos cuerpos.

Los hombres,—hacia quienes en el primer momento
me llevaban fraternos y filiales impulsos,—
los hombres, de mirada llena de graves cargos,
con la acción me indicaban los que tenía más próximos,
sus frentes aún surcadas por profundas arrugas
que allí dejó el esfuerzo de cumplir sus destinos,
y, cual socava el choque de las olas las rocas,
los surcos se advertían del batir de la idea;
sus ojos fatigados, aún no enjutos de lágrimas,
sus ojos fatigados de haber visto, soñado,
suplicado, buscado en las encrucijadas
ocultas de la suerte, el camino más recto;
sus bocas aún amargas de morder en la duda,
sus labios corroídos por esperas y afanes,
sus cuellos que el dogal de la angustia apretaba,
y a veces, torpes nudos de retorcidos dedos
sus manos que una a otra se mostraban, sus manos
de gemelos estigmas; de haber trazado tantos
números o palabras, entumecidas ya,
por haber sostenido tantos libros, exangües,
crispadas por la hoz o por blandir espadas...

Luego, en tanto que yo iba adelantando entre ellos,
aquellos más lejanos, más tristes, más en número,
apretados cual uvas en racimos, mostraban
a mi vista en sus cuerpos menos nobles lugares,
sus pobres pies errantes, por el guijarro heridos,
fugitivos talones que los lobos mordieron
en selvas tenebrosas, en donde el clan humano
escapa ante los saltos de bruscas alimañas,
sus piernas que la lucha arqueaba todavía,
sus lomos humillados por los eternos fardos,
sus pechos con las manchas de la sangre cuajada,
sus costados con hoyos abiertos por las flechas,
sus vientres aplastados por el hambre sufrida!

Y luego las mujeres, las mujeres al cabo,
desde un extremo al otro del horizonte, todas,
todas, muy apretadas, cual ovejas en ruta,
las jóvenes, las viejas, con lindos, con feos brazos,
con senos rebosantes, con los senos vacíos,
con cabellos trenzados bellamente, con pelos
colgantes y ocultando a medias los semblantes,
todas, todas al cabo, con sus trémulos dedos,
a la vez me indicaban sus dolientes entrañas,
sus entrañas abiertas por escondidos cortes,
más anchos que los hechos en guerra a sus maridos,
sus entrañas sangrantes, desgarradas, cosidas,
y como por enorme arado laboradas!

Y yo andaba, oprimido de horror y de ternura,
en medio de la trágica multitud lamentable...

***

Y de aquella gran masa de seres, antes mudos,
como si, mientras tanto que se iban removiendo,
su agitación hubiese hecho un ruido sombrío
en el aire, abrasado por sus gestos sin número,
bien pronto se elevó un murmullo profundo,

semejante al confuso que hacen grandes encinas,
y que juzga el poeta, por sueños embriagado,
ser el aéreo canto de subterráneas savias,
la sangre vegetal que en las ramas susurra;
y era una extraña queja, sin que palabra exista
para expresarla, inmensa, enorme, continuada,
que parecía venida del fondo de las almas,
cual si todas las sangres que en sus cuerpos corrían
ciertamente cantasen en súbitos acordes,
cual si la humilde savia humana en sus arterias
sus rumores aislados, entonces confundiese,
y yo creí, temblando, que en el lúgubre ruido,
de pronto oía la voz de la sangre llorando...

Y, como canto de agua que va llenando un vaso,
el murmullo, aunque estaban taciturnas las bocas,
creció, se infló y tomando cuerpo, fué ya una voz,
y entonces les oí que me gritaban: "¡Mira!

nuestros ojos, quemados por la sal de las lágrimas,
nuestros dedos, heridos por armas o por dientes,
por garfios aguzados, por hierros y por flechas;
contempla nuestras manos, nuestros pies, nuestras frentes,
mira nuestras entrañas; y mira sobre todo
en nosotros, los hombres, las frentes arrugadas
de los que por la raza entera meditamos,
que nos hemos impuesto por un profundo instinto
vaticinar la forma del próximo futuro;
mira nuestras heridas entrañas de mujeres,
que, vertiendo la sangre más pura por los senos,
al deber resignadas de procrear, humildes,
damos el material que ha de esculpir el tiempo;
mira hinchazones, chirlos, mordidas, arañazos,
que hacen de nuestra inmensa multitud una herida:
y es por ti, cuyo grito lejano nos llamaba,
por lo que hemos sufrido todo eso, sí, todo,
hijo mío, nuestro hijo de todos, y esperanza,
fin de nuestro perenne y múltiple sufrir,

voto común supremo de toda nuestra carne,
sér misterioso, sér invisible y querido
que a través ahora vemos de flechas y metrallas,
vástago fabuloso que ansiaron nuestros órganos,
amor de nuestro cuerpo, ardor de nuestra sangre,
que dos a dos creamos en los tiempos gimiendo,
y en quien hemos ansiado revivir, transmitirnos,
esperanza que súbito nuestra carne embriagaba
en horas de deseo y voluptuosidad,
cual si, torrente cálido y sorda voluntad,
toda la onda hirviente de la futura vida
que iba por nuestros cuerpos en el amor unidos,
los gérmenes sin número que en nosotros rodaban
a nuestros lomos diesen la fuerza del león!
Y era a ti, vago polo humano que nos llama,
hacia quien gravitábamos en el largo martirio,
sér indistinto, allá perdido en el futuro,
a quien no conocíamos ni imaginar pudimos,
pero sin conocerte ni soñarte siquiera,
oscuramente ansiábamos ayudarte a nacer,
para que un día, heredando nuestro doliente esfuerzo,
tú fueses más sapiente y feliz que nosotros;
todos sacrificando sin cesar, resignados,
la salud y la vida al sueño de la especie;
procurando tu dicha con celosa ternura,
en la dicha soñada para nosotros mismos;
a través persiguiéndote de todas las ideas
que alternativamente nos fueron directoras,
—edad de oro pagana, que floreciendo hermosa
cual ingenuo y sencillo anterior Paraíso,
pudiese al fin un día volver sobre la tierra;
un azul Paraíso, oculto en el misterio
futuro en que la dicha cual la miel sería suave,
Paraíso cristiano que el cielo mereciese;
y, para los más nuevos, que se bautizan ávidos,
la serena ciudad de paz y de justicia
que parece a tus pasos retroceder por siempre,
miraje de ese Edén que se llama el progreso;—

es por ti, nuestro hijo de tantos como somos,
débil realización de millonadas de hombres,
es por ti, por ti solo que han vivido en los tiempos,
en un esfuerzo siempre renovado y vencido,
nuestras generaciones rápidas y apretadas
cual los granos de arena de este desierto, echadas
por una fuerza ciega y sin saber por qué!''

***

Y mostrándome todos entonces, tras de mí,
en otro espacio inmenso de la inmensa llanura:
''Recomienza a tu espalda la llanura sin fin;
mira bien, todavía no has mirado; el desierto
recomienza, desnudo y enorme: mira bien:
a tu vez tú vendrás al próximo lugar,
un día cuando tu joven vigor sientas cansado,
un día, tarde o temprano, has de venir también,
aquí, junto a tus muertos, que te abrimos los brazos;
tú vendrás a añadir a nuestra larga tropa
en la llanura inmensa y triste, un nuevo grupo,
el grupo desdichado de la pareja humana
que formarás entonces, llevando de la mano
la que eligió tu grave y tierna fantasía,
la mujer dulce en flor electa por tu alma;
sí, en la extraña llanura de horizontes flotantes,
en donde son hermanos el tiempo y el espacio,
a ese sol que empurpura la circular arena
al que, muertos, volvemos la espalda, y que te baña,
a ese sol de la vida que baja allá a lo lejos,
pero que, declinando siempre, jamás se pone,
orbe triste atizado siempre por nuevos lampos,
y de quien los crepúsculos son para otros auroras,
en el desierto inmenso que terminar no puede,
continuando el pasado, mira, está,—¡el porvenir!
puéblale, como hicimos, nosotros, tus mayores,
lo que fué porvenir para nosotros; puéblale
de seres que de padres a hijos de ti vendrán!

¡Ha llegado tu hora! a la Ley obedece!
llevado de una fuerza ciega, que no comprendes,
en días largos, cortos, dulces, tristes ¡procrea!
y si, cual la bellota a la encina contiene,
está en todo el pasado ya todo el porvenir,
si, viniendo de humildes tinieblas animales,
la pausada ascensión del hombre continúa,
en el sencillo anhelo de perpetuar tu sér,
contribuye en el largo curso de las edades
a crear otro ser que, de otro en otro, vaya
resumiendo tu esfuerzo, sublimando tu esencia,
que adivinar no pueden tus ensueños más locos,
y que sea para ti lo que a nosotros fuiste!
Sí, lucha, sufre, corre, trabaja, piensa, sueña,
vive, y muere si debes, sin otra recompensa
de tu febril destino, bien pronto fatigado,
que la de dar la vida a Aquel que no has de ver,
que ni aun en tus transportes de orgullo te imaginas,
como tú en los orígenes fuiste oscuro a nosotros;
el Sér misterioso, el Hombre superior
que más sabio y más fuerte que tú, será mejor,
y que, mejor, será menos desventurado,
el Sér que, aparecido de repente en tu ruta,
que surgido de súbito a tus ojos, sería
cerca de ti, pobre hombre aun tan débil,—¡un Dios!
como en días primitivos de la raza, en los tiempos
en que dormía tu forma esbozada en nosotros,
para los animales temerosos y horrendos,
que hostigados por crueles temores infinitos
vivían sus tristes días cuya suma es tu vida,
cual para los primeros de entre todos nosotros,
en tiempos muy remotos, tú apareciste el Hombre!

Sí, suscita, ligando el ayer al mañana,
el Dios maravilloso, el Dios no obstante humano
de quien o sabio o bueno, altanero o piadoso,
el grande hombre del día es el profeta augusto,
el fabuloso Incógnito prometido a tu esfuerzo,

por quien siempre, del seno eterno de la muerte,
desde el seno de abismos por siempre subterráneos,
a vivir volverás en las serenas albas,
te regocijarás maravillosamente
en su lúcido espíritu o corazón amante,
como ahora revivimos nosotros en tu vida
y nos satisfacemos en tu hambre satisfecha,
como somos hermosos también en tu hermosura,
y tu inmortalidad esa será sin duda!

Persigue el ritmo, acrece la cadena y la línea,
hasta el día en que acaso una especie más digna
que insospechada hoy mismo ante ti se levanta,
al hombre reemplazando, heredará su fe;
o hasta el marcado día, azar impenetrable,
donde en el grande azul, la miserable Tierra,
rota al súbito choque de algún astro gigante,
a polvo reducida, retornará a la nada,
a otros cielos legando la vida;—no quizás
sin haber ya dejado, antes de su extinción,
cual sembrador que arroja la semilla a los vientos,
hallado por el cálculo de sus sabios, tenaz,
al cielo en donde ahora cada mundo está aislado
el secreto de hablarse desde un astro a otro astro,
y pasando su ciencia, mayor de frente a frente,
a otros seres extraños que le continuarán,
sucesores de un mundo abolido en los aires,
de los que cada uno, pese al correr del tiempo,
si no de cuerpo, de alma será tu descendiente!

A tu vez el esfuerzo hereditario cumple
de crear en la tierra tu Hijo desconocido;
nosotros te engendramos, hazle nacer un día,
y pues hemos sufrido por ti:—¡sufre por Él!"

Aurelia Castillo de González.

La Habana, 9 abril, 1916.

Si no fuese admirable la noble vida de esta compatriota ilustre; si no

fuese un alto ejemplo de energía y de bien, tendríamos que admirarla por su amor a las letras y por cuanto a las nuestras ha dado en excelente prosa y versos exquisitos. Deleita y enseña, cautiva y asombra la copiosa y variada labor que encierran los cinco valiosos y rarísimos volúmenes modestamente titulados *Escritos de Aurelia Castillo de González* (Habana, 1913-14), excepcional mujer a quien damos rendidas gracias por la fiel y hermosa traducción con que nos ha honrado.

NICOLÁS HEREDIA, REVOLUCIONARIO

ATANZAS tuvo la suerte de albergar durante veinte años (1877 a 1896) a uno de los hombres de cerebro más vigoroso y lúcido y al mismo tiempo de alma más pura y elevada. Me refiero al ilustre escritor, nacido en Santo Domingo, Nicolás Heredia, autor de la famosa novela *Leonela,* la mejor de cuantas se han publicado en Cuba.

Aquel ciudadano lleno de delicadeza y de una apacibilidad al parecer perfecta, profesaba a nuestra patria un amor intenso, y se había identificado de tal manera con el país y sus habitantes, que era, puede decirse, un modelo como patriota cubano.

Empezó a demostrarlo desde las columnas del periódico autonomista *Diario de Matanzas,* que dirigió con maestría de 1881 a 1885. Allí tuvo ocasión de manifestar su profunda indignación cuando el Gobierno español deportó en 1882 al Sr. Cepeda, publicando el más enérgico de los artículos de la prensa liberal, y pidiendo que el Partido Autonomista acordara ir al retraimiento, que prácticamente hubiera sido el prólogo de la Revolución.

Más tarde, en 1886, un grupo selecto de jóvenes matanceros determinó crear un Círculo político llamado de la "Juventud Liberal", de tendencias radicales, puesto que no se circunscribía a defender humildemente las doctrinas autonomistas. A la hora de elegir Presidente, nos dirigimos llenos de timidez al Sr. Heredia, rogándole aceptara el puesto. El eminente patricio acogió la idea de la creación del Círculo con el mayor entusiasmo y se prestó benévolamente a presidirnos.

Poco después tuvimos algunos rozamientos con el Partido

Autonomista local, que quería obligarnos a definirnos y a que hiciéramos profesión de fe autonomista. El Sr. Heredia, en las sesiones celebradas en aquellos días, se opuso abiertamente a las pretensiones de la Junta Liberal, y proseguimos nuestra marcha hacia el separatismo, invitando a oradores de los más exaltados de la política cubana, como por ejemplo, los Sres. Varela Zequeira, Valdés Domínguez, Zambrana y Manuel Sanguily, pronunciando este último en los históricos salones del Círculo (hoy Aula Magna de centro educador tan respetado y querido como el Instituto Provincial) dos magistrales oraciones, que agitaron profundamente al pueblo cubano y se inscribirán con letras de oro en el libro de nuestra historia.

Perseguida por el Gobierno Colonial, desapareció aquella sociedad en 1888, permaneciendo alejado Heredia de la política hasta que estalló la Revolución de 1895, la cual operó en su espíritu un cambio portentoso.

Los que tuvimos la suerte de conocerle y tratarle en la intimidad, no salíamos de nuestro asombro. Aquel hombre, comedido, ecuánime, en extremo prudente y cauteloso, perdió, como vulgarmente se dice, *los estribos*. En todas partes, y sin recato alguno, expresaba libremente sus ideas separatistas. Recuerdo, como si lo estuviera viendo, que un día, en abril de dicho año, se me apareció en la oficina en que yo trabajaba y a la cual concurrían algunos españoles; y allí, sin atender al medio heterogéneo en que nos encontrábamos, dió rienda suelta a su exaltación patriótica y me repitió varias veces, con los ojos brillantes por la fe y con voz inspirada y tono profético: *No le quede duda alguna, amigo Trelles: ésta la ganamos en toda la línea. El pueblo cubano de ahora no es el mismo que el de la época de la Guerra de Yara.*

Confieso ingenuamente que, aun cuando yo estaba entonces auxiliando en cuanto podía a la Revolución, interiormente no tenía una fe profunda en el triunfo y oía a Heredia con cierto escepticismo, admirado de que hombre de tan vasta inteligencia abrigara en su espíritu tan ilimitado optimismo. El tiempo vino a darle por completo la razón y a demostrarnos que, con su poderoso intelecto, leía mejor en el porvenir que la mayor parte de las personas que le rodeábamos.

Conocidos son de todos los tropiezos que tuvo el movimiento revolucionario en sus albores en la Provincia de Matanzas, y por ese motivo me abstengo de reseñarlos. Quiero tan sólo, para dilucidar el tema que vengo tratando, presentar algunos hechos en los cuales tomó parte activa aquel grande y noble amigo.

En junio o julio de 1895, y por estar disuelto el Comité Revolucionario de Matanzas, el Delegado en Nueva York del Partido Revolucionario (y después el mejor de los Presidentes que Cuba ha tenido), D. Tomás Estrada Palma, envió un comisionado a esta ciudad, el Sr. José Manuel Govín, actual Director de *El Mundo,* para que se entrevistase con el Dr. Domingo Lecuona y el autor de este artículo, confiándonos la honrosa al par que arriesgada misión de reorganizar en Matanzas el Comité citado.

Sin vacilar aceptamos el encargo y decidimos asociar a nuestros trabajos al Dr. Julio Ortiz y a los Sres. José González Ramos (residente hoy en la Argentina) y Nicolás Heredia.

El insigne novelista cooperó con entusiasmo, y sin flaquear un momento, a todas nuestras labores. Era nuestro consejero en los asuntos difíciles que se presentaban, y a propuesta mía el comité acordó, para resguardarlo en lo posible de los peligros que el honorífico cargo llevaba en sí, que no concurriera a las sesiones y fuese yo el intermediario entre la Junta y él.

Olvidaba referir un hecho en el cual tomó parte importante el renombrado crítico. Un cubano entusiasta, el Sr. Joaquín Fortún, se nos presentó por aquellos días manifestándonos que a la Revolución le hacía falta en el extranjero un hombre de talla y gran prestigio, como el Sr. Enrique José Varona, y que era de urgente necesidad la traslación de este gran cubano a Nueva York.

Heredia se encontraba entonces en la Habana. Le escribí sobre el particular, y de completo acuerdo fuimos a la capital los Sres. Fortún, Ramos y yo, y unidos a él, que era íntimo amigo del ilustre pensador, nos dirigimos a su residencia, calle de Manrique, 4, y en los altos de dicha casa le expusimos nuestros propósitos, que fueron muy bien acogidos por Varona, al extremo de que diez días después se embarcaba para la populosa ciudad con toda su familia, confiándole el Sr. Estrada Palma la dirección de *Patria,* órgano del Partido Revolucionario Cubano.

El Sr. Heredia, de septiembre de 1895 a enero de 1896, envió al citado periódico unas correspondencias interesantísimas sobre los progresos de la Revolución en esta Provincia, firmadas con el seudónimo de *Rodrigo Ruiz*. Con este mismo nombre publicó su célebre y sensacional artículo *El utopista y la utopia*, que es una filigrana, donde relata su entrevista con Martí en 1893.

Publicó por esa misma época otro artículo que llamó poderosamente la atención: *La Cuestión Cubana ante la Guerra (Revista Política Ibero-Americana*, de Madrid, noviembre de 1895), en el cual sostuvo que España jamás concedería a Cuba una amplia y verdadera autonomía. Y temeroso de que la ex Metrópoli pudiera concedernos un *gobierno propio*, falseado, con objeto de engañar a los cubanos y que éstos depusiesen las armas, me excitó en distintas ocasiones a que escribiese un folleto desarrollando la tesis de que nuestro conflicto político no podía resolverse ya con la autonomía, por la exorbitante deuda pública que recaería sobre Cuba, aplastándola, y por otros poderosos motivos; y que la única solución se hallaba en la continuación de la guerra hasta conquistar la ansiada independencia. No pude llevar a cabo la publicación del opúsculo, porque cuando me ocupaba en acopiar los datos necesarios se dió orden de prisión contra mí, tuve que ocultarme y después embarcar precipitadamente para los Estados Unidos.

En mayo de 1896 supo Heredia que se tramaba un complot para asesinarlo por sus ideas francamente separatistas, motivo que lo obligó a trasladarse, sin pérdida de tiempo, a Nueva York.

Como era natural, el Delegado Revolucionario y los cubanos todos acogieron con los brazos abiertos al nuevo emigrado, y allí figuró en primera línea en los *meetings*, conferencias, etc., y en la redacción de *Patria*, periódico que dirigió en los últimos meses de 1898. De las prensas neoyorquinas salieron sus folletos *El dualismo autonomista* (1897), *La obra de Martí en sus relaciones con los últimos sucesos* (1898) y un importante libro, del que hablaré en breve.

Residiendo en la grandiosa metrópoli norteamericana, le pidió al General Máximo Gómez, por medio de una carta (en 1897), datos para escribir su biografía. El grande y anciano gue-

rrero le contestó diciendo que aún no era tiempo, pues no había concluído su obra. He sabido después que en 1900 se ocupaba Heredia en allegar los materiales indispensables para escribirla, y que el mismo Generalísimo le proporcionó multitud de documentos y noticias, y decía que su deseo más ferviente era que Nicolás Heredia fuese el escritor que diera a conocer al mundo sus hazañas. La muerte vino, desgraciadamente, a impedir la realización de tan nobilísimo propósito.

En el último año que pasó en la emigración, tuvo oportunidad Heredia de residir algún tiempo en Boston, visitando su soberbia Biblioteca Pública, donde se halla el tesoro de literatura española conocido con el nombre de *Colección Ticknor.* Allí pudo consultar esas obras y terminar su nunca bien alabado libro *La sensibilidad en la Poesía Castellana,* que comenzó en Matanzas en 1894. No obstante ser el tema literario, en el fondo resulta la obra patriótica desde el punto de vista cubano, y esencialmente separatista.

Tal es, referida a grandes rasgos, la intensa labor revolucionaria de aquel eximio hombre de letras, uno de los más notables que la América Latina ha producido.

CARLOS M. TRELLES.

Matanzas, 28 septiembre 1916.

Mucho agradecemos al abnegado y laboriosísimo bibliógrafo matancero estas páginas sobre un aspecto de la interesante personalidad de Nicolás Heredia, y recomendamos a la consideración de los pueblos de habla castellana —en especial a la del nuestro—la paciente, útil y no debidamente apreciada tarea que se ha impuesto el Sr. Trelles, autor de diversos interesantes estudios, al escribir la *Bibliografía Cubana*, de la cual lleva ya publicados nueve tomos: ocho del siglo XIX y uno del siglo XX (Matanzas, 1911-16).

LA PREPARACIÓN DE LOS MAESTROS

LUZ CABALLERO Y LAS ESCUELAS NORMALES

(Discurso leído el 1.° de octubre de 1916 por el Dr. Ramiro Guerra, Director de la Escuela Normal para Maestros de la Habana, en el acto de la apertura del curso de 1916 a 1917.)

Señoras y señores:



A Junta de Profesores de esta Escuela Normal acordó, en sesión celebrada el día 21 del mes próximo pasado, que en la apertura del curso, dispuesta por el Reglamento de las Escuelas Normales, se leyese un discurso relativo a los problemas que aquí ocupan nuestra atención, y resolvió asimismo que el que en este acto habría de ser leído, fuese compuesto por el que tiene el honor de dirigiros la palabra.

En cumplimiento del deber que me ha sido encomendado, vengo aquí a exponeros algunas ideas, recogidas e hilvanadas afanosa y festinadamente, en medio de las múltiples ocupaciones que en estos días han pesado sobre mí; y el temor que asalta mi ánimo conturbado, sólo se amengua y se disipa un tanto por la esperanza, que fundadamente abrigo, de que mis palabras habrán de ser acogidas con benevolencia y juzgadas sin severidad.

*

El establecimiento de esta Escuela Normal representa la feliz realización de un ideal que fué, durante largos años, el más vivo anhelo, la obsesión casi de la parte más culta y me-

jor orientada de la opinión cubana. Hoy, que la esperanza se ha tornado en realidad y que el ideal, apenas columbrado en la lejanía del horizonte, ha cristalizado en instituciones donde se consagran al estudio profesores y alumnos entusiastas y llenos de buen deseo, es el momento oportuno de rememorar las condiciones en que surgió por primera vez en Cuba el pensamiento de fundar estos centros docentes, a qué necesidades nacionales respondía aquel propósito y qué fines trataban de realizar los hombres generosos y buenos que dieron los primeros pasos en la senda que hoy recorremos nosotros, con insegura planta, pero con el vivo deseo de conducirnos como dignos continuadores de tan nobles y claros varones.

Esta ojeada a los tiempos que fueron, se impone a nuestra consideración por múltiples conceptos, y es de indudable valor para fijar el carácter que deben tener estas instituciones. Por una parte, nos ofrecerá amplia oportunidad para rendir un tributo de respeto y de amor a los ilustres patricios que echaron, hace un siglo, los sólidos cimientos de la nacionalidad cubana; por otra, nos enseñará a apreciar en su justa medida nuestras fuerzas, a ser laboriosos y modestos, a reconocer que muchas de las que se consideran peregrinas invenciones y estupendas verdades ideadas y sacadas a luz por nuestro siglo, fueron conocidas por nuestros mayores, y puestas en práctica por ellos, con la sencillez y la naturalidad propias de quienes tenían el hábito de observar con mirada profunda y serena la realidad social que veían en torno suyo, y de cumplir íntegramente, sin vacilaciones ni desmayos, el arduo deber de cada día; en tercer lugar, nos dará una clara conciencia de la responsabilidad que sobre nosotros pesa y del alto deber que nos incumbe en relación con la magna obra de la educación nacional, que si fué iniciada con no superado entusiasmo por nuestros abuelos, debe ser continuada por nosotros, aun cuando carezcamos de sus talentos y de sus virtudes, enérgicamente estimulados por sus altos y nobles ejemplos.

En esta exposición histórica, que reduciremos a lo estrictamente esencial a fin de que sea tan somera y sucinta como la claridad del asunto lo permita, habremos de remontarnos, no obstante, casi hasta los orígenes de nuestro pueblo, porque el vehe-

mente deseo de promover, con fines de mejoramiento colectivo, una educación bien entendida y de preparar maestros capaces de realizarla, se manifiesta en Cuba desde la época, ya lejana, en que se esbozó la formación de nuestra nacionalidad.

Ésta surgió a la vida, sin duda alguna, a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Los pequeños núcleos de población fundados por Velázquez y sus inmediatos sucesores, habían ido creciendo lentamente hasta entonces, sin la conciencia de su unidad ni de su común destino. La población blanca no llegaba a 300,000 habitantes, de los cuales sólo una pequeña parte se agrupaba en tres o cuatro ciudades de relativa importancia. El resto estaba diseminado por el interior en fincas y caseríos insignificantes, perdido entre bosques y campos incultos, sin vías de comunicación que facilitasen las relaciones materiales y espirituales de unos grupos con otros. Era imposible que existiera, en semejantes condiciones, una conciencia colectiva que diera unidad a aquella sociedad rudimentaria e informe; pero las fuerzas geográficas e históricas que venían ejerciendo su incontrastable acción sobre aquellos grupos dispersos, habían ido modelándolos poco a poco, firme y uniformemente, hasta producir una evidente semejanza entre todos ellos, tanto en lo físico como en lo mental.

Acentuándose cada vez más con los años, esta influencia plasmante del ambiente llegó a diferenciarnos de la raza progenitora hasta tal punto, que en el último tercio del siglo XVIII llegamos ya a constituir un grupo étnico especial, con caracteres peculiares bien definidos.

Los rasgos propios que nos caracterizaban, constituían profundas semejanzas virtuales entre todos los cubanos. Estas semejanzas hubieron de permanecer como latentes durante muchos años; pero no puede dudarse de su existencia, a juzgar por la unidad de sentimiento y de acción que manifestaron los hijos de esta tierra frente a la invasión inglesa, en el año 1762. El hecho de que los criollos lucharan contra la Gran Bretaña con mayor arrojo y entusiasmo que las mismas tropas metropolitanas, sólo se explica satisfactoriamente, en relación con la época, si se admite que aquellos valerosos patricios obraban bajo la influencia de un sordo sentimiento patriótico que bullía en

lo hondo de la conciencia y pugnaba por manifestarse y definirse.

Pero pasemos a lo que para nosotros es más importante: ¿qué rasgos eran ya en aquella época los que constituían el fondo de nuestro carácter y de nuestra personalidad? El Dr. Varona los ha descrito de mano maestra:

La raza europea que conquistó y repobló a Cuba—dice (1)—produjo aquí una variedad étnica bien adaptada a sus nuevas condiciones físicas, y capaz de la vida social, ordenada y progresiva, que ha sido prolífica y ha demostrado notables aptitudes mentales, singular actividad y persistente espíritu de empresa. El cubano tiene caracteres que marcan un progreso dentro de su raza; si no más inteligente en absoluto que el español, es de comprensión más rápida y mucho menos refractario a las novedades; ha perdido, al ser transplantado a América, la desconfianza a lo desconocido que caracteriza las razas fanatizadas por la veneración a lo pasado; casi tan sobrio como sus progenitores, es igualmente sufrido y recio, y considerado en colectividad, como ellos tenaz y perseverante; en resumen, conserva grandes cualidades sociales que ha heredado, y al mismo tiempo es más abierto, más moderno, más cosmopolita que sus padres.

Estas nobles disposiciones se manifestaron, desde los primeros momentos de nuestra existencia nacional, en los enérgicos y perseverantes esfuerzos que realizó la opinión cubana para mejorar, ampliar y difundir la educación popular. El cubano—digámoslo en nuestro honor, ya que somos más propensos a desacreditarnos que a exagerar nuestros propios méritos—ha procurado siempre instruirse y educarse, sin reparar en sacrificios y hasta sobreponiéndose a sus más caros afectos.

Desde 1793, fecha en que quedó establecida la Sociedad Económica de Amigos del País—único órgano entonces de la conciencia colectiva—, los trabajos de esta Corporación, en el sentido a que nos venimos refiriendo, son tan evidentes como meritorios y perseverantes.

No entra, ni puede entrar en nuestro plan el historiarlos detalladamente, tanto más cuanto que mi principal propósito es leer el trabajo a que más adelante habré de referirme; pero el Dr. Varona ha resumido en términos tan elocuentes, con frases

---

(1) *Cuba y sus jueces*, por Enrique José Varona. Artículo que vió la luz en la *Revista Cubana* de 30 de septiembre de 1887, relativo al libro que acababa de publicar Raimundo Cabrera.

reveladoras de un patriotismo tan hondo y entusiasta, los esfuerzos realizados en Cuba durante la primera mitad del siglo pasado por nuestra dignificación nacional, que no puedo sustraerme al deseo de reproducir sus palabras:

Los hombres que se levantaron sobre sus coetáneos (2)—dice el Dr. Varona—a impulsos de su curiosidad científica, por lo mismo que estaba tan bajo el nivel de los restantes, debieron encontrarse muy aislados, y sentir la necesidad de elevar a aquellos con quienes estaban unidos por la sangre y por la tierra. Como aquellos gigantes que encontró el poeta florentino, ya casi al término de su doloroso viaje, sus pies desaparecían en un profundo abismo, y les era dado contemplar con lástima y espanto las miserias monstruosas que hormigueaban en su fondo. La atmósfera diáfana en que se espaciaba su espíritu había de forzarlos a encontrar más denso y bochornoso el mefítico ambiente de la abominable ergástula en que trabajaba afanoso un pueblo de esclavos. Pusieron entonces manos a una labor nueva, que había de transformar en unas cuantas décadas aquel organismo social que era joven y parecía decrépito. Todo lo removieron: intereses, costumbres, prácticas industriales, preocupaciones, sentimientos e ideas. Hubo quienes enseñaron a labrar la tierra, y siendo ricos y refinados, se fueron por los campos y empuñaron el arado a la vista del pueblo; hubo quienes peregrinaron por el mundo, no para visitar las criptas en que duermen petrificados su sueño secular los viejos fanatismos, sino para frecuentar los grandes centros de la actividad humana, sorprender los secretos con que la industria multiplica los medios de acrecentar el bienestar del mayor número, y convertirse luego en heraldos de los blasones del trabajo, enseñando a tender las paralelas de hierro por donde vuela el progreso, y revelando la fuerza moralizadora que reside en la máquina, que emancipa los brazos. Hubo quienes aprendieron que la ley es el arma que pone la sociedad en manos del débil contra el fuerte, no un instrumento más de opresión al servicio de los poderosos; que el monopolio levanta barreras infranqueables entre las clases, y el derecho las allana; que la esclavitud es algo peor que la guerra civil, la guerra doméstica, y que sólo la libertad funda la concordia; hubo quienes descubrieron el consorcio funesto que celebran el vicio y la ignorancia para engendrar la miseria, y se dedicaron, apóstoles de una edad nueva, a evangelizar las inteligencias; hubo quienes ahondaron todos los problemas de la ciencia y de la filosofía para desentrañar los principios generadores, las verdades fecundas, y ponerlos al alcance de los estudiosos en el tratado, que es un foco de claridad permanente, o en el aforismo, que es un rayo de luz que no se borra; hubo quienes recogieron todas las palpitaciones de esa sociedad en ebullición, los secretos pensamientos que empezaban a hervir en las concien-

---

(2) *Los cubanos en Cuba*, discurso pronunciado en el teatro Jané, la noche del 6 de agosto de 1888. *Artículos y discursos*, páginas 255 y 256. Habana, 1891.

cias semi-despiertas, las vagas aspiraciones que comenzaban a dilatar sus pechos, y les dieron forma ideal, y las fijaron con la palabra rítmica en poemas inmortales.

Entre esta legión de infatigables trabajadores a que se refiere el Dr. Varona—interesa a nuestra tesis hacerlo notar así—se destacan los nombres gloriosos de tres grandes mentores de la juventud cubana, que representan el elevado espíritu de la época: el Padre Varela, D. José de la Luz Caballero y D. José Antonio Saco. Los tres poseyeron, en el más alto grado, la cualidad fundamental de todo gran educador: una visión clara y penetrante de las necesidades sociales más profundas de su época, y un amor entrañable a su patria y a la humanidad. Es cierto que sus ideales educativos fueron muy diferentes, hasta cierto punto; pero ello se debió no sólo a condiciones especiales de carácter, sino, como veremos en seguida, a las diversas circunstancias en que actuaron y vivieron.

Varela, a principios del siglo pasado, vió en torno suyo un pueblo niño, ingenuo e inculto, cuya conducta estaba dominada y dirigida por los instintos más primitivos. Se sintió profundamente conmovido en sus sentimientos de hombre y de patriota ante tan lastimoso espectáculo, y se consagró a remediar los males de su tiempo con todas sus fuerzas, porque decía: (3)

cuando todos los miembros de la sociedad tienen la instrucción suficiente para reconocer sus deberes y sus utilidades, sólo se necesita un pequeño estímulo para ponerlos en acción, y casi puede decirse que continúan por sí mismos con regularidad y tino, que es lo que se llama *sensatez popular;* los sabios se animan a sugerir ideas correctas y planes ventajosos, porque están seguros de la buena acogida y de que su trabajo será fructuoso; mas cuando la masa popular es bruta, aun cuando abunden los sabios, el pueblo no será sensato y siempre habrá que tratarle como a un conjunto de niños o de locos: siempre será el juguete de todo el que quiera engañarle y siempre será una víctima sacrificada a la ambición y a la avaricia.

Por estas razones el insigne sacerdote no sólo se sintió invenciblemente arrastrado a la enseñanza, sino que abogó sin descanso por que se fundasen numerosas escuelas, aun cuando fuesen medianamente organizadas. Su patriotismo y sus ideas

---

(3) Artículo publicado por Varela en *El Mensajero Semanal*. Tomo I, número 43, correspondiente al 13 de junio de 1829. New York.

democráticas le impulsaban a sostener que era más necesario aunque sólo fuese enseñar a leer y escribir a la masa total del pueblo, que mantener unas pocas escuelas excelentes para un corto número de privilegiados.

Cuando D. José de la Luz y Caballero sucedió a Varela como director de la opinión algunos años más tarde, la cultura pública había hecho algunos progresos; pero el funesto régimen de gobierno establecido por el General Vives, también había producido una profunda transformación moral en aquel pueblo ingenuo y candoroso que conociera Varela. Dicha transformación, en lo más esencial de la misma, ha sido admirablemente descrita por el Dr. Varona: (4)

> Los frutos por donde puede conocerse el estado de una sociedad, saber si vive lozana o se depaupera por algún vicio interno, son sus sentimientos dominantes. ¿Cuál es el que da color y tono a la vida afectiva del cubano en ese período de nuestra historia? Uno solo: el miedo. El esclavo teme al amo y el amo al esclavo; el criollo teme al español y el español al criollo; el pueblo teme al gobierno, y el gobierno al pueblo. Los instrumentos de tortura están patentes en todas partes, en la plaza pública y en el hogar de la familia. La vida del cubano era una prolongada pesadilla; dentro, el enemigo doméstico, el esclavo; fuera, el enemigo exterior, el corsario; así, hostigado y como poseído de terrores constantes, tuvo miedo hasta de la libertad. Cuando el continente se levantó en armas contra España, Cuba permaneció sumisa; hizo más, se preparó a la defensa, fortificó puertos, artilló buques; el negrero se irguió ante Bolívar, ante el Libertador, y le cerró el paso.

Este fué el espantable y doloroso espectáculo que contempló don José de la Luz y Caballero y que hubo de grabarse de una manera imborrable y profunda en su conciencia noble y recta. Contra dolencias sociales tan terribles sólo concibió un posible remedio: *la cultura enérgica de la voluntad, la formación de caracteres austeros y viriles.* De aquí su admirable ideal educativo: "Educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida."

Saco, contemporáneo de Luz, siguió de cerca con mayor atención la funestísima evolución política y económica que transformó rápidamente nuestro país en una colonia de plantaciones

(4) Discurso citado. *Artículos y discursos*, página 254.

y acarreó la ruina de una gran parte de la población cubana. Consideró, pues, como necesidad más apremiante, la de preparar al cubano para la vida cívica y las actividades agrícolas, comerciales e industriales.

Los tres ponían su esperanza, para la salvación de la patria, en el maestro, "compañero del que aprende", en opinión de Varela, "que por haber pasado antes el camino, pueden cuidar de que no se separe de la dirección conveniente, porque el verdadero maestro del hombre, decía el sabio sacerdote, es la naturaleza"; "evangelio vivo", según Luz y Caballero; "modelo de ciudadanos" para José Antonio Saco.

Conocidos los principios sustentados por estos hombres ilustres, verdaderos representantes de la opinión en su tiempo, no es de extrañar que desde los primeros momentos se pensase en la manera de formar y mejorar a los maestros. En efecto, las primeras disposiciones encaminadas a tal fin datan del año de 1801, y en ellas se pide que los aspirantes al magisterio "hagan plena información de *vita et moribus,* que sean examinados en las reglas del arte, con inclusión de la gramática castellana, que se les señale número limitado de niños, que se les asigne estipendio fijo y la obligación de enseñar algunos gratuítos, y que se les demarquen las materias que han de enseñar, según la esfera de su capacidad." (5)

Otros importantes esfuerzos se realizaron en el mismo sentido; pero, no debiendo exponerme a agotar vuestra paciencia, me limitaré a daros cuenta, como ya os he dicho anteriormente, del más importante de todos, digno de ser especialmente recordado por nosotros en virtud de una singular coincidencia histórica: me refiero al proyecto concebido en 1833 por D. José de la Luz y Caballero de fundar una Escuela normal *en este mismo edificio,* en la antigua Factoría de Tabacos. Para que dicha coincidencia sea más singular, debo recordaros que dicho proyecto fué presentado a la "Real Junta de Fomento, de Agricultura y Comercio" en sesión de *11 de diciembre de 1833,* y que la Escuela Normal para Maestros de la Habana comenzó sus

---

(5) José Antonio Saco. *Colección Póstuma,* página 71. Habana, 1881.

tareas el *11 de diciembre de 1915,* después de haber quedado constituída en la tarde del día anterior.

Los antecedentes del citado proyecto son bien sencillos:

> Desde 1817, dice D. José Ignacio Rodríguez (6), en que se abolió en la Isla de Cuba el monopolio del tabaco, y quedó desestancado este producto, se pensó por el intendente D. Alejandro Ramírez en dedicar el inmenso edificio de la *Real Factoría,* hoy convertida en Hospital militar [Rodríguez escribía en 1874] para una Escuela en grande escala. La misma idea reapareció en el año de 1833, con motivo de discurrirse la traslación a la Habana de la Escuela Náutica de Regla, introduciendo en ella algunas mejoras; y se pensó entonces en reunir los dos proyectos, puesto que también el mencionado edificio está situado en las orillas de la bahía.

Don José de la Luz fué quien concibió la idea a que se refiere Rodríguez. Véase en virtud de qué motivos. El gobierno de Madrid dispuso, en 12 de febrero de 1832, que se estableciesen en las capitales de la Monarquía las enseñanzas de la aritmética, geometría, mecánica, química y delineación aplicadas a las artes y a la agricultura. En Cuba, como ya queda dicho, había un estado de opinión muy favorable a todo lo que significase un progreso en la enseñanza, así es que la Junta de Fomento, presidida por el Conde de Villanueva, quiso establecer inmediatamente estas enseñanzas. Hubo quien propuso refundirlas con las de la Escuela de Náutica que funcionaba en Regla en muy malas condiciones, y al efecto se nombró una comisión formada por D. Nicolás de Cárdenas y D. José de la Luz, para que informase sobre el asunto. Luz, que fué el autor del informe, propuso que se trasladase a la Habana la citada Escuela de Náutica, y que al refundirse con la escuela de artes prácticas que se deseaba fundar, se estableciese una institución con el nombre de "Instituto Cubano, en aquella parte del edificio de la extinguida *Factoría de tabacos* que servía de habitación a los señores Superintendentes del Ramo".

Luz Caballero, por su propia iniciativa y saliéndose de los límites que se le habían fijado para el informe, propuso también que el *Instituto* tuviese "una *sección normal,* destinada para formar maestros," conforme veréis en lo que habré de leeros.

---

(6) *Vida de don José de la Luz y Caballero,* por José I. Rodríguez, página 65. Nueva York, 1874.

Sus palabras, que tenían el don, según sus biógrafos y sus discípulos, de ejercer una sugestión fascinadora sobre cuantos las escuchaban, llegan hasta nosotros, después de más de ochenta años, vivificadas por un entusiasmo tan ardiente y tan sincero, que aunque harto sé que al reproducirlas yo habrán de perder lo mejor de su ser y de su fuerza sugestiva, me atrevo a evocarlas y repetirlas en la confianza de que vosotros remediaréis la falta, devolviéndolas a su prístino acento, al tono de emoción cálida y honda que tuvieron en labios del maestro.

He aquí cómo determinaba los fines del Instituto: (7)

Abrir nuevas carreras a la juventud de nuestra patria, condenada a consagrarse exclusivamente al foro, a la medicina o a la holganza; difundir los conocimientos químicos para perfeccionar la elaboración de nuestros frutos y aprovechar nuestras ventajas naturales; facilitar la adquisición de luces para toda empresa que descanse en las nociones de las ciencias físicas y matemáticas; abrigar en nuestro propio seno sin necesidad de mendigar al estrangero, hombres capaces no solo de concebir sino de ejecutar grandes planes aún en sus últimos pormenores; mejorar algunas profesiones de las existentes proporcionándoles otros datos que han menester para progresar; *fertilizar el vasto campo de la educación ofreciéndole más idóneos cultivadores;* contribuir al adelantamiento de las artes liberales y mecánicas entre nosotros;... tales son en resumen las más urgentes necesidades físicas de la patria: tales los más eficaces remedios para curar algunas dolencias morales que la aquejan; y tales en fin las vastas cuanto sabias miras que se propone la Junta de Fomento de la Habana con su ilustrado Presidente a la cabeza en la plantificación de un alcázar de ciencia y de salud para los hijos de este suelo.

A continuación pasa Luz a tratar de las enseñanzas que debían establecerse, según la Real Orden a que ya se ha hecho referencia, y después propone que el Instituto se amplíe "con una clase práctica de *composición* en lengua española", cuya organización bosqueja. Inmediatamente entra en la parte más im-

---

(7) *Informe presentado a la Real Junta de Fomento de Agricultura y Comercio de esta Isla, en sesión de 11 de diciembre de 1838, en el expediente sobre traslación, reforma y ampliación de la Escuela Náutica establecida en el pueblo de Regla, refundiéndola en un Instituto Científico con arreglo a las necesidades del país, por la Diputación Inspectora de dicho Establecimiento.* Imprímese por acuerdo de la misma Junta. Habana, 1834. Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M. Página 25.

portante de su informe, objeto especial de nuestra atención. He aquí sus palabras (8):

Pero otra fundación digna tal vez de disputar el hueco a la *composición*, sería una clase especial de *método* (9), destinada a formar maestros. Son tantas y tan poderosas las razones que abogan en su pro, que no podemos menos de esponerlas sucintamente. Ellas formarán al mismo tiempo la mejor apología de nuestras miras a los ojos de los patriotas celosos por las medras de la primera educación. La Alemania es el teatro donde nos traslada la fantasía tan luego como se habla de métodos. Alemania ha sido la primera que explicando separadamente las leyes de la crítica filosófica al arte de esponer las doctrinas, le ha elevado al rango de las ciencias. No en vano las naciones mas cultas de Europa ceden sin murmurar la palma, a la mas aventajada en la carrera; y la Francia, la ilustrada Francia, acaba de ofrecernos el testimonio mas irrefragable de la superioridad de los alemanes en este ramo, enviando a Berlín espresamente a uno de sus hijos más distinguidos, con el fin de reunir datos en el suelo nativo de la enseñanza, para dictar con mas pulso la importante ley sobre instrucción primaria, que merced a la mies recogida, ha resultado tan eficaz y propia de su objeto como la muestra que tuvo por modelo. ¡Conducta admirablemente despreocupada, digna de ser imitada por cuantos aspiran al acierto; y homenage que no sabríamos decir si honra mas a quien lo tributa o a quien lo recibe! Ved aquí el triunfo de la civilización europea. Este testimonio de la escelencia *didáctica* de la Prusia nos exime de toda otra especie de prueba; mas si todavía no quedáis satisfechos, ahí está la altiva cuanto sesuda Albión, tiempo hace revelando al mundo por los raudales de su prensa periódica las victorias alcanzadas por la raza de sus ilustres progenitores en este honroso género de conquistas.

Sin detenernos pues en inculcar la supremacía de la Alemania, en este punto, mucho mas cuando la bondad de sus métodos se graduará en nuestro reglamento y se palpará con la práctica; apuntaremos brevemente las razones especiales que reclaman esta útil fundación en nuestro suelo. Primeramente, no existe ninguna de su clase; y en circunstancias de estarse activando a porfía entre los patriotas y el gobierno la difusión de escuelas primarias por todos los ángulos de la isla, sube de punto la importancia de establecer una escuela *normal*. Ya la Sección de educación hubo de sentirse tan penetrada de la necesidad imperiosa de formar maestros idóneos, a fin de perfeccionar la enseñanza primaria, que nombró tiempos ha una comisión de su seno para que le presentase sus ideas en el particular. Desgraciadamente las multiplicadas atenciones de los comisionados, entre los cuales tenia el honor de contarse uno de los actuales informantes, estorbaron evacuar este negociado. Mas ahora se presenta la favorable

(8) Página 85 del Informe.
(9) Lo subrayado aparece así en el original.

coyuntura de llevar a cabo tan benéficas miras; y ved aquí también en este caso así como en la fundación de la cátedra Química, a la Junta de fomento en el loable empeño de realizar las filantrópicas intenciones de los amantes de la razón y la moral. 2.°: Si hasta en las naciones mas cultas y morigeradas se ha juzgado indispensable para el mejoramiento de la educación primaria, erigir no solamente clases sino colegios especiales para doctrinar a los maestros en la teórica y práctica de la enseñanza, ¡qué no será en nuestro naciente país, donde se hace tan necesario reformar desde la infancia las costumbres del pueblo peculiarmente contaminadas por la atmósfera de esclavitud en que nacemos, vivimos y morimos! Causales tanto mas perentorias para que los maestros sean unos dechados dignos de imitación, y capaces de poner en planta los métodos mas aprobados. Porque desengañémonos: si hay otro medio eficáz de predicar costumbres que el ejemplo, ni los mejores planes de enseñanza pasan de meros pliegos de papel, sin honrados y hábiles preceptores. Esperar lo uno sin lo otro, sería pretender un efecto sin causa; sería aguardar la cosecha sin haber labrado ni echado la semilla. En fin valiera mas no establecer escuelas absolutamente, que poner la niñez a cargo de entes inmorales o inespertos. Acaso se dirá que semejantes hombres poco daño podrán hacer porque caerán por su propio peso. Pero la esperiencia nos enseña que transcurre sobrado tiempo antes que sean denunciados a la opinión pública, habiendo causado en el ínterin males tal vez irreparables. Y si esto acontece frecuentemente en medio de una capital populosa, donde hay cien argos que les tengan clavados los ojos, ¿quién podrá medir la gravedad de los perjuicios que se irroguen a la malhadada juventud de los campos, donde sus preceptores no sienten el freno saludable de una ilustrada vigilancia? Para impedir pues que un osado especulador, escudado con la aparente facilidad de dirigir una escuela primaria, sin mas vocación que el hambre del oro, sin mas aprendizage que el hombre más vulgar o charlatán, y sin otras costumbres que las de un simulador momentáneo usurpe el mas sagrado de los ministerios, fuerza es que se obligue a todos los aspirantes a presentar un certificado de haber concluído sus cursos en la clase *normal* del instituto. Que no sea de hoy más la enseñanza primaria el recurso de la ignorancia y de la nulidad. ¡Dia de ventura para la educación y por lo mismo para la moral, aquel en que hasta los rudimentos de la lectura sean enseñados por hombres si no inventores al menos capaces de penetrarse del espíritu de una teoría! Hombres puramente mecánicos y rutineros (habla la voz de la esperiencia) para nada, para nada: están en peor predicamento aun para mover las máquinas materiales que una fuerza física bien aplicada: esta es capaz de continuar el impulso; aquellos sin duda lo detendrán o estraviarán.

Y al tocarse el punto de los requisitos que deben adornar a los maestros de escuela, permítase a la Comisión transcribir enseguida la magistral pintura que de ellos hace el célebre *Guizot,* ministro francés de instrucción pública, en gracia de su exactitud y oportunidad. Hela aquí. ''Pero todas las medidas descritas hasta ahora (se contrae a las disposi-

ciones para mejorar las escuelas primarias y *medias)* serían de ningun valor, si no nos esforzasemos en proporcionar para la escuela pública así constituída un maestro hábil y digno de la alta vocación de instruir al pueblo. Jamás nos cansaremos de repetir que la *escuela la hace el maestro.* Y a la verdad, qué raro conjunto de prendas no se requiere para constituir un buen maestro. Un buen maestro debe ser un hombre que sepa más de lo que se le exige enseñar, a fin de que lo haga con inteligencia y con gusto; que tiene de vivir en una esfera humilde, y sin embargo estar dotado de un alma noble y elevada, para poder sostener aquella dignidad de carácter y porte, sin la cual jamás logrará el respeto y confianza de los padres; que ha de poseer una singular combinación de suavidad y firmeza; pues aunque se halle en situación inferior a algunos individuos del vecindario, no debe ser el atento criado de ninguno: hombre que no ha de ignorar sus derechos, pero que le está mejor acordarse de sus deberes; dando a todos buen ejemplo, y a todos sirviendo de consejero; no inclinado a variar de condición, antes satisfecho con la suya, porque le da medios de hacer bien; y que está resuelto a vivir y morir en servicio de la instrucción primaria, lo cual respecto a sí, es el servicio de Dios y de sus semejantes. Formar maestros que se acerquen a este modelo es difícil empresa; y ello hemos de lograrlo, o *no se ha dado un paso* por la instrucción elemental. Un mal maestro así como un mal cura es una calamidad para los feligreses; y aunque nos veamos obligados a contentarnos con medianos, debemos esforzarnos hasta el extremo por lograrlo mejores.''

Dicho sea empero en loor de nuestra sección de educación: ella ha procurado constantemente llenar el vacío de una escuela normal por medio del mas severo arreglo, entablando esquisitas pesquisas sobre la conducta de los candidatos antes de admitirlos al examen que les hace sufrir. Pero este sistema no puede evitar los abusos mas que hasta cierto punto; y nadie lo ha tocado mejor que la misma Sección, puesto que ella fué la primera en mover el proyecto de clase normal, como dejamos indicado. Bien conoceria que por mas que se multipliquen las precauciones y cortapisas jamás sería comparable un candidato de los actuales con el que haya pasado años enteros, tratando y practicando el arte de enseñar; y lo que es mas, dando muestras contínuas de su aprovechamiento y su conducta. En el primer caso no puede procederse las mas veces sino por congeturas favorables, es decir, siempre a oscuras o a media luz; mientras que en el segundo se conoce completamente al hombre moral e intelectual.

Pero interrumpamos algunos momentos la enumeración de las razones que claman por esta institución, y tracemos su plan en breves palabras, para que resalte las causales que nos restan por alegar.

No es por cierto el objeto de nuestra clase ensayar a los maestros únicamente en una serie de evoluciones y reglas mecánicas: trátese de instruirlos en los principios y práctica de su profesión, para ponerlos a cabo de desempeñar sus deberes con no menos celo que inteligencia; y trátase muy especialmente de inculcarles por el precepto y el ejemplo la dignidad y conciencia con que habrán de ejercer este sagrado ministerio. Ni

es dable encontrar medio mas eficaz que semejante disciplina para realzar la profesión así en el concepto de los mismos iniciados como a los ojos del mundo en general; beneficio incomparable, que refluirá necesariamente en obsequio de la enseñanza. Háganse respetables, y serán respetados los maestros. Para alcanzar estos fines primordiales, se hace indispensable dar a los *alumnos de maestro* nociones exactas de la filosofía de la enseñanza, del modo de dirigir la mente de los niños, del de trasmitir los conocimientos, del arreglo material de todo lo relativo a la escuela, de los avios y utensilios (que de tales disposiciones materiales suele pender a veces un gran resultado moral), de los medios y hasta de los ardides a que es necesario recurrir para fijar la atención y aprovechar el tiempo; en una palabra, es forzoso amaestrarlos en cuanto pertenece a la teoría y práctica de la *educación moral,* a la *dirección del entendimiento* y a la enseñanza del *método;* o como se dice técnicamente, en Alemania, adoctrinarlos en la *Pedagogía,* la *Didáctica* y el *Método.* En esta clase pues, se esplicarán no solamente los métodos conocidos y mas aprobados, sino que se formará una crítica circunstanciada de cuantos planes é ideas nuevas salgan a luz en la materia. De este modo al paso que se proporciona suma variedad a los cursos, se promueve eficazmente la actividad del pensamiento, asi en los discípulos como en los maestros. Germen de tan precioso fruto no podemos ménos de injertarle en los demás ramos del establecimiento exigiendo a todos los profesores antes de comenzar los cursos una especie de programa o índice razonado de las materias que deben constituirlos y de la forma en que se proponen tratarlas. Así se tocarán al mismo tiempo las adiciones o rectificaciones que se introduzcan en el intervalo de un curso a otro. Asi no solo corremos parejas con los progresos de las ciencias, sino hasta tendremos esperanzas de llevarla mas adelante, a virtud de nuestros propios esfuerzos. El profesor que parte del principio de no considerar lleno su deber con solo presentar para el nuevo año exactamente la misma materia y bajo el mismo aspecto que el año anterior, fuerza es que se afane en introducir mejoras en la sustancia o en el modo. Por el contrario, tan luego como los hombres se persuaden haber llegado al *non plus ultra,* permanecen sin término en el *statu quo.* Entonces cesa el estímulo de la acción, enérvase la actividad, sientan sus reales la pereza y el desaliento, y estos enemigos acérrimos del alma aliñándose con su hermana la presunción é invocando el venerado nombre de la prudencia, levantan de consuno un valladar impenetrable a la corriente natural y divina del espíritu humano.

Ya se deja ver sin embargo que respecto a ciertas materias no puede exigirse siempre esa variedad tan apetecida, ora por resistirlo el asunto mismo, ora porque no todos los días se enriquecen todos los ramos con descubrimientos importantes. Pero la circunstancia de habernos contraído no solo a las mejoras en el fondo, sino a las del modo en presentar las cosas, óbvia completamente este reparo. Tal vez no se graduará de tan sencillo algun otro en que se tropieza: a saber, que por semejante sistema se enseñará a los alumnos de un curso no solamente de diverso modo, pero

basta diferentes materias de las que se han espuesto a los de otro. Mas aun este recelo se desvanecerá con igual facilidad, advirtiendo por una parte que a los primeros como a los postreros se han de impartir siempre las nociones fundamentales, y reflexionando por otra que esas aparentes diferencias vienen a resolverse en diversas aplicaciones particulares del mismo método general. Espliquémonos algo mas. En un curso de Química, v. y g. por completo que se suponga, ni sería fácil ni conducente hacer el análisis individual de todas las sustancias conocidas. La Naturaleza en sus tres reinos ofrece al profesor un vasto campo para variar sus ejemplos en cada curso y donde ejercitar asimismo su elección, escogiendo los casos mas propios para aplicar sus procedimientos a todas las necesidades de la ciencia. Verdad es que esto mismo indica que no todos los ejemplos estan en igual predicamento; y aquí del pulso y tino de nuestro profesor. Pero nosotros llamaríamos siempre mas cumplido el curso en que se enseñase a analizar toda clase de cuerpos, aunque pocos, que aquel en que no omitiendo uno siquiera en la descripción, se perdiese un tiempo precioso para la solución de ciertos problemas fundamentales, que son como la piedra de toque de la facultad. En suma, queremos maestros hábiles y teóricos profundos antes que eruditos indigestos y prácticos superficiales. No sabe mas el que repite mas de lo ageno, sino el que dice o hace mas de lo suyo. ¿Acaso por tener un individuo noticias mas circunstaciadas que Cuvier de algun animal o especie nuevamente observada, le daríamos la palma en competencia de ese genio escudriñador? La ciencia, Señores, no tanto se cifra en el *cuanto* como en el *porqué* de las cosas. Las noticias no son mas que las bases sobre las cuales se levanta el edificio con el instrumento de la *generalización*, que descubriendo las *relaciones* de los hechos, es el que constituye rigurosamente la ciencia. Por lo demás, no se concurre a los establecimientos para aprender todo lo *aprendible*, sino muy singularmente para aprender a *estudiar* y para aprender a *enseñar*. Los institutos de educación son los teatros donde la juventud debe tantear y robustecer sus fuerzas para marchar despues sin ageno apoyo. ¡Asi se grabará tan profundamente en el alma de los preceptores como en la de los discípulos aquel áureo principio, proclamado por la razón y sancionado por la esperiencia: "que todo alumno debe ser maestro de si mismo, o de lo contrario nada será"!He aquí el antídoto contra esos falaces sistemas de enseñanza que aspiran a prescindir del trabajo de los educandos. Bueno, útil, laudable es todo plan que se proponga mejorar, simplificar, facilitar la adquisición de los conocimientos; pero pretender que no sean necesarios los esfuerzos del que aprende para conseguir el fin deseado, pudiendo descansar en la escelencia del método y en el celo del institutor, es la señal segura de la charlatanería, o cuando menos de la inesperiencia y superficialidad. En vano buscaríamos el aprovechamiento por otros medios y caminos. En las ciencias no ha lugar a progresos, si se quiere marchar con pies agenos. Para inculcar este principio escribió su libro el autor de *Emilio:* libro peligroso en manos de la juventud inesperta, y aun de la madurez superficial; pero mina fecunda que por entre un poco de escoria ofrece oro sobra-

do para compensar las fatigas del práctico que se ingenie a beneficiarla. En resolución, el verdadero criterio de la bondad de los métodos, debe cifrarse en la universidad de su aplicación, en amaestrarnos a sacar partido de nuestros esfuerzos peculiares. No es posible graduar hasta que punto llegarán los alumnos, cuando a cada paso estén tocando que sus progresos son la obra de sus manos: desaparecen los estorbos como por encanto, cuando el dedo de la esperiencia señala a cada instante las conquistas que alcanzan por si mismos.

Finalmente, siendo la ciencia de la educación un ramo tan esperimental como la Física o la Medicina, quedaría harto defectuoso nuestro plan de *escuela normal,* si no destinase una parte del curso a la práctica de las doctrinas esplicadas. Ocurre asimismo a cada paso probar un nuevo plan, o por lo menos una nueva modificación, y entonces también es forzoso apelar a la luz de la esperiencia, sin cuya sanción todo se aventura en el régimen de la enseñanza. Con este fin se cursará formalmente la práctica del ramo, ni mas ni menos cual se verifica respecto de la jurisprudencia o de cualquiera otra facultad, para lo cual servirá de teatro el mismo Instituto en la parte que le toque, las escuelas primarias fundadas por la Sociedad patriótica y aun los establecimientos de empresa particular que quieran prestarse a ensayar los planes que se somentan a su observación. Asi lograremos acopiar datos en la ciencia *didáctica,* que tanto los ha menester, de la misma manera que se han amontonado en las físicas, multiplicando el número de colaboradores simultáneos; así se encargarán esperimentos y observaciones a los varios maestros al modo que a diversos sabios de una misma academia, para que contribuya cada cual con los hechos de su respectivo ramo a la solución de los problemas deseados.

Bosquejadas ya las bases sobre que deberá descansar la clase *normal,* permítase a la Comisión continuar la enumeración de las ventajas que de su establecimiento reportará nuestra adorada patria. ¿Pero no ha quedado suficientemente recomendada la institución a los ojos perspicaces de esta respetable Junta aun con ese imperfecto rasguño que de ella acabamos de trazar? Sin embargo la Comisión apelará a vuestra indulgencia y a vuestro patriotismo, no menos que a la gravedad y trascendencia del asunto para describir rápidamente el porvenir venturoso que ve cifrado en la institución de un plantel que ha de derramar por todas partes la buena semilla y los buenos cultivadores.

1.°—Establecida la enseñanza bajo este pie de práctica, se tocará la ventaja inapreciable que se saca principalmente con el sistema *esplicativo:* conviene a saber, que no se esplica sino *cuando se ha menester y lo que se ha menester,* siendo notoria la superioridad de este método al de largas lecciones formales. La instrucción que se toma según se va necesitando, y cuando se presenta la dificultad, queda mas profundamente grabada en nuestro entendimiento: cosa que no puede menos de resultar visto lo que facilita el ejercicio de la memoria la conexión de las ideas. Estando en la Escuela los alumnos que han de ser maestros, se hallan en su verdadero teatro, ni mas ni menos que el físico en su gabinete, para resolver cual-

quiera duda, apelando a la luz de la esperiencia.—2.°—Aquí se presenta la ocasión de promover conferencias y consultas con otros maestros, y comunicarse recíprocamente los resultados de sus observaciones peculiares.—3.°—Como parte de práctica se irá acostumbrando o los alumnos al mando y régimen de algunos ramos de la escuela. 4.°—De aquí pueden salir jóvenes encargados de inspeccionar las escuelas de los campos y establecer los buenos métodos; es decir que se podrá dentro de poco reformar las escuelas actuales con los mismos elementos de que constan, ya que no se habían de reemplazar los maestros existentes con los nuevos que produjese el Instituto. Estos quedarán reservados para optar a las vacantes por concurso, siendo preferidos a sus coopositores en igualdad de circunstancias. 5.°—De la clase *normal* del Instituto podrá salir presto un periódico dedicado esclusivamente a *educación*, y sobre todo a *métodos*: periódico que es una de las mas urgentes necesidades del país. Es necesario formar la opinión en estas materias, y muy particularmente la opinion de los padres: muy despejado quedará el terreno para los maestros cuando se alcance este importante fin. Con las mejores intenciones se levantan obstáculos insuperables a la marcha de la educación. Mucho, mucho, muchísimo hay que decir y hacer en un ramo sobre el cual pocos hay competentes para juzgar y donde todos se creen aptos para decidir. Cuando se rectifique la opinión, se hará justicia de todo, se dará a cada uno lo que es suyo: se señalará a los padres a los maestros, y al gobierno el lugar que corresponda a cada cual en la obra de la educación. 6.°—Así se promoverá igualmente el espíritu de asociación entre los maestros, como se verifica con éxito admirable entre los alemanes. 7.°—Entonces difundidas las buenas ideas, se podrán quizá generalizar los rudimentos de la *geometría* y del *diseño*, tan necesarios al hombre social en todas ocasiones, a la par de la lectura y la aritmética. Dia vendrá tambien en que se vea sin *escándalo* principiar la educación esplicando algunos fenómenos naturales, y postergando para época más adelantada el estudio abstracto de la gramática, aunque no el de la lengua. 8.°—La escuela *normal*, verdadero foco de donde saldrán las luces que han de repartirse, verdadero centro de union para todos los institutores, será el medio mas eficaz de alcanzar una educación realmente *nacional* (10); es decir, de uniformar a los gobernados en los sentimientos de amor al país y de respeto a las instituciones. Habituados de la misma manera a considerar la educación como un requisito primordial de la existencia civil, tomaran cada dia un interés mas profundo por su adelantamiento. Por último, Señores, la escuela normal se propondrá como su principal y mas santo fin levantar el caracter de los maestros con los sublimes sentimientos de la religión y la moral, para que así preparados y santificados los dignos sacerdotes de la patria, no presenten tan solo en sus aras la ofrenda de unos hijos mejores en el entendimiento, sino mejores en el corazón.

---

(10) La palabra *nacional* aparece subrayada en el informe, como todas las demás que así están aquí.

Hasta aquí las palabras del maestro. No me atreveré, por ahora, a agregarles ningún comentario; pero el ánimo no puede sustraerse a las amargas reflexiones que sugiere el hecho de que iniciativas tan felices, sabias y patrióticas, estaban condenadas a la esterilidad durante más de ochenta años, es decir, hasta el día en quedaron establecidas las Escuelas Normales de la República.

En efecto, como bien sabéis, el Instituto Cubano no llegó a fundarse. El presupuesto del primer año, que importaba veinte mil pesos, fué cubierto con diez mil que aportó la Junta de Fomento, y otra suma igual que concedió el Intendente Sr. Conde de Villanueva.

Pero seis meses después del día en que la Junta citada aprobó el proyecto de creación de la Escuela Normal, llegó a nuestras playas el General D. Miguel Tacón. En el acto privó a los cubanos de toda ingerencia en el manejo de los asuntos públicos, desterró a Saco, gobernó en abierta pugna con el Conde de Villanueva, patrocinador del proyecto, e inauguró una era de opresión y de despotismo, que no debía terminar sino con la dominación de España en América.

Toda obra de mejoramiento social quedó interrumpida, y después de algunos años de estupor y de vacilación abrióse el largo y sangriento período de la rebeldía cubana.

Ya nuestros próceres no pudieron ocuparse jamás, hasta el establecimiento de la República, en el fomento de la educación popular, ni en la formación de los mentores de la juventud; porque si bien es cierto que años más tarde llegaron a fundarse las Escuelas Normales de Guanabacoa y de la Habana, estas instituciones, aunque produjeron algunos maestros excelentes, fueron ajenas a toda iniciativa cubana y creadas para fines propios del Gobierno Colonial. En ellas no imperó nunca el espíritu progresista de Varela, el ardiente y austero patriotismo de La Luz ni las amplias miras y la entereza cívica de Saco.

Pero, después de un largo y doloroso calvario, llegaron al fin los días luminosos. La Patria conquistó su libertad y su independencia, y un gobierno justo, aunque extranjero, reformó y multiplicó las escuelas.

Tuvo el buen acuerdo de dejar confiada a la República la

misión de formar a los mentores de su pueblo, si bien el Dr. Varona preparó el camino creando, al reorganizar la Universidad de la Habana, la Escuela de Pedagogía, donde debían formarse los futuros profesores de las Escuelas Normales.

Un patricio insigne, Manuel Sanguily, presentó al Senado la que llegó a ser "Ley de 16 de marzo de 1915", el Poder Ejecutivo facilitó con largueza los créditos necesarios, y el 11 de diciembre del mismo año comenzó sus tareas, sencillamente, sin ruido, esta Escuela Normal, el *instituto cubano* con que soñara don José de la Luz y Caballero. Habían transcurrido ochenta y dos años, exactamente, desde el día en que la Junta de Fomento, a instancias suyas, acordó fundarla en este mismo sitio. Triunfaba al fin su noble y generosa idea; pero la cultura patria tiene un siglo de retraso. ¡Somos, en el orden de que tratamos, sus inmediatos y directos continuadores!

La gigantesca labor que debió ser confiada a su genio y a su patriotismo, ha recaído sobre nuestros débiles hombros; hemos tomado la obra casi en el mismo punto en que él la dejara. ¡Qué tristeza, qué inmenso honor y qué tremenda responsabilidad! Los profesores de la Escuela Normal para Maestros de la Habana, la aceptamos íntegramente, ni soberbios ni envanecidos, sino firmemente resueltos a consagrarle a nuestra Escuela lo mejor de nuestro espíritu y de nuestro corazón.

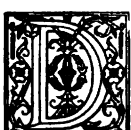
Sabemos que aun existen, como hace un siglo, millares de analfabetos en nuestro país; que aun afean nuestro carácter lastimosas imperfecciones morales; que el cubano necesita, más que nunca, educarse para el trabajo y la libertad. Sabemos también que ahora, como en 1800, la patria confía en la escuela y clama por mentores ejemplares. Pero ya se nos ha trazado la ruta; conocemos nuestro deber, y procuraremos que los maestros que se formen en este "Instituto Cubano" sean a la vez "el compañero experimentado" de Varela, "el evangelio vivo" de Luz Caballero y el "modelo de ciudadanos" de José Antonio Saco.

La Habana, 1.º de octubre de 1916.

FUEGOS FATUOS

NOVELA

I

ESDE el cuartito donde descansaban oíase la voz pastosa de la Gelini que, a instancias del público, repetía una canción de Schumann. Germana escuchaba arrobada, como si por primera vez llegase a su alma el beleño romántico de la melodía; sus manos anchas de pianista parecían sobre el fondo de su vestido más descarnadas, y la palidez de su rostro contrastaba con el broche de granates que cerraba el escote; Miguel la miraba de vez en cuando, compasivo; y sus dedos, por hábito profesional, se enarquillaban sobre el mástil del violín, practicando posiciones difíciles. Los dos escuchaban en silencio, y poco a poco por el semblante de Germana pasaron nubes hoscas. La voz de la cantante, antes enérgica, tornábase débil, plañidera, y un temblor la estremecía toda sin purificar la nitidez del timbre. Miguel no pudo contenerse y dijo:

—Será todo lo que tú quieras, pero lo que es artista... Cuando le da por emocionarse...

—Nadie le niega mérito. Lo único que digo es que me alegro de que la *tournée* se acabe hoy.

—No seas así, Germaine.

Gustaba decirle su nombre en francés, aun cuando ella hablaba también castellano. Se conocieron en el conservatorio; el obtener ambos los primeros premios y el ser ella de origen español, anudó los hilos de la simpatía. Por condiscípulos supo

la heroicidad de su existencia, toda dedicada a la música y a sostener a su madre, con quien vivía sola. Su unión fué el producto de dos aislamientos. Cuando un día ella faltó a clase y corrió la noticia de que se había quedado huérfana, Miguel mostróse solícito con discreción y supo allanarle caminos que sin su apoyo habrían sido abruptos. Germana trabajaba con ahinco, quitándole al sueño y a la salud horas para dar lecciones y estudiar seis diarias. Fueron inútiles los ruegos de Miguel, baldías sus estratagemas para inventar pretextos y ayudarla económicamente. Todo el curso se mantuvo así, y cuando después del examen final, pasada la efervescencia de felicitaciones, él fué a verla a su cuartito para ofrecérsele aún otra vez, la halló en cama; la tisis había aflojado sus nervios, y por la animación de sus facciones, por el brillo de sus ojos, hasta por la vivacidad de sus palabras, parecía haber tendido un esfumino sombras de laxitud. Ya estaba lograda, tras tantos esfuerzos, la primera meta. ¿Y qué? Ahora sola, enferma, era una pianista más; y ni siquiera sentiría, para estimularla, esa benevolencia que rodea siempre a los escolares. ¿Sería posible que aquel calvario subido a costa de privaciones resultase inútil? No estaba dispuesta a que su arte, como hacían otras, sirviera de pantalla a su liviandad. Viviría del arte o moriría de él: por eso se desalentaba... Miguel, con su fe de hombre sano y seguro de sí, fue piadoso y halló medios de reinfundirle ánimos de lucha. Puesto que habían salido juntos del conservatorio, juntos realizarían la primera excursión; él con su violín y ella con el piano irían lejos, serían célebres, dominarían multitudes y someterían a la fortuna. ¿Quería? Pero lo primero para lograrlo era ser optimista, a fin de forzar un poco el porvenir, cuidarse, levantarse cada mañana con pie seguro, igual que si cada día fuera un escalón de la gloria; y ella le oía sonriente, queriendo creer... Empezaron a ensayar con afán; y una tarde, mientras estudiaban, sin saber cómo, se sintieron enlazados sobre el diván industriosamente hecho con cajones forrados de pana; la palabra mágica del amor se mezcló desde entonces a sus proyectos y puso tras cada uno esas perspectivas únicas donde lo fabuloso se ciñe a las normas de la posibilidad. La sombra de Murger volvió a ser numen, en las riberas del Sena, de otro idilio. Solos

y sin trabas de preocupaciones, la divina arcilla reclamó y obtuvo en seguida su parte en la aventura. Fué desde el comienzo un amor algo triste; entre sus brazos el cuerpo desmedrado y siempre febril, decía a Miguel la fragilidad de toda esperanza. "Ahora sí que ya somos uno solo, uno solo para siempre", decía ella estrechándolo con la subconsciente convicción de que sólo escudada por un ser fuerte podría resistir los embates de la vida dura; él callaba, la besaba con mimo, conteniéndose temeroso de hacerla daño, y como cada día la salud era menos y más el estudio, sus caricias tenían que ser tan pronto viriles como materiales. Durante la primera parte de la excursión fueron felices. Ella, en su actitud subalterna, sólo triunfaba personalmente en las páginas adoloridas de Chopin; porque el músico, como ella misma, dábale la impresión de conocer su próximo fin y de asirse a la vida con exasperada y estéril violencia, cuando no se confesaba vencido; y contra la injusticia de ser débil y de no ser muy pronto, oponía sólo el lamento patético, la cólera disuelta en lágrimas. Agostada tanto por el exceso de estudio como por la tisis, su arte era grande y fogoso en su alma, pero se empequeñecía al pasar por sus músculos; y esto era para Miguel, en quien el instinto y el don dominaban a la laboriosidad, un nuevo motivo de lástima. En Bach, en Beethoven, en César Franck, sobre todo, triunfaba él con su sonoridad ancha y su expresión severa... Mas los celos artísticos no enturbiaban su dicha; todo el talento, toda la sensibilidad, los fatigosos años de estudio, Germana los ofrendaba gustosa a su amor. No era una renuncia: era la transfusión de un ideal; los aplausos tributados a Miguel le parecían suyos, y en las noches triunfales, cuando la voz del violín se alargaba, se afinaba hasta morir en un gradual descenso, ella tenía que esforzarse para no dejar de tocar y abrazarlo hasta fundirse con él, igual que se juntan dos llamas para formar una más luminosa. Él era equilibrio, vigor, certidumbre; ella cerebración, dudas y nervios, cultura acopiada junto a su madre, mientras las compañeras paseaban y reían con juvenil exuberancia. Sobre el tronco poderoso del árbol, la vida, caprichosa horticultora, complacíase en injertar una flor de estufa. ¿Sería injerto feliz? ¿Debería en adelante el árbol supeditar su vitalidad a la frágil flor parasitaria?

Si su personalidad artística—la más viva—sometíase generosa, su personalidad de mujer—la más enferma—se rebelaba en cambio contra toda infidelidad. Eran unos celos insensatos, sombríos; no sólo de personas, sino de cosas; celos servidos por la imaginación sin trabas y por una sospecha que, siempre aguda, penetraba en todos los minutos y atribuía a las palabras más fútiles clandestinas intenciones. Hasta cuando tocaban, Germana, cada vez que él volvía la vista hacia el público, seguía ansiosamente su mirar; y si lo veía cruzarse con otro mirar de mujer, la noche era tempestuosa, de reproches, de sollozos, de amenazas que a veces se prolongaban días y días, mientras, lejos ya, la causante del disturbio ni recordaría aquellos artistas más oídos que escuchados en la promiscuidad social del concierto... Cuando por imposición del empresario se les unió la Gelini, Germana centuplicó su vigilancia y sufrió como si fuesen realidades los peores temores. Ni la versatilidad de la nueva compañera, ni los días al sucederse con su gran fuerza de desgaste, disminuyeron su vigilancia. Juzgando a las demás mujeres iguales a sí misma, ignoraba que pocas se entregan a esas pasiones taciturnas y devoradoras como una enfermedad. Y así su vida era triste y la de Miguel no era alegre.

Debieron cerrar una de las puertas del escenario, porque la voz de la Gelini se debilitó de súbito hasta concluir la canción, y el mismo rumor de los aplausos llegó como algo lejano y crepitante. Poco después entró en el camerino y, cerrando la puerta, dijo después de poner sobre el estuche del violín un ramo de rosas:

—¿Ven ustedes como también ha cruzado el canal? ¿No lo decía yo? En cuanto salí lo vi como el primer día en Caen: estaba de pie en un palco, sin aplaudir ni sonreirse siquiera, y eso que canto sólo para él... Bueno es ser caballeresco y misterioso, pero no tanto... A veces hasta llego a dudar de que sean suyas las rosas.

—¿Pues de quién han de ser? Tómelo usted con calma y ya verá.

—¿Pues por qué no me escribe? ¿Por qué no hace que lo presenten a mí? ¿No le he demostrado bastante que también estoy enamorada? Cuando el primer día, destacándose del entu-

siasmo de la gente por sus brazos rígidos y su mirada casi húmeda, me llamó la atención, ya saben ustedes que entré y les dije: acabo de enamorarme para toda la vida... Y se rieron... Y es que una se enamora así o no se enamora. ¿Ustedes no creen que debía haberme escrito ya? Merecía que no le hiciera caso por tardar tanto, o... que fuera a pedirle un beso yo misma... No sé lo que me digo, ¡Jesús!... Si esto no es estar enamorada...

Aquella austriaca era digna de ser meridional: toda era sexo y voz... En la puerta sonaron golpecitos discretos. A un signo de la Gelini, que se había sentado y mostraba su seno jadeante ya un poco marchito, Miguel fue a abrir y un grupo de caballeros invadió el cuerto. La cantante aceptaba plácemes y estrechaba manos maquinalmente, fijos los ojos en la puerta, en espera del adorador misterioso. Y cuando Germana y Miguel fueron al escenario para tocar la sonata de Grieg que finalizaba el concierto, escoltados por los incómodos admiradores, por milagro de la incertidumbre volvió a sentir emociones virginales enterradas en el recuerdo bajo tantos años y desengaños, y con el corazón sobresaltado de esperanza aguardó en vano la llegada del galán que desde lejos la galvanizaba con esa vehemencia que añade la imaginación a los goces de los sentidos.

Debían despedirse aquella noche. La guerra, sorprendiéndolos en Londres, había puesto brusco fin a su excursión, y Miguel iba a utilizarlo para ir a España a recoger la herencia de su padrino. Proyectaba aprovechar el forzoso descanso para liquidar su hacienda y dedicarse a estudios de composición. ¿Qué falta le hace a usted?, solían decirle; y él respondía: no quiero ser en Arte un fuego fatuo y que mi obra acabe al callar mi violín; deseo perpetuar lo mejor de mi espíritu. Por eso no me duele este trastorno; al contrario.

Hubiera querido dejar a Germana en París o en Madrid, pero los ruegos y el temor de que en su ausencia se abandonase a uno de esos arrebatos de los débiles exaltados, le hizo acceder a llevarla consigo. Los años de ausencia le habían hecho olvidar las costumbres timoratas de los pueblos... Además, su optimismo vencía todos los obstáculos de antemano... Diría que era una artista francesa con quien había de preparar futuras cam-

pañas; ya encontraría pretextos, eso quedaba de su cuenta, pero había que hacer en el pueblo vida ejemplar. "Ni siquiera miradas, ¿eh?" Ella se avino a todo y prometió cuanto él quiso. ¿No hubiera accedido, con la misma cándida buena fe, a no respirar con tal de no perderlo? En la cena con que solemnizaron la despedida, la Gelini prometió comunicarles el término de su aventura, si es que el adorador la seguía hasta Gratz, su ciudad, donde pensaba refugiarse mientras la hecatombe la obligara. En el andén de la estación se despidieron casi emocionados.

—¿Hasta que se acabe la guerra?

—Sí, sí... Que nos escriba.

—Y ustedes... A la lista de correos, eso es... Adiós... Buena suerte.

La máquina gritó y su grito hizo vibrar la marquesina de cristales. Durante un rato todo fué humo y estrépito. En cuanto se retiraron de la ventanilla, Germana se echó al cuello de su amante y, mientras lo besaba con avidez, le dijo entre contristada y satisfecha:

—¿Pero tú te has creído la patraña del enamorado? Eso es mentira, mentira y mentira; nada más que para intrigarte, tonto... Y tú lo sabes, que es lo peor... ¿Que no? Por quien ésa estaba loca, pero loca hasta la medula, era por ti.

II

Cuando la diligencia traspuso el recodo del camino y vieron el gentío agrupado a la entrada del pueblo, los dos tuvieron un instante de inquietud. ¿Sería por él? El viaje había sido fatigoso y la incomodidad puso más de un rozamiento de intransigencia en las opiniones. Con pudor de patriotismo, Miguel hubiera querido saltar los pueblecitos sórdidos, entraña anquilosada de la nación, y en cada comentario de Germana receleba puntas de ironía o de censura. Pero al dejar la aridez del llano comenzaron los húmedos paisajes, los alcores, las colinas donde para vigilar las campiñas se reunían árboles añosos, las florestas ondulantes salpicadas de amapolas y de margaritas, las

perspectivas feraces; y sus almas, espejos de la naturaleza, volvieron a ser suaves y a anhelar el bien. Al dejar el ferrocarril en la última estación, los vaivenes del coche no les fueron ya tan incómodos porque el bienestar interior disipaba el tedio.

La recepción era en honor suyo. Al detenerse el coche, el gentío pasmóse un instante por timidez y se abrió en torno a las mulas—que sacudían, satisfechas de haber llegado, las sonoras colleras—un ancho círculo expectante. Al fin el Alcalde se adelantó para darle la bienvenida; pero como si la presencia de Germana hubiese trastrocado sus previsiones, el discurso tuvo balbuceos que en vano trataban de contrarrestar enérgicos movimientos de cabeza. La explicación de la compañía de Germana pareció aceptarse bien, y a ello contribuyó el que, de súbito, las campanas llenaran la quietud vesperal con sus voces, cual si quisieran celebrar, con los mismos trinos que cantaron el día de su bautizo, el regreso del hijo ilustre; a una señal, los mozos lanzaron un viva y los siete músicos de la banda comenzaron a soplar. El cura decidió en seguida que Germana iría a la posada y que Miguel se hospedaría en casa del Alcalde, albacea de su padrino, donde le había sido dispuesta habitación. Mientras iban por la calle sembrada de cantos—por la calle principal que ahora parecía a Miguel muy pequeña—, pudo enterarse de que el padrino, vencido en su fiereza y en su aislamiento por la proximidad de la muerte, dejó invadir la casa cuya entrada fue defendida durante tantos años, y expiró entre la indiferencia de quienes lograban satisfacer al cabo, inesperadamente, una curiosidad tan antigua. Germana lo miraba a menudo en demanda de socorro, mas él fingió no verla. ¿No se había obstinado en venir? Desde las rejas ojos ávidos de mujeres seguían la comitiva. La casa del Alcalde estaba en la plaza, y en sus dos balcones, tras de la cortina de cretona que les servía de colgadura, veíase rebullir gente. El sacristán iba detrás de los notables, llevando con solemnidad el estuche del violín confiado a su custodia, y los labriegos, contentos por aquel festejo gratuito y por las copas prometidas, miraban la cajita negra sin comprender bien cómo a tocar aquel chisme podía dársele más mérito que a tañer la zampoña o a repicar el tamboril. Todavía, antes de llegar al zaguán, el notario halló tiempo de dar a Mi-

guel dos golpecitos en la espalda y de decirle confidencialmente:

—Se trata de una herencia importante, ¿sabe usted?... Ni yo mismo pude figurarme nunca que su padrino fuera tan rico... Bien se conoce que cogió la buena época de América, la de las onzas y los negros esclavos.

A casa de la primera autoridad sólo subieron los escogidos. Miguel había dado una caja de puros para repartir entre los mozos, y al entrar en la casa le dieron un viva espontáneo. En la sala lo primero que llamó la atención fue un vargueño antiguo y dos jarrones que de pronto le recordaron su infancia y la casa de campo del padrino. La alcaldesa mostró tal estupor al ver a Germana, que su marido hubo de apresurarse a decirle algo al oído. La hija del alcalde, una muchacha fuerte, rolliza, apetitosa, casi bella a fuerza de salud, insinuó una torpe lisonja:

—Nosotros, que sabemos cuánto vale usted, porque hasta este rincón nos han llegado las noticias...

Pero el coro de contertulios cortó su frase y llamó su rubor con esta petición ruidosa:

—¿Qué es eso de usted cuando han jugado juntos de pequeños? Por muy ilustre que sea don Miguel, aquí ha de ser el chico de siempre, uno de los nuestros, y de tú le hemos de llamar todos.

—Y yo orgulloso de ello.

—Anda, Rosa.

—No faltaba más.

—Y el domingo ha de tocar en la misa de once.

—Y en la romería, para que lo oiga todo el pueblo y bailen las rapazas.

—Y el día que se descubra el nombre de la calle.

—¡Ya la soltó usted!

Roto el primer encogimiento, la alegría y la indiscreción se desbordaron y a ello ayudó una botella de vino generoso, al que la parsimonia de sus dueños, disfrazada de previsión, había dado añejas cualidades. La cena fué copiosa, seguida de interminable sobremesa. Miguel hubo de rehuir varias veces el pie de su amiga, que en vano pretendía decirle de tan imperfec-

ta manera su dolor por tener que separarse. Al cabo, mientras el notario contaba fantásticas aventuras de caza, el Alcalde, su mujer y el cura, salieron del aposento donde se les había oído cuchichear poco antes, y al oir las palabras de la alcaldesa el júbilo iluminó el semblante de Germana y su primera antipatía por los dueños de la casa cambióse por agradecimiento.

—¿Sabe usted lo que hemos pensado? Que la señorita no se va a la posada, eso es... Puesto que como dice Miguel, y él que ha corrido tanto mundo y es tan listo lo sabrá mejor que nosotros, no es contra Dios ni contra la santa moral que un artista viaje de ese modo, aquí se estará si acepta, con la buena fe que se la ofrecemos, nuestra pobreza.

Hubo palmoteos, promesas recíprocas, y el júbilo pantagruélico duró hasta que el sereno cantó en la plaza las once y cuarto. Aun salieron a despedir a los amigos al balcón, y desde allí, mientras se alejaban, Germana y Miguel pudieron ver un espectáculo que en las grandes ciudades se contempla muy pocas veces: la noche oscurísima, claveteada de plata, los envolvía con un silencio augusto. Aquel cuadro nuevo, donde iban a desenvolverse por algún tiempo sus vidas, perdía de pronto el aspecto jocoso y fútil de la llegada. La plaza, de anchos balcones saledizos, daba una impresión de abolengo y de melancolía. Germana, después de mirar hacia adentro, se acercó a él y le estrechó la mano con violencia.

Del otro extremo de la plaza llegó rumor confuso de voces. Eran el boticario y el juez que, al separarse de los otros, iniciaban el largo rosario de "las críticas". El juez, de acuerdo con su profesión, procedía por circunloquios y preguntas capciosas; el boticario, que tenía en el carácter más ácidos que en la farmacia, usaba afirmaciones crudas entrecortadas con risitas.

—¿Qué me dice usted de las costumbres extranjeras?

—Hable usted bajo... El Alcalde no podía dejarla ir al mesón.

—Claro, el enemigo en casa... Probablemente será una pelandusca.

—No aventure juicios; lo único que podemos decir es que está flaca y que mira al mozo con una insistencia verdaderamente parisina.

—Je, je... Pues la Rosa también lo miraba. ¿Se fijó?... Encargo de la madre, sin duda: hay que pescar en la iglesia la herencia del indiano.

—Lo que no tienen ya. ¿Reparó usted en el trasiego de muebles?

—Desde que entré... Esto va a ser divertido; se verán cosas.

Envueltos en la sombra, muy juntos, Germana y Miguel presentían el sentido hostil de aquellas voces casi apagadas por la distancia. ¿Era aquel su pueblo? ¡Cuán diferente lo hallaba ahora de su recuerdo, las magnitudes sobre todo!... Sólo un instante, al saborear un pedazo de la tarta tradicional, como si el más vulgar de los sentidos se complaciese en mostrar superioridad sobre los otros, apareciósele en la memoria toda su infancia y cien pormenores dormidos en lo hondo del cerebro se avivaron... La vida allí debía ser triste, sin otro movimiento que el de codicias mezquinas... De pronto Miguel oyó su nombre y se volvió con sobresalto. Era Rosa.

—¿Quiere usted venir? Le acompañaré a su cuarto...

Germana se quedó sola, y mientras pudo los siguió con la vista, mortificada ya. Mientras iba por el pasillo, a la luz oscilante del velón, Miguel se fijó en la muchacha: tendría veinte años; el cuerpo era armonioso y poderoso, las manos recias, las niñas de los ojos recordaban el chispeo múltiple de la venturina, y el fino vello que aterciopelaba la piel, daba a su cara una fragancia casi frutal. Cuando le entregó la luz, le preguntó:

—¿A qué hora quiere usted que lo llame?

Él en vez de responderle, le dijo:

—De tú, de tú... Si me sigues tratando de usted no respondo.

Y por primera vez se miraron cara a cara y se sonrieron.

A. Hernández Catá.

(Concluirá.)

NOTAS EDITORIALES

LA CRÍTICA DE LIBROS LATINOAMERICANOS

Uno de nuestros corresponsales en París, el brillante escritor chileno don Francisco Contreras, quien escribe en la excelente revista *Mercure de France* la crítica de los libros latinoamericanos, ha reasumido su labor paralizada desde los primeros días de la guerra europea. Sería, pues, conveniente que nuestros escritores no olvidaran enviar sus libros al señor Contreras, a fin de que pueda hablar oportunamente, en Europa, de nuestro movimiento literario. Su dirección es: 23, rue Le Verrier.—París. Plácenos dar a conocer a los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA el comienzo de un extenso artículo sobre la novela moderna hispanoamericana, que el señor Contreras ha publicado recientemente en el *Mercure de France:*

A pesar de la honda repercusión que la guerra europea ha tenido en la América Latina, puede decirse que las letras hispanoamericanas han seguido su desarrollo normal; prosadores y poetas han continuado publicando con mayor regularidad, tal vez, que los de los países neutrales de Europa. Ultimamente nuestras letras han sufrido una pérdida dolorosa con el fallecimiento de nuestro gran poeta Rubén Dario. Hemos sido admiradores y amigos íntimos del maestro. Pronto publicaremos un trabajo detallado, en que nos esforzaremos por revelar su obra en la nación que fué para él algo así como la patria intelectual. Ahora hablaremos de algunos de nuestros novelistas, con ocasión de sus últimos libros.

Con el mismo vigor ardiente y espontáneo que, hace unos diez años, florecía en la literatura hispanoamericana la poesía lírica, florece ahora en ella la prosa de imaginación: el cuento, la novela corta, la novela. Numerosos escritores jóvenes se dedican a este género con singular entusiasmo, en tanto que muchos ''aînés'' lo abordan también, aunque sea

ocasionalmente. Es que nuestras letras, habiendo hecho ya su primer período, el período lírico, han entrado en su segundo siglo.

En realidad, la prosa imaginativa ha sido cultivada en América desde el tiempo remoto del coloniaje español. En esa época, más de un fraile o capitán letrado cantó en peregrinas narraciones sus aventuras o conquistas imaginarias. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, la novela alcanzó cierto desarrollo, y aun cierto esplendor pasajero, debidos al deslumbramiento producido por los modelos románticos; empero, sus manifestaciones, inspirándose directamente en esos modelos, no pudieron traducir la verdadera vida hispanoamericana en una forma apropiada y personal. Sin embargo, entre las innumerables tentativas, hubo algunas obras hermosas, como la famosa novela *María*, del colombiano Jorge Isaacs; el idilio histórico *Amalia*, del argentino José Mármol, y ciertas novelas de costumbres del chileno A. Blest Gana.

La novela a la moderna, esto es, la narración de un fragmento de la vida, en que los personajes vivientes y humanos se mueven en un ambiente moral definido, sobre un fondo material bien pintado; la novela verista y psicológica, sólo ha arraigado entre nosotros hace unos quince años, con el movimiento modernista. Aun cuando los poetas fueron los principales actores de este movimiento, algunos novelistas se manifestaron también, a su influjo, con ensayos tan nuevos como atinados; luego, éstos han ido acrecentándose año por año, hasta llegar a formar la pléyade compacta y entusiasta de hoy.

Aunque todos tienden al ideal de realizar la novela moderna, nuestros nuevos novelistas se diferencian por la elección del asunto y por la mayor o menor significación nacional que pretenden dar a la obra. Así, algunos, entre ellos casi todos los que empezaron hace unos quince años, se han dado a novelar la vida dorada de las capitales, eligiendo como protagonistas a tipos refinados, de excepción, y empleando como escenario los sitios frecuentados por el mundo elegante; lo cual les ha permitido tejer psicologías sutiles y pintar vivos y picantes cuadros mundanos. Otros, entre ellos muchos de los jóvenes revelados posteriormente, se han dedicado a interpretar la vida de los campos o de la clase media de las ciudades, presentando al hombre autóctono, no desnaturalizado aún por el cosmopolitismo invasor; lo cual les ha hecho hacer de sus libros cuadros tan vivientes como característicos de la vida hispanoamericana. Pero todos, por lo general, muestran en sus esfuerzos una preparación sólida y un buen gusto auténtico; de manera que podemos decir, con razón, que poseemos un grupo de verdaderos novelistas que están creando la novela del Nuevo Mundo Español...

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY, 27. HABANA.

Cuba Contemporánea

AÑO IV

Tomo XII. Habana, diciembre de 1916. Núm. 4.

DE ADMINISTRACIÓN

Rogamos a nuestros subscriptores, si desean renovar la subscripción para el entrante año de 1917, que envíen el importe de la misma *(cuatro pesos oro cubano o norteamericano* los de Cuba y *cinco pesos* los del extranjero) al Administrador de CUBA CONTEMPORÁNEA, Dr. Julio Villoldo, calle de Peña Pobre núm. 20, altos, Habana.

AVISO

Agradeceremos a los colegas nacionales y extranjeros con quienes mantenemos canje, a nuestros subscriptores, colaboradores y anunciantes, así como a los autores, editores y libreros de Cuba y del extranjero, que tomen nota de haber sido trasladada la Dirección de CUBA CONTEMPORÁNEA a la calle de *Panorama entre S. Jacinto y Robau. Reparto Buen Retiro. Marianao (Habana),* a fin de que la correspondencia sea debidamente dirigida así, o al *Apartado 1909. Habana.*

tulada Asociación Nacional de Propaganda Cívica, redactados por el señor Luis Marino Pérez, Bibliotecario de la Cámara de Representantes y joven cubano de positivos méritos, quien teniendo en cuenta algunos juicios y opiniones emitidos por los redactores de esta Revista, en pláticas con él sobre asuntos nacionales, y compartiendo con ellos el criterio de que es necesario y urgente depurar la vida política cubana y encauzarla por rumbos distintos a los seguidos por las agrupaciones que en ella actúan, quiso contar con la aprobación y el concurso de los fundadores de CUBA CONTEMPORÁNEA y de otras personas que fueron por él invitadas a las reuniones de que se ha hecho mención.

Concurrieron, entre otros, los señores Luis Marino Pérez, Antonio Alemán Ruiz,

funestos para el país y para la República. Creo que se obtendría la finalidad de hacer saber que no se constituye un partido político, haciendo solamente la última declaración contenida en esa parte del programa: que la Asociación jamás competirá en las urnas electorales con ningún partido político, grupo o candidatura.

Estimo también que huelga, y más que huelga, perjudica, la protesta que se hace en el programa de que la Asociación no busca ventajas personales para sus miembros ni conquistar beneficios en su provecho. Ese espíritu se debe ver después que se vea en la práctica la actuación nuestra; nuestro desinterés no se debe pregonar a priori, porque ese es un recurso de que han hecho uso todos los grupos y todas las personas que en Cuba se han dedicado a la vida pública, por ambiciosos y ladrones que hayan sido después; se debe demostrar con *hechos,* sin decir nada acerca del particular. Esa declaración puede entenderse por nuestro público, desencantado y escéptico, como una defensa a un ataque esperado, dadas, quizás, posibles intenciones del grupo.

Entiendo también que la parte en que se pide el sacrificio propio, en aras del bien del procomún, a los políticos, huelga

---

Adrián del Valle, José María Chacón, Francisco González del Valle, José Manuel Carbonell, Pedro Villoldo, Rogelio de Armas, Ricardo Sarabasa, Mario Guiral Moreno, Julio Villoldo, José Sixto de Sola y Carlos de Velasco. Los cinco últimos presentaron algunas objeciones, así como también los señores Carbonell y Armas; y después de varias discusiones, en que se llegó a un acuerdo de reforma y supresión de ciertas bases, el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA quedó encargado de redactar los documentos definitivos y de convocar a una junta a la cual serían invitadas todas aquellas personas a quienes se considerase interesadas en aprobarlos, como paso previo para llegar a constituir una verdadera asociación nacional de carácter cívico, formada principalmente por elementos jóvenes de todo el país.

Circunstancias de diversa índole han impedido hasta hoy la realización de todo lo proyectado—que pudiera llevarse a término ahora si, al ser conocida una parte de los proyectos, encuentran éstos calor y apoyo en la juventud y en los elementos no maleados de la población cubana—, y la labor está en suspenso no sólo por la depresión moral que nos causara el vacío dejado en nuestro derredor por la prematura y súbita muerte de aquel nunca olvidado compañero José Sixto de Sola, sino porque el cubanísimo espíritu de tan noble compatriota sintetizó, salvo ligeras excepciones, en estas páginas que le escribió al Director de CUBA CONTEMPORÁNEA y que damos hoy a la luz pública en el sitio y oportunidad que a él correspondían según el turno de cada redactor, el parecer de todos los que con él fundamos esta tribuna desde la cual vuelve a dejar oir su voz, ya de ultratumba, aquel ciudadano amigo que no ha muerto ni morirá en nuestro recuerdo y en nuestro corazón.

por completo y sólo provocará sonrisas escépticas; porque pedirles a la mayoría de nuestros políticos que antepongan el interés público al suyo propio, es una petición que peca de cándida. A los políticos buenos no les pedimos nada: ellos cooperarán con nosotros por la misma virtualidad de las ideas de la Asociación. Y a los políticos malos, tampoco les pedimos nada: que se apresten a defenderse, porque la Asociación los va atacar rudamente en el campo de las ideas y se va a esforzar por reducirlos a polvo y hacerlos retroceder confundidos y desconceptuados ante los ojos de la Nación.

Entiendo que las bases, en conjunto, no desarrollan en absoluto la parte primera del programa. La primera parte del programa se refiere propiamente a los fines que yo tenía en la mente cuando fuí invitado a estas reuniones: a la propaganda cívica. Las bases desarrollan un plan de reformas sociales. (*).

Si en la primera parte se dice que la Asociación Nacional de Propaganda Cívica surge de la necesidad de levantar el espíritu público; de encauzar por buenos senderos la vida política

---

(*) La parte primera del programa, después de algunas modificaciones acordadas en principio, quedó redactada así por su autor:

"La Asociación Nacional de Propaganda Cívica surge de la necesidad de levantar el espíritu público cubano, profundamente desorientado y abatido en la hora actual, para encauzar por buenos senderos la vida política de la nación, mal encaminada por el egoísmo y la indisciplina, y para llegar a la realización del programa, olvidado, de la Revolución, que Martí condensó en las siguientes frases de memorable documento: "El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud."

"La Asociación Nacional de Propaganda Cívica pide a la juventud cubana lo que de ella tiene derecho a esperar la República: que luche para extirpar los vicios que están socavando los cimientos morales de la nación, en vez de darles carta de naturaleza; que despliegue en la vida pública las virtudes y las energías propias de su edad, pues si el país, perdida la esperanza de que los políticos que de la función pública han hecho un oficio cambien de conducta, vuelve los ojos hacia la juventud, y ésta le deja igualmente descorazonado, ¿de dónde esperar el remedio?

"Pide a los elementos que se mantienen alejados de los partidos políticos y a las clases acomodadas de nuestra sociedad, que no desdeñen ni abandonen las funciones cívicas. Quisiera ver a todos ellos, en unión de los demás elementos de la sociedad cubana, empeñados también en la tarea de formar en esta Isla una Patria grande y próspera. La democracia impone a todos los ciudadanos el deber de participar activamente, en una forma u otra, en la obra del gobierno propio, so pena de que la

de la Nación, mal encaminada por el egoísmo, la indisciplina y la maldad; de la necesidad de realizar el programa de la Revolución condensado por Martí; si la Asociación Nacional de Propaganda Cívica pide a la juventud que luche por extirpar los vicios que están socavando los cimientos morales de la Nación, y que despliegue en la vida pública las energías y virtudes propias de su edad, ¿por qué las bases se desvían y conceden una atención preferentísima al mejoramiento material de una clase de nuestra población? El hecho de que nuestros guajiros tengan casas de mampostería, sociedades cooperativas, seguros los obreros contra accidentes, que exista el *homestead* y el impuesto sobre la renta y la limitación de las ganancias de

---

sociedad entera se quebrante y sean los indiferentes y desidiosos los primeros en sufrir los perjuicios.

"Pide a los políticos que antepongan a todos los intereses de la clase, el interés común, siempre supremo, concediendo, sí, a las aspiraciones y ventajas personales su legítimo lugar, pero nunca permitiendo que el bien colectivo sea relegado a un plano inferior. Este concepto de la vida pública, llevado al terreno de la práctica, enaltecería a aquéllos que tienen la función de dirigirla. Es al hombre político, por lo tanto, a quien más provechos directos ofrecemos con nuestra propaganda, con quien tenemos más derecho a contar, porque él, en su vida pública, ha hecho siempre alarde de patriotismo y de desinterés. Confiamos, pues, en que los políticos que sean sinceros se apresurarán a ayudarnos a revivir lo ideales de Martí y de la Revolución.

"El país necesita que concurran todas las voluntades, todas las inteligencias, todas las fuerzas al magno empeño de su organización. Pasa hoy por uno de esos períodos críticos en que el desquiciamiento alcanza proporciones alarmantes. Depongamos, pues, los unos la indiferencia, los otros las pasiones y los egoísmos, para emprender, unidos, la obra de renovar, de transformar la vida político-social de nuestra tierra, asegurándole el brillante porvenir a que la hacen acreedora los grandes elementos de riqueza y de cultura que encierra.

"La Asociación Nacional de Propaganda Cívica procurará realizar una labor eminentemente constructiva por medios directos y prácticos, motivo por el cual, ya en la propaganda de sus doctrinas, ya en la prosecución de sus fines por cualesquier otros medios, manteniéndose siempre firme en sus propósitos, adoptará como norma de su conducta un procedimiento tranquilo y ecuánime, sin que la muevan jamás el odio ni la inquina, porque sólo aspira a ejercer sobre los poderes públicos, sobre los partidos y los hombres, la influencia moral que sus actos y sus prédicas le conquisten entre las multitudes.

"La Asociación proclama igualmente que no busca, de manera directa ni indirecta, ventajas personales de ningún género para sus componentes. No se propone conquistar beneficios en provecho de sus miembros. No se propone luchar jamás en favor ni en contra de ningún partido, grupo o candidatura política, ni a competir con éstos en las urnas electorales."

... ...

Las bases no las publicamos, no sólo por ser demasiado extensas, sino porque del curso del análisis hecho por Sola se deduce, poco más o menos, los puntos que comprendía cada una de ellas.

las sociedades anónimas, ¿ello levantará el espíritu público, contrarrestará la maldad, el egoísmo y la indisciplina que caracterizan hoy en día nuestra actuación política?

Se anuncia un programa de propaganda cívica cubana, y se desarrolla un programa de reformas sociales que lo mismo puede intentarse en Cuba que en cualquier otro país.

Así, pues, en conjunto, opino que el programa, aunque bien intencionado y hermoso, se desvía de lo inmediatamente necesario, de lo que necesita el país, de aquello por lo que la opinión sana del país está clamando incesantemente, de aquello que para realizarlo están muchas voluntades dispuestas a cooperar con energía y con buena fe, voluntades entre las que cuento a la mía propia.

El país necesita reformas sociales; pero necesita mucho más urgentemente reformas de estructura política, de procedimientos políticos, y de los políticos y de los ciudadanos. Más que una campaña de reformas sociales, necesitamos una campaña de civismo, de patriotismo, de nacionalismo, de idealismo; de combate de todo lo malo que va surgiendo, de aplauso y estímulo hacia todo lo bueno.

Entiendo que en el programa se deben incluir las reformas sociales, pero como una de las bases, como una de las aspiraciones; no como conjunto de todos o casi todos los fines de la Asociación.

Si yo fuera a encontrar exponentes de estas dos tendencias en la prensa periódica de esta capital, yo me atrevería a decir que la primera parte del programa es lo que desarrolla y trata de lograr CUBA CONTEMPORÁNEA; y que la segunda parte es lo que desarrollaría y trataría de lograr *La Reforma Social.*

En conjunto, me parece que exponer un vasto plan de reformas sociales, decir que la Asociación se propone el establecimiento de dichas reformas, y al propio tiempo no constituirse en partido político ni contar con medios adecuados para el logro de ese propósito, es ir derecho al fracaso, como han ido otras personas que se han propuesto parecidos propósitos a los aquí expuestos, como ha ido la Comisión de Reformas Sociales, que nada práctico ha logrado. Me parece que es desperdiciar un esfuerzo que aplicado al campo de una propaganda activa, cí-

vica, valerosa, enérgica, podría, no arreglar la Patria y hacer que el pueblo bajo de Cuba sea feliz y viva bien y que todo marche sin tropiezo, pero sí cooperar eficazmente al mejoramiento de las instituciones republicanas y, por tanto, al logro de la felicidad del grupo social cubano; ese esfuerzo, dirigido por ese camino, podría pesar en los destinos de Cuba en sentido beneficioso; me temo que el esfuerzo, con el programa tal como está, se pierda en el vacío.

Nosotros no debemos pretender, repito, componer a Cuba, erigirnos en los dispensadores de la felicidad colectiva, ser los arregladores de lo desarreglado y tener el monopolio de los buenos deseos; debemos solamente aspirar a cooperar, con las buenas voluntades, a que en Cuba, bajo el régimen republicano, se llegue a la Cuba rica, moral y poderosa que soñaba Saco.

El programa, por la diversidad de materias que abraza, por la magnitud de lo que contiene dado nuestro medio, habrá de caer en la opinión como un globo tremendamente inflado de aire caliente, que, al menor contratiempo de su cubierta, habrá de desinflarse sin remedio. Y la Asociación debe velar en todo tiempo por caer bien; caer bien en la opinión sensata del país, aunque caiga muy mal en la opinión de los pícaros y de los trepadores.

El programa promete demasiado: aspira a demasiado: el programa es demasiado, dados los medios que tiene a su alcance; y esa falta de proporción entre sus finalidades y sus medios, hará, a mi juicio, que caiga en el fracaso.

Una finalidad más modesta, más concreta, más factible, sería recibida muy bien en el país que piensa y que vale; y esa finalidad modesta, cuando se fuese logrando y fortaleciéndose la institución, podría ir ensanchando su esfera de acción y se podría ir llegando a finalidades más complejas.

En detalle, hay bases con las que estoy, a primera vista, en completo y absoluto desacuerdo. ¿Es prudente, previsor y patriótico en Cuba, país que necesita que se fomente, que se desarrolle económicamente, que necesita de la inmigración de capitales para desarrollar sus inmensas riquezas naturales, pedir, precisamente en ese período agudo de necesidad de fomento, cortapisas y medidas restrictivas y, al parecer, suavemente hostiles al capital? En un país de esas condiciones y donde el propie-

tario urbano paga una tremenda contribución de un doce por ciento, más el recargo del Consejo Provincial, más crecidísimas cuotas por plumas de agua, más el peso del enjambre de inspectores sanitarios y de órdenes sanitarias, muchas veces dirigidas únicamente o a saquear al propietario, o a justificar personal, o a demostrar exceso de celo, ¿es posible pensar en establecer además un impuesto sobre la renta? Aquí al propietario todos le tiran; los famélicos e insaciables Ayuntamientos de las ciudades y del campo no cesan de explotarlo; el Gobierno, más bien se ensaña con él que lo llama y lo alienta; ¿y en esas condiciones vamos a pedir el impuesto sobre la renta?

No he estudiado el problema científicamente, pero a priori me parece absolutamente fuera de oportunidad la medida.

En cuanto a las limitaciones de las ganancias de las sociedades anónimas, me parece que no son bastantes esas ganancias todavía, y no son bastantes las sociedades anónimas que tenemos para tratar de restringirlas, aunque la medida esta no me repugna y creo que a ella hay que llegar necesariamente, si bien me parece que también está fuera de oportunidad.

Tampoco estoy de acuerdo con lo que se dice respecto a la inmigración. Es muy cierto que necesitamos inmigraciones de razas afines, que se aclimaten y se nacionalicen; pero, ¿de dónde podremos traer esas inmigraciones? Unicamente de España. De España es de donde únicamente nos vienen las máquinas que fabrican cubanos. De todas las demás partes, en su mayoría, nos vienen extranjeros que no producen más que extranjeros. Y de España, bien lo sabemos, no viene el inmigrante con instrucción: hay que tomarle salvaje y civilizarle aquí, que aquí vivirá, aquí tendrá familia cubana y aquí probablemente dejará el dinero que haga.

Tampoco estoy de acuerdo con la limitación del Ejército. Creo que el Ejército es la mejor garantía de paz, paz necesaria para conservar la República, supremo bien de los cubanos. Entiendo que sin el Ejército, aquí habría revoluciones triunfantes como la de agosto de 1906, que triunfó por no haber soldados; preferible es incurrir en los peligros del ejército cubano, y tener la garantía de poder guardar y mantener la paz nosotros mismos, y no que nos la vengan a guardar los norteamericanos,

cuya actuación en Cuba debemos procurar que sea la menor posible.

Por todo ello, y por otras consideraciones más, yo no estoy de acuerdo con el espíritu que preside el programa; quizás viese yo con simpatía la obra que la Asociación realizase, pero no me uniría a esa obra, porque para realizarla no estoy preparado, ni están preparados mi mentalidad, ni mis sentimientos, ni mis tendencias. Si alguien me llamase para realizar una obra beneficiosa en favor de tal o cual clase de pobres o de enfermos, contribuiría con mi cuota, pero no tomaría sobre mis hombros el peso de realizar la obra activamente, porque está fuera de mi esfera de actividad: no todos los hombres han de servir para todo: gran cosa es que cada uno sirva para algo, y yo reconozco que no sirvo para una asociación cuyo propósito es el encerrado en el programa.

Una afirmación final de estas consideraciones que he hecho de prisa, sin detenerme, según han venido mis ideas: si se suscitasen en Cuba, de manera verdaderamente radical, los conflictos entre el capital y el trabajo, que hemos visto en otros países, creo que yo me inclinaría del lado del capital, no de los obreros. Yo personalmente, aunque no tengo la dicha de serlo, aspiro a ser algún día capitalista, no obrero; y aunque deseo que todos puedan llegar al logro de la felicidad, creo que a las clases solventes se debe también preponderante atención. Después de esta consideración, creo que se verá claramente que yo no encajo en el programa, ni el programa, aunque bueno y hermoso, encaja en mí.

Si esas fueran mis ideas, yo hubiese ido a ver al Dr. Carrera Jústiz y hubiese cooperado con él. Si no lo hice entonces, ¿por qué voy a hacer algo parecido ahora?

Dadas estas ideas mías, creo y entiendo que el programa y yo estamos separados por diferencias de criterio irreconciliables y fundamentales, que no se pueden armonizar por muchas concesiones que se hagan por ambas partes. Y yo prefiero separarme del movimiento tal como va, de una manera total, porque yo sería un elemento no aprovechable; quizás más bien serviría de estorbo: con ese programa me falta lo esencial: convicción y fe.

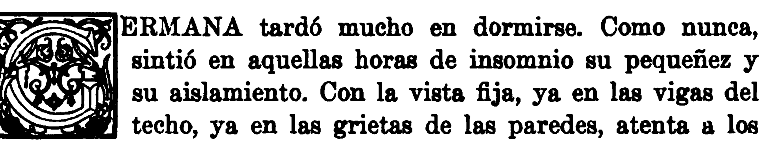
José Sixto de Sola.

FUEGOS FATUOS

NOVELA

(Concluye.)

III



HERMANA tardó mucho en dormirse. Como nunca, sintió en aquellas horas de insomnio su pequeñez y su aislamiento. Con la vista fija, ya en las vigas del techo, ya en las grietas de las paredes, atenta a los menores ruidos, se rebullía entre el lienzo áspero de las sábanas, y su existencia adquiría de pronto un sentido de cosa extraña, desquiciada, absurda. Remontándose en el recuerdo, llegó hasta los días lejanos de la infancia y un largo rato revivió las horas de estudio en que, odiando el piano, bajo la mirada severa de su madre, hacía escalas, octavas y arpegios mientras la fantasía, con la envidia y la prohibición por acicates, la llevaba junto a los demás niños que correteaban en el paseo. Esta imagen de su madre no era la de la misma viejecita, casi augusta por desvalida, de los últimos años, sino una figura regañona, implacable en exigir, en amargarle los días mejores con las explicaciones de su miseria, y en mostrarle a todas horas el deber de aprovechar sus aptitudes para pagarle luego sus afanes. Poco a poco revivió su niñez sin muñecas, sus días de jovencita sin juventud, las largas épocas de anemia, la primera hemoptisis... Toda una vida de tristes encadenaciones con vislumbres de optimismo y apetitos de gloria delirantes, entre lapsos de desfallecimiento en los cuales la voluntad, diluyéndose en corrosi-

vos sinsabores, llegaba a producir el morboso goce de sentirse mezquina, impotente contra los embates del mundo. En la mitad de estas remembranzas se le cerraron los párpados, y ya durmió toda la noche con ese sueño denso hijo de la fatiga. Cuando abrió los ojos, la luz llameaba en las rendijas de la ventana y ruidos imprecisos llegaban de fuera. Hubiese querido dormir más y quedóse un rato esforzándose en perder de nuevo los sentidos, que, velados por el sopor, la tuvieron largo rato en ese estado fronterizo donde la fantasmagoría de los sueños se mezcla con las incitaciones de la realidad. Aquella quietud, aquella presentida fragancia de tomillo, de albahaca y de salvia, aquel despertar incompleto en una habitación extraña, sugirióle uno de esos recuerdos fugitivos que la conciencia no logra fijar y que, tal vez, sean jirones de otro paso de nuestra alma por la vida. Poco a poco la bruma fué disipándose; oyó pasos al otro lado de la puerta, y preguntó:

—¿Es muy tarde ya?

—Tardísimo, dijo la voz de Rosa... Ya se nota que no es usted de pueblo. Aquí madrugamos. Miguel ya ha tomado su chocolate.

Le produjo disgusto haber dormido hasta tan tarde, pena el que Miguel no la hubiese esperado, ira el que Rosa le llamara así, por su nombre, desenfadadamente, y comenzó a vestirse de prisa. Al momento tuvo deseo—por desobedecer las indicaciones de Miguel y vengarse—de sacar un traje llamativo, pero desistió y se puso una falda oscura y una blusa. Al llegar a pasos quedos al comedor, desde donde le llegaba el alternado susurro de dos voces, halló a Miguel pugnando con el notario dispuesto a aclararle sus asuntos aquella misma mañana. Miguel adivinó que su amante había pensado sorprenderle, y la reconvino con movimientos de cabeza, luego de saludarla. De cuando en cuando, el Alcalde, su mujer o su hija entraban y, con pretexto burdamente fingido de arreglar algo, se dedicaban a la caza de frases. Germana supo que la herencia, casi toda en títulos y en dinero, era cuantiosa; y por algunas palabras confusas del notario, sospechó que, en vez de padrino, el protector fuera el verdadero padre de Miguel. El padrino debió ser varón entero de hondas pasiones concentradas; uno de esos hombres con

recia individualidad, que, a pesar del rasero nivelador de la época presente, son como islas vivas en medio de la muchedumbre. Al volver rico de América, con nadie quiso intimidades; edificó fuera del pueblo, y durante muchos años hizo vida de cenobita sin permitir entrar en la quinta, husmeada de lejos por todos, más que a la madre de Miguel, quien, según la maledicencia, le servía de doméstica y de barragana. Hasta el peatón echaba en una caja dispuesta en la cancela de hierros afiligranados, las cartas, los periódicos y libros que llegaban en abundancia; y sólo ese gran desgastador de tensiones que se llama Tiempo, pudo trocar en indiferencia la fama de ogro y hasta de brujo que dieron al indiano las comadres y aun los compadres del lugar. Miguel vivió en aquella clausura hasta los nueve años y estuvo muchos interno en un colegio de Hendaya; luego pasó a París a estudiar medicina, pero el Arte lo captó y el padrino, en vez de oponerse, siguió atendiendo con liberalidad sus necesidades. Como ya por entonces había muerto su madre y nada le llamaba al pueblo, pudo acceder a la orden del protector que a sus peticiones de ir a verle escribíale frases extrañas, de las cuales, por entre los resquicios de hosca misantropía, escapábase algo afectuoso y cordial. "Este es un pueblo de cafres, decíale a menudo; no vengas. En cuanto a tu deseo de conocerme, tampoco lo apruebo: quiéreme desde lejos y figúrate que soy lo mejor posible, lo mismo que yo me figuro de ti. Nada hay peor que conocerse de cerca, ahijado; de este modo cada uno nos damos lo mejor de nosotros y no estamos expuestos a desilusiones... La mucha gente sólo es buena para la guerra. ¡Si supieras las veces que yo deseé ser huérfano a tu edad!... Estás en el estado ideal de ser solo y de no ser pobre; si no te haces un hombre fuerte, no tendrás disculpa." Estas cosas las resucitaba Miguel merced a fragmentos de recuerdos avivados por las palabras del notario. El buen hombre lo adulaba con babosa torpeza y Miguel sentía que sus elogios no eran para él, sino para el dinero. Eran esas frases que se adivinan apenas comenzadas, y que sin embargo se pronuncian implacablemente, hasta el fin; una tosecilla asmática y unos lentes de oro añadíanles autoridad:

—El legado de su padrino consolida su posición, amigo mío, y hace de usted una personalidad en el verdadero sentido de la

palabra; porque, créame usted, ejem, ejem... créame usted, bueno es el talento, bueno el genio y magnífico el rascar tripas igual que un serafín celestial... pero aquí, y en toda tierra de garbanzos, oros son triunfos y sin independencia económica naufraga el más pintado. Un hombre es un buque y el dinero es el lastre. ¿Me entiende? Se lo dice un hombre de experiencia... Y respecto a esa finca de aquí, que está por cierto colindante con una mía, yo sé de quien querría comprarla en buenas condiciones.

Y esta codicia platónica que mueve a respetar hasta las riquezas que no han de gozarse, causaba a Miguel risa y un poquito de despecho. ¡Bah... ¿qué sabía de Arte aquel beocio jurídico, ni nadie en el pueblo? Para ellos la síntesis de las preocupaciones dignas eran las sequías, los precios de las cosechas o las elecciones... Y era natural... Era para avergonzarse de haber nacido allí... ¿Hasta qué punto era su pueblo el sitio donde por azar vió la luz física? Cuando partió hacia Francia ¿no llevaba aún el alma en sombras? Su pueblo era París... Nada en él se removía con el recuerdo de la infancia; y las costumbres, las tradiciones locales no suscitaban en su espíritu un eco conmovido, sino dejaban al juicio examinarlas con burlón desenfado... Este merodear de ideas fué de nuevo encauzado en el terrible albeo de las concreciones por el notario... "¡Cuanto antes mejor, amigo!" Y, contra su propósito de diferir varios días la toma de posesión de la herencia, hubo de resignarse y aun de prometer la visita a la finca para el día siguiente.

La excursión realizóse por la tarde, al suavizarse el sol. Miguel iba delante entre Germana y Rosa; y detrás, distanciados por la diferencia de ímpetu, iban el Alcalde, su mujer, el cura y el notario. El camino era llano, sin polvo y serpeaba por entre maizales; a media legua del pueblo el terreno se accidentaba y árboles centenarios juntaban sus frondas encima del camino, formando un túnel rumoroso bajo el cual la atmósfera era enervante y tibia. Rosa reía por todo, con risa comunicativa, y cada vez que Germana mostraba fatiga, animábala jocosamente:

—Ande usted... Estas caminatas no son para señoritos de

París; ya se ve, con esas botinas... ¡Ánimo! ¿Quiere que la dé el brazo?

—Yo se lo daré, decía Miguel; y entonces ella, acentuando la burla, encarábase con él para decirle entre frescas carcajadas:

—Sí, sí... Lo que es tú... Si estás más cansado que ella, no lo niegues.

Un conejo surgió de entre los matorrales y, azorado, siguió adelante su carrera durante largo trecho en vez de cruzar. Miguel, herido antes en su vanidad viril, empezó a correr en su persecución y las dos mujeres quisieron alcanzarle. La carrera se convirtió en seguida en pugna; él sintió que los pasos de las perseguidoras se distanciaban, que una de ellas le ganaba terreno, y esforzó la carrera. Sin mirar hacia atrás, sabía cuál de las dos estaba más cerca... Los pasos resonaban rítmicos; tenía la boca ardiente; el conejo había desaparecido y él seguía corriendo, corriendo casi más con la voluntad que con las piernas ya insensibles. Cada vez que iba a desfallecer, una voz irónica lo espoleaba:

—Te cojo... Ya no puedes más... Date por vencido.

Germana quiso seguirlos y no pudo; gritó y desoyeron sus voces... Corrió mientras pudo, hasta perder el aliento; y al fin, aniquilada por el cansancio y por la cólera, los vió desaparecer en uno de los recodos del camino. Los rezagados la hallaron tendida sobre un ribazo, jadeante, sin poder disimular la indignación, y la ayudaron a proseguir. En la entrada de la finca Miguel y Rosa los esperaban, sudorosos y risueños.

—¿Por qué habéis corrido así?, amonestó el Alcalde; y el cura:

—Hay que ser caritativa Rosa. ¿No comprendes que la señorita no podía seguiros?

Germana lo interrumpió con voz silbante, entrecortada aún por la fatiga:

—Poder, sí... Es que no quise...

Y durante largo rato dominó un silencio lleno de malestar.

La finca era grandísima. La casa, en medio, tenía por fuera aire de torre o atalaya y por dentro inesperadas comodidades. La sala alta, donde el padrino pasaba casi la vida, estaba acris-

talada y alhajada con objetos antiguos. Los muebles eran de taracea, ricos y severos a antigua usanza, y un sillón de cuero de Córdoba, puesto junto al brasero de bronce con badila cincelada, parecía esperar al ausente. En la pared principal un cuadro de tono más claro acusaba la ausencia de un mueble, y sobre uno de los testeros de la biblioteca notábase también la falta de dos jarrones. En roja panoplia se cruzaban espadas, cuchillos, gumías, yataganes y hachas de abordaje. Tapices de ancha traza pretendían en vano alegrar la habitación con sus escenas pastoriles, y muebles, cuadros, libros, personas, ventanales y lejano paisaje se copiaban con algo de irrealidad en los espejos neblinosos de las cornucopias. Toda la casa olía a humedad, a pesar de las enredaderas que abrazaban y perfumaban los muros. Un piano muy antiguo ocupaba el testero, y el notario pidió a Germana que luciese sus habilidades; en seguida el cura, el Alcalde y su familia apoyaron la demanda y fué un coro de súplicas. Como se negara con obstinación, pretextando que el piano sonaría, si sonaba, muy mal, Miguel lo abrió, recorrió el teclado, y al oir el timbre metálico y seco de las notas, dijo para disipar el mal efecto de la negativa:

—Si suena como un clavecín... Anda, prueba aquella burlesca de Scarlatti, que toca siempre Wanda Landoswka... Verás qué bien.

Ella denegó aún, y entonces la alcaldesa pidió a su hija, "que sólo sabía cencerrear, pero, en cambio, no se andaba con melindres", que tocara cualquier cosita. Rosa obedeció, y del piano surgió algo todavía más burlesco: "La plegaria de una virgen". La melodía, lánguida y enervadoramente temblorosa, contagiaba de su temblor a los cristales. El cura la oía entornados los ojos y ajustándose de vez en cuando el solideo; los padres de la pianista llevaban el compás con la cabeza, complacidos. Y al terminar, Germana puso la hiel de la venganza en este escarnio:

—Toca divinamente... Como que por nada del mundo me atreveré a tocar delante de una artista así.

Pero su burla no hizo siquiera sonreir a Miguel, cuya mirada se desquitaba del martirio de los oídos contemplando una nuca ambarina donde los ricillos rebeldes, al agitarse, le comunicaban el escalofrío eléctrico de la tentación.

IV

El sol, los efluvios del campo, la misma adulación del pueblo natal, avivaban en Miguel todas las potencias de la vida. El día era corto para contener sus deseos; sentíase dichoso, y a veces parecíale como si el mundo fuese un violín y bastara que él lo tocase con su arco para arrancarle sonidos y emociones. La protesta tríste y pasiva de Germana lo excitaba: hubiera preferido las actitudes hostiles que desencadenan la violencia y quitan a la acción del infiel el vilipendio del abuso. Sin arrepentirse de su pasado, necesitaba vaciarse en el presente, no tener traba para sus pensamientos ni para sus acciones, no vivir "con sordina"; cada suspiro, cada mirada de reproche, acrecía sus ansias de libertad, y a veces necesitaba contenerse para no pronunciar palabras crueles e irreparables. Él no estaba enfermo, no podía permanecer sentado horas y horas, no podía confinar el Arte en una habitación, sino llevarlo a todas partes, al través de todos los minutos del día. ¿Tenía él la culpa de aquello? ¿No se lo había advertido? ¿Podía precipitar la marcha por su capricho y perjudicar sus intereses? Las noticias que se recibían de la guerra no dejaban entrever posibilidades halagüeñas en París, ni en sitio alguno, y la misma Gelini—que se había quitado el *ini* para testimoniar su odio de buena patriota contra Italia—les escribía más contristada por la pérdida de su adorador—unos de esos negociantes americanos, mitad románticos, mitad calculadores—que por su obligada inactividad.

La actitud de Germana para con Rosa era estúpida, injusta, según él; y su desvío, improcedente por dos razones: por la hospitalidad de su casa y por la conducta correcta de la chica. ¿Por qué había de medir con su hipocondría de enfermo a los demás? Risa, franqueza, pura ansia de expansión, ¿debían ser sinónimos de pecado? Rosa era alegre, gustaba de sentarse muy cerca de él por las noches, cuando iban a oir cantar a los mozos bajo la robleda—¿no podía sentir el arte una campesina?—; es cierto que el domingo que tocó en la salve, ni un instante tuvo la vista puesta en la imagen un poquito bizca e ingenuamente pintada de aquel que servía para trasmitir a

Dios todas las plegarias del pueblo, pero eso era también natural... Lo que tenía Germana era envidia, envidia de no ser fuerte, de no poder correr sin cansarse, de no reirse con risa ancha, de no gozar sin temor, y como si estrenase el mundo, de la exaltación de sentirse joven. Germana la odiaba con odio felino, que no pasó inadvertido para los notables del pueblo, y odiaba también cuanto le servía de marco. Ni una sola vez consintió en tocar ante nadie. Se iba por las tardes a la finca y allí estudiaba sola, enrabiada, llorando sobre el piano sus amarguras, hasta que Miguel la iba a buscar. Luego regresaban sin hablarse, temerosos de que una palabra desencadenase la tormenta. Y por las noches, cuando la casa estaba dormida, Germana iba con desesperada imprudencia a echarle por debajo de la puerta cartas tan pronto imperativas como suplicantes, maldiciendo a Rosa, incitándolo a dejar todo y a partir, recordándole las dulzuras pasadas, ofreciéndole ser sumisa, consentirle cualquier capricho con tal de que no fuera Rosa, diciéndole que aquel pueblo hipócrita y funesto iba a ser causa de que cometiera un desatino.

A veces Miguel quería desperezar su voluntad y partir; se prometía decirlo al día siguiente; pero Rosa con una mirada, con un apretón de manos—¿inocente?, ¿intencionado? ¡cuánto habría dado él por saberlo!—, con el anuncio de una jira, contenía sus palabras. Había entre los dos un magnetismo lancinante y Germana lo exacerbaba con su oposición; se presentían, se miraban con tal fijeza, que se hacían daño, sobresaltábanse de oir sus propias voces, y ponían cálidos tonos de pasión para hablarse de cosas fútiles. Si durante las comidas chocaban sus pies, los separaban con violencia, la mesa temblaba y la enferma se ponía lívida. Una noche, al irse a acostar, Rosa se hizo la encontradiza con él en el pasillo y le susurró sin detenerse:

—Levántate temprano mañana.

Cuando iba a pedirle aclaración, Germana apareció y la luz de sus ojos dijo aun antes que sus palabras:

—¿Qué te ha dicho?... Ahora no negarás que te hablaba en secreto.

—No grites, oye... Ven acá.

—No quiero... Déjame decirle al menos lo que es a esa ladrona. Sus padres te robaron los muebles y ella quiere robarte a ti.

—Te digo que calles, no tienes derecho...

—Eso es, defiéndela... Pues grito, sí.

—Cállate... No te pongas así... No llores...

—Claro, cállate... Abusas de mí... Eres un mal hombre... Te ha dicho que la esperes, lo he oído.

—Entonces ya lo sabes, déjame en paz.

Después del exabrupto sintió lástima, pero ya era tarde; se refugió en su habitación y evitó así la escena. Germana estuvo gran parte de la noche en pie, esperando, en su locura, que Rosa pretendiese entrar en el cuarto de su amante, para ahogarla. Ya clareaba el orto cuando el cansancio la rindió obligándola a acostarse, deshecha, sin energía siquiera para desvestirse. Poco después Miguel entraba a pasos tácitos en el comedor. La criada sorprendióse de verlo tan matinal:

—¿Se encuentra malo, señorito?

—No, estaba desvelado y me levanté.

—Le haré el chocolate... Mire, ya está la señorita aquí.

Rosa venía con una bata que moldeaba sus formas y le dejaba al descubierto la garganta; también fingió estupor al verle y con perfecto aire de candidez lo saludó:

—Ya te estás haciendo campesino; así se empieza.

Él se acercó y le preguntó en voz baja y ronca:

—¿Qué es lo que me tienes que decir?

—¿Yo? Nada.

—Como me pediste anoche...

—Era por darte un buen consejo; para que vieras siquiera una vez salir el sol.

—¡Ah!

Y al ver su gesto de decepción, luego de gozarse un poquito, con deliciosa malignidad añadió cambiando de tono:

—Ya sé que la Luna es el Sol de los señores artistas... ¿Te extrañas de mi sabiduría? También en los pobrecitos pueblos se aprenden o se adivinan muchas cosas... Todo no han de saberlo la franchutas huesudas que juegan a los fantasmas para echar papelitos por bajo de las puertas.

—¡Rosa! Hemos de hablar, hemos de hablar largamente... Aquí no puede ser.

Ella rompió a reir con una risa fresca, mostrando los dientes brillantes y agudos como armas; y cuando todavía no estaba Miguel repuesto de su azoro, propuso:

—Esta tarde... Sal más temprano para la quinta y yo me haré la encontradiza junto a la vereda de los castaños. Ya que tienes tanto que decirme...

En ese momento apareció Germana. ¿Los había sentido o presentido? Miguel vió en sus ojos dos llamas asesinas y necesitó todo su ascendiente para contenerla. Durante un larguísimo minuto se mantuvo en la puerta, muda, trémula y acusadora, anonadándolos con el temor de las palabras; mas, cuando quiso hablar no pudo: de entre sus labios brotó carmínea espuma, el esfuerzo imprimió a las facciones la angustia de la impotencia, e inclinó la cabeza lo mismo que una flor que se mustia. Rosa pretextó, para romper aquel silencio que los apretaba:

—Voy por una taza de cantueso o de tila... Cálmese usted.

Y salió. Antes de que volviera, ya Germana se había repuesto. Miguel le oprimía las muñecas y, mirándola al fondo de los ojos, le ordenaba callar y le juraba en vano:

—Tú te estás quieta... Una palabra y me pierdes para siempre... para toda la vida... ¿Lo oyes? No tienes derecho a vigilarme así, ni a ofender a Rosa con tus sospechas... Te juro que ha sido una casualidad, que...

—Está bien, está bien.

Aquella inesperada resignación le daba aún más miedo que la rebeldía y quiso consolarla, convencerla, buscando con dificultad el tono amoroso de los días mejores:

—Vamos, palomita, sé razonable... ¿Por qué te ciegas así? ¿Es que una campesina va a valer más que tú? ¿Es que yo soy tonto para olvidar cuanto hemos sufrido y gozado juntos? Ea, serénate... Mira, nos vamos la semana que viene; te lo prometo.

Las lágrimas apaciguadoras, las inefables lágrimas que apagan siempre el fuego de la acción, sobrevinieron al fin. Entre sollozos, Germana se lamentaba mansamente:

—¡Ay Miguel, Miguel!... ¡Y esto es el Amor!

—No me llores... ¿Quieres ver si soy bueno? Pues te ofrezco, además, no volver a tocar, ya que dices que es mi arte o mi agilidad o como quieras llamarlo, lo que la fascina... Hoy mismo escondemos las cuerdas. Vaya, sécate los ojos... Así.

Cuando se levantó la alcaldesa, ya no quedaban en Germana rastros de la crisis. El día fué largo; uno de esos días en que cada minuto tiene su valor de separación. Durante la sobremesa Miguel no pudo atender a la partida de tresillo y pasó sin risa las trampas del notario y del cura, que luego se descubrían por disputarse el galardón de haber dado codillo al boticario. Al ver salir a Germana se le iluminó el alma y pudo, al fin, mirar fijamente a Rosa, que salió también poco después. Cuando iba a seguirla, pretendió el notario retenerlo para que firmase varios papeles, pero Miguel logró desasirse. Nunca le pareció tan largo el camino; iba a pasos rápidos, sin pensar cuál sería su actitud ante Rosa, sin casi remordimiento; y al llegar al lugar de la cita y no verla, se le oscureció el ánimo. Mientras oteaba, un silbido insidioso le llamó la atención, y al volverse, de detrás de uno de los árboles salió una carcajada clara que le restituyó la alegría. Con los brazos tendidos fue a su encuentro; mas, de un salto, ella se puso tras de otro tronco.

—No me huyas, ven acá...

—No, háblame de lejos... Las manitas quietas, que no soy violín... Sí que te oigo. ¿Te crees que sólo los músicos tienen oído fino?

—Es que te quiero, Rosa, que no podemos seguir así, que te idolatro.

—Eso es muy fácil de decir.

—Y de probar también... Pídeme lo que quieras, lo más difícil...

—Si no hubieras traído exceso de equipaje...

—Me desprenderé de él. Lo de Germana es una historia larga y tú no la creerías... ¡Qué sabía yo antes!... Me parece que no he empezado a vivir hasta ahora, hasta que te he visto. ¿Verdad que desde el primer día notaste que mis ojos buscaban los tuyos?... Ven acá, junto a mí, sin miedo.

Al reclamo de la voz la muchacha se iba acercando; el goce áspero del miedo del pecado y del peligro, aumentaba su her-

mosura... Cuando estuvo próxima, él la retuvo con un brazo; la carne elástica le hizo recordar el cuerpo desmedrado de la enferma, y entonces oprimió a Rosa con avidez, cual si quisiera resarcirse de otros abrazos. Hubiera dado toda su herencia y muchos días de vida porque Germana se marchase, desapareciese; un ansia infinita de gozar la juventud, de unir su ser a otro ser fuerte, le subía a los labios, le llameaba en los ojos, le hormigueaba en la piel; la primavera del campo se reflejaba en las pupilas chispeadoras, y él quiso besarlas como si besase el paisaje. Ella esquivaba las caricias sin romper el lazo, y en la lucha un melocotón a medio morder cayó del bolsillo de su delantal, rodó por tierra y esparció un aroma ácido y fresco. Por fin pudo escapar y, de lejos, volvió a hostigarle:

—Eso no es hablar, hijo. Se conoce que por esos mundos todo el monte es orégano... ¡Vaya con las costumbres extranjeras!

—No te separes... Seré formal, sí... ¡Tengo que decirte tantas cosas!...

—Pues yo sólo puedo responderte con una... También yo te quiero, soy franca... pero solo, cuando estés bien solo... Aquí no somos comunistas.

Y echó a correr hacia el pueblo, indicándole el camino de la casa de campo. Miguel se quedó extático; no se le ocurrió volverla a llamar ni seguirla, y al verla desaparecer en una revuelta, tras los maizales, hubo de recoger sus músculos, aún distendidos de deseo, para poder tomar el camino de la quinta. La tarde había refrescado y neblinas azules venían de las montañas a posarse sobre la arboleda; lentas brisas traían el angelus de la tarde perfumado de jazmines y lirios; el paisaje perdía de improviso la prepotente fertilidad para hacerse recogido, casto, casi austero. Insensible a la gracia sedante de la tarde, iba Miguel encendido aún de concupiscencia, descontento de sí por no haber aprovechado mejor la entrevista. Desde el principio de la vereda vió a Germana asomada al ventanal, y sintió ira: esa ira absurda de la cólera ante los seres indefensos.

—¡Cuánto has tardado!

—Tuve que hacer... Leí.

Ya en la sala, al ver que ella no estallaba en las esperadas

protestas, la rabia tornólo hosco y mudo. Cien frases crueles, decisivas, se formaban en su pensamiento; y hasta la imposibilidad de pronunciarlas, por cobardía o por piedad, multiplicaba sus rencores. Suavemente, cual si renunciase a quejarse con palabras, Germana fué al piano y se puso a tocar el preludio 15 de Chopin. La música desolada iba mezclándose con las sombras y llenando la habitación. Parece que en esa página, inmortal por estar saturada de horror de la Muerte, cantase el poeta su agonía y se complaciese después en hacer doblar en el piano las campanas de su propio entierro. Miguel la oía sin conmoverse, calcinada aún la sensibilidad por el recuerdo de la otra, furioso de que Germana tuviera una sombra de razón; y cuando ella, al concluir, se volvió en demanda de una frase, de un gesto, se mantuvo torvo y callado. Germana no podía verlo; habíanse borrado ya las formas en los rincones de la estancia, e intranquila lo llamó dos veces con voz sumisa, mojada de llanto:

—Miguel ¿estás ahí? Háblame... Dime algo siquiera.

Él siguió mudo; en la sombra sentíase el silencio henchido de ansiedad. Y Germana entonces sintió un pavor morboso; pensó, más con los nervios que con el cerebro, que él se había ido, que la abandonaba, que estaba sola en medio de la noche, cerca, muy cerca de la Muerte, y fué al ventanal, lo abrió con manos yertas y llamó desesperadamente: sus gritos tenían esa vibración casi extrahumana que sólo el terror arranca a las gargantas:

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡Miguel!...

Él sintió la angustia de la voz, y en la penumbra vió desplomarse el cuerpo sobre el alféizar. Cuando fué a socorrerla, estaba casi exánime como un despojo; una onda de piedad puso al cabo en los labios las consoladoras palabras de mimo y dictó a sus manos las caricias:

—Vamos nenita, mi nena; mírame... Si estoy aquí...

Pero al ir a tender los labios la halló tan fría, tan húmeda; notó en su boca tal sabor de sangre, de muerte, que la náusea dominó a la piedad y no pudo besarla.

V

El día de la romería se acercaba inexorablemente. Nadie hablaba de él en la casa; apenas si el eco de los preparativos hechos en todo el pueblo se deslizaba entre las junturas de esas pláticas compactas que, aun cuando se compongan de monosílabos, tienen silencios llenos de precauciones. Todas las tardes, al ir hacia la quinta, veía Germana a las mozas de anchas espaldas y senos prominentes tejer cadeneta de papeles multicolores tras de las rejas, y en la plaza se erguían ya los troncos a cuyo término habían de quemarse, al regreso de la romería, entre la languidez del vino, del baile y del cansancio, los fuegos de artificio encargados a la capital. ¿Iría él? Sí, iría; la voz de su razón decíale a Germana la inutilidad de pedirle que no fuese, y sin dejar de reconocer lo legítimo del deseo de cuantos querían en ese día solemne y tradicional verlo participar de las rústicas diversiones como un mozo más del pueblo, otra fuerza impetuosa, rebelde al freno de la reflexión, le sugería proyectos locos para apartarlo de la fiesta. Pensó en fingirse enferma, en suscitar a última hora cualquier dificultad para entorpecer o amargar al menos el júbilo de quienes le robaban a su Miguel. Se formaba de la romería una idea oscura, donde lo pintoresco y lo ridículo iban poco a poco agravándose con las oscuras tintas del delito, hasta trocarse en algo grosero, incitante, mitad báquico mitad libidinoso; y su imaginación desarrollaba al odiado pueblo primero comedido, hipócrita, yendo en cortejo casi místico hasta la cruz de piedra, y luego, ya sin el testimonio del sol, sin el sedante de la luz, fundiéndose en contubernios monstruosos—de lascivia, de avaricia y de sordidez—bajo la fronda nupcial de los olmos plantados a ambas márgenes del camino. Y sólo dos figuras se destacaban de esa visión de pesadilla: Rosa y Miguel.

Cuando amaneció el día temido y esperado, ya Germana tenía su plan. Iría; al menos así sería un obstáculo. En el fondo estaba contenta de su amante, quien, so pretexto de no tener cuerdas y de creer que en la fiesta del patrón el violín no podía competir con el tamboril y con la zampoña, se había nega-

do a tocar. Hasta las maneras indiscretas adoptadas por la comisión para demostrar que adivinaban una razón oculta para la negativa, complació su amor propio, pues no aspiraba sólo a causar desagrado a aquel maldito pueblo, sino a convencerlos del origen; a que, siquiera por tan mezquinos detalles, se diesen cuenta de su predominio, de su derecho. La sonrisa ante el gesto del sacristán, ya seguro de la propina por llevar el violín, ante los balbuceos del cura y la ira mal contenida de los demás, fué la única que tuvo su boca desde el día de la llegada. No, no tocaría para el ridículo patrón ni para sus aborrecidos hijos; iría con ellos, sí; eso lo consentía; iría junto a Rosa, tal vez, pero cohibido por su presencia, por su inquisitivo mirar; si nada podía contra el pensamiento infiel, estorbaría al menos los actos; y al regreso, bien vigilante, bien interpuesta entre los dos, tomaría sus dos manos en la sombra... y si alguna mano impúdica se acercaba para disputárselas, ya podía ser mucha la algazara y el reir de las mozas y el cantar de los copleros, que el alarido doloroso que diera la dueña de la mano al sentir sus uñas, se oiría sobre todo, sobre todo...

¿Por qué cuando a la hora de la comida le dijeron: "Contamos con usted, Germana", dijo "no"? Fué una voz recóndita la que habló en sus labios, la que los contrajo con un rictus de desdén y de ira; parecíale cual si un demonio irascible le hubiera robado la voz y respondiera por ella para perjudicarla, para oponerse a sus anhelos. Todos sus proyectos se anulaban por aquella palabra estúpida; y sin embargo, mientras más la instaban, con más fuerza subían de su alma las negaciones obstinadas, lastimándola en fuerza de luchar con la visión precisa de que no ir ella era dar a Rosa y a Miguel ocasión libre. Hubiese querido gritar: "Sí voy, sí voy; iría aunque no viniérais a invitarme", mas la voz se cambiaba en su garganta y salían sólo denegaciones secas, rotundas, sin apelación. Y a cada nuevo ruego quería dulcificarse, acceder, y le era imposible:

—No sea usted así, mujer.

—Que no, que no, déjenme.

—Pero, ¿a qué viene eso?

—Mire que luego le va a pesar.

—Ya verá cuánto se divierte; anímese.

—Ya he dicho que no.

—Bueno, no insistan; déjenla... Cada uno su gusto.

Y al oir la voz despechada de Miguel cerrándole las puertas a todas las posibilidades, una brasa de cólera le dió fuerzas para disfrazar su aflicción de indiferencia. Desde la ventana los vió partir, y como si alguien pudiera verla aún, en vez de llorar sonrió terriblemente. En la casa sólo quedaba la añosa criada, y vino a hablarle con su voz plañidera que daba hasta a las cosas más corrientes un aire de conseja y de lejanía. Al través de la confusión de sus frases adivinábase lástima por verla allí sola, privada de acudir a la fiesta, para ella incomparable, que durante toda su vida fué única compensación a cada año de trabajo recio y resignado en casas ajenas. Germana no quiso escucharla, le respondió con acritud y salió. En la calle el silencio del pueblo gravitaba sobre la llama de su alma, y a cada marejada de desconsuelo amenazaba extinguirla en una congoja; iba por las cunetas, dañándose los pies en los guijos; antojábansele las casas contaminadas del carácter socarrón y malvado de sus moradores, y al pasar por las calles muy estrechas temía verlas realizar un esfuerzo para salir de su pasividad y juntarse y emparedarla para siempre. Iba sin rumbo, calcinada por una sed de venganza contra los que a esa hora irían juntos, enlazados quizás; contra ella misma, contra todo. Si el acaso hubiese puesto en sus manos una tea, la habría aplicado complacidamente a la casa del Alcalde, a la del boticario, a la del cura, al pueblo íntegro. Desde una cuesta vió el ancho camino donde ondulaba la multitud y a sus oídos llegó, amortiguado por la distancia, el rumor de la alegría. Un instante medró en su mente la idea absurda de ir a campo traviesa siguiéndolos, de arrastrarse, al caer la noche, como una larva y de surgir cuando los traidores, en culpable abandono, se creyeran seguros en medio de la alcahueta muchedumbre, para delatarlos, para estrangularlos... a los dos no, ¡a ella sola! Y de repente, sintiendo sonrojo de su debilidad, se irguió, dió espaldas al camino de la fiesta, traspuso a pasos firmes el pueblo, y emprendió la marcha hacia la quinta, obstinándose en persuadirse de que aquella tarde debía ser para ella igual a las demás. El dinamismo compensaba su excitación; jamás la caminata le pareció tan lar-

ga, ni el silencio tan falto de serenidades; llegó al fin. La cancela, al abrirse con ruido de herrumbre, ahuyentó un lagarto; sobre los tapiales las enredaderas ponían de trecho en trecho manchas de un rojo mate y aterciopelado que se copiaba en la puertecita de espejos de la casa; el bullicio no llegaba hasta allí, y Germana, casi por vez primera, sintió la virtud balsámica de aquel remanso de quietud. Subió de prisa, y en vez de sentarse al piano, cual otras veces, tomó de sobre la consola un libro y volvió a descender para sentarse en uno de los escalones, junto al magnífico heliotropo cuyo tenue perfume insinuábase en los sentidos hasta adormecerlos. ¿No era preferible leer a dejar el alma correr indómita por el teclado? Un libro es algo escueto e impone al espíritu las normas estrechas de una ruta; mientras que la música, cóncava y abstracta, ofrece a todas las evocaciones, es decir, a todas las tristezas, el seno de un crisol donde devienen llevaderas y casi halagadoras al purificarse de la escoria del materialismo. Así pensaba Germana mientras hojeaba el volumen, hasta detenerse atraída por la apariencia musical de uno de los títulos: "Variaciones sobre un tema de abril". Y leyó, primero con indiferencia, después ávidamente:

Todas las mañanas nos despierta nuestra alegría. Las mañanas son tibias, los mediodías caliginosos; por las tardes brisas ligeras con los pies alados cantan en los campos, ya trémulos de floración, el júbilo de la buena nueva. ¿Por qué no comenzará el año con este mes? Convendría mejor al símbolo del recién nacido el regazo rico en ternuras de abril, que el áspero regazo de enero, gélido, adusto, largo.

La mar debe estar azul como un esmalte; el sol debe llamear en las aguas. Los muchachos harán construcciones en la playa con el oro húmedo de la arena y, junto a las dársenas, mujeres vestidas con telas claras esperarán la entrada de los pescadores. Y al ver las barcas inclinarse con indolencia en la lejanía transparente; al ver acercarse poco a poco la comba plenitud de las velas, rehuirán el presentimiento de que uno de los hombres a quienes aguardan ha podido caer y morir en el agua tan tersa, tan azul...

Creyérase al sol una moneda recién acuñada alumbrando con nuevo esplendor las viejas cosas. El río es como un cinturón de plata perdido entre los árboles. Hay benignidad en la cóncava palidez del cielo: cielo de Cristo, no cielo de Jehová. Las voluptuosidades del vacío se espejan en las linfas cantarinas a lo largo de los canales. Una fragancia vegetal se expande en el ambiente. La Tierra es cual una manzana plena de jugo, cual una mujer joven que sale al encuentro de su esposo, de regreso de un largo viaje, vestida de muselina, con los brazos tendidos y la boca bellamente deformada por la anticipación de un beso. La alegría de sus ojos y el esmalte de sus dientes la iluminan desde los cabellos al corpiño... Hasta los ciegos verán rosas...

¡Oh el cielo en las noches de abril! Su azul y el del mar entran en nuestros sueños y en nuestros propósitos; y como al través de la diafanidad del aire vemos perspectivas lejanas, creemos ver también en nuestro porvenir gratas lejanías. Las formas de los árboles, áridas hasta hace tan poco, se animan, se agracian bajo la envoltura susurrante de las hojas; y hay hojas nuevas que brillan con un verde casi luminoso, y jóvenes retoños en los troncos antiguos. La fúnebre pompa cuaresmal disuena cuando, por frecuente error del calendario, cae en este mes de abril cuyo sólo nombre es un cántico de alegría. La última ventisca de marzo debiera gemir sobre la cruz del Salvador, para que resucitara siempre en el primer día de abril. Todo mientras tú transcurres, ¡oh bello mes! mima el pensamiento y mima los sentidos. Tiene tu temperatura el poder de la mirada de algunas mujeres: ni nos excita ni nos acobarda, meciéndonos en una suspensión del deseo. Las flores no se mustian como en los tórridos días de sopor canicular, cuando el sol, a la sombra, conturba tanto como el vino, ni se desmayan como en los días de invierno en que hasta la luz parece congelada. ¡Tibio abril, maternal abril!

¡Cuán duro contraste forman con la resurrección presidida por ti aquellos dos enlutados acodados en la ventana!... ¿Lloran? Sí... Sus pensamientos están nublados y plenos de remembranzas... Piensan en el hijo muerto que, todavía pocos días antes, jugaba en el ahora desierto jardincillo. Tendrán otro

hijo, otros... ¡Pero aquél! Y sin palabras, por ese paralelismo de ideas hijo del dolor y del amor, ven aún, como si fuera a surgir tras de algún macizo, la risa feliz, las manecitas ávidas de posesión, la tierna carne cuajuada de hoyuelos... y después la carne de cera, las flores mustias, la cajita pequeña llevándose una cosa tan grande, tan grande... ¡Abril, abril; en ti todos los dolores humanos debieran tener una tregua, para que fuese un oasis en el desierto del año: abril para las flores, abril para las promesas, abril para el amor, abril para el trino de los pájaros indefensos, abril para el reposo, abril para las esperanzas, abril para recordarlo en noviembre... ¿Por qué no lo permitiste, Dios?

Todas las noches nos aduerme nuestra alegría. En el cielo, casi negro, el brillo remoto de las estrellas se ha fundido en una tenue luminosidad; la constelación del Carro prosigue la rápida e inmóvil carrera; Venus es más blanca, más viva. Por las mañanas, al abrir el balcón, la luz nos deslumbra y nos hace entornar las pupilas aún cargadas de ensueños.

Se anima el ambiente con una vibración de vida que casi percibe el oído. Pasan a veces por el aire reflejos tornasolados y, un poco antes de la caída del sol, si miramos hacia el término de alguna calle, vivimos la quimera de una evaporización de oro... ¿Y era ésta la tierra donde hace poco más de un mes todo aparecía descolorido y sin perfumes? Tan cerca están en la memoria las crudezas invernales, que, al ver el cielo transparente como un cristal, pensamos si no será una de esas campanas de jardinería bajo la cual gocemos una vida artificiosa de tibieza, mientras hay hielo, pena y vendavales en derredor...

Hasta el rincón del cementerio parecería alegre si no turbaran el claro júbilo de sus mármoles algunas fosas recién abiertas. Las fosas se muestran comparables a bocas cuyo exceso de gula supliera la carencia de dientes; pero en el montón de tierra que hay junto a ellas vense vástagos tiernos, gestaciones sorprendidas por la azada del enterrador. ¡Ínfimo ejemplo donde se percibe íntegra la vasta encadenación de esfuerzo y destrucción, de júbilo y de duelos, madre del mundo!

Presentimos que los árboles protegerán ya con su fronda la distancia de los caminos y que por ellos los mendigos y los

viandantes marcharán con la mirada en el cielo y la copla en los labios, sintiéndose menos descontentos y más fuertes sin saber por qué. Todo es flúido, todo es leve: las cosas parecen pesar menos sobre la fatiga secular de la tierra; todo lo ha modificado la taumaturgia de este mes milagroso. El aire es sutil y mueve hacia arriba las hojas; no hay nada que no parezca espiritual; dijérase que todas las cosas quisieran tener alas... Y son alegres las mujeres en la playa, los padres enlutados en cuya sonrisa anúnciase ya la esperanza de la prole futura; alegre también el cementerio con sus cipreses, sus adelfas y sus mármoles veteados de azul. ¿Que podemos morir en medio de este júbilo y tal temor nubla nuestro contento? Falta saber si morir es soñar, si morir es volver. ¡Pobre príncipe Hamlet, que por interrogar a la calavera de Yorik no sentiste sobre tu carne, anestesiada por la duda, la sensual caricia de abril!

Se detuvo. Y como encuentran las almas férvidas, por cualquier sitio que abran la Biblia, un versículo donde se describan y consuelen sus tribulaciones, así desentrañó su alma exasperada la alegoría de su dolor de entre las páginas del libro; mas las páginas eran profanas, no ofrecían la certidumbre del más allá—verdad u óptimo engaño de la fe—y no le procuraron consuelo. Abril eran sus años, era su amor, era su ansia de vivir, y aquella muerte que asomaba su risa de hueso por entre el acorde triunfal de cada estrofa, era su tisis. Ella moriría pronto, irretardablemente, quizá cuando sobre la tierra—¡ay su tierra de Francia tan distante y ensangrentada en esa hora!—viniese abril a abrir flores y anhelos. ¡No, no; que aguardase la Muerte, que la dejara sacar a Miguel de entre los tentáculos del lugarejo, para tenerle siquiera unos días bien suyo, y después ella iría por propia voluntad a refugiarse en sus brazos!... El sol se había ido; las flores, en los tapiales, ya no eran rojas, sino moradas, y parecían cifras de una heráldica fúnebre. En el cielo desvaído adivinábanse algunas estrellas; y poco a poco, sobre el color propio de cada objeto, amortiguándolo, enfermándolo, caía la pátina gris-azulosa de uno de esos crepúsculos color de calma, color de eternidad, que agudizan los espíritus hasta desligarlos casi de la materia. Germana sintió

frío, sintió pavura; se levantó, y en el espejo de la puerta su silueta apareciósele lejana y fantasmal. Diríase que la superficie de azogue se había profundizado hasta lo infinito y que la otra Germana la miraba desde muy lejos, desde más allá de la vida. Oyó un ruido y echó a correr; mas de pronto se detuvo con desconsuelo. ¿De quién huía? La enemiga no venía de fuera: la llevaba dentro de sí; era aquella tos seca que lastimaba sus entrañas; era su propio esqueleto, que sentía dentro de la mísera carne, con su risa sin alegría, con sus costillares enjutos, con sus dedos largos y fuertes, con su frío...

Y se dejó caer en una piedra del sendero, rendida. Ya era de noche. A lo lejos sintióse un clamor, y poco a poco regueros de chispas que se deshacían en luces azules, verdes, rojas, ascendieron en la negrura. Germana los estuvo viendo largo rato, insensible. El cielo se había tachonado por completo, y una estrella fugaz—dejando tras sí un hilo de plata—cayó como si quisiera ayudar a subir a las pobres estrellitas de oro creadas por los hombres, que tan pronto se desmayaban y desvanecían.

VI

Todo el pueblo tomó partido a favor de Rosa, hasta los enemigos del Alcalde. El asunto fué conducido con esa artera diplomacia—especie de reptil moral—que podrá faltar en alguna cancillería, pero jamás en las aldeas. El mismo notario, ganoso de adjudicarse, valiéndose de tercera persona, la finca "del indiano", cedió en su ambición encaminándola por otros derroteros. Rosa y Miguel se veían a hurtadillas, y el sobresalto no era el menor incentivo de sus amores; cada descuido o laxitud de la enemiga era aprovechado concienzudamente. Palabras se cruzaban pocas, mas menudeaban los apretones de manos, las miradas, las frases de sentido oculto, y esos contactos breves y casuales mediante los cuales cambian los enamorados su electricidad mejor aún que en largas caricias, pues tras ellos el apetito subsiste, sin desfallecer. Germana parecía haber cedido. El otoño anticipaba su advenimiento; frescas y arrebatadas brisas sacudían ya los árboles, y en su alma la hostilidad del pueblo, su pobre amor perdido y ese terror hecho de anunciaciones que

deja la marcha del estío en los enfermos del mal inexorable, quitábanle todo ardor de lucha. Si entonces alguien le hubiera dicho: "Te debes ir", habría cerrado sus maletas y, sumisa, sin defenderse, sin saber a donde, se hubiese ido. Pero su misma indefensión desarmaba los ataques directos, y el pueblo ejercitaba su crueldad en acciones oscuras, siempre embozadas en el anónimo o en la acción colectiva. Algunas noches oyó alcohólicas voces cantar bajo su balcón coplas contra la gabacha; en la mesa, reiteradamente, el Alcalde decía a Miguel que le serían precisos tres o cuatro meses más, por lo menos, para poner en orden su patrimonio. Y Germana, con los brazos de cera y de caminitos azules, cruzados sobre el hundido pecho en supremo gesto de resignación, mordiéndose los labios cárdenos para sujetar las palabras, oía sin atreverse a suscitar con Miguel la explicación inapelable; borrándose cuanto podía para no parecer un obstáculo; como si, dada la imposibilidad de recobrar terreno en el declive de su desgracia, fuera posible no perder más.

El boticario, hombre de resoluciones repentinas, planteó la cuestión de modo indudable una noche, de sobremesa. ¿Fué acordada su intervención en secreta conjura, a fin de fijar posiciones, de exculpar a Rosa, de quitar a su simpatía, ya manifiesta, por Miguel toda sombra incorrecta? El tono sencillo y espontáneo con que fue formulada la pregunta, dióle más bien carácter de ligereza; pero... ¿no es signo de cazurrería aldeana hacerse pasar por indiscreto y hasta por tonto? Si la cosa no era producto de cálculo, ¿por qué se puso rojo el cura y empezó a ajustarse el solideo nerviosamente en cuanto el boticario empezó a hablar?

—Bueno, nuestro gran señor don Miguel... Sus conterráneos no sabemos aún si por esas tierras de Francia, o por cualquier otra, deja usted un corazoncito latiendo por promesitas hechas.

—¡Qué cosas tiene usted!... Nada he dejado en ningún sitio.

—Ni la traes encerrada en un baúl, ¿eh? Eso sería peor.

—Ya sabe usted que son baúles pequeños.

—Nada, clarito... Sí o no, como enseña nuestro "pater" en la doctrina: ¿tienes contraído compromiso de boda o cosa semejante?

Hubo un silencio afanoso; duró un segundo, y a Miguel le pareció largo, largo. El apremio de las miradas le hizo responder, y al oir su propia voz sorprendióse del tono firme, de que las dudas y el rubor de su espíritu no se traslucieran:

—No, nada...

—¿Nada, nada, nada?

—Ni esto... Soy libre.

Las dos manos de Germana se tendieron sobre el mantel, los ojos de Rosa pagaron con triunfal mirada agradecida, y en torno a la mesa alzóse un murmullo de asentimiento. Ya estaba despejada la incógnita, en la ecuación legal... ¿Qué había de importarles lo otro? El *quid* estaba en ponerse al amparo de la ley; no en lo justo, sino en "lo de justicia". En adelante ya podía ir la chica con paso firme, segura de su derecho, del derecho material, único ante quien los egoísmos claudican. Aquella preguntita valía más que cuantas medicinas habíale dado el farmacéutico para todas sus enfermedades. Bien merecía un regalo, cuando el cura le entregara, con los cuatro latines de la bendición, la mano del galán y las nutridas arcas del padrino... Famoso golpe... de maestro, parecía decirle con sus rodillazos el Alcalde. Y él sonreía ufano, con ese gesto fatuo de los jugadores después de una jugada hábil. A esta noche siguieron días ásperos. Contra la injusticia de todos, contra las cobardes alegaciones de Miguel, Germana quiso oponer de nuevo su carácter combativo. ¡No, no se dejaría avasallar! ¡Tendrían que matarla si querían verse libres de ella; no obligarla a morir, sino matarla con violencia y con sangre! Sus armas eran las frases, ya sin el velo de los eufemismos; ahora eran directas, afiladas, enconadas por esa mala intención tan inteligente y común en los tuberculosos. Nadie escapaba a sus venablos: tan pronto eran mofas, insultos iracundos, o sarcasmos disfrazados de candidez. Mas todos se estrellaban en la coraza de aquellas gentes de aspecto espeso y de voluntad templada para resistir sin aparentar siquiera darse cuenta y llegar a su fin. En el cerco, cada minuto más insoportable, establecido en torno suyo por los que estaban "en su razón", revolvíase con ataques cortados a veces por un desfallecimiento infinito; y entonces pensaba en huir y dejarles el campo libre; lloraba horas y horas en silen-

cio, casi sin lágrimas; y todas las ganas de matar trocábanse en ganas de morir, de no estorbar más, de ir por su propio pie a acostarse en una de las zanjas, junto a la torrentera, y cerrar para siempre los ojos... Pero triunfando de sus depresiones, como si la ingratitud, la codicia y la cobardía fueran zarzas de entre las cuales su amor se levantase cada vez que parecía exánime, Miguel la retenía allí con sus atractivos físicos, con su arte, con el recuerdo de los días felices, con la quimérica esperanza de que podrían salir de aquella pesadilla y vivirlos de nuevo, hasta con sus mismos desvíos. La eterna ilusión convertía el amor en ave fénix.

Y Miguel sufría: tampoco su camino era de rosas; y si rosas eran los besos, las miradas, la continua exaltación del deseo y esas estaciones donde, seguro de la tristeza de toda posesión, detiénese complacido el amor antes de conseguirlo todo, espinas era el remordimiento. En vano pretendía aturdirse: su mayor tortura era saber que hacía mal y que le era imposible evitarlo. Si Germana se hubiera muerto, él la habría llorado con llanto sincero; en su alma habrían caído las sombras del luto, y el recuerdo de la muerta pasaría a ser, en el jardín de la memoria, siempreviva que el tiempo empalidecería poco a poco sin borrarla jamás; pero Germana estaba viva, presente con la presencia casi insostenible de las acusaciones que no se formulan, y en contraste con sus hondas ojeras violadas, con sus translúcidas orejas, con sus dedos largos terminados por manchas azules, ofrecíasele el rojo triunfal de Rosa, la sangre turgente que, aun desde lejos, lo abrasaba y hacía de su corazón y de su conciencia vasallos dóciles de los sentidos. Cada vez, envalentonada por el triunfo, Rosa le mostraba atractivos nuevos: no era necia, no era siquiera ignorante; y, en cambio, esa fuerza vivaz de las personalidades no agobiadas por los afeites de la cultura, prometía en ella facilidad de educarla, de ahormar su inteligencia en los cánones de un gusto depurado. Valiéndose de un símil musical, imaginábasela cual esas canciones nacidas en la entraña del pueblo, ensuciadas después por repeticiones faltas de la emoción matriz, y siempre en espera de la mano, a la vez respetuosa y sabia, que las harmonice añadiéndoles distinción sin restarles nada de su pujanza y sinceridad. Su espí-

ritu se esforzaba en ganar en la estimación de Miguel lo que su carne y su salud lograron desde el primer momento. A veces lo sorprendía con atenciones delicadas: pidiéndole libros, bordando un forro para el estuche del violín, encargando a la ciudad más próxima, sin decirlo a nadie, las cuerdas que, por cumplir la promesa hecha a Germana, fingía él no tener. Cuando le dijo: "Ya las tengo; han llegado hoy", Miguel no pudo reprimir un mohín de contrariedad: adivinaba que Rosa iba a reiterar su petición.

—Sí, sí... quiero que toques para mí sola... ¿Te tienes a menos?

—No lo digas siquiera.

—Si no me engañas y nada existe entre esa mujer y tú, bien puedes complacerme. Verás como así comprende al cabo que nos molesta y se va... ¡Tengo unas ganas de estar contigo sola, bien sola! Ya sé que tú no puedes impedir que ella esté enamorada—¡es tan natural que las mujeres se enamoren de ti!—y hasta que no hayas podido evitar que tome tus amabilidades por cariño, pero... Los celos no entienden razones, hijo. No tienes más remedio que tocar, ea. Si esta tarde no vas a nuestro banco con el violín, creeré que no me quieres; y en cambio, si vas y tocas algo para mí, para mí solita...

—¿Me darás un beso en la boca?

—No me gusta la gente interesada.

—¿Me lo darás bien fuerte, como a mí me gustan?

—Tú toca primero, y después...

Y por la tarde, una de esas tardes cuyo cielo muy bajo y cargado de electricidad nos enerva con su amenaza, Rosa y Miguel se encontraron en aquellas dos piedras situadas junto al camino de la quinta, bautizadas, merced al rito pueril y eterno del amor, con el nombre de "su banco". ¿Por qué estaba Miguel intranquilo? ¿Era presentimiento? ¿Era temor? ¿Sabía que la brisa llevaría los sonidos hasta la quinta donde el oído agudísimo de Germana estaba siempre alerta? El arco tembló en su mano y hasta los besos se enfriaron un poco en su boca. Rosa estaba radiante; aquel triunfo satisfacía su vanidad y consolidaba su dominio; un júbilo morboso hacíala entornar los ojos para oir; hubiera querido diluirse en las notas, ya cálidas, ya

frías, ya broncas, ya cristalinas, ya casi humanas, robadas al violín sólo para ella. La tarde tornábase cada momento más densa. De un palomar lejano, atraídas por la música, acudieron muchas palomas y volaron durante largo rato sobre ellos en espirales insistentes que producían fatiga y llegaban a preocupar con la superstición de un presagio; como no había sol y volaban muy alto, parecían pájaros oscuros. Sin saber por qué, Miguel dejó la música frívola y habilidosa que le obligaba a hacer juglerías con los dedos y arrancaba a Rosa exclamaciones de entusiasmo, e inclinándose en esa actitud única que hace parecer al violín una prolongación del pecho, tocó ampliamente la inmortal chacona de Bach. Al concluir quedaron largo rato en silencio. Y con ansiedad no sólo de cariño, sino de algo recóndito y sin nombre, fueron posponiendo el instante de la separación, temerosos de encontrarse solos en la calma excitada de la Naturaleza. Al separarse, Miguel anduvo a pasos lentos; hubiese querido no llegar nunca a la quinta. Entró en ella sin hacer ruido, para poder ocultar el violín, y subió luego en busca de Germana. Antes de verla oyó su voz sofocada por la ira:

—¡Vete, vete... Déjame morir sola!

—Pero...

—Sí, te he oído... Te habría oído aunque hubieras ido a tocar al fin del mundo... Podías matarme, reirte de mí, pisotear nuestro amor, echarme como a una pordiosera que soy; pero eso no, Miguel... Eso sólo lo hace un rufián incapaz de sentir el arte y la piedad, que también es arte... Todo ha concluido entre nosotros... Me da asco verte así, fingiendo... ¡Quítate la careta del corazón! Ya me da todo igual.

Él comprendió que a aquella resignación sucedería la furia, y quiso prevenirla atacando a su vez. Primero negó, negó durante largo rato, mientras ella, casi sin oirle, repetía con ronco estertor: "¡Mal hombre, mal hombre, mal hombre!" Y soliviantado por este eco, de improviso la mentira se ahuyentó de su boca y cruelmente, implacablemente, le dijo toda la verdad. "Sí, estaba harto, su lástima no podía ligarle para toda la vida; la intransigencia y la persecución le eran ya insostenibles; todo tenía un término, hasta la paciencia y la abnegación... A él también le quemaba la verdad la boca y el alma, pero había que

afrontarla de una vez... Cada alegría suya estaba amargada por los celos; le costaba trabajo fingir: se le escapaban las miradas y los besos... Si no hubiera sido con Rosa, habría sido con otra, con otras, porque si antes le había sido fiel, fue por pereza o por cobardía''... Comprendía que era cobarde; hubiera querido detenerse, pero le era imposible: las palabras hervían en su boca, y se encadenaban y eran más duras cada vez. Encogida en un rincón, en actitud más felina que adolorida, Germana había cesado de insultarle y a cada desfallecimiento le decía: ''¡Sigue, sigue!'' Y él seguía, seguía, seguía. Y en ese momento en que las fuerzas físicas van a rendirse a la rabia pujante aún, le dijo, para terminar, lo que hasta entonces había callado:

—¿No pides toda la verdad? Pues oye: quiero a Rosa, no sólo por ella misma, sino por cuanto tú la detestas... Las últimas veces que te he besado es porque pensaba en su boca... Y hoy toqué sólo para ella y he de tocar siempre, siempre, siempre.

De un salto inesperado, Germana se lanzó contra él con los puños crispados. Al pronto sólo pensó en taparle la boca, en acallar la voz; pero de improviso, dominando todos los insultos, sonó dentro de ella la música que oyera poco antes, y adquirió un ritmo frenético, homicida. El choque fue tan brusco, que Miguel no lo pudo resistir; al caer se dió con uno de los salientes de la chimenea y quedó aturdido. Ya era de noche, y el brazo de Germana, guiado más que por la vista por un instinto de venganza, buscó la panoplia en la pared, empuñó un arma, y de un solo tajo, certera, tronchó aquella mano que había tocado para la otra y que ya no tocaría más, ya no acariciaría más. Un alarido de dolor rasgó la quietud negra de la noche, como un relámpago.

Muy tarde, el Alcalde, el notario y el cura lo hallaron desangrándose, a punto de morir. El regreso al pueblo, a la luz de los hachones, turnándose para llevar el cuerpo desmadejado, fue penosísimo, casi funeral. Al día siguiente Germana apareció muy lejos de la quinta, ahogada en una alberca. Por la tarde llegó carta del empresario de París diciéndoles que la vida se iba normalizando y que ya podían volver para tocar en público.

A. Hernández Catá.

Septiembre, 1916.

EL PROBLEMA DE LA MONEDA

EXPOSICIÓN DE LAS DIVERSAS SOLUCIONES QUE SE HAN PROPUESTO PARA RESOLVERLO Y DE LAS RAZONES QUE EN APOYO DE LAS MISMAS SE INVOCAN.

> **"El pago de las deudas de dinero deberá hacerse en la especie pactada, y no siendo posible entregar la especie, en la moneda de plata u oro de curso legal en Cuba." (Art. 1170 del Código Civil.)**

EN la *Gaceta Oficial* correspondiente al 7 de noviembre de 1914, el Honorable Sr. Presidente de la República promulgó la Ley de 29 de octubre del propio año, creando la moneda cubana. El art. XVII de esa Ley dice que "la moneda extranjera que está en circulación, excepción hecha de la de los Estados Unidos, dejará de tener fuerza liberatoria",... y de esa manera quedó planteado entre nosotros el magno problema del cambio de sistema monetario, cuya resolución ha preocupado a todas las clases sociales por igual. El aspecto político y puramente económico de la cuestión puede decirse que ha quedado satisfactoriamente resuelto, produciendo un inmenso beneficio en el orden de las transacciones mercantiles y de la contratación en general. Todos los presagios pesimistas que a raíz del tan comentado Decreto núm. 1227, de 11 de septiembre de 1915, se hicieron acerca del desequilibrio económico que habría de producirse en todo el territorio de la República, hanse desvanecido como pompas de jabón, ante la fuerza incontrastable de la realidad. Sean cuales fueren las razones que han producido este resultado, es lo cierto que la vida económica de nuestro pueblo no ha sido nun-

ca más sólida que a la hora presente, desaparecidos el agio y la especulación que el diverso valor de las especies metálicas circulantes provocaba, en perjuicio de todos y muy principalmente de las clases obreras y de la población rural trabajadora.

Si el aspecto económico de la cuestión no se discute ya, por lo que bien puede decirse que ha pasado a un segundo plano, en cambio el problema jurídico, que surge natural y casi espontáneamente con motivo del cumplimiento de las obligaciones contraídas en moneda de oro español o francés con anterioridad a la Ley de 29 de octubre de 1914, queda en pie, originando controversias y polémicas numerosas, sin que hasta el presente pueda descubrirse siquiera algo que parezca una corriente de opinión vigorosa y fuerte, que tienda a convertirse con el tiempo en consensus general respecto al modo y forma en que dicha cuestión ha de quedar resuelta. Ningún problema ha apasionado tanto los ánimos como éste; ninguno otro, de los que recientemente se han presentado a nuestro pueblo, ha logrado tampoco cautivar la atención hasta tal grado, ni ha sido objeto del estudio que a la cuestión de la moneda se ha dedicado. Sobre este tema se han escrito ya algunos artículos notables, entre los cuales merece señalarse en primer término el de mi querido compañero, el distinguido abogado Enrique Lavedán, evacuando una consulta que se le hiciera por conducto de la Cámara de Comercio. Ese trabajo me parece que trata con más abundancia de ciencia jurídica que ningún otro el interesante problema en que ahora me ocupo. El culto letrado que se encuentra al frente del Departamento Legal de la Cámara de Comercio, propone, en bien meditado informe, una solución que, si no me equivoco, parece distar bien poco de aquella que más adelante habré de calificar, para la mayor claridad en la exposición y la mejor inteligencia del asunto, con la denominación vulgar con que generalmente es conocida de *solución del diez por ciento.* A pesar de todo su mérito, que soy, desde luego, el primero en reconocer con gusto, la consulta del Dr. Lavedán pone de relieve tan sólo un aspecto de la cuestión, sin entrar, ya que no tenía por qué hacerlo, en el análisis y crítica de las demás soluciones que se han propuesto. He creído, pues, conveniente presentar a la benevolencia del público, desde las páginas de CUBA

Contemporánea, este modesto trabajo de exposición de dicho problema, procurando resumir en el mismo las diversas soluciones que se proponen y las razones que en apoyo de las mismas se invocan, sin preocuparme de dar una opinión personal, la cual, después de todo, bien poco significa. Procuraré, por consiguiente, reflejar, de la manera más exacta que me sea posible, todo cuanto hasta mí ha llegado con respecto a esta cuestión, exponiendo imparcialmente lo que en pro y en contra de las diversas soluciones se aduce, si bien tratando de completar —y ésta será mi sola contribución personal al debate—los razonamientos con las citas de autores que parecen reforzar las unas o las otras.

Los tribunales de justicia son, desde luego, los que habrán de decir la última palabra acerca de este asunto; y dado el vivo interés que ha despertado, no es necesario ser profeta para poder predecir que a la Sala de lo Civil de nuestro Tribunal Supremo corresponderá escribir el difícil epílogo. En los momentos actuales, según se me ha informado, existen ya varios litigios en los Juzgados de esta capital, que tienen por única finalidad obtener una declaratoria del alto Poder que tiene a su cargo la noble misión de interpretar las leyes, en la que deje resuelto de una vez y para siempre el intrincado problema.

Los puntos de vista más diversos y contradictorios se han presentado para resolver la cuestión, desde la solución que proclama el cumplimiento de la obligación en la especie pactada, haciendo caso omiso del Decreto núm. 1227, de 11 de septiembre de 1915, hasta la que sostiene el cumplimiento de la obligación en moneda de curso legal, sin deducciones de ninguna clase y sin tener en cuenta equivalencia alguna.

Para mayor claridad, tratándose de un trabajo de exposición como este, me parece útil y conveniente abordar la cuestión presentando desde luego las diversas soluciones que se han propuesto, las cuales procuraré designar con las mismas denominaciones con que vulgarmente se las conoce. De ellas puede hacerse una clasificación fundamental, en dos grupos distintos: en el primero figuran todas las soluciones que procuran resolver la cuestión atemperándose a los términos del Decreto de 11 de septiembre; en el segundo grupo deben ser colocadas todas las

que prescinden del citado Decreto para dar la clave del problema.

Dentro del primer grupo, merece fijar la atención aquella solución que, sin distingos de ninguna clase, aplica el art. V del Decreto de 11 de septiembre a todas las obligaciones contraídas en oro español o francés con anterioridad a la Ley de la Moneda. Es éste el sistema que menos complicaciones y dificultades ofrece, y presenta, al mismo tiempo, la ventaja de ser un criterio de transacción entre los dos más radicales: el del cumplimiento en moneda oficial, con el diez por ciento de descuento, y el que pretende que se pague la obligación contraída, en oro español, en la moneda oficial, sin tener en cuenta equivalencias de ninguna clase. Vulgarmente esta opinión es conocida como la solución *del seis por ciento;* y consiste substancialmente en lo siguiente: de la suma total en oro español o francés, que forma el objeto de la obligación de cuyo cumplimiento se trata, deberá deducirse el seis por ciento, que representa la prima del centén y del luis, ya abolida, y entonces pagar peso a peso, o centenes a cinco pesos y luises a cuatro, de acuerdo con los términos del art. V del Decreto núm. 1227. De manera que si la obligación consistía en entregar $5,300 oro español, la solución del 6% resuelve la cuestión entregando $5,000 moneda oficial, o, lo que es lo mismo, descontando el seis por ciento de la cantidad total. Si la deuda se hubiera pagado antes de regir la Ley de 29 de octubre de 1914, el deudor hubiera cumplido su obligación entregando mil centenes, pues ahora, conforme a esta solución y al art. V del Decreto 1227, por cada centén de los que hubiera debido entregar dará cinco pesos moneda oficial.

Contra esta solución, de carácter eminentemente práctico, se dice que ella persiste en hablar de centenes a razón de $5.30, lo cual no tiene razón de ser después de promulgada la Ley de la Moneda de 1914. La prima del seis por ciento tenía su razón legal de ser en las disposiciones que por causas especiales habían concedido esa prima a las piezas de oro español y francés, dándoles, por tanto, un valor distinto al que en realidad tenían en las naciones que las habían emitido. Desde el momento en que esas monedas han dejado de tener fuerza liberatoria entre nosotros, han quedado reducidas a su carácter de monedas extran-

jeras, como cualquiera otra, cuyo valor no puede ser otro, por consiguiente, que el que les señala su ley nacional: veinticinco pesetas para el centén y veinte francos el luis. Tan es así, que fué necesario que el Gobierno dictase un Decreto, que lleva la misma fecha de la Ley de la Moneda (núm. 1006), para mantener provisionalmente la prima del seis por ciento a dichas monedas, hasta que el Decreto de 11 de septiembre vino a privarlas definitivamente de ella.

Se esgrimen también contra esta solución todos los argumentos derivados de la ilegalidad o inconstitucionalidad del Decreto núm. 1227; pero es éste un aspecto de la cuestión en que creo no me es lícito entrar, y sería, por demás, inútil insistir sobre un debate en que han brillado inteligencias muy superiores a la mía. Sobre este aspecto de la cuestión pondré aquí, pues, punto final.

La solución del 6% tiene, en cambio, la ventaja de ofrecer al intérprete un texto seguro y explícito en que apoyarse, cual es el art. V del Decreto núm. 1227, de 11 de septiembre de 1915. El Juez, dicen los partidarios de esta tesis, no necesita esforzar su inteligencia para resolver el problema; no tiene que lucubrar alrededor del art. 1170 del Código Civil para decidir si esta disposición debe interpretarse en el sentido de pago con equivalencia o no, pues el Decreto de 11 de septiembre le dice de qué manera debe regular, en moneda oficial, el valor de la obligación contraída en oro español o francés.

La ya citada disposición contenida en el art. 1170, forma el eje alrededor del cual gravitan todas las soluciones que hemos comprendido en el segundo grupo, o sea, las que tratan de resolver el problema dejando a un lado el Decreto de 11 de septiembre. Dentro de este segundo grupo se encuentran comprendidas las tres opiniones siguientes: 1.ª: la del cumplimiento en la especie pactada, o del pago en oro español o francés, según reza en el contrato celebrado; 2.ª: la que pudiera denominarse de equivalencia de valores o del valor comercial de la especie pactada, en el momento del cumplimiento de la obligación, la cual en ciertos aspectos coincide con la doctrina de antaño conocida como la tesis del valor intrínseco; y 3.ª: la que sostiene el cumplimiento en moneda de curso legal, sin deducciones ni equiva-

lencias, llamada vulgarmente del cumplimiento a la par y conocida en la doctrina como la solución del valor nominal.

Partiendo de lo dispuesto en el art. XVII de la Ley de la Moneda, el cual declara que "la moneda extranjera podrá circular como mercancía, sin perjuicio de los contratos en que se pacte el pago en estas especies, teniendo en cuenta en los actos contractuales la voluntad de los contratantes, que debe ser aceptada como la ley del contrato", hay quien sostiene que las obligaciones contraídas en oro español o francés, con anterioridad a la Ley de 29 de octubre de 1914, deberán cumplirse en la especie pactada.

Esta solución, o, por mejor decir, este criterio, plantea a su vez otro problema, cual es el del modo en que deberá cumplir el deudor su obligación en oro español. ¿Deberá el acreedor recibir los centenes a razón de $5.30, según el valor que tenían en el momento de constituirse la obligación, o solamente por su valor real de cinco pesos? La cuestión ha sido muy discutida en el antiguo derecho francés; ambos criterios se han sustentado y ambos pueden invocar en su apoyo las opiniones de jurisconsultos de renombre. Así una opinón sustentada por Bartolo, Vinnius y Cuyacio, sostenía que si el valor de la moneda había cambiado, el deudor debía devolver al acreedor la diferencia de valor en el momento del pago. Se invocaba en apoyo de este sistema, en primer lugar, la intención de las partes en el momento del préstamo: ellas habían querido que el mutuatario devolviera exactamente lo que había recibido, y no es devolver la misma cosa entregar una igual cantidad de moneda que tenga un título más débil, es decir, entregar un valor menor. Se decía, además, que el aumento forzado en el valor nominal de la moneda, producía como resultado práctico hacer aumentar el valor de todas las cosas; de aquí la consecuencia de que el mutuante recibe menos si recibe la misma suma numérica. La opinión contraria contaba con no menos ilustres defensores, entre otros Dumoulin y Pothier.

El uso, dice Pothier *(Pret de consomption,* n.° 36) es constante en nuestra jurisprudencia de que el dinero debe ser devuelto sobre el pie de lo que vale en el momento del pago. Nuestra jurisprudencia está fundada sobre este principio: que en la moneda no se consideran los cuerpos y

piezas metálicas, sino solamente el valor que el soberano les ha señalado: *In pecunia non corpora quis cogitat, sed quantitem; L. 94 1. ff.* DE SOLUTION. Las piezas de moneda no son más que el signo público de ese valor que solamente se toma en consideración. *Ea materia forma publica percussa usum dominiumque non tam ex substantia praebet quam ex quantitate; L. 1. ff.* DE CONTRAH. EMPT. Se deriva de este principio que no son las piezas de moneda, sino solamente el valor que ellas significan, lo que constituye la materia del préstamo, así como de los otros contratos. Es, pues, el valor representado por las piezas de moneda, más bien que las piezas mismas que no son más que el signo, lo que el mutuatario toma a préstamo, y, por consiguiente, es este valor lo que él se obliga a devolver, y devolviendo ese mismo valor, él satisface su obligación, aunque el soberano haya aceptado algún cambio en los signos que lo representan; así, aunque la moneda que tenga curso en el momento del pago, sea de un valor menor o de un peso menor, deberá hacerse, lo mismo que si habiendo sobrevenido un aumento en las especies, sea necesario un número menor que el que se ha recibido para hacer este valor.'' (1)

Recordando la influencia que Pothier ejerció sobre la obra legislativa de Portalis y demás jurisconsultos que con él contribuyeron a la formación del Código Napoleón, parece inútil decir que fué la opinión de Pothier la que prevaleció en el art. 1895 de dicho Código; y así como el famoso autor del *Tratado de las Obligaciones* se ocupaba en esta cuestión al estudiar el préstamo, en el título dedicado a este contrato, en la obra napoleónica, fué colocado el art. 1895, que regula la materia:

La obligación que resulta de un préstamo de dinero, dice el ya citado art. 1895, no consiste sino en la *suma numérica* enunciada en el contrato. Si ha habido aumento o disminución de especies antes de la época del pago, el deudor debe devolver la *suma numérica prestada* y no debe devolver sino esta suma *en las especies que tengan curso legal en el momento del pago.* (2)

También en el título que trata del Mutuo (Tit. XVII del Libro III), el Código Civil italiano ha colocado el art. 1821, que reproduce al pie de la letra la disposición del Código francés, que se acaba de transcribir.

---

(1) GUILLOUARD: *Traités de Pret, du Dépot et du Séquestre;* p. 101 y siguientes.

(2) Tanto esta disposición del Código francés, como las opiniones doctrinales que se citan a continuación, se invocan por los partidarios de la tesis del pago sin equivalencias, en apoyo de la misma.

Aunque el valor nominal de la moneda, dice Colmet de Santerre, debe estar generalmente en relación con el peso y el título del metal del cual está formada, la ley, considerando la moneda como el signo público del valor que le es atribuido por el soberano más bien que como teniendo en sí misma su valor, en consideración al peso y al título, supone que el préstamo en dinero no tiene por objeto más que la suma numérica referida en el contrato. De aquí se deriva naturalmente que la restitución no puede ser exigida en las mismas especies, sino en cualesquiera especies que produzcan la misma suma. Aun más, sea cual fuere la iniquidad que puede resultar de la aplicación de esta regla, a causa del aumento o disminución proporcional que pudiera entonces hacerse sentir en el precio de todo lo que está en el comercio, la ley quiere que, no obstante esa variación, la obligación sea siempre de la *suma numérica* prestada y que ella se pague en especies que tengan curso el día del pago. (3)

Baudry-Lacantinerie sustenta el mismo criterio, entendiendo que

en los casos de préstamo que tienen por objeto una suma de dinero, el mutuante podrá recibir en cantidad y calidad menos de lo que ha dado, si el valor de la moneda ha sido aumentado, si existe aumento de especies, como dice el art. 1895, y más, si ha sido disminuido, si existe disminución de especies; pero recibirá el mismo valor, por lo menos, desde el punto de vista legal.

Propone después un ejemplo—de que se ha hecho uso ya con motivo de nuestro problema monetario—para ilustrar la tesis sustentada:

Así, si yo os presto, dice él, 100 francos en diez piezas de oro, teniendo cada una un valor nominal de 10 francos, si en la época fijada para la restitución, la misma pieza de oro, por consecuencia de un cambio debido a una disminución legislativa, tiene un valor nominal de 11 francos, basta con que Ud. me dé 9 de esas piezas más un franco; si por el contrario, el valor nominal de dichas piezas no es más que de 9 francos, Ud. me deberá entregar 11, más un franco. (4)

Esta teoría, que el Código Napoleón y el italiano desenvuelven con relación al préstamo, ha sido extendida por los tratadistas a todos las obligaciones pecuniarias en general.

Aunque el art. 1895 esté colocado en el título referente al préstamo de consumo, dicen Aubry y Rau (5), no es por eso menos generalmente reco-

(3) COLMET DE SANTERRE: *Cours Analitique du Code Civil*; t. VIII, n.° 100.
(4) *Précis de Droit Civil*; t. 2.°, pág. 698 de la décima edición.
(5) *Cours de Droit Civil Francais*; t. 4.°, p. 159, nota 11.

nocido que debe ser aplicado cada vez que se trata de una suma de dinero, cualquiera que sea, por demás, la causa de esta deuda.

Así también el profesor de Derecho Civil de la Universidad de Padua, Vittorio Polacco, al ocuparse en esta cuestión en su bello libro *Le Obbligazioni nel Diritto Civile Italiano,* le dedica un capítulo especial que titula del *Cumplimiento de las obligaciones de dinero:*

El art. 1821 del Código puesto bajo el título del mutuo, dice él, pero extensible, por consentimiento universal, al igual que los sucesivos, a los pagos pecuniarios en general, establece que el mutuatario cumple su obligación cuando restituye la suma numérica prestada en cualquiera especie que tenga curso en el momento del pago... Resolviendo, pues, una cuestión que era muy discutida en la doctrina intermedia, según el ejemplo del Código francés (art. 1895), inspirándose en la práctica que imperaba en Francia, declarada no sin censura por Pothier, nuestro legislador, cuando se trata de obligaciones de suma, sigue el criterio del valor nominal o legal de la moneda *(bonitas extrinseca)*, esto es, del valor atribuido a la moneda por el legislador, sea declarado, como sucede con frecuencia, en el cuño mismo de la moneda, sea de otra manera, por la ley, por ejemplo, y no ya el criterio del valor intrínseco, esto es, del valor real del metal de donde la moneda resulta, tenido en cuenta por la ley, y menos aquel del valor en curso mercantil, esto es, el valor por el cual realmente la moneda es recibida en el comercio. Supóngase, pues, un préstamo de cien liras que Ticio me ha hecho [aquí Polacco propone el mismo ejemplo que Baudry-Lacantinerie] dándome cinco piezas de veinte liras en oro. Antes de que llegue el vencimiento del mutuo, entra en vigor una ley que alza el valor nominal de cada una de las piezas, llevándolo de veinte a veinticinco liras. Entonces, tratándose por hipótesis de una deuda de suma, yo, al vencimiento, cumpliré exactamente restituyendo a Ticio cuatro en vez de cinco piezas de oro. Análogamente, si fuese alterada la composición de esos discos de oro, manteniéndose firme el valor nominal (20 liras), pero disminuyendo, por ejemplo, de un quinto la cantidad de oro fino en cada una de ellas contenido, yo no estaré obligado a restituir seis de estos discos, con lo cual daría un valor intrínseco igual al que he recibido, pero un valor nominal superior a veinte liras, sino que cumpliré mi deuda a Ticio cinco de dichos discos. (6)

A esta misma conclusión parece llegar el famoso pandectista alemán Bernardo Winscheid, al responder a la pregunta que se propone en el párrafo 256 del tomo 2.° de su conocida obra:

---

(6) *Le Obbligazioni nel Diritto Civile Italiano;* páginas 314 y 315.

¿Por qué valor debe el acreedor recibir la especie de moneda que debe recibir? La moneda de curso forzoso, dice él, por su valor nominal; las otras monedas, por su valor corriente. (7)

También es esta la solución que imperaba en el derecho civil español anterior al Código vigente:

Cuando el préstamo ha consistido en dinero, dice don Modesto Falcón, la regla que resuelve la dificultad es distinta. Esa regla está contenida en una Real Cédula expedida por el Rey D. Felipe IV en el año de 1642 (Ley 18, tít. 1.°, Lib. 10, Nov. Recop.), dictada con motivo de las alteraciones que había sufrido la ley de la moneda. Esa misma ley motivó otra disposición del Rey Carlo II, en el año de 1686 (Ley 19, id. id.). Ambas decidieron que los contratos hechos con la obligación general de pagar en plata u oro, podían satisfacerse en la clase de monedas acuñadas que hubiere al tiempo que se verificase el pago y conforme al valor que tuviesen; pero que si en los contratos se hubieran especificado las clases de monedas en que consistía el préstamo, su pago habrá de realizarse precisamente en las mismas clases de monedas especificadas o en monedas del mismo valor, peso y ley que estaba vigente al tiempo de formalizarse el contrato. La cuestión, en préstamo de alguna cuantía, dice Falcón, puede ser de interés, porque rebajada la ley de la moneda, no se devuelve el mismo capital al devolver el mismo número de monedas, toda vez que las últimamente acuñadas tienen menos valor real e intrínseco que las antiguas. La resolución de la ley es justa; porque donde no constan específicamente las monedas, el contrato está cumplido devolviendo el mismo capital genérico. (8)

En el mismo sentido se pronuncian: Gutiérrez, en su importante obra titulada *Códigos o Estudios Fundamentales sobre Derecho Civil Español,* don Pedro Gómez de la Serna en sus *Elementos de Derecho Civil y Penal de España,* y el Tribunal Supremo en su sentencia de 27 de octubre de 1868.

Habiendo perdido la prima del seis por ciento las monedas de oro español y francés—concluyen los que sustentan esta tesis—a virtud de haber perdido su fuerza liberatoria, o lo que es lo mismo, el carácter de monedas nacionales, la obligación de $5,300, sobre la cual se viene discurriendo desde el principio de este trabajo, no se cumpliría entregando 1,000 centenes, sino que el deudor deberá añadir, hoy en día, sesenta centenes más para cumplir su obligación.

---

(7) *Diritto delle Pandette;* t. 2.°, parte 1.ª, pág. 31 de la edición italiana.

(8) *Exposición doctrinal del Derecho Civil Español Común y Foral;* t. 2.°, pág. 656.

Los que se empeñan en mantener la prima, como elemento que es necesario tener en cuenta para efectuar el pago, invocan que la Orden Militar núm. 123, de 28 de julio de 1899, no ha sido expresamente derogada y debe, por tanto, considerarse como vigente para juzgar del cumplimiento de obligaciones que se constituyeron a su amparo, puesto que así como el acreedor recibió los centenes y luises a razón de $5.30 y $4.24 cada uno, en esa misma forma deberá cumplir su deuda, al realizar el pago. De esa manera se habrá cumplido aquel requisito, consignado expresamente en la mayor parte de los contratos de préstamo, de que el deudor deberá devolver la cantidad prestada en la misma especie de monedas, con exclusión de cualquier otra.

Contra la solución que sostiene el cumplimiento de la obligación en la especie pactada, se alega en primer término, y precisamente, la circunstancia de que ella hace surgir un nuevo problema, cual es el de la prima de las monedas de oro español y francés, en que me acabo de ocupar. El Decreto de 11 de septiembre es otro inconveniente que se presenta para aplicar este criterio, pues prescindiendo de la cuestión de su ilegalidad o inconstitucionalidad, en la cual, repito, no deseo ocuparme, es lo cierto que dicho Decreto constituye para el deudor una imposibilidad de cumplir la obligación en la especie pactada. El art. 1170 del Código Civil dispone que *no siendo posible entregar la especie*, se hará en la moneda de plata u oro que tenga curso legal en Cuba. Cualquiera que sea el criterio que se adopte respecto a la distinción entre el caso fortuito y la fuerza mayor, como causas legítimas de incumplimiento de los contratos, es evidente que el legislador ha previsto especialmente en este caso la posibilidad de que el deudor no pueda cumplir su obligación en la especie pactada, cualquiera que sea la causa por la cual no puede realizarlo. Es necesario, pues, colocarse en el punto de vista de la situación personal del deudor, para apreciar si está o no justificada su actitud de no pagar en la especie pactada. Considerando el Decreto de 11 de septiembre pura y sencillamente como una situación de hecho, es indudable que el deudor puede válidamente invocar una causa justa y legítima para no entregar en la especie pactada, o el acreedor para rehusar el pago que en la misma que se le ofrezca.

Paso ahora a exponer aquellas soluciones que, prescindiendo también del Decreto núm. 1227, reclaman, sin embargo, el cumplimiento de la obligación en moneda de curso legal. Todas ellas creen encontrar en el art. 1170 del Código Civil una base para sustentarlas, según la distinta interpretación que a dicha disposición se le dé. El citado artículo dice que las obligaciones se cumplirán en moneda de curso legal; pero, ¿cómo? ¿en qué forma deberán cumplirse? Estas son las preguntas que se hacen los que prescinden del art. V del Decreto de 11 de septiembre; pero exigen el cumplimiento de la obligación en moneda de curso legal u oficial. "Sin equivalencias de ninguna clase", contestan los unos a las preguntas antes formuladas; "según el valor real de las especies en el momento de efectuarse el pago, o lo que es lo mismo, según su valor comercial", responden los otros. (9)

Entre los que sostienen el criterio del valor comercial o de la equivalencia de valores, ha predominado la tendencia que quiere fijar el 10% como expresión de la diferencia de valor, verdadera y real, entre la moneda de oro español y francés y la moneda oficial. Por esta razón es conocida generalmente como la solución del *diez por ciento.* De esta manera, dicen los propagandistas de esta opinión, es como se cumple la obligación conforme a lo pactado, es decir, según la intención de las partes, que es ley del contrato, a tenor del art. 1091 del Código Civil. Si los contratantes no fijaron como base de sus transacciones el oro norteamericano, que era la moneda oficial, es evidente que su intención fué establecer para el pago de la deuda una clase de moneda de valor inferior; y por esta razón, respetando la voluntad de las partes, deberá cumplirse la obligación deduciende la diferencia de valor que las partes tuvieron *in mente.* Cualquiera otra solución, añaden los sostenedores de esta tesis, impondría al deudor la obligación de pagar más de lo que debe o

---

(9) Dernburg distingue tres especies del valor del dinero: (a): el nominal, o valor extrínseco, que el Estado en el cuño atribuye a la moneda; (b): el valor metálico, o valor intrínseco, esto es, el valor del metal noble contenido en la moneda; (c): el valor en curso, esto es, el precio corriente de la moneda en el comercio. La diferencia entre el valor nominal y el valor en curso se llama agio. *(Pandette;* t. 2.°, p. 104 de la traducción italiana.)

devolver más de lo que le fué entregado. Si los tribunales condenan al deudor a cualquiera otra forma de pago que no sea deduciendo el diez por ciento, habrán enriquecido injustamente al acreedor en perjuicio de su deudor. Ese era el tipo que normalmente representaba la diferencia de valor entre ambas clases de monedas, y así fué, por demás reconocido por la Orden Militar de 28 de julio de 1899. Habiendo fijado el legislador al oro español y francés un tipo oficial de valor en relación con la moneda oficial, que era la de los Estados Unidos (cuyo valor, como es sabido, es igual al de la moneda cubana), es claro que esa relación legal era la que los contratantes debieron tener en cuenta como base de sus pactos y condiciones. El valor comercial de aquellas monedas podría fluctuar, pero la relación oficial se mantuvo siempre la misma, hasta la promulgación de la Ley de la Moneda. Si durante el régimen que antecedió al de la Ley de 29 de octubre de 1914, se hubiera condenado por un juez o tribunal a un deudor a pagar en moneda oficial, por no serle posible pagar en la especie pactada, no hubiera habido más remedio que fijar el importe de su obligación de acuerdo con las bases establecidas por la Orden Militar de 28 de julio de 1899. En apoyo de esta solución pudiera igualmente citarse el pasaje siguiente de la obra de Dernburg:

> Por regla general, una deuda de dinero, que debe cumplirse en el territorio del Estado, debe ser pagada en moneda nacional. Esto rige algunas veces para las deudas contraídas en el exterior en moneda extranjera, la cual deberá ser reducida a moneda nacional, según el curso del legal y el tiempo del pago. (10)

También debe citarse aquí el art. 244 del Código Civil Alemán, según el cual

> Si se debe pagar en el territorio del Imperio una suma expresada en moneda extranjera, el pago puede no obstante ser efectuado en moneda alemana, a menos que no haya sido expresamente convenido en moneda extranjera. El cambio se establece según el curso en vigor en el momento y el lugar fijados para el pago. (11)

---

(10) *Pandette*, t. 2.º, pág. 104 de la traducción italiana.

(11) *Code Civil Allemand*, trad. de Raoul de la Grasserie, p. 55.

El Código Revisado de las Obligaciones, promulgado recientemente en Suiza, consagra igual doctrina:

El pago de una deuda que tiene por objeto una suma de dinero, dice el art. 84, se hará en moneda del país. Si el contrato indica una moneda que no tiene curso en el lugar del pago, la deuda puede ser pagada en moneda del país, al curso del día del vencimiento, a menos que la ejecución literal del contrato no haya sido estipulada por las palabras *valor efectivo* o por alguna otra expresión análoga. (12)

Puesto que la obligación ha de cumplirse en una moneda distinta de la pactada, dicen los partidarios de la tesis que estoy ahora exponiendo, es necesario tener en cuenta la diferencia de valor en el momento del pago, a fin de que el deudor no pague ni más ni menos de lo que se ha pactado. El profesor Dernburg reafirma la doctrina contenida en el párrafo anterior, en los términos siguientes:

Si al deudor es concedida la facultad de pagar en moneda usual, se debe tomar como base, por lo que a ésta se refiere, el valor en curso. Respecto al mismo, es el comercio, precisamente, único árbitro. (13).

Contra esta tesis, a la cual he dedicado particular atención porque parece contar a su favor la opinión de los Bancos y la de algunos letrados que, ya en público o ya en privado, la han expresado respecto a este problema (y entre ellas estimo que debe contarse, como antes indicaba, la del Dr. Lavedán, según los términos de la consulta a que antes se ha hecho referencia), se han empleado los siguientes argumentos: No es cierto, se dice, que el diez por ciento marque la verdadera diferencia de valor entre ambas clases de monedas, puesto que, cuando se dictó el Decreto de 11 de septiembre, su valor era casi igual y precisamente fué esa circunstancia la que aprovechó el Gobierno para substituir completamente la moneda nacional a las de oro español y francés. En segundo término, no se trata de determinar la relación entre los valores de ambas clases de monedas

---

(12) ROSSEL: *Manuel du Droit Civil Suisse;* t. 3.º, pág. 118.

(13) Ob. cit. pág. 105.—Esta opinión no es sino un reflejo de la doctrina sustentada por Savigny, que Dernburg refiere en la nota 10 del mismo capítulo, según la cual el valor en curso debe considerarse como la verdadera norma para determinar el contenido de una deuda de dinero, como una consecuencia de la naturaleza general del dinero.

en el momento en que se constituyó la obligación, sino de la forma en que debe cumplirse ésta en moneda oficial, dado que no es posible cumplir la obligación conforme a lo estipulado, es decir, en la especie pactada. Se trata, por consiguiente, de determinar cómo cumple actualmente su obligación en moneda oficial el deudor que se ha obligado a entregar (siguiendo el ejemplo del principio) cinco mil trescientos pesos oro español. En tercer lugar, y ya que los defensores de la tesis del 10% no quieren reconocer fuerza obligatoria al Decreto de 11 de septiembre, es necesario atenerse a lo dispuesto en el art. XVII de la Ley de la Moneda, que permite la circulación de la moneda española como mercancía y, por ende, el cumplimiento en la especie pactada ([14]).

Este diez por ciento de que Uds. nos hablan, se dice a los mantenedores de esta solución, es puramente arbitrario; ni es tampoco posible, como pretenden los que proponen el criterio más amplio de la equivalencia de valores según el curso del cambio, fijar la verdadera relación de valor entre ambas clases de monedas. Es cierto que en los Bancos se habla de que la moneda española tiene un diez por ciento de descuento, pero es porque se persiste en hablar de centenes a $5.30, es decir, que se tiene en cuenta aún una prima que ha dejado de existir después de la Ley de la Moneda, la cual, al privar a las monedas de oro español y francés de fuerza liberatoria, las despojó también, por consecuencia necesaria e indefectible, de la prima del seis por ciento que solamente se les reconocía en su carácter de monedas de circulación legal. Pero no es esto solo; es que si se trata de comprar centenes o luises en los Bancos, se observará que cada centén cuesta cinco pesos moneda oficial y cada luis cuatro pesos en igual clase de moneda; luego no existe ese curso del cambio de que se habla, ni puede invocarse el valor comercial, ya que en realidad la moneda española o francesa no tiene precio, como lógicamente se desprende de la circunstancia de que arbitrariamente se reciba por un precio y se venda a otro

(14) Es este un argumento que dirigen, tanto a esta solución como a los que mantienen el cumplimiento en moneda oficial, sin equivalencias, los que proclaman el cumplimiento de la obligación en la especie pactada, así como los que aceptan el art. V del Decreto de 11 de septiembre de 1915.

distinto. Lo que se trata no es de precisar cuánto valen tantos pesos oro español en moneda oficial, sino en qué forma deberá cumplirse una obligación pactada en oro español de circulación legal (en la época en que la deuda se constituyó), en moneda oficial. El oro español o francés con el cual se quiere establecer en la actualidad el tipo de comparación, no es realmente la especie que las partes tuvieron en cuenta al celebrar su contrato, puesto que hoy en día no son más que monedas extranjeras como cualesquiera otras, y la pactada en la obligación era una moneda de curso legal, aunque fuera emitida por una nación extraña. Aquella moneda de curso legal ha dejado de existir entre nosotros (aunque la persistencia del disco monetario haga creer que perdura); pero, tan es así, que ella tenía un valor distinto a la moneda extranjera, al centén español, por ejemplo, que sólo valía 25 pesetas, y como moneda de curso legal en Cuba valía cinco pesos treinta centavos. Es inútil, pues, referir la cuestión a la relación de valores entre monedas que no son las mismas de las que se trata en la obligación contraída.

Es que, además, cuando existe una diferencia de valor tan grande entre el tipo a que se compra una cosa y aquel a que se vende—añaden los detractores de la solución del diez por ciento—, es necesario convenir en que la misma no tiene precio y no es posible hablar, pues, del valor verdadero de las monedas de oro español y francés. Es este el argumento fundamental que se esgrime contra la tesis del diez por ciento o de la equivalencia de valores: Ustedes dicen que es ese el tipo que mejor responde a la diferencia de valor entre ambas clases de moneda, y esa afirmación no está corroborada por la experiencia, toda vez que no existe una cotización oficial que así lo acredite. Es más, los mismos Bancos no han logrado ponerse de acuerdo respecto al valor de dichas monedas, pues, según antes se ha indicado, uno es el precio a que compran y otro el precio a que venden. El juez no sabría, por tanto, si quiere fijar la equivalencia de valores entre ambas clases de monedas, a qué tipo deberá atenerse para hacerlo, es decir, si deberá tener en cuenta el tipo a que venden o el precio a que compran los Bancos los centenes y luises. Si se fija el primero, pudieran decir los deudores que se les condena a pagar más de lo que deben; si el se-

gundo, alegarían los acreedores que el Juez se ha inspirado en una concepción del contenido de la obligación, ya desechado por la doctrina, que propende a mejorar la condición del deudor; cuando la tendencia moderna reclama la reciprocidad de intereses, que impone el natural espíritu de equidad y el sentimiento de igualdad, que es base de las modernas democracias. El criterio de la equivalencia es incierto, y por consiguiente falso; he aquí la conclusión a que llegan sus impugnadores.

Paso a ocuparme ahora en la última solución de las que se han propuesto, entre nosotros, para resolver el problema de la moneda: la del pago en moneda oficial, haciendo caso omiso de toda equivalencia de valores, es decir, pagando un peso oficial por cada uno en oro español o francés de los que se expresan en la obligación de cuyo cumplimiento se trata. Si bien es verdad que este criterio no parece conformarse con el art. V del Decreto de 11 de septiembre, si se aplica al pago de las obligaciones contraídas antes de la promulgación de la Ley de la Moneda, en las cuales no se hubiere determinado específicamente la clase de moneda en que deberá verificarse, sino que se hubiera empleado la denominación genérica de oro español o francés, es no menos cierto que este criterio ha sido parcialmente aplicado por obra del mismo Gobierno, ya en el propio Decreto de 11 de septiembre, ya en la Circular de 11 de agosto de 1915, del Sr. Secretario de Hacienda. Así, en el art. III del Decreto de 11 de septiembre, se dice que cuando en las obligaciones o contratos perpetuos o temporales no se hubiera expresado de una manera especial la clase de moneda en que deba hacerse el pago, sino que se hayan usado las denominaciones generales o usuales de la época, o sea la de las monedas corrientes al celebrarse el contrato, como reales, escudos, pesetas, se cumplirá la prestación satisfaciendo su ascendencia numérica en las especies del sistema monetario actual por su valor nominal, o sea en pesos y centavos, a razón de diez centavos el real, veinte centavos la peseta, cincuenta centavos el escudo y peso por peso. El art. IV hace extensiva la regla del artículo anterior a las penas pecuniarias, dietas y aranceles fijados en leyes y reglamentos antiguos en reales, escudos, pesetas o pesos. Conviene hacer observar cómo se repiten aquí las frases *ascendencia numérica* y

valor nominal, que hemos encontrado antes en Pothier, Beaudry-Lacantinerie, Polacco, etc., etc., y en nuestra doctrina tradicional, tal y como ella aparece en Gutiérrez, Gómez de la Serna, Falcón y la sentencia del Tribunal Supremo de 1868. Todo cuanto se ha dicho con respecto al criterio de la suma numérica o del valor extrínseco, es traído al debate por los defensores de la tesis de la ausencia de equivalencia en apoyo de su opinión. Considero innecesario volver sobre este punto y me remito a lo anteriormente expuesto sobre este particular.

En la Circular de 11 de agosto del año pasado, del Sr. Secretario de Hacienda, dirigida a los Gobernadores Provinciales, Alcaldes Municipales, Administradores de Aduanas, Rentas y Recaudadores en general, se dispone que las pensiones de censos y cargas periódicas o perpetuas constituídas a favor del Estado, la Provincia o el Municipio, o de que éstos sean causahabientes, se recauden precisamente en moneda de curso legal por su valor nominal, sin reducciones ni conversiones de ninguna clase, extendiéndose los recibos en pesos y centavos. El Estado es, en estos casos, un sujeto de derechos patrimoniales, como cualquier particular, y la doctrina que es al mismo aplicable, debe serlo por igual para todos los intereses privados: si el pago debe hacerse al Estado por el valor nominal, igual criterio debe imperar respecto a los particulares—dicen los partidarios de la opinión que estoy ahora examinando. Igual criterio que el antes consignado se aplica por la Administración, en la citada Circular, a los servicios remunerados, así nacionales como provinciales y municipales; verbigratia: acueductos, mercados, aranceles profesionales, etc.

Todos los antecedentes doctrinales y legislativos que explican el art. 1170 del Código Civil vigente—dicen los defensores del criterio de pago en moneda oficial según el valor nominal—, llevan como de la mano a la interpretación que proponemos. El examen que antes se ha hecho de las razones que motivaron la redacción del art. 1895 del Código Napoleón y de la interpretación uniforme que ha merecido por parte de los comentaristas, según antes se ha explicado, el cual debe considerarse como un precedente del art. 1170 de nuestro Código, como su inspirador, todo ello es invocado y traído a colación por los propagandis-

tas de esta solución para afirmar que es ésta la única procedente. He aquí, en síntesis, el resultado a que llegan los que reclaman el pago de la suma numérica expresada en la obligación en moneda de curso legal, desechando todo género de equivalencias. En su apoyo invocan también, como dato de legislación comparada que traer al debate, el art. 245 del moderno Código Civil Alemán, el cual resuelve las dificultades a que da lugar el cambio de monedas en la forma siguiente:

Si una deuda de dinero debe ser pagada, dice la citada disposición, con una moneda determinada que no esté ya en curso en la época del pago, éste deberá efectuarse como si esta determinación no hubiera tenido lugar.

Para sostener esta tesis pudiera también aportarse la réplica de Hartmann y Goldschmidt a Savigny, citada por Dernburg (15), con motivo del pasaje que en nota se ha referido anteriormente:

Las necesidades de la vida práctica, dicen Hartmann y Goldschmidt, que reclaman una *publica ec perpetua aestimatio* no resultan satisfechas con el simple dinero en curso; el Estado se propone, al acuñar monedas, el objeto más elevado de un valor estable.

Contra esta opinión se alega, en primer término, según antes se ha indicado, que provoca un enriquecimiento injusto en favor del acreedor al recibir en moneda oficial lo que debería serle entregado en una moneda de valor inferior. En segundo lugar, que no es respetuoso de la voluntad de las partes expresada en el contrato, pues al convenir la obligación en oro español, cuando pudieron haberlo hecho en moneda norteamericana, era señal evidente de que ambos estuvieron de acuerdo en hacer menos onerosa la situación del deudor.

Las examinadas hasta aquí, son las distinciones fundamentales que con motivo del cumplimiento de las obligaciones contraídas con anterioridad a la Ley de la Moneda, en oro español o francés, se han propuesto; pero se han establecido además ciertas distinciones en relación con la naturaleza del contrato de que se trata. Así, fundándose en la Circular del Sr. Secretario de Hacienda, a que antes se ha hecho referencia, y en el Decreto de

(15) Ob. cit., t. 2.°, pág. 105.

11 de septiembre, se ha exteriorizado la opinión, bastante generalizada por cierto, de que tratándose de censos, el cumplimiento de la obligación en moneda oficial, sin deducciones ni equivalencias, es indiscutible. También se dice que es necesario distinguir entre el contrato de préstamo y el de arrendamiento, por no ser posibles aplicarles el mismo criterio. Así, aun dentro del que pudiéramos llamar punto de vista *legalista*, es decir, el que reclama la aplicación del art. V del Decreto de 11 de septiembre de 1915, se pretende que debe hacerse tal distinción; y lo que es más aún: que en el citado art. V tiene su origen y base el criterio diferencial que se propone. El art. V dice textualmente:

En los contratos y obligaciones celebrados antes de la promulgación de la Ley Monetaria, sin especificación de clase de moneda para el pago, sino con la denominación genérica de oro del cuño español o de español o francés indistintamente, se cumplirá la prestación en moneda legal, a razón de 16 pesos por cada onza, de 5 pesos por cada centén y de 4 pesos por cada luis, *de los que se dicen entregados para formar la cantidad fijada en el contrato.*

Es solamente en el contrato de préstamo, dicen los partidarios de esta distinción, en que se puede hablar de cantidad entregada para formar el contrato. A pesar de su aparente generalidad, el art. V del Decreto de 11 de septiembre se contrae solamente al préstamo, dejando a los tribunales de justicia la tarea de resolver en definitiva la cuestión de la forma en que han de pagarse las rentas procedentes de los arrendamientos. Pero es que, penetrando en la naturaleza de ambos contratos—se dice por los sostenedores de esta opinión—, se observan notables diferencias, desde el punto de vista de su causa originaria y su finalidad jurídica, que los hacen merecedores de tratamientos distintos también. En el contrato de préstamo se recibe por el deudor alguna cosa con obligación de devolverla, u otra de la misma especie y calidad, si se trata de cosa fungible. En el arrendamiento de cosas, una de las partes se obliga a dar a la otra el goce o disfrute de una cosa por tiempo determinado y precio cierto. Luego, el contenido de la obligación está determinado esencialmente, en el préstamo, por la obligación de devolver la cosa que se ha recibido u

otra de la misma especie y calidad, es decir, la misma clase de monedas que formaron el objeto de la obligación, tratándose de obligaciones pecuniarias. Por eso la doctrina ha calificado de antiguo estos contratos como reales, porque se perfeccionan y consuman mediante la entrega de la cosa, a diferencia de los consensuales, en que basta el simple consentimiento o acuerdo de las partes. En el contrato de arrendamiento no se trata ya de devolución, sino de la entrega de un precio; y es claro que esto no puede hacerse sino en moneda, puesto que según el Diccionario de la Lengua, que conviene con la acepción jurídica de la palabra, *precio* es el valor pecuniario en que se estima alguna cosa; y precisamente la moneda es el denominador común de los valores. Esto lleva, pues, a desechar—dicen los propagandistas de esta tesis—el pago de las rentas en la especie pactada, pues aunque la Ley de la Moneda habla de la circulación del oro español como mercancía, el precio de una cosa no puede pagarse en mercancía, porque sería desnaturalizar el contrato de compra-venta o arrendamiento. Con relación al préstamo puede decirse que el acreedor entregó al deudor, en el momento de celebrarse el contrato, moneda española o francesa, y que no puede ahora pretender que se le devuelva otra cosa distinta [16]. En el arrendamiento interviene, por el contrario, y de una manera decisiva, la idea del valor: el precio o la renta equivale al valor en uso de la cosa arrendada, tal y como ha sido apreciado por el arrendador y el arrendatario en el contrato celebrado. La estipulación del precio en oro español, en estos casos, obedecía a la circunstancia de ser esta especie la que generalmente se empleaba en todas las transacciones de la vida ordinaria. Como los precios de todas las mercancías se fijaban en oro español, era lógico también que el de los arrendamientos se hiciera en la especie circulante. Fué esa necesidad de apreciar el valor en uso de la cosa arrendada en la moneda en que generalmente se expresaba el valor de todas las cosas, lo que determinó que el precio se fijara en oro español. Si la especie metálica que expresa el va-

---

(16) Esta afirmación no está de acuerdo con la teoría propagada por los autores franceses modernos respecto a la naturaleza del préstamo de dinero, según puede juzgarse por los párrafos de las obras de Pothier, Colmet de Santerre y Baudry-Lacantinerie, que se han citado anteriormente.

lor corriente de las cosas ha variado; si el oro español y francés han dejado de ser el denominador común de los valores, y el precio de las cosas, que se fijaba antes en aquellas monedas, se expresa actualmente en moneda oficial, justo es asimismo que el valor de los arrendamientos coincida también con el de las demás cosas; y así como la mercancía que valía antes tantos pesos en oro español, ha venido a valer esa misma cantidad de pesos, pero en moneda oficial, después del Decreto de 11 de septiembre, el valor en uso de las cosas inmuebles, expresado en los contratos de arrendamientos, deberá estar representado por la misma cantidad fijada en el contrato, pero en moneda oficial. Lo que se propuso el arrendador al celebrar el contrato fué recibir un determinado número de pesos (que es la base de nuestro sistema monetario) en la especie circulante, no habiéndose estipulado la obligación en oro norteamericano porque se consideraba, a pesar de su carácter oficial, como una moneda con prima, y, por ende, como una obligación más onerosa. Si todos los precios se han fijado actualmente en moneda oficial, sin reducciones ni equivalencias, el de los arrendamientos debe seguir la misma suerte. De otro modo el arrendador sufriría un quebranto positivo en su patrimonio al ver disminuida su renta en relación con el precio de todas las demás cosas. A estos razonamientos agregan los defensores del pago en moneda oficial sin equivalencias de las rentas, una consideración de equidad: debe tenerse en cuenta, dicen, que los arrendatarios que explotan las fincas, tratándose de predios rústicos, perciben en moneda oficial el precio de los frutos o productos de las cosas que antes vendían en oro español, produciéndose de esta manera un verdadero enriquecimiento injusto del deudor en perjuicio del acreedor, ya que en realidad el arrendatario vendría a pagar una renta menor, si se tiene en cuenta el valor general que se ha fijado a todas las cosas en moneda oficial. Además, si la Ley de la Moneda y el Decreto de 11 de septiembre han propendido a la estabilidad de los valores, al suprimir el agio y la especulación, ese resultado, tan beneficioso para el país en general, no alcanzará al arrendador, cuyas rentas oscilarán continuamente, según el curso de los cambios, sin que pueda saber jamás cuánto ha de recibir el año próximo por las rentas de sus propiedades.

Estos son los criterios y estos los argumentos y las razones que hasta nosotros han llegado respecto al modo en que habrá de resolverse este difícil y delicado problema. Rebuscando en la doctrina, y especialmente entre los tratadistas alemanes, aun pudiéramos encontrar otras tendencias, a más de las expuestas en este trabajo, que procuran solucionar de modo distinto la cuestión de la diferencia de valores que el cambio de monedas provoca, en relación con el cumplimiento de las obligaciones. Goldschmidt, en la primera edición de su *Manual de Derecho Comercial,* sostuvo que debía tenerse en cuenta el valor que la moneda tenía en el momento en que la deuda se contrajo. Bekker opina que debe atenderse al valor de la misma en el momento del pago. Hartmann, que debe dejarse a la iniciativa del legislador el fijar estos valores. Y Knies, Goldschmidt (en las ediciones posteriores) y Winscheid, que no debe pensarse en la época de la constitución de la deuda, ni en la época del pago, sino que se debe prestar el valor que la especie de moneda tenía en la época en que cesó legalmente de existir (17).

Estas sutiles disquisiciones, por fortuna, no han penetrado hasta ahora, que yo sepa, en las polémicas que alrededor de nuestro problema monetario han surgido; y, al haberlas indicado, me pregunto con temor si no habré contribuido a aumentar la duda (habida cuenta del predicamento de que justamente gozan las opiniones de los jurisconsultos que antes se han citado), cuando era mi único propósito, al emprender este trabajo, hacer una sencilla e imparcial exposición del problema en relación con las diversos soluciones que se proponen para resolverlo, a fin de que cada cual pueda juzgar y apreciar por sí mismo su valor respectivo.

OSCAR GARCÍA MONTES.

La Habana, octubre de 1916.

---

(17) Ver WINSCHEID; pág. 34, nota 31 del tomo 2.º de la obra antes citada.

EL ECUADOR INTELECTUAL

III

UN LIBRO DE MIGUEL VALVERDE: SÓCRATES Y JESUCRISTO.


SISTI a la conferencia que D. Miguel Valverde—varón de fogosas convicciones—leyó en el paraninfo de la Universidad Central del Ecuador, 1913, acerca de Sócrates y Jesucristo.

En insinuante exordio, que respiraba ingenuidad, advirtió que, en edad que ya era provecta, había exprimido de su íntimo convencimiento el tema de la conferencia, fruto de su estudio de cerca de medio siglo, definitivo resultado de lo que su experiencia le enseñó en la vida.

La ha publicado, dos años después, en Madrid, junto con otros trabajos de propaganda liberal, a fin de completar el volumen.

Creo notar algunas variantes de forma; pero, en el fondo, es el mismo discurso de entonces, por más que ahora no salga como conferencia ni aluda a la que pronunció dos años atrás.

Consta, sí, la misma aclaración preliminar que predispone a leer el libro, en el que inserta capítulos que no atañen al título principal y una traducción de traducciones: *La Apología de Sócrates*, de Platón, tomada del francés.

Hace mucho tiempo, dice, que tuve el pensamiento de hacer un estudio comparativo de las vidas de Sócrates y Jesús, y hoy, a los sesenta años de mi edad, estoy satisfecho del esfuerzo realizado en estas páginas con el fin de cumplir mi propósito, convencido de que ellas bastarían para haber empleado útilmente los últimos días de mi existencia.

Esta declaración entristece, como una noche de invierno al recuerdo del alba primaveral. Con sus sencillas palabras nos conmueve, a la evocación de tantos lustros de variada brega. ¡Sesenta años! Imaginaos lo que este grave peso representa en la borrascosa política nacional. ¡Qué de luchas, desencantos, sufrimientos y diarias lecciones del tiempo! En la mitad de la carrera, el poeta español, si no blancos los cabellos, sentía angustiado el corazón...

A los sesenta años toda labor debe ser reposada, erudita, leal, sabia, depurada en el crisol de las vicisitudes, robustecida por larga observación, melífera de tantas sabrosas lecturas. Aureola son las canas: sesenta años representan un nimbo de apóstol, a través de pensares y sentires, cuando no se dilapidó el juvenil tesoro.

No hay motivo para dudar de la sinceridad de la confesión de fe—sin literatura ni soberbia—del Sr. Valverde: le supongo hombre de bien a carta cabal, espíritu que ha soñado algunas veces, batallador consigo mismo, que, sujeto a evoluciones—en obedecimiento a la eterna ley del transformismo—, ha ido de la revolución a la paz, de la riesgosa expedición al sosiego doméstico, de ministro y secretario general de Alfaro a enemigo acérrimo y tremendo acusador de este viejo caudillo, de férvido devoto de Jesús y contrito murmurador del *Padre Nuestro,* a despiadado adversario de su doctrina e ironista del personaje legendario.

Dueño es de opinar con arreglo a su hoy escleroso criterio, que, como las edades del globo terráqueo, ha ido consolidándose por capas superpuestas: exagerado creyente, dócil estudiante jesuita, católico enfermizo, loador de la oración dominical en décimas populares y versos místicos, es decir, partidario de la caridad y del perdón, sañudo e implacable con los mártires, cuyas torturas no le desplacen, librepensador al fin.

Sólo que los que ignorasen estos antecedentes no se convencerían fácilmente de que el opúsculo *Sócrates y Jesucristo* sea el fruto maduro de los sesenta años. Se da maña a encerrar un estudio de tan inconmensurable trascendencia en pocas páginas indocumentadas, que no llegan a sumar la cifra de los años

del autor. ¿Su intento es que aparezca quintaesenciada la síntesis, descartando prolijidades históricas y filosóficas?

Humanamente, tal prodigio no es practicable en el siglo XX, después de los centenares de comentadores de Jesús y Sócrates, sin referirme a teólogos y padres de la Iglesia. Mas, como no sería argumento serio alegar la cantidad, contentémonos ¡oh, superhombres en Nietzsche! con examinar la calidad.

No citar siquiera a Renán, Strauss, Peirat, Littré, G. d'Echthal, Schleiermacher, Hase, Rosadi, es desconcertante. Con cualquiera de ellos, sin nombrar a Hess, Herder y Paulus, no podríamos ocultar la *pudibundez* de la ligereza—juvenil o sexagenaria—, lo digo con el respeto que guardo a lo ajeno, que es mayor en el terreno de las ideas.

Sobre que muchas comparaciones son odiosas—comparar es situarse en inclinado plano resbaladizo que está en un tris de la caída y la depreciación—, el análisis es inconsistente, por simple y honrado que aparezca: peca por su base, desde que falta a una de las reglas más obvias de la crítica científica: la consideración del pasado, la del medio ambiente, de la época en que se realizaron los actos de la disección y su influencia en el porvenir.

Juzgar con el colosal anteojo del siglo XX—cristal de aumento que está desfigurando las cosas de tanto agrandarlas—lo que aconteció en antiquísima era, es apocar el mérito de los precursores de la civilización. Asuntos hoy día baladíes, fueron trascendentales hace apenas una centuria. ¿Nos reiremos de la puerilidad pasada? Si las viandas suculentas abundan en las islas Filipinas, es *gracias al que nos trajo las gallinas,* para valerme de la popular fábula. ¿Qué es la montgolfiera ante el zeppelin, sino vacua y ridícula máquina? Sin embargo, sin ella no habríamos llegado a tan asombrosa realidad en la navegación por los espacios. ¿Qué son las míticas alas de Icaro ante las hélices de los aeroplanos?...

Las religiones y sus fundadores—palancas de la moral de los siglos—forman cadena interminable: intentar romper sus férreos eslabones sería negar la historia de la ayuda de padres a hijos. La filosofía helénica prestó grandes servicios al cristianismo y éste invalorables a la conciencia universal y a

las bellas artes. (Su alma y su cerebro pusieron en las obras de arte del cristianismo los talentos más culminantes de la vetusta Europa.) Pitágoras, Sócrates, Platón, deberían ir ornados con el nimbo de santos. El ayer empuja al hoy, y el hoy impelirá al mañana. Postrémonos reverentes ante el esfuerzo de nuestros abuelos y bendigámosles, como bendeciremos la innovación de nuestros hijos.

A la fija luz de los sesenta años, motejar a Jesús (perdón porque me vea forzado a reproducir epítetos ásperos) llamándole vago, bohemio, mal hijo, iracundo, contradictorio, pusilánime, rabino adocenado, como se desprende ¡ay! del sombrío análisis del Sr. Valverde, es mostrarse poco ecuánime y hacer tabla rasa de la prístina energía de las centurias.

Característica del esclarecido guayaquileño la genial precipitación. ¡Yo que le he creído un Francisco de Asís laico!: me resulta un Voltaire de nuevo cuño, demoledor atropellado.

Cuando el filósofo Abelardo Posso—que bajó a la tumba en la negra miseria, gélida aún más por el olvido—lanzó un raro discurso sobre arquitectura del lenguaje y evolución de las lenguas que acogieran la onomatopeya natural, inmediatamente el Sr. Valverde expidió un acuerdo para que los médicos examinasen si estaba loco el extraño orador, catedrático y senador de la República.

A raíz del nefando arrastre, por las calles de Quito, del cadáver del general Eloy Alfaro, precipitadamente aprobó el macabro hecho.

Para explicar esto, de acuerdo con la fisiología, suficiente sería citar trozos autobiográficos que constan en *Sócrates y Jesucristo,* del Sr. Valverde [1].

En cláusula extensa—de la que no censuraremos lo pedestre de la forma—hace una viva pintura de su idiosincrasia, que le ha impulsado a vigorosas lides revolucionarias y altivos gestos periodísticos; pero también a céleres caídas.

Con todo, la descarnada franqueza es digna de encomio, aquí donde las simulaciones dan lantejuelas por venera y ofrecen el oro y el moro.

---

(1) Introducción; Págs. 15 y 16.

No hay piquetas capaces de echar por tierra lo que en el corazón ha ahondado sus raíces.

Inspiraré lástima si mañana apoco la obra de Colón, y me creerán de cerebro debilitado si trato de eclipsar los hechos de Bolívar.

¿Pretenderé rodear de sombras la figura resplandeciente del Cristo? ¿Con qué objeto?

Pasadas en autoridad de cosa juzgada, axiomático es no rever dichas acciones en derecho.

—La verdad! la verdad!, claman por allí con tono enfático: por ella la muerte, caiga quien cayese.

¿Quién osará estar en posesión de la verdad tratándose de hechos que se esfuman en la bruma de los siglos y son casi prehistóricos, por decirlo así?

Atengámonos respetuosos a la poesía de la leyenda, sin macular sus encantos y bellezas con negras brochadas a título de embadurnadores de la verdad. El tiempo cubre a los lienzos de una pátina que no es el color primitivo. ¿Seremos tan bárbaros que borremos esa pátina sagrada por amor a la verdad de la magistral pintura?

Lejos estuvo Jesús de la holgazanería: viajó con provecho, observó costumbres y corazones, derramó caritativos raudales de sabiduría en hermosas e ingenuas parábolas, y finalmente ejerció el magisterio. Predicar, en lozana floración, rosas y azucenas de amor y de cándida ternura, no es de ociosos. ¿Qué mayor actividad del intelecto? ¿Se quiere la vulgar, la material, la del humilde artesano? San Justino (cuya autenticidad, al menos, no es muy dudosa, puesto que se sabe que escribió en tiempos de Antonio el Piadoso) está confesando que Jesús ayudó a su padre en los trabajos de carpintería y carretero. Luego no vegetó. Además, se le denominaba rabí, título con que solían designar a los que enseñaban, sin que estas prácticas rabínicas excluyesen los trabajos manuales.

Si en la vida pública del más flamante legislador—no digo de Jesús—existen inmensas lagunas e inquietantes contradicciones, mucho más en la privada. ¿Cómo aventurarnos por los meandros de las afirmaciones rotundas que tuercen el río de la certeza universal? Son tan delicadas, que requieren acopio de

documentos y autoridades. No abundan en la ex conferencia en que me ocupo, ni sobran cualidades artísticas que presten algún encanto a lo que de suyo es tan estéril y trillado. Renán, orfebre del estilo, al menos puso la monta en el doble acierto de la forma exquisita y de la investigación prolija.

Si se compara el más esmerado pueblo de Oriente, teatro de Jesús, con Atenas, teatro de Sócrates, son tan divergentes y monstruosas las diferencias, que el paralelo cae rompido en mil pedazos. ¡Un país de ensueño, en el que, como aromas embriagantes, fermentaban los prodigios de Zoroastro, Moisés y Buda, un caos de creencias que no podían prescindir del elemento milagroso; ardientes regiones acostumbradas a lo fantástico, envilecidas, sojuzgadas por las armas, ¿situaremos junto a reducida y plácida comarca, la más culta de la tierra, emporio de sabios, olímpica cumbre de libertad, cuna de la filosofía observadora que desde la escuela jónica rechazó la fábula de las teogonías orientales?

Grecia, a través de sus conquistas colonizadoras y racionales, invade más tarde el Oriente, deja su semilla filosófica allí donde lo maravilloso impera, y prepara así la vía para el advenimiento del cristianismo.

No pudo sustraerse Jesús a las enseñanzas helénicas, con las que amasó los innovadores proyectos de la religión que se propuso fundar.

En Atenas el término medio de cultura era superior al de cualquier pueblo asiático, y el huracán de independencia tal, que los oradores en el ágora no usaban eufemismos, los sofistas en las calles sostenían con desenfado el pro y el contra de todo, los cómicos se burlaban públicamente, hasta con grosería, de sus dioses, gobernantes y hombres ilustres. Aristófanes no se amilana de representar en persona. En *Los Acarnenses,* sobre parodiar el exordio de la preciosa historia de Herodoto, se ríe de Cleón y Lámaco. En los *Daitales* combate la educación de aquel tiempo. En *Los Babilonios* se burla del imperio democrático. En *Los Caballeros* quedan en ridículo Nicias, el mismo excelso Demóstenes y otra vez Cleón. El arconte acepta la comedia sin cortapisa alguna, no se interrumpe en las tablas por el escándalo popular y gana el primer premio. Son derrotadas

Las Nubes y nadie le molesta porque él se queje de ello en su parábasis. En *Las Avispas* ridiculiza las instituciones de su época. A cada paso el egregio trágico Eurípides víctima es de sus dardos.

Aristófanes no fué el único que enherboló sus saetas contra Sócrates. Amipsias en su *Conno* le presenta como un ente hambriento y cubierto de harapos que "insultaba a los zapateros con sus pies desnudos y que, sin embargo, nunca se resignó a adular a nadie".

Al condenar el proceder de Aristófanes en *Las Nubes*, ningún liberal puede llamar infame al mordaz y libérrimo poeta. Montalvo aconseja tan sólo que guardemos prudente mutismo. "Al que se ríe por vía de censurar vicios y defectos, apláudasele, anímesele; pero si es Aristófanes quien se quiere reir de Sócrates, que no halle sino silencio",—dice. A los sesenta años, la quemante voz *infame* suena mal en este caso.

¿Cómo comparar la Palestina con Grecia? ¿Cómo unirlas, para la congruencia del análisis, en la invariable dirección de las líneas paralelas? Por igual motivo peca el parangón que el filósofo argentino Ingenieros hace entre Jesús de Galilea y Federico Nietzsche de Alemania.

A esta razón poderosa, agréguense sus corolarios: caracteres étnicos de raza y raza, hegemonía de la ciencia sobre la imaginación, diferencia de idiomas: metafórico, hiperbólico el uno, preciso, etimológico el otro; espíritu diverso de los historiadores de Sócrates y Jesús, y sorprenderá que el crítico los haya inadvertido, con riesgo de que su juicio se desmorone por lo movedizo de la base.

Sin el maestro de Platón, el cristianismo se habría retardado en aparecer.

Sócrates, precursor cuasi divino, bosquejó la trocha (no me inclino a cambiar el vocablo); Jesús, miembro quizá de la oculta logia de los esenios, digno sucesor de aquél, apartó malezas, aplanó el camino del progreso moral humano, pulió algunas asperezas con lima de sentimientos, con esmeril de abnegaciones.

Ambos predicaron la caridad; pero con más dulzura Jesús, que alterna con el pueblo, atrae a los humildes, se mezcla con

los esclavos, perdona a la que delinque, ennoblece a la mujer caída, llama a los niños a su lado y a nadie endereza un anatema. Fué tan tolerante, que solía repetir que los que tengan ojos para ver y oídos para escuchar entiendan su doctrina. Ambos, figuras gigantescas, irradiaron con inmortales rayos de estrellas y febeos resplandores de martirio. ¿Por qué apagar un sol para que rutile más el otro, si ambos tienen luz propia, cada uno en su constelación?

¿Sombras en ellos? Como en todo lo humano que avanza a la perfectibilidad. El cristianismo, obra humana, ha ido evolucionando. Si no evolucionaran las religiones, acabarían por morir al golpe de la piqueta del progreso. Antes de que se divida en dos grandes ramas, ya cambió hasta sus exterioridades. El catolicismo no administra sus sacramentos en la misma forma que en los primeros siglos de la era cristiana. Algunos de sus principios los disciplinó y elevó a dogmas en posteriores concilios. El misterio de la trinidad poseían religiones más antiguas; la creencia en la resurrección estuvo también muy propagada. Por esto no halló repugnancia alguna al ser repetida por Jesús. Se han multiplicado los dogmas, antes tan reducidos. Si las religiones permaneciesen estancadas, serían el más serio obstáculo para el progreso humano. Se amoldan a la civilización. Hoy día se esparce un catolicismo modernista.

El programa de reforma religiosa y moral, que Jesús se propuso en la breve vida pública que sus adversarios le concedieron—observa Baltasar Labanca—, miró al pasado y al porvenir, así como lo exige cualquier reforma que desea ser fecunda y durable. Tuvo en cuenta el pasado de los judíos, cuando les anunció: "No penséis que he venido para abrogar la Ley y los profetas; no he venido para abrogar, sino a cumplir."

Miró también hacia el futuro, cuando anunció a los judíos: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas", es decir, la comida, la bebida, el vestido y otros bienes materiales que se necesitan en la vida.

Sócrates, a pesar de sus virtudes que pasman, no fué el varón inalterable, paciente, moderado, afable, humilde que nos pinta el Sr. Valverde. Con ayuda de serios historiadores, podría esbozar un cuadro no de tanta nitidez. Era de expresión soberbia, repiten algunos; de grotescos ademanes, de vestidura

descuidada, hablador incansable y, no obstante, caprichoso que callaba días enteros, maldiciente, insufrible hasta desesperar a su mujer Jantipa, partidario de la vida vegetativa: no viajó nunca ni tuvo profesión alguna, pues no practicó la escultura; enemigo de la poesía, a la que consideraba como mala prosa. Espíntaro, el padre de Aristóxeno, uno de los pocos que, sin ser discípulos suyos, le conocieron en sus mocedades, dice que Sócrates era hombre de terribles pasiones, de ingobernable cólera y violento en sus deseos corporales, "aunque, añade, no hace nunca nada indigno". Es innegable su inconsciencia, proverbial su distracción. En Potidea quedóse de pie toda la noche y todo el día siguiente abstraído en una idea fija. Chanceó hasta con la profesión de su madre, sirviéndose en sus discusiones de la metáfora del *parteo.* Si tanto repetía *noscete ipsum,* afirman algunos censores, es porque ni a sí mismo logró jamás conocerse. Suponíase iluminado, alucinado: tenía su *daimon.* Aseguraba que dos noches antes de su muerte una bella mujer de alba vestidura le dijo que debería partir a Ftia. Repetía que en sus sueños recibía órdenes de que cultivara la música.

De intento he trazado estas fangosas brochadas—que soy el primero en borrarlas con mi veneración al triunfador de los sofistas—para que se note que el paralelo con Jesús, deprimiendo a éste, no es labor inconmovible, por más que sea sexagen·ria. Condeno con toda mi alma a los tristes acusadores de Sócrates: el borracho Anito, el fanático Melito, el ingrato Licón que se fingía decidido amigo de su maestro.

Si es verdad que ambos—Jesús y Sócrates—no escribieron una sola línea, hasta en esto la diferencia es insondable. Viven por la doctrina inculcada a sus discípulos, que apologaron y biografiaron a sus maestros. Los historiadores de Jesús, gente sencilla, sin preparación filosófica, hombres del pueblo, varones primitivos, evangelistas ingenuos e impresionables, inclinados a la fábula que entraba de preferencia en sus convicciones, todo lo vieron, en medio de su amable rusticidad, a través del milagro; los de Sócrates, filósofos de refinada cultura y claro discernimiento, eminentes discípulos como Platón, dialéctico sutil, artista del verbo, que corrigió sus diálogos ochenta veces. ¿Qué decir de Jenofonte? Uno de los enciclopedistas más gran-

des de la humanidad: si economista, él en distinguida línea; si estratégico, él, con pasmo de las centurias; si militar, él, entusiasmándonos con su célebre retirada; si historiador, él; si amante de la sabiduría, él, con unánime aplauso. ¿No fué Jenofonte el que para probarnos la multiplicidad de sus conocimientos escribió un tratado cinegético? Fedón, otro alumno socrático, funda la escuela de Elis en el Peloponeso y transmite sus conocimientos a notabilidades cual Mosco y Asclepiades de Filasia. Critón, uno de sus más ricos amigos, le socorre con frecuencia y le confía la educación de sus hijos. Cuando la prisión del maestro, ofrece sus bienes como fianza y le quiere facilitar su evasión. Critón cerró con amor los ojos de Sócrates. Que fué no sólo adinerado, sino instruído, están probándolo sus diez y siete diálogos. Euclides, iniciador de la escuela de Megara, muéstrase tan decidido por Sócrates, que se disfraza de mujer para entrar en Atenas y oir el divino verbo, pues los megarenses amenazados estaban de pena de muerte si penetraban en la ática ciudad. Cuando, en desgracia, Platón se refugió en Megara, Euclides le dió noble acogida. Ponderado es Cebes de Tebas por su elevación moral que está resplandeciendo en su diálogo *El Cuadro,* en el que observa que los vicios y desdichas de los hombres les vienen precisamente de aquello mismo que tienen por ventura. No debió ser Apolodoro una medianía, cuando en el *Symposium* Platón le recuerda y habla de él Jenofonte. ¿Para qué citar a Alcibíades? ¡Si serán sabias las apologías de Sócrates compuestas por personajes de la talla de Platón y Jenofonte! Quizá el más infeliz de sus discípulos fué el pobre Esquines, que tan duramente se ganó la vida: hasta abrió una tienda de perfumería, en la que le fué tan mal como en todo. "Sólo el hijo del salchichero me estima en lo que valgo", decía con intención Sócrates. ¿No es razonable que tales figuras hayan narrado los hechos con más firme criterio que los discípulos de Jesús y hayan oído al maestro con sagaz espíritu de observación?

De los cuatro evangelistas, tal vez Lucas, que aprendió medicina y pintura, fué el más instruído, cual aprovechado discípulo de Pablo de Tarso. De San Mateo, el primero que escribió la biografía de Jesús, apenas se sabe su empleo de cobra-

dor de tributos o publicano. San Marcos, de Cirenaica, se limitó a apoyarse en Mateo, tanto que San Agustín le denomina compendiador de éste. San Juan acaso ni existió: su evangelio —impregnado del aroma de la filosofía alejandrina—, ¿fué labor de algún erudito heleno?

Mal he hecho en parangonar a Sócrates con un mito, dice reflexionando el Sr. Valverde. Jesús es mito o no lo es; dilema contundente. Si lo primero, ¿por qué despojarle de su aureola de leyenda? Si lo segundo, ¿cómo no admirarle cual genio que destella entre los hombres? En uno y otro caso, todo el que tenga alma de poeta nimba de gloria al Cristo. Estaba convencido de que el Sr. Valverde era poeta: sobre haber hecho muchos versos, ha poetizado el *Padre Nuestro,* ha traducido magistralmente un poema de Víctor Hugo y pinta con mágicos colores la augusta vida de Sócrates.

Digna de loa, en las vibrantes páginas del Sr. Valverde, es la escena sublime de la muerte de Sócrates. En mi concepto, es lo mejor del libro.

Recuerdo que cuando niño, en el modesto cuarto que me crié, en la Ronda quiteña, las vejeces y desgarraduras del papel tapiz se habían reemplazado con periódicos, en su mayor parte *El Fonógrafo,* de Maracaibo—yo mismo ignoro por qué estaba allí engrudado este diario—; en esa humilde habitación puso en mis manos mi padre un ejemplar magníficamente ilustrado del libro donde tantas infantilidades palpitan: *El Genio del Cristianismo.* Deleitábame con las estampas del infolio y quedaba como extático ante una ilustración que representaba la muerte de Sócrates. El artista de alma pagana, picado sin duda de las poquísimas veces que consta en el libro el nombre del filósofo, inspirándose en el capítulo *De los santos,* glosaba estas palabras de Chateaubriand: "Mientras Sócrates honraba la memoria de los justos..." No se me ha borrado de la mente aquella serena ilustración, en la que aparecía Sócrates, con la copa de cicuta en la mano, departiendo tranquilamente con sus discípulos, honrando con su solemne actitud la remembranza de los justos, en tanto que se leía la angustia y la desesperación en los pálidos semblantes de los que le rodeaban. Algunos, con la cabeza inclinada y oculta entre las manos, lloraban en silen-

cio. De la cabeza del divinal mártir ascendía una aureola que iluminaba el oscuro presidio. Flotaba un hálito de muerte, que cada vez que rememoro el cuadro, me estruja el corazón. Ya puede comprenderse que la dolorosa ilustración me sugestionaba y conmovía. Después he visto otras sobre el mismo asunto; pero ninguna se iguala a la que miraron mis asustados ojos infantiles. Atónito muchacho, yo no sabía nada de nada. ¿Cómo adivinar de qué artista eran las ilustraciones del prístino volumen? ¿Por ventura fueron grabadas por el célebre Doré? Lo ignoro. Tan lejana me parece la visión, que a veces envuélvese en melancólica bruma de incertidumbre. Pero Sócrates desde entonces fué mi obsesión. Mi puerilidad le suponía santo. Hoy veo que no me equivoqué en la inconsciente adivinación.

Pues bien, toda la majestad de la estampa que contemplé en mi infancia, ha revivido ante las emocionantes líneas del Sr. Valverde. Revivir tales recuerdos, avivar viejas emociones, propio es de artistas como el vivo descriptor de la agonía de Sócrates.

Su muerte sumerge al espíritu en el seno de la meditación, en donde están, como vestales sacras, velando las vírgenes de la inteligencia.

La grandeza moral del alma socrática abre nuevos horizontes al desasimiento terrenal y a la presencia de espíritu. No conocía aún el mundo antiguo la inefable energía del martirio. Los sacrificios eran de otro género: si alguien entregaba la vida, lo hacía de orden de los dioses, o por una alta razón de Estado, o en obedecimiento al ciego destino. El *fatum* gobernaba implacablemente muchos actos humanos. La tragedia clásica impresionaría más, de no adolecer de esta ineluctable ley. Pero morir por una convicción, el primero, Sócrates, con serenidad radiosa, en aras de la verdad, a la que sin desmayo se abrazó, aun cuando su preclaro talento quizá comprendía que era inútil buscarla. Pudo muy bien fugar, le fué fácil ser absuelto; pero respetó la ley e inclinó, como un férreo estoico, su voluntad a la Intrusa, sin esperanzas de guirnaldas ultragloriosas, sin que las divinidades le mandasen la suprema prueba, sin vestigio de ulterior recompensa. Tan admirable su valor, que el miedo no descompuso la majestuosa faz ni con la más ligera e involun-

taria mueca. No vacila en sus convicciones y entra, como un vencedor, en las regiones de la eternidad. En tanto que sus discípulos se enternecían profundamente, él, el maestro, es preciso repetirlo, no descompuso su fisonomía con los pliegues del desmayo, no recurrió a las lágrimas, no hubo deliquios de emoción; superioridad moral que, rayando en lo sublime, nos deja anonadados a la consideración de nuestra cobardía y pequeñez.

Mueran así los sabios, los propagadores de la verdad, los ancianos eminentes, los santos cerebrales, legando al mundo los últimos brotes de su sabiduría, la norma final de su rigidez anímica. Los poetas, los abnegados, los redentores de la multitud, los justos sentimentales, mueran como Jesús, abiertos los brazos para estrechar en efusión de amor a la humanidad, consumando con su sangre la eficacia de su obra piadosa y humana, no en obscura prisión, sino en la cima de una montaña. La una y la otra son agonías de acatamiento; la una y la otra son venerandas extinciones de dos distintos temperamentos. Si las comparamos, no las motejemos. En los linderos de la tumba, la crítica no ejerce sus funciones.

Llegado a este punto, me invade el recelo de continuar, porque acuden tantos documentos a mi memoria, que llenarían un libro. Estudios de esta naturalza no pueden prescindir de los comprobantes bebidos en las fuentes vivas de la historia...

Tengo miedo: sólo mi sinceridad se atreve a lanzar, con timidez, este esbozo, pálido e incompleto, que ha fatigado la exégesis alemana.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.

Quito (Ecuador), agosto de 1916.

AUTOCRACIA Y DEMOCRACIA

(Artículo de Augustin Hamond en *La Revue de Hollande*, número de julio de 1916, traducido por F. I)



ESDE que estalló la guerra, aun antes del inicio de las hostilidades, han imperado los militares en los diversos países beligerantes. Se hizo en ellos declaración, ya de estado de guerra, como en Alemania, ya de estado de sitio, como en Francia. En los países en que el poder parlamentario es ficticio—y ese era el caso de Alemania, de Austria-Hungría, de Rusia—, los soberanos procedieron autocráticamente. En los países parlamentarizados, los parlamentos suspendieron las constituciones y dieron los poderes más amplios a las autoridades militares. Algunos neutrales se creyeron también forzados por las circunstancias a obrar de igual manera, porque la movilización se imponía en su territorio, y así fué que Suiza la hizo el 31 de julio, veinticuatro horas antes que Francia.

En todas partes esa suspensión de las constituciones condujo a la supresión de parte de las libertades adquiridas por los pueblos. Esa medida tuvo, naturalmente, mayor o menor alcance, según los países. En Alemania y en Rusia fué excesiva la supresión de libertades. Según el autor de *J'accuse*, un alemán, Alemania quedó, en realidad, aislada del mundo, a partir del 27 o 28 de julio de 1914. Nada trascendía fuera de las fronteras, de lo que allí se hacía, y nada penetraba en ella de lo que fuera de sus fronteras se decía o se pensaba.

Alemania, bajo la ficción del parlamentarismo, es una autocracia. Está allí el poder centralizado en las manos de unos

cuantos hombres. Los demás obedecen. La unidad germánica fué alcanzada bajo la hegemonía de Prusia. Ha sido impuesta, por el temor, a los individuos y a las colectividades. Entre las consecuencias de esa unidad y de ese espíritu de obediencia, debemos señalar la rapidez de acción y de organización, la audacia en la decisión y la acción. El autoritarismo alemán provoca los acontecimientos, y, sin cuidarse de los obstáculos, va derecho al fin que se ha propuesto; pero ese fin se lo ha propuesto con su inteligencia descarriada y disminuída por la ausencia de toda crítica, por la costumbre de ser pasivamente obedecido. Y, entonces, ese fin, en lugar de ser la grandeza de Alemania, se convierte en la ruina de Alemania. La prepotencia de los jefes, al destruir su propio espíritu crítico, los ha vuelto megalómanos, absolutamente incapaces de ver, de juzgar, de comprender las realidades. La mentalidad militar que les ha penetrado hasta lo más profundo de la medula, les ha puesto viseras ante los ojos. No pueden percibir sino una parte de los elementos concurrentes, y así cometen burdos errores en su política exterior, y respecto de la psicología de los pueblos, sobre todo de los de Occidente. Pasan por los pueblos extranjeros sin penetrarlos y sin comprenderlos. Su megalomanía ha obscurecido su poder de comprensión. Se imaginan que la India, el Africa del Sur, Irlanda, van a rebelarse contra Inglaterra y que los *Dominios* van a separarse de ella. Creen que los revolucionarios de Francia y de Rusia van a desencadenar la revolución por miedo a la guerra y sin importarles ser esclavizados por Alemania. Creen que Bélgica se regocijará dándoles paso, y no ven nada de bajo e insultante en las proposiciones que hacen a Inglaterra para obtener su neutralidad. No comprenden nada de eso, porque están habituados a obedecer y a ser obedecidos maquinalmente; y en realidad ignoran el sentido de la palabra *dignidad* aplicada a los individuos y a las colectividades. Para ellos todo está subordinado al fin inmediato y estrecho. Nada cuenta fuera de eso. Tienen así el más profundo desprecio de la vida humana. Los hombres son rebaños, carne para sacrificar según convenga al interés del pastor. Hay que remontarse muy lejos en las edades pasadas para encontrar esas mismas concepciones, que son las que existían

en el espíritu de los emperadores medas, persas y asirios hace algunos miles de años.

¿Cómo ha podido el alma alemana entera ser invadida por esa megalomanía general? Ha sido necesario para ello casi siglo y medio de preparación, dirigida por Prusia y ejecutada por la escuela, la universidad y el cuartel; pero fué en la segunda mitad del siglo XIX cuando esa obra alcanzó todo su desarrollo, y condujo a una fe extraordinaria de la Alemania entera en la superioridad de la raza germánica, grande, rubia y dolicocéfala. ¡Y, de hecho, los alemanes, en su gran mayoría, no son ni grandes, ni rubios, ni dolicocéfalos! La raza germánica es tan inexistente como la raza latina. Es una idea romántica, poética; no es ni una idea ni un hecho científico. Y, cosa digna de ser advertida, no fueron los alemanes mismos quienes tuvieron esa idea de la superioridad de la raza grande, rubia y dolicocéfala. Fué un francés, Govineau, quien primero la tuvo. ¡Sus grandes defensores y propagandistas fueron un polaco, Treitschke, y un inglés, H. Stoughton Chamberlain! Los alemanes no crearon la idea; la desarrollaron: consecuencia de su inteligencia restringida por la disciplina que impide toda creación, toda invención.

Suprimido entre ellos el espíritu crítico, no vieron cuán anticientífico era eso de concebir una raza basada en la lingüística. Una misma lengua no ha indicado jamás la unidad de raza. Esta no puede basarse sino en caracteres anatómicos y fisiológicos. No hay raza germánica, y, sin embargo, Alemania cree, firme como el hierro, en su existencia y en su superioridad. Cree en eso hasta el punto de pretender que los verdaderos grandes hombres del mundo entero son germanos. Se ha visto a escritores, profesores de universidad, reivindicar como germanos a Dante, Miguel Angel, Vinci, Murillo, Giotto, Velázquez, Voltaire. Diderot, Shakespeare, Bernard Shaw, y, de seguro, olvido otros.

La idea que los alemanes tienen de la titulada raza germánica, está fuera de la ciencia; es una idea religiosa. No descansa en la razón, descansa en la fe. Es a la vez causa y efecto del poder del Estado; de la religión del Estado, debo decir para ser más preciso. El Dios adorado y obedecido en esa religión

es el Estado. No es una abstracción metafísica, es una realidad concretada en la persona de su gran sacerdote, el Kaiser, con toda la jerarquía de sus sacerdotes: los guerreros, los profesores, los grandes propietarios y capitalistas.

La nación entera, durante años, ha sufrido un aprendizaje para alcanzar la fusión de todos los individuos en un solo ser colectivo: *el Estado.* No hay que discutir, ni razonar, ni juzgar; hay que creer, hay que tener fe. Para mantener esa fe ciega, los directores, los sacerdotes de esa religión, deforman, alteran o suprimen los hechos. Todo está subordinado al fin perseguido: y así se ven las estadísticas desfiguradas, desdeñados y pasados en silencio los trabajos científicos extranjeros. El pueblo debe ser tenido en la ignorancia de todo lo que pueda quebrantar su fe. Se sigue metódicamente, desde hace años, ese proceso de destrucción del espíritu crítico; pero, naturalmente, ha llegado al *summum* en esta guerra. El pueblo alemán ignora aún la victoria francesa de la batalla del Marne, la respuesta de Bélgica al ultimátum alemán del 2 de agosto de 1914. Con absoluta buena fe vive el pueblo alemán en la ceguedad. Como ya lo había predicho Nietzsche, el *Imperio* alemán ha matado el *espíritu alemán.* Para la masa alemana no hay sino una verdad: la verdad oficial dicha por el Gobierno Alemán. Todo lo que otros puedan decir es erróneo por el solo hecho de que no procede de la autoridad alemana.

Es esa fe ciega la que explica que la censura alemana incite a la prensa a publicar los comunicados oficiales enemigos. Sabe que no sólo la masa no les dará crédito alguno, sino que, comparándolos con los comunicados alemanes, comprobará las diferencias y se penetrará así, más y más, de la mentira enemiga y de la veracidad de los comunicados alemanes. Esa misma fe ciega es lo que explica la estupefacción manifestada por el pueblo alemán al tener conocimiento de la nota del Presidente Wilson, después del hundimiento del *Sussex* en abril de 1916, sobre todo cuando el Gobierno Imperial se vió obligado a confesar casi abiertamente que su negación primitiva había sido una mentira.

El Estado es Dios, y todo el mundo se trueca, poco o mucho, en funcionario de ese Dios y a él debe todo ser sacrificado. La

grandeza de Dios justifica todo medio empleado para agrandar su poder. Y así vemos a los directores alemanes violar con ingenuo candor su firma, al realizar la invasión del país cuya neutralidad estaba por ellos garantizada y al emplear armas que ellos se habían comprometido a no usar. La necesidad no conoce ley—dijo con brutal franqueza el Canciller Bethmann-Hollweg, en medio del aplauso del Reichstag—. "Nuestras tropas, decía, han ocupado el Luxemburgo, y quizás han pisado ya el territorio belga. Eso es *contra el derecho de las naciones*... *La ilegalidad,* hablo abiertamente, que con ello cometemos, trataremos de repararla tan pronto como haya sido alcanzado nuestro fin militar." No se puede confesar más claramente que el fin justifica los medios; máxima religiosa, recordémoslo, máxima jesuita.

En esa religión del Estado, como en toda religión, hay un clero y una jerarquía de ese clero. En lo alto están los militares, y más abajo la masa de sacerdotes representados principalmente por los profesores, los educadores de la juventud. Como en los grandes imperios asiáticos, vemos allí la unión íntima de los guerreros y de los sacerdotes. No van los unos sin los otros; apóyanse mutuamente los unos en los otros. El militarismo es el sostén de la Alemania imperial, antítesis de la Alemania de los Goethe y los Beethoven. Oid a los profesores de universidad en su manifiesto famoso: "Sin el militarismo alemán, la cultura alemana habría desaparecido hace ya mucho tiempo de la superficie del globo...—El espíritu que reina en el ejército es el que reina en el pueblo alemán."

Con semejante estado de espíritu militarista, el cuerpo profesional alemán no podía menos de esforzarse en preparar la población para ser bestias de rebaño. Ha tendido a suprimir todas las individualidades, a sujetar todos los caracteres y todos los espíritus a un tipo, a una medida. ¿Cuál ha sido el resultado de esa obra de esclavizamiento del alma humana perseguido metódicamente durante décadas?

De ello tenemos testimonio en la docilidad con que centenas de miles de hombres han ido a la matanza en Verdún, exactamente como los carneros van al matadero, sin la más mínima utilidad para ellos ni para su colectividad nacional.

Tenemos otro testimonio en la filosofía, la literatura y las artes de la época de la hegemonía prusiana. Desde hace medio siglo Alemania no ha dado a luz ningún gran filósofo, ningún gran artista, ningún gran literato. Después de Wagner, el revolucionario, Alemania no ha producido ningún gran músico. Sucede lo mismo en la pintura, hasta el punto de que tuvo que adoptar y hacer suyos dos pintores suizos, Boecklin y Holder, que eran de hecho productos de la democracia helvética.

La militarización general del pueblo ha matado los gérmenes de grandeza que pudieran existir en las almas germánicas. Para dar nacimiento a fuertes individualidades que osen salirse de los caminos trillados y revolverse contra la ideas y las formas admitidas, es necesario una atmósfera de libertad. Esa atmósfera ha faltado a Alemania, como faltó a la Francia de la época de Napoleón. La grandeza imperial que descansa siempre sobre la grandeza de las armas, excluye la grandeza de las artes y de las letras.

Al destruir todo espíritu de crítica y de rebeldía, la militarización del pueblo alemán ha engendrado un verdadero estado patológico: la megalomanía. Ese estado de locura colectiva, producido por el espíritu de obediencia, obtenido por el miedo, es un fenómeno sociológico de un interés enorme. Las diferencias de edad, de clase, de profesión, de conocimientos, de religión, parecén no representar papel alguno en la expansión de esa megalomanía que ha sorprendido a todo el mundo.

"Alemania es el médico que curará al género humano", dice uno, mientras otro, el Secretario de la Academia de Ciencias de Berlín, Hermann Diels, escribe: "Alemania es, desde ahora en la tierra, el santuario en que se ha refugiado el principio del orden y de la disciplina."

El megalómano se figura siempre que el resto del mundo cree en su propia grandeza, y se enoja cuando de ella parece dudarse. Así es el alemán, y pongo como prueba estas palabras de un jurista, Otto von Gierke: "Todos los pueblos, de grado, o *contra su voluntad,* deben comprender que la *Kultur* alemana es la mejor, la más substancial, la más robusta, que es el más indispensable elemento de la civilización universal."

No pueden los hechos modificar nunca las convicciones de

un megalómano. Con la mejor buena fe del mundo, los interpreta en el sentido de su delirio, o niega su existencia. Así es el alemán. "Hacemos la guerra—dice el predicador de la Corte—con una conciencia y una dulzura de que hasta ahora no ofrece ejemplo la historia." ... "La *Kultur,* la religión—se lee en un manifiesto—, hacen al soldado *incapaz* de cometer atrocidades, de mostrarse cruel... Las afirmaciones de nuestros enemigos son *incompatibles* con el estado floreciente de nuestras escuelas."

Se ve así a qué estado mental patológico han llegado los alemanes. La guerra actual ha descorrido todos los velos que los ocultaban a los ojos del mundo. Hay en ello una disminución real y desgraciada de un pueblo que fué grande por su trabajo y por su inteligencia.

Lo que ha permitido la expansión general de esa megalomanía mortal, es la ausencia de espíritu político en la masa alemana. El Príncipe de Bülow ha reconocido que el pueblo alemán no es un pueblo político, pero no ha buscado las causas puramente educadoras y sociales de ese estado de cosas tan perjudicial al pueblo germánico. La ausencia de espíritu político de que dan testimonio los acontecimientos todos de esta guerra, se debe simplemente a la docilidad del pueblo alemán, a su hábito de tener fe en los jefes, y a su falta de costumbre de guiarse a sí mismo. El pueblo alemán, desde el punto de vista político, se halla en un estado de civilización de siglo y medio quizás de atraso en relación con los pueblos de Francia, de la Gran Bretaña, de Bélgica, de la Escandinavia. Su evolución política se detuvo bruscamente en 1870, con la victoria de Prusia sobre Francia. Fué en realidad esa victoria una derrota mucho más grande para toda Alemania que para Francia. El vuelo moral y político de Francia ha continuado y aun aumentado; el de Alemania se detuvo y sólo ha continuado en progreso su vuelo económico.

Considérese, pues, cómo las consecuencias de un acto surgen a largo plazo. Se ha necesitado casi medio siglo para que se desenvolvieran en su verdadera amplitud. No se veía anteriormente más que un aspecto, el aspecto brillante; la apariencia más bien que la realidad. Sólo algunos hombres, genios ilumi-

nados por maravillosa clarividencia, habían percibido la verdadera realidad. Así, en plena guerra de 1870, escribía Nietzsche: "Considero a Prusia como una fuerza altamente peligrosa para la cultura". Y en sus *Consideraciones inactuales,* este filósofo escribe líneas que substancialmente resumo así: "Una gran victoria es un gran peligro. Es más fácil ganarla que proceder de modo que de ella no resulte una profunda derrota. Esa derrota, más irreparable que todas las derrotas militares, sería la extirpación del espíritu alemán a beneficio del Imperio Alemán. ... El Imperio Alemán matará el espíritu alemán. Cuesta caro llegar a la fuerza. La fuerza embrutece." Y en otro lugar, volviendo sobre la misma idea, escribía Nietzsche: "*Deutschland, Deutschland über alles!* Temo que no haya sido eso el fin de la filosofía alemana."

Ha sido, sí, el fin momentáneo, lo mismo de la filosofía que de la literatura alemanas y del arte alemán, que por algún tiempo han sido víctimas de la enseñanza metódica de los hombres para la obediencia pasiva, es decir, para el hábito de dejar de pensar, de reflexionar, de juzgar, de criticar. La Autoridad ha ahogado en el alma alemana todo conato de individualismo. Se pueden tener, sin individualismo, grandes y fuertes rebaños de hombres; pero, sin él, no se tiene ni arte, ni ciencia, ni filosofía, ni literatura, ni verdadera humanidad que plenamente goce de la vida. El Imperio alemán ha obscurecido el espíritu alemán, si es cierto, como ha dicho Niebuhr, que "la verdadera constitución del alemán es la Anarquía". El Imperio Alemán no ha matado para siempre el espíritu alemán, porque la educación no puede matar la naturaleza. No puede pasar de obscurecerla, nublarla por tiempo más o menos largo, según sea su grado de fuerza y el grado de debilidad de las gentes que a ella son sometidas.

Alemania ha celebrado y practicado durante el siglo XIX la *organización,* sin analizar lo que ella designa con ese nombre. No ha visto que la organización que realizaba era mecánica, pero *no viviente.* Su propósito era organizar el mundo como una máquina puesta en movimiento por jefes mecánicos, lo mismo que una locomotora, lo mismo que un telar. Impregnados hasta lo más profundo de su ser, los directores alemanes, de

los conceptos militaristas de autoridad y de sujeción, los directores alemanes han visto en la humanidad un mecanismo muerto, algo así como la maquinaria de un taller metalúrgico. Han olvidado que era un organismo colectivo viviente, compuesto de organismos individuales vivientes. ¿Por qué no se han acordado de aquel pensamiento de su gran Schiller: "La organización ha condenado a arrastrarse como una babosa lo que debe volar como el águila. La organización no ha producido todavía un solo grande hombre; la libertad incuba colosos y seres extraordinarios."? Habrían entonces visto su error fundamental. Y en vez de esa organización mecánica, habrían hecho una organización viva, fundada en la libertad, imitando la naturaleza viva, y no la maquinaria muerta. Las ciencias naturales, y no las ciencias mecánicas, deben servir de guía a los hombres en la organización de las sociedades humanas. He ahí una de las enseñanzas de esta guerra mundial.

Es probable que Alemania salga templada de nuevo de las trágicas circunstancias actuales. Vencida, se emancipará de la autoridad de sangre y de hierro, y su espíritu volverá a tomar su curso natural. Su cultura de antaño, la que era humana y no germánica, la de sus pensadores y artistas de siglos pasados, renacerá en el cerebro de sus hijos, porque esa es la verdadera cultura alemana, la que responde a la naturaleza de su población; al paso que su *kultur* actual es una deformidad que ha cubierto como de un barniz la naturaleza real del pueblo. Se ha superpuesto a esa naturaleza gracias a un hábil aprendizaje impuesto por hidalgüelos prusianos con el temor y la mentira.

Así, de semejante estado de cosas, debemos sacar esta conclusión: la autoridad tiende inevitablemente a disminuir al individuo, y por consiguiente, a las colectividades, que no son sino agregados de individuos. La libertad, que es la fuerza antagónica de la autoridad, es la palanca de la grandeza de los individuos y de las colectividades.

ÍNDICE DEL TOMO DUODÉCIMO

(SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1916)

POR MATERIAS

POR AUTORES

